QUE EL TIEMPO NOS ENCUENTRE

TERESA VIEJO

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

México, 1941. El Quanza, un barco con refugiados españoles, está a punto de atracar en el puerto de Veracruz. Una bellísima joven se dirige al muelle para recibirlo. Es Aurora, quien llegó cinco años atrás como niñera de los Vigil de Quiñones. Huyendo de la guerra civil española y ocultando un terrible secreto familiar, decidieron emprender un largo viaje para empezar de cero y recomponer sus vidas. Lo que encontrarán será un ambiente muy diferente al que dejaron atrás: bailes, fiestas, grandes orquestas tocando a ritmo de danzón y boleros, y, en especial, una creciente industria cinematográfica cuyas estrellas compiten con las de Hollywood. Aurora comprende que su verdadero futuro está allí y no en una España abrumada por los horrores de la contienda.

Enamorada de Pablo Aliaga, un joven español lleno de sueños de gloria y fortuna, obsesionado con encontrar tres rollos de una película maldita que desaparecieron en 1936, Aurora trabará amistad con una enigmática alemana dueña de un prostíbulo donde esconde muchos misterios. Con la ayuda del productor Diego Espejel, secretamente prendado de ella, comenzará a labrarse una fulgurante carrera en las pantallas de cine bajo el nombre de Vera Velier.

LELIBROS

Teresa Viejo

Que el tiempo nos encuentre

FARMACIA

A la memoria de Miguel Morayta,
Nunca un silencio cundió tanto.
Finalmente a ti, para que el tiempo nos encuentre siempre.

« Miedo de que el pasado regrese.
Miedo de que el presente tome vuelo» .

RAYMOND CARVER

« Que unidos, enlazados, boca rota de amor y alma mordida,
el tiempo nos encuentre destrozados» .

F. GARCÍA LORCA

1

Veracruz, México. 18 de noviembre de 1941

Su cuarto olía a melocotón en almíbar. A los aromas que fraguaba el jardín nada más abrir la mañana, cuando en Veracruz se incendiaban los tejados y el mar era un cristal.

El alba desperezaba de su letargo nocturno a los naranjos y limoneros, a los ramilletes de nardos y las flores del cacalosúchil, y ella abría los ojos envuelta en las lenguas de vainilla que crecían bajo la ventana de su alcoba y embriagada por el dulzor del mango. Aurora probó por primera vez su pulpa en aquella casa. Antes, durante los desayunos de Puebla, se había resistido a su carne hebrosa, porque entonces no tenía cuerpo para experimentos. Pero la casa de Veracruz imbuyó a la familia en una orgía de vegetación y terminaron rindiéndose al mango, como a tantas otras cosas.

Hacía cinco años que se habían instalado en México, y cinco años cambian la vida a cualquiera.

Como un rito de iniciación, juntos fueron descubriendo los secretos de una tierra llamada a hospedarles por tiempo indefinido. Con tal afán lo hicieron que ahora rebuscaban en las panículas la sombra de la polilla amenazando las plantas; espantaban insufribles moscas o fumigaban cualquier especie de insectos, a fin de que no royeran los frutos y reventaran contra el suelo antes de tiempo.

—Mira, a las uvas de esos racimos les salen gusanos —advirtieron los niños, en uno de sus metódicos paseos al poco de instalarse allí.

—No son uvas, son flores —aclaró ella—. Raras, eso sí. Pero aquí todo lo es.

Abandonó sus recuerdos y se levantó. Debía darse prisa si no quería llegar tarde; aquella mañana atracaba el barco procedente de España.

En los últimos años, en concreto desde el 13 de junio de 1939, se repetía el mismo ritual de bienvenida. Nadie sabía de quién partió la iniciativa, ni cómo se impulsó la idea de atronar la ciudad con cláxones, bocinas, domésticas caceroladas y repiqueteos de iglesia para saludar a los recién llegados. Surgió de forma espontánea y allí estaban los veracruzanos, vestidos de domingo y

bailando al son de bandas y orquestinas, según los exiliados descendían del barco aturdidos ante el ánimo jovial de aquella gente, que parecía recibir a los ganadores en lugar de a los vencidos.

Para los desarraigados resultaba desconcertante —inmersos en la intensidad de defender sus ideales— darse de bruces con esa frivolidad, pero Veracruz era así: revoltosa y bullanguera. Su banda sonora la forjaba el tintineo de los vasos dentro de las pulperías; las tazas y platillos de loza chocando sobre las bandejas y los veladores del Café de la Parroquia; los voceos de las tortilleras y las vendedoras ambulantes, que merodeaban los Portales o el Zócalo pregonando sus mercancías. Una bulliciosa música rematada por los cuartetos de danzón, cuyas notas solapaban los gritos de los soguillas del puerto.

Además, en Veracruz todo el mundo aguardaba a alguien y la ansiedad de la espera también se escuchaba: latidos por un familiar, un viejo amigo, la carta de un anhelado amor. Cientos de razones que la convertían en una ciudad de brazos abiertos.

—Está bien relinda, niña Aurora —exclamó la india que la había ayudado a arreglarse.

—¡Ah, Tula! Siempre repites lo mismo aunque vista camisón —respondió frente al ropero sin apartar la mirada de su luna.

—Porque lo es, ¿o no oye lo que platican los chavos de usted?

Aurora sonrió para sí. Le divertían esas picardías de la criada, que limpiaba parsimoniosa un jarrón lleno de orquídeas. Lo hacía tomando un trapito de hilo entre los dedos y frotándolo sobre la porcelana igual que si fuera la piel de un bebé. A cada tanto levantaba la vista para ver reflejada en el espejo a la joven más bella que había contemplado nunca. La mujer quebró un tallo de orquídea, que engarzó en su melena.

El bochorno había irrumpido temprano aquella mañana de noviembre. Tras varios días de temporal, donde el mar se encrespaba enturbiando la línea del horizonte, el clima había cambiado. Por suerte, a esas horas el resol abrigaba las copas de los árboles y creaba una canícula que invitaba a usar ropa más ligera. Aurora había elegido un vestido estampado en tonos rojos y, sobre los hombros, una rebeca de igual color.

Se estiró las medias tras humedecerse las yemas para no dañarlas y prendió la flor en su melena, antes de valorarse en el espejo. Tenía veinte años y su anatomía no había alterado lo que ya insinuara desde la adolescencia: las piernas largas, idéntica cintura estrecha, las rebeldes puntas del pelo rojizo frunciéndose a pesar de las tenacillas que usaba para alisarlo. El cutis muy blanco, casi transparente, y esos ojos azules que, al observarlos con atención, la seguían desasosegando. A ella y a los demás.

—¿Tenéis todo listo? —inquirió retocándose el carmín.

—A poco sí.

—¡Anda, pues! Ya empiezan a tañer las campanas.

Aurora se sacudió el pelo y abandonó el cuarto.

Voló por los corredores de la casa colonial hasta desembocar en una sala de muebles policromados. Junto a la ventana que miraba al patio había un butacón de cuero. Era su favorito. Él solía colocarlo ahí, de espaldas a la puerta, metáfora de cómo se comportaba a veces cuando las cosas venían mal dadas, en su endémica convicción de que si orillaba los problemas, si uno les daba la espalda, estos terminarían pasando de largo. « Hugo, la vida hay que tomarla como viene, de frente. Aparcando las dificultades no arreglamos nada» , insistía Aurora una y otra vez, reprochando su actitud.

Por su parte, él contemplaba hipnotizado esos ojos azules y se extraviaban sus respuestas.

—Se ha apagado —reparó ella al entrar.

—¿Uhm? —apuntó sobresaltado.

—El cigarro, Hugo. Qué manía de aguantarlo entre los dedos sin aspirar.

El hombre miró alternativamente al habano y a Aurora; las dos imágenes le infundían cierta pesadumbre. Ella avanzó y se reclinó antes de estrujarle las manos.

—Siento ser tan pejiguera, pero… es que me sigo poniendo nerviosa, no lo puedo evitar —le confesó coqueta—. ¿Vas a venir conmigo?

—No —respondió lacónico.

—¿Estás seguro?

Negó con la cabeza. Lo cierto es que carecía de fuerzas para exponer algo que ella debía de entender sin necesidad de prodigarse en explicaciones. La dársena le traía recuerdos agridulces. La jarana, esa fiesta veracruzana que se alumbraba casi sin venir a cuento, a la postre le enturbiaba. Hugo apretó los párpados cerrados y se recostó en el respaldo de la butaca.

—Si quieres… me quedo contigo —le susurró Aurora al oído—. ¡Podríamos jugar una partida de damas! La última vez ganaste, solicito una revancha.

Hugo apreciaba la calidez de su aliento sobre la mejilla y, sacudido por un escalofrío, abrió los ojos. Su rostro, a un palmo, resultaba turbador.

—No, ve y me cuentas —le dijo en voz baja.

—Como quieras —resolvió Aurora, y le besó, dejándole un rastro encarnado junto a la comisura de la boca—. ¿Me llevo a los niños o solo a Hugo?

—Mejor él. Se entretendrá con tanta gente.

Mientras aludía a su hijo mayor, Hugo la observaba atusarse los frunces del vestido y su tristeza fue en aumento. Qué joven y bella era Aurora, y qué viejo y abatido se sentía él. De pronto reconoció la crueldad del calendario, esa cretina medida del tiempo que adoptaba las formas de un manipulador porque discurría, fuera cual fuese la edad, a un ritmo opuesto al deseado. O demasiado lento o

muy rápido.

—¿Dónde estará la niña que conocí? —masculló sin pretensión de llamar su atención, pero no obtuvo éxito.

Tras oírle, Aurora se quedó clavada en el umbral. Atornilló los tacones al piso de mosaico y, dándose la vuelta, se abalanzó sobre él.

—Aquí, pegada a ti —aseguró emocionada—. Donde siempre. Ni en mil vidas, nunca, nada ni nadie nos separará.

2

Valdelomar, España. Julio de 1925

—Abran ya los portones —ordenó uno de los mayorales a los obreros que sesteaban por los aledaños del porche delantero—. ¿No ven la polvareda? El señorito está por llegar. ¡Apúrense, que les pesa el calzón!

El capataz no se equivocaba, pues el coche que traía a Hugo desde la capital, donde el hijo de los dueños estudiaba la carrera de abogado, llevaba más de una hora hormigueando los caminos amarillos en torno a Casa Gialla.

Antes de distinguir la mansión era preciso serpentear un laberinto de rutas dragadas entre campos de cereales y huertas, y cruzar una alameda, nacida al abrigo del riachuelo que bordeaba el pueblo de Valdelomar. Entonces se recortaba a lo lejos la fantasmagórica silueta de la casa familiar de los Vigil de Quiñones.

Los abuelos de Hugo la levantaron a finales del XIX, después de viajar por toda Europa en busca de inspiración. La habían hallado suspendida en un acantilado. En Escocia. Entre las ruinas desvencijadas de un castillo sin moradores, ni restos de ellos durante los últimos siglos.

—Quiero eso —dijo rotunda la abuela a su marido en cuanto lo vio.

—¿Qué dices, mujer? Es un cementerio con una torre a medio derrumbar.

—Quiero una igual —silabeó ella, echando a correr hacia la quebrada.

Él pensó que se había vuelto loca. Cuando el abuelo de Hugo alcanzó a su mujer, esta se había mimetizado con los restos de la construcción y le costó reconocerla. Vestía de gris, de pies a cabeza —aunque hubiera jurado que el abrigo que se había puesto antes de abandonar el hotel era de color café—, y la piel del rostro se veía tan pálida que creyó que iba a desplomarse. Grises eran las piedras, el cielo encapotado a punto de desaguarles encima, gris un mar indómito bajo ellos. Al hombre le estremeció su mirada y, sin rechistar, consintió construir en mitad de la meseta una vivienda insólita.

Tres años demoró su finalización. Una casa revestida en piedra; atestada de alcobas, salones, varias cocinas, una decena de cuartos de servicio y aquel

diabólico torreón a la derecha de su fachada principal.

—Es lo que deseabas, ¿no? —preguntó el abuelo de Hugo a su mujer el día que terminaron las obras, pletórico por haber cumplido su deseo.

—Llévame a la torre y te responderé.

Desconcertado por la falta de entusiasmo, tomó a su mujer de la mano y se dirigieron hacia el torreón. Una vez arriba, la abuela se asomó a la ventana.

—Desde aquí se domina el mundo y se toca el cielo —confesó—. Gracias, esposo. Estando tan cerca de Dios, podría morir tranquila.

Así fue. Meses después falleció en ese mismo rincón de la casa. En él solía recluirse horas, llenándolo de muebles y cuadros, mientras las niñeras cuidaban de su hijo Atilano y su marido atendía los negocios. Como si no concibiera otro lugar donde ella importase.

Ahora bien, durante sus aislamientos había crispado los nervios a todos.

—¿Dónde está la señora? —se interrogaban de continuo las sirvientas.

—En la torre esa del infierno. La vi subir esta mañana y aún no ha bajado —precisaba una de ellas.

—¡Mentira! Acabo de ir y allí no hay nadie. Ve y pregunta al patrón.

Lo hacían, pero él las mandaba de regreso al torreón. Hasta que en alguna de aquellas idas y venidas, la mujer aparecía como por arte de magia. « Siempre he estado aquí» , aseguraba maliciosa, y el servicio sospechaba que, fueran ellas o la señora, alguien empezaba a perder la razón.

A partir de la muerte de su mujer, el abuelo de Hugo odió el torreón. En su fuero interno, y aun sabiendo lo irracional del juicio, lo hacía responsable. Resultaron inútiles todas las aclaraciones de los médicos sobre la fragilidad de sus pulmones, incapaces de bregar contra la tiranía de aquel invierno.

En efecto, tras lo sucedido, la aislada torre se reveló un lugar desapacible y gélido —a pesar de las gruesas cortinas empleadas para amortiguar el frío—, y nadie quiso visitarlo. Ni siquiera las criadas acudieron a eliminar las telarañas de los rincones.

Él nunca regresó. El abuelo decapitó la casa sin tocar una sola de sus lajas. Aunque solo fuese en su imaginación, cercenó la presencia de la atalaya en la arquitectura del edificio y se olvidó de ella. Salvo cuando, en Valdelomar, alguien de escasos miramientos, en cualquier charla intrascendente, aludía sin tacto al « torreón maldito» . Entonces en el abuelo revivía el fantasma del baluarte escocés y el dolor por su duelo no le dejaba respirar.

El seco viento solano entraba por las ventanillas del automóvil y agitaba el cabello de Hugo, evaporando los restos de brillantina con la que trataba de domar unos rizos iguales a los de Zita, su madre. Si arreciaban sus soplidos, al final del día una capa de polvo amarillo terminaba cubriendo la fachada e introduciéndose entre los resquicios de las cornucopias y los angelotes que la mujer colgaba en

ella, aunque su estilo no se acoplara al de la vivienda.

Sucedía lo mismo cada verano. Y sumaban muchos en los que regresaba a Casa Gialla, tras finalizar el curso académico en Madrid. Tenía diez años cuando lo enviaron a un colegio interno, tras la insistencia de su madre. Él no quería. Atilano, su padre, tampoco. Pero Zita era una genovesa testaruda y empleaba con solidez sus argumentos.

—Nuestro hijo no puede educarse entre gorrinos y gente con alpargatas —se quejaba a su marido.

Para Zita, los inconvenientes de que Hugo creciera en lo que ella llamaba la rutina rupestre de Casa Gialla eran muchos, y así, tras años de institutrices a domicilio, Atilano cedió y el niño ingresó en una prestigiosa institución. Hugo abandonó el campo desolado. Atrás dejaba un paraíso, libre y sin ataduras, para aventurarse en lo que sería un mundo de soledad.

No obstante, la resolución de Zita le hizo un virtuoso de los libros, aunque hambriento de un cariño que apenas paliaba durante las vacaciones.

Para suerte suya, en agosto de 1921 se encontró con una sorpresa dentro de un canasto entre las macetas del porche. Hugo había cumplido quince años y ya rumiaba la idea de convertirse en un hombre de leyes.

—Es la niña de Vicente, el guardés —le advirtió una de las criadas.

—Pero ¿no se había quedado viudo? —preguntó intrigado.

—Se ha casado con una tal Antonia. Una lagarta más joven que él, señorito —cuchicheó la sirvienta—. Lo ha engatusado pero bien… y mire, al poco se preñó y trajo esta bendición. ¡Más guapa no pudo haberle salido!

—¿Cuántos hijos tuvo con su esposa? —curioseó él sin mayor intención.

—Tres: un varón y dos hembras. A cual más rebelde.

Hugo dedujo entonces que a un viudo con familia a su cargo el mundo se le caería encima; por esa razón buscó enseguida quien le ayudara a criarlos. Y acertaba. Vicente, el guardés, apalabró su boda con la persona que le sugiriera un conocido. Ni siquiera evaluó su aspecto antes de decidirse. Aceptó y listo. Igual que comprar lechones al peso.

Las malas lenguas relataban su fama, pero, puesto que Vicente no era amigo de alcahuetes, poco le importaba que la hubieran deshonrado y en su aldea no encontrase marido, pues al día siguiente él la estaba desposando.

Cuando Antonia se instaló en Casa Gialla contaba veinticuatro años y su esposo, treinta y nueve. En el trato, admitió a unos hijos que la habrían de observar con suspicacias desde el primer instante. Sin embargo, el tiempo corría a su favor, pues, tarde o temprano, ellos se marcharían a servir o a labrar al campo. Entonces doblegaría a su antojo los humildes dominios de Vicente.

Atilano y Zita celebraron que su empleado hubiera encontrado una esposa, y más que a los pocos meses les anunciara su futura paternidad. En cambio, los vástagos no relataron al padre las ínfulas de Antonia ni sus desplantes. Prefirieron

tener la fiesta en paz, mientras le fueron abandonando.

Nunca imaginó Vicente que la felicidad anduviera escondida bajo su falda. Ni que el amor de verdad resultase ser aquel torbellino de emociones capaz de mitigar los estragos de sus cuarenta años, al tiempo que se incrementaba el miedo a perderla. Claro que, cuando nació su hija, brotó junto a la niña una nueva adoración.

No solo en él. Desde que Hugo descubrió la existencia del bebé, adoptó sus risas, sus balbuceos, los primeros pasos a gatas y los que les siguieron, mal sostenida por sus piernecitas. Como si el destino le obsequiara un regalo providencial, su presencia compensó la falta de esa hermana que la biología le había escatimado. Cada verano se asombraba de cómo crecía, encaramándola sobre sus hombros. Juntos se bañaban en el lago; repartían los restos de los ricos guisos de Casa Gialla a las gallinas o recorrían los campos amarillos de Valdelomar mientras más de una traicionera tormenta los empapaba. Él la enseñó a montar en bicicleta y ella, a elegir manzanas sin gusanos.

El señorito Hugo y la niña Aurora tejieron al ritmo suave de los estíos una mullida complicidad.

¿Aurora? Sí, este sería su nombre. El propio Vicente lo había escogido porque insinuaba el instante del día en el que todo renace. Donde cualquier cosa parece posible porque el espíritu se reinventa. Tal y como se sentía él.

—¿Puede ir más deprisa? —rogó Hugo al conductor, cuando traspasaron las puertas de hierro forjado que anticipaban la llegada a Casa Gialla.

Al chófer le enterneció su impaciencia. El joven llevaba meses alejado de su familia y parecía natural ese irrefrenable deseo de salir corriendo. Pero nada más apearse del coche, Hugo apretó el paso en dirección a las cuadras.

—¿No entra, señorito? —inquirió el trabajador confundido—. ¿Y el equipaje?

—¡Avise a mis padres que tardaré un rato! —exclamó él sin pararse.

Descorrió las maderas trancadas del establo y gritó el nombre de Aurora hasta desgañitarse.

—¿Auroraaa? ¿Dónde anda mi muñeca? ¿Cuánto me ha echado de menos?

Hugo la encontró dormitando sobre unas balas de paja, mientras unas crías de conejo cosquilleaban sus pantorrillas.

Advirtió que lucía una piel bronceada y el pelo enmarañado, con restos de broza y flores secas. Estaba preciosa. Su labio superior, algo más abultado, señalaba la punta de la nariz, lo que solía sucederle si se quedaba dormida dejando la boca entreabierta. La estuvo admirando un rato antes de besarla en la frente. Al final, Aurora entreabrió los ojos y, nada más reconocerle, se enganchó a su cuello. Lloraba y reía a la par.

Cuando abandonaron las caballerizas, el viento había cambiado de rumbo y de un soplo les desbarató el pelo, lo que se convirtió en otro motivo de risa. De

pronto, Hugo dirigió la vista hacia arriba incapaz de contener la obsesiva atracción que ejercía sobre él el torreón. Era la sugestión de lo clandestino.

Los ventanales que horadaban la fachada principal se guarecían con unos cortinones azules descoloridos por el sol. Siempre permanecían cerrados. Entonces, ¿qué hacían aquellos visillos flameando como suspiros?

Frenó de golpe sus pasos y Aurora se sobresaltó. Hugo creyó distinguir una sombra tras las finas colgaduras. Pero desde lo de su abuela, nadie pisaba el torreón.

3

—A ver, Tula. Muéstrame qué prepararon —dijo Aurora interesándose por el menú.

Segundos antes había irrumpido en la cocina, donde flotaba un penetrante olor a comino y cilantro. La joven tomó una ramita de epazote y se la llevó a la boca.

—¡No jale eso! —protestó la india, dándole un manotazo para que soltara el hierbajo—. ¿A poco tiene mal la panza? Siquiera no se lo trague.

—Si lo pusiste en la comida, qué más dará —ironizó ella.

—¡Es una consentida! Mire, todito está bien sabroso: cochinita pibil, pan de cazón, cabrito y unas capirotadas —fue citando Tula, mientras colocaba las piezas de comida en fuentes—. Nomás para que sepan los de su tierra a qué sabe el dulce de verdad.

—¿Y la tortilla de patata que te encargué?

—¡Ay, niña! Al voltearla se nos cayó el huevo a la lumbre.

—Lástima —lamentó Aurora—. Cuando estás tan lejos se aprecia más lo propio.

Sugerir España sin llegar a mencionarla liberó en ella un poso de nostalgia. La contrariaba ese sentimiento. Durante años había hecho esfuerzos para reforzar su voluntad y lo había logrado. La clave consistía en prescindir del equipaje inútil. De las rémoras que arrastraba de un escenario a otro, de un capítulo de su vida al siguiente. Aunque no significaba que sus recuerdos no deambularan por ahí; a veces incluso trepaban a su cabeza como manojos de dedos largos y huesudos, helando a su paso.

Aurora abandonó la cocina y cruzó el patio llamando a Hugo hijo para que bajara, pues se les hacía tarde. Mientras le esperaba, curioseó la calle por los ventanales de la sala principal y advirtió que familias enteras atravesaban ya en procesión las llanas avenidas, con abundantes alimentos entre sus brazos.

Inspiró complacida. Veracruz seguía volcándose con los recién llegados.

Por entonces, tendría unos 70 000 habitantes de razas y orígenes tan variopintos que en lugar de una ciudad parecía un planeta en pequeño. Libaneses, judíos, italianos, franceses y alemanes, cubanos y hasta chinos aparcaban sus quehaceres cada vez que las sirenas anunciaban el atraque de un barco de exiliados, y raudos se dirigían al malecón.

Echó un vistazo al carillón y empezó a impacientarse. A su espalda oía el alborotado quehacer de las indias, afanadas en depositar las bandejas y las cubas con agua de melón sobre uno de los aparadores del zaguán.

Sería su contribución a la bienvenida de los refugiados, tal y como años atrás se había instaurado la costumbre con el desembarco del Sinaia. Cada familia aportaba lo que podía: selectos manjares las pudientes, o unas meras cervezas las más humildes. Por su parte, el gobernador engalanaba los balcones y las bandas afinaban los himnos patrióticos.

—¡Hugoooo! —insistió ella—. ¿Quieres que me marche sin ti?

En el exterior, volvieron a atronar las campanas. Sus redobles la trasladaron a aquel martes remoto en que Veracruz quedó paralizada.

Todavía recordaba con asombro el día en que llegó el Sinaia, era el 13 de junio de 1939. Entonces toda la ciudad cesó su rutina y sus habitantes se encaminaron hacia el malecón para acoger a los refugiados; 20 000 personas fueron a saludar a «los hermanos republicanos» con pancartas de bienvenida: «Viva México, viva España», «Viva Negrín, viva Cárdenas». Y allí, entre la multitud, se hallaban Hugo y ella.

El Sinaia fue el primero de los barcos que vendrían después cargados de compatriotas. Españoles que dejaban su tierra, tal y como hizo la familia cinco años atrás a bordo del Île de France. Pero ellos habían sido unos privilegiados, viajaron con todas sus pertenencias, y los que ahora llegaban lo hacían con un hatillo: ese paquete con varias vueltas de cordel alrededor que la premura de la huida les había permitido preparar. Dentro, unas fotos y los nombres y direcciones que habrían de salvarles el pellejo allí.

Huir, de la guerra, de la miseria, del pasado…, e igual que Aurora, de sus recuerdos.

Pensó en los detalles menudos; en los cuadros y aquellos baúles cargados de vajillas y lencería que había empacado Berta. Y de nuevo sintió cómo el filo de un cuchillo le traspasaba la piel.

4

Frontera hispano-lusa. Madrugada del 3 de octubre de 1936

—¡Mal rayo les parta! Quieren abrirlo todo —advirtió Hugo al chófer, después de golpear la ventanilla.

Aurora se despertó sobresaltada al oírle, desvió la mirada hacia su regazo y comprobó que los dos niños seguían dormidos. «Angelitos —se dijo para sí—, soportando este viaje eterno».

—Baje usted y vaya desembalando —ordenó Hugo—. Vosotros ni os mováis.

¿Vosotros? ¿Acaso no había visto que sus hijos estaban desfallecidos y que solo ella le prestaba atención? Cerró los ojos y movió el cuello de derecha a izquierda para destensar los músculos.

Debería estar acostumbrada a sus desplantes, pero en el fondo le seguían doliendo. A veces había tratado de ponerles fecha, de identificar entre sus recuerdos el momento en que Hugo dejó de ser su compañero de juegos, su cómplice, su continuo referente, la añorada presencia de cada verano, para convertirse en el hombre circunspecto frente al que balbuceaba sin remedio. Durante un tiempo incluso culpó a Berta, esa mujer luminosa con quien se vio obligada a compartirlo desde que se presentó en Valdelomar por primera vez. Pero no era así, porque Berta siempre le mostró un afecto impagable. Más que eso: la esposa de Hugo se había ocupado de ella desde que su madre desapareció. —¿Quieres tocarla? —preguntó a Aurora—. A veces se mueve.

Transcurrían los primeros días de junio de 1929 y Berta encaraba su primer embarazo, con infinitas molestias y gran paciencia. Se había trasladado a Casa Gialla, huyendo del asfixiante calor de la capital, mientras Hugo iba y venía de Madrid, amoldándose mal a los horarios del despacho. Aurora la observaba fascinada. Por un lado, odiaba a aquella «mujer entripada» que monopolizaba los afectos de Hugo, pero, por otro, quería a lo que crecía allí dentro, porque las caricias de Berta así se lo transmitían.

—Ven, no te dé apuro —reiteró ella.

Acercó sus dedos trémulos a la tripa a tiempo de apreciar una patada, y los

retiró asustada de inmediato por si le causaba algún daño al bebé. Lejos de ignorarlo, Berta tomó su mano y aprisionándola entre las suyas la hizo recorrer la fina seda de su vestido. « Si es niño, se llamará Hugo. Si, en cambio, fuese una niña… Zita, como su abuela» .

Aurora rogó que lo que estuviera por venir se tratase de un varón. Uno con los ojos azules y el pelo ensortijado de su padre. Listo y fuerte como él.

Aquel año se precipitaron muchas cosas. Fue el año en el que su vida se descarriló en un parpadeo hasta dejarla sin habla durante semanas. Pero desde la aciaga noche de San Juan, siempre estuvo Berta. Más cerca de ella que nadie, hasta proponerle a Hugo su firme determinación.

—Aurora vendrá con nosotros a Madrid —anunció por entonces—. Me será de gran ayuda para el cuidado del bebé.

—¿Qué estupidez estás diciendo, Berta? Esa niña no ha salido del campo jamás —protestó Hugo—. Además, es una simple mocosa. No tiene ni idea de cómo cuidar a un recién nacido.

Por extraño que pareciera, a Hugo le incomodaba su cercanía. No podía explicar el porqué, simplemente, no quería toparse con ella cada vez que entrara en su casa. Ahora era un hombre adulto y no podía consentir las familiaridades de antaño; Berta debía entenderlo, y la niña también.

—Yo misma la enseñaré —resolvió su mujer.

No hubo más que discutir.

Así, Aurora fue la niñera de los dos hijos del matrimonio. El mayor, Hugo, contaba siete años y Tirso cinco, en el preciso momento en que empezaban a revolverse dentro del automóvil que los trasladaba a Portugal.

—¿También se van a quedar con eso? —oyó gritar a Hugo.

—Schhh. —Aurora acunó con un susurro a los niños, mientras balanceaba su cuerpo en el asiento hacia delante—. No pasa nada, seguid durmiendo.

Le sobresaltó descubrir el contenido de los baúles diseminado por el suelo. Los policías del control habían revuelto las maletas sin ningún escrúpulo, y habían hecho acopio de varias bandejas de plata, los lienzos de unos cuadros y una vajilla completa —parecía obvio dónde acabaría esa parte del equipaje—, al tiempo que requisaban a Hugo su reloj de muñeca. Él aceptó a regañadientes, pero solo porque su esposa había salido del coche y, en un aparte, le estaba convenciendo.

Le dio la sensación de que estaba más cansada de lo normal. De hecho, Aurora la había notado muy abstraída desde que abandonaran Madrid a la carrera.

Normal. Menudo drama embalar una vida entre cuatro cajas y baúles con la precipitación de una cuenta atrás, cuyo cronómetro corría como la mecha de un polvorín.

Hugo era cabezota, no obstante, Berta sabía cómo doblegar su obstinación solo con mirarle. Ojalá ella algún día pudiera ejercer tal seducción en un hombre, porque el paradigma del amor residía en el modo en que esa pareja asumía como propios los deseos del otro.

Qué enrevesada madeja de sentimientos le inspiraba Hugo. Admiración e inseguridad mezcladas. A fuerza de observarle, de escrutar su atildado comportamiento, Aurora había discernido lo que significaba ser abogado y capitanear uno de los bufetes más influyentes de Madrid. Dolores de cabeza, lapsos y abstracciones, donde difícilmente se podía adivinar qué le turbaba. Comunicaciones telefónicas a deshora y a larga distancia, desde cualquiera de los negocios que el apellido Vigil de Quiñones respaldaba en México.

Hugo lidiaba contra todo esto, sosteniendo siempre ese aspecto de guerrero curtido en mil batallas que había heredado de su padre, Atilano. Por ello le admiraba tanto.

Tras frotarse los ojos enrojecidos, Aurora trató de calcular la hora. Habrían superado de largo las doce de la noche.

« ¡Así que aquella barrera custodiada por policías era el linde geográfico entre la paz y la guerra! La frontera entre el infierno y otra cosa aún por definir» .

Sentía vértigo cada vez que pensaba en lo vivido apenas un mes atrás.

Nunca olvidaría el último viernes de julio de 1936. El calor abrasaba el país y, a ella, la inquietud inspirada por las malas noticias no la dejaba dormir.

—Haz la maleta y llévate todo —ordenó Berta tras abrir la puerta de su cuarto de golpe.

Tumbada sobre la cama, aún vestida, fantaseaba sobre su cumpleaños. Faltaban pocos días. Y, aunque el polvorín en que Madrid se había transformado se colara a diario a través de las ventanas, Aurora no permitiría que le arruinase la feliz fecha. Cumplir quince años era algo mágico.

—¿Todo? —preguntó irguiéndose de golpe. Berta la estaba asustando—. ¿Por qué? ¿No es como otro verano más?

Cuando la canícula condenaba la capital, los Vigil de Quiñones acudían al amparo de Casa Gialla. Al frescor de sus noches. Al verde horizonte del lago artificial que abrazaba la mansión.

Pero Aurora detestaba aquella casa. Sus espaciosas alcobas abarrotadas de retratos, cuyos ojos inertes la espiaban compadeciéndose de ella. El suelo de madera, gruñendo en un lamento bajo cada una de sus pisadas. El aroma a alcanfor de los armarios. Esa escalera larguísima que, en el pasado, había subido y bajado engarzada a la mano de su madre. Y esa zona innombrable.

Cómo aborrecía el monstruoso torreón.

—No sé cuándo vamos a regresar —habló Berta con voz grave—. Pero nos

iremos el lunes a primera hora.

¿El día de su cumpleaños? ¿Y la merienda que prepararía la cocinera? ¿Y los dibujos que los niños se afanaban en colorear como regalo para ella?

La mujer se había sentado al borde de la cama, mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo. Secándose un invisible sudor, Aurora la notó más desvaída que de costumbre. Y eso que ella, con su cabello castaño cortado a la altura de la nuca y unos trajes rectilíneos tan a la moda, casi siempre lo estaba.

—Todo es todo, Aurora —advirtió en un tono casi amenazante.

Entonces dirigió la mirada al altillo del armario. Distinguió varios bultos y, tras reconocerlos, posó su atención en una sombra sobre la pared. Después señaló hacia allí con la barbilla, mientras resolvía la conversación.

—Hasta lo que no quieres ver ni tocar.

No había que decir nada más, de sobra sabía a lo que Berta se refería. No se trataba de un eufemismo, sino de la descarnada realidad.

—Algún día tendrás que abrirlo —lanzó desde el umbral antes de marcharse —. Pero este no parece el mejor momento.

Qué empeño el de Berta por remover lo estancado.

5

Embajada de México. Madrid, España. 10 de septiembre de 1936

El número 17 de la calle Fortuny, donde se ubicaba la Embajada mexicana, seguía rodeado por guardias de asalto bien entrada la noche.

Habían salido de Valdelomar al mediodía, pero el viaje fue endiablado. Para empezar, la despedida se alargó más de lo previsto. Luego el tedio de parar insistentemente, realizando una buena parte del trayecto con los faros apagados y el motor en ralentí.

—Les esperábamos antes —amonestó un empleado de la misión cuando salió a su encuentro—. Disculpen al embajador, ahora descansa. Esto de vivir en dos horarios es agotador. ¡Madre de Dios! ¿Se puede saber qué piensan hacer con tantos trastos? Ni que en México no hubiera platos.

Aurora apretó las manos de los somnolientos hermanos para que no se les escapara una risa nerviosa. No en vano el equipaje había provocado varias discusiones entre el matrimonio durante los últimos días. Pero al final había ganado Berta y su vocación de realizar una mudanza en lugar de un viaje.

Casi todo había sido empaquetado en Madrid cuando dejaron la capital para instalarse en Casa Gialla; ella ni imaginaba entonces que meses más tarde estaría a punto de cruzar el océano hacia un país desconocido.

En las últimas semanas le habían llamado la atención ciertas actitudes de Hugo y Berta. Conversaban en voz baja y se callaban si alguien entraba en la sala. Berta comía poco y reflexionaba mucho. Y le había extrañado el repentino viaje de Hugo a Madrid. De manera que cuando le comunicaron la intención de marcharse a México y su deseo de que los acompañara, Aurora ató cabos.

Más que eso: entendió sus motivos y alabó su valentía. Pero ella trepidó de ansiedad.

¿Qué se le había perdido en aquella tierra, cuya ubicación en el mapamundi ignoraba?

—La Embajada alberga ya a 57 personas, aparte del personal —informó el

funcionario, según se adentraban en ella—. Pero la cifra va creciendo. Entre los que esperan a que escampe y los que aguardan documentación, como ustedes, auguro lo peor.

—¿Qué es lo peor? —inquirió Berta.

—¡Pues que no quepamos! Yo se lo aviso a diario al embajador. Pero él erre que erre, que esto es una cuestión humanitaria y no hay más que hablar.

El damero del suelo convergió en un ascensor modernista que les habría de conducir a la última planta del edificio.

—Esta era la zona de los archivos —aclaró sorteando unas cajas de cartón apiladas—. Pero vean ahora dónde andan los papeles para dejarles hueco. ¡Y todavía tienen suerte, porque gozan de cuarto propio! A los que vengan les tocará amontonarse.

Entraron en lo que, hasta hacía poco, había sido una oficina. Tres camas ocupaban el espacio central: dos pequeñas juntas, sobre las que descansarían Aurora y los niños, y una tercera de mayor tamaño, formada por un jergón de lana y centenas de libros y revistas sobre el suelo, a modo de somier.

Enseguida se desplomaron en ellas. Pero solo los menores se rindieron de inmediato al sueño. Los demás tenían en qué pensar.

Una luz plomiza se había colado por las abuhardilladas ventanas, abortando su sueño. Molesta, Aurora se levantó, desperezó a los hermanos y aguardó su turno para hacer uso de los cuartos de aseo. Todo ello preguntándose cómo sería una vida privada de intimidad, en ese lugar mancomunado. Y por cuánto se prolongaría.

Era difícil aventurar el tiempo que deberían permanecer en la delegación, porque ni siquiera se atrevían a pronosticarlo sus responsables.

—Tiene usted un apellido demasiado pomposo para moverse con impunidad —había advertido el embajador Pérez Treviño a Hugo al iniciar el trámite de sus visados esa misma mañana.

Le asombró la afabilidad con la que se saludaron los dos hombres, a pesar de que Berta aseguraba que no se conocían. Pero ambas ignoraban la existencia de una desesperada carta que Hugo había remitido al embajador en agosto, durante su estancia en Madrid, implorándole ayuda y discreción. En realidad, dos fueron las misivas cómplices de esta huida. Otra, la segunda, fue redactada entre olor a mar y a escondidas. Pero Hugo habría negado su autoría pasara lo que pasase.

Qué extraña esa monotonía de una jornada igual a otra en aquella embajada convertida en hotel. La pareja leía la prensa, almorzaba en el *catering* y participaba en tertulias, mientras esperaban la llegada de sus documentos. Aurora, por su parte, ponía empeño en entretener a Hugo y Tirso, pero una vez que se aprendieron de memoria los juegos disponibles, empezaron a sentirse cautivos.

Aunque conociendo a Berta y sus inquietudes, a buen seguro, era ella quien peor toleraba la división entre hombres y mujeres. Ellas, hablando de sus cosas, y ellos, enfrascados en asuntos que solo concernían a los varones: tabaco, política y juegos de naipes.

Berta, que siempre había querido ser una ciudadana activa siguiendo los noticiarios, participando en las reuniones del Lyceum Club Femenino o apoyando las soslayadas tesis de Clara Campoamor cuando en el Congreso desterraron el voto femenino del ideario progresista, se asfixiaba sin poder debatir sobre la naturaleza del caos al que se precipitaba España.

El verano se había acabado y la familia llevaba varias semanas sumida en el tedio de aquel edificio. Un día, Berta tomó una rebeca y fue al encuentro de Aurora.

—Échate algo encima —dispuso, una vez la encontró—. Te espero en quince minutos junto al ascensor. Deja a los niños con su padre. Dile que no te encuentras bien y que vas a descansar un rato.

—No la entiendo, doña Berta —balbuceó Aurora.

—Enseguida lo harás.

Poco después las dos atravesaron la entrada, torciendo a la izquierda hacia el paseo de la Castellana. Durante un razonable trecho no hablaron, las pisadas de otros viandantes era lo único que quebraba su silencio.

—¿Tienes miedo? —arrancó Berta.

—A su lado, no —se sinceró ella—. Pero no sé dónde quiere ir usted.

Recorrían taciturnas las calles de una ciudad que ahora les resultaba hostil, envueltas por el hedor a orín y a azufre que se escapaba por sus socavones, cuando de pronto Berta se paró y empezó a sentirse indispuesta. Su cuerpo se convulsionaba entre arcada y arcada mientras buscaba algo que le sirviera de apoyo, hasta que finalmente vomitó. Al concluir, ya no pudo despegar los labios. Con un pañuelo se limpió los restos de lo que había arrojado y su lacrimosa mirada indicó que era el momento de retornar a la embajada. Aurora estaba tan asustada que ni siquiera pudo hilar palabra.

Una vez que enfilaron la calle Fortuny, distinguieron a Hugo en la puerta. Parecía nervioso; miraba compulsivamente la calle a un lado y a otro. En cuanto las reconoció, echó a correr hacia ellas.

—¡Los tenemos! —gritaba—. ¡Los pasaportes! Acaban de llegar.

Era tanta su emoción que ni siquiera reparó en la palidez del rostro de su mujer. Por fin tenían los salvoconductos para salir del país y embarcar en Portugal hacia su destino. La alegría de aquellos papeles hizo olvidar el mal de Berta.

La mañana del domingo volvieron a atestar los coches de equipaje. Todos acudieron a despedirles a la puerta donde se habían apostado unos chavales

harapientos que les jaleaban unas coplillas a modo de despedida.

¡España, no te amilanes
aunque te echen al italiano,
contigo están la justicia
y todos los mexicanos!

Aurora no quiso mirar atrás. De hacerlo, habría comprobado que Madrid se congelaba igual que el reloj de un muerto. Sin mano que darle cuerda.

6

Lisboa, Portugal. 5 de octubre de 1936

Portugal los recibió con un sol plomizo, embozado entre nubes otoñales y bruma. Berta le había aclarado que los españoles solían afincarse en Estoril, pero, puesto que durante su estancia rehusaban participar en la vida social, habían preferido un discreto hotel del Barrio Alto: el Magestic.

De hecho, contaban con un plazo para irse. El mar invernal, intempestivo y traidor, en adelante dificultaría cualquier trayecto transatlántico. Por tanto, la prioridad de Hugo era localizar un buque a cuyo pasaje sumarse, para lo que todas las mañanas visitaba la Casa Pinto Basto. Mientras tanto, Aurora, bien sola o escoltada por los niños, descubría la ciudad como quien se asoma a una realidad onírica.

A diario subía y bajaba de los tranvías amarillos que serpenteaban el barrio de la Morería o Alfama. Con los pequeños se solazaba entre las piedras del castillo de San Jorge y los parterres del Jardim da Estrela, donde una banda endulzaba el café a los lisboetas. Más de un atardecer pateó el empedrado de callejuelas empinadas que cercaban el hotel, mientras oía salir de los portales aquellas voces melancólicas de los fados.

Cómo le sedujo Lisboa. Nunca había imaginado un lugar en el que la gente cantara no de alegría, sino imbuida en la tristeza. E interpretó que ese sitio poseía algo turbio que lo hermanaba a su alma.

Abducida por el hechizo lisboeta, a veces trataba de que Berta compartiera sus descubrimientos y la acompañara. Pero ella no quería moverse del hotel.

—¿Querrías quedarte hoy conmigo? —rogó Berta a Aurora un mediodía.

La había sorprendido a punto de marcharse, recién puestos el abrigo azul y el borsalino a juego que Berta le había regalado antes de iniciar el viaje.

—Claro —aceptó despojándose de las prendas al instante—. Debe de aburrirse mucho entre estas cuatro paredes.

—Me siento abatida —la rectificó—. Que es distinto.

Aurora la miraba sin acabar de entender.

—De ahora en adelante, voy a necesitarte más que nunca —dijo Berta—. Los niños se perderán el curso y… —dirigió su mano a la boca del estómago, aplacando algún dolor; tragó saliva e inspiró con hondura—. Perdón, a veces me sobreviene una náusea difícil de contener.

—¿Como aquel día en Madrid?

—Igual —asintió—. Estoy embarazada y mis gestaciones son una cruz.

—¡Pero eso es fantástico! —exclamó Aurora palmeando de alegría.

¿Por qué no lo había deducido antes? Sus síntomas hubieran sido explícitos con solo pararse a analizarlos. Sin embargo, y como disculpa, Aurora pensó que había tenido muchas distracciones desde que llegaron a Lisboa.

—Lo sería si me encontrara mejor. Si mi salud…

La charla se interrumpió abruptamente porque la puerta se abrió de golpe y Hugo entró en el cuarto eufórico.

—¡Los tenemos, ya los he conseguido! —gritaba blandiendo en su mano los pasajes—. Es un transatlántico francés que realiza el trayecto a Nueva York. Pero en esta ocasión cambiará su ruta para desembarcar antes en Veracruz. ¡Nos vamos a México, amor mío!

—¿Cuándo? —quiso saber Berta. Llamaba la atención su poco entusiasmo.

—Atracará el día 7 y partiremos el 9 —le informó su marido.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo aquí encerrada, Hugo?

—¿Dos semanas? —apuntó él, sin entender la importancia de eso.

—Casi un mes.

Tres palabras escapadas en un hilo de voz, mientras utilizaba el cabecero del tresillo para erguirse con sumo esfuerzo. De pronto, la mujer elegante y sumamente atractiva se había vuelto una anciana.

Aurora sospechó que su presencia sobraba. Que lo que debía ser un instante de alegría se había empañado, dejando su hueco a otro más íntimo donde, quizá, asomaran los reproches.

Hugo tomó del brazo a su mujer y, al hacerlo, le asoló el miedo. Peor, un pánico atroz.

—A ti te sucede algo malo —aseveró—. Esto no es un simple embarazo. Ahora mismo llamamos a…

No pudo terminar la frase. Berta sufrió un desvanecimiento, resbaló entre sus brazos y se desplomó en el suelo.

La clínica Santa María estaba a escasas manzanas del hotel. Era un recinto luminoso de habitaciones caldeadas y pasillos cargados de plantas.

—Su esposa padece una anemia perniciosa —diagnosticó un médico de aquel sanatorio—. Necesita una transfusión urgente o su vida corre serio peligro.

Los gritos de desesperación de Hugo arañaron las paredes.

—Haremos lo posible por salvar también al bebé —le calmó el galeno.

—¡No lo quiero! —vociferó él enloquecido—. Sacrifíquenlo si le causa algún daño. ¡Les ruego, les ordeno que salven a mi esposa!

El facultativo se contrarió; no era habitual tratar a hombres tan impetuosos y descreídos. Cualquiera hubiera aceptado el designio del Señor, si la voluntad divina dejaba sobrevivir al niño en lugar de a la madre. Pero el español proclamaba un amor enfermizo hacia su mujer.

—Tranquilo, vivirán los dos. Confíe en nosotros.

Entrada la tarde, el mismo doctor le informó que habían tenido que realizar varias transfusiones a Berta.

—Una embarazada suele padecer anemia, pero lo de ella era un suicidio —le advirtió—. ¿Acaso no había notado nada antes?

Hugo se sintió culpable por no haberle prestado más atención. Había estado tan obcecado con llegar a México que no había reparado en nada más.

—¿Puedo verla? —preguntó anhelante.

—Breves minutos —consintió el doctor—. Tiene que permanecer ingresada lo que resta de semana y cambiar su alimentación. Mucho hierro. A partir de ahora debe ingerir un filete de hígado diario.

Todo eso estaba muy bien —hasta un caballo entero podría comerse—, pero él necesitaba abrazarla. De repente le arrolló la inminencia del viaje.

—Embarcamos el 9 de noviembre —dijo Hugo—. ¿Será posible?

—Calma, llegará a tiempo —aseguró el médico cotejando los datos de los documentos de ingreso—. Saldrá de aquí como nueva.

La habitación tenía las cortinas echadas, una luz tenue y el olor dulzón de la sangre. Hugo se abalanzó sobre Berta. Mesó su cabello y besó los mullidos labios, con rabia y hambre. Su boca era el único refugio del que no deseaba moverse ni un milímetro. « Ya ha pasado, amor mío —repetía él sin cesar—. Esto va a terminar en unos días» .

Estaba asustado. Se negaba a afrontar el drama de su enfermedad y prefería encarar el ingreso en el sanatorio como un hecho anecdótico. A Berta no. A ella nunca podría sucederle nada, sin embargo, el miedo le atenazaba como otras veces. Esa terrible inseguridad de extraviar a su columna vertebral.

—Duerme, amor. Yo también voy a tratar de hacerlo —se despidió. Y salió hacia el hotel entre sollozos.

De pronto comenzaron a bullir en su cabeza las dudas: ¿Habrían hecho bien al tomar la decisión de evadirse? Sí, atesoraba un pasaporte mexicano en su bolsillo, pero ese país no dejaba de ser un sucedáneo de patria. A lo mejor debía buscarla no en lo material de un trozo de tierra, sino en los afectos que mallaban entre sí las personas. Contemplado así, Berta y sus hijos eran lo único que necesitaba para enraizar en cualquier sitio.

Mientras tanto Aurora había dedicado aquellas eternas horas a cuidar de los

niños, esforzándose en apartar cualquier pensamiento negativo, pero ni siquiera las palabras de Hugo explicándole las previsiones optimistas de los médicos lograron aplacar su ansiedad, así que cuando hubo acostado a los pequeños salió a la calle. No importaba a dónde ir, solo quería andar.

¿Qué sería de ella si Berta no regresaba?

Se sentía desamparada. Como cuando tuvo que abandonar por la fuerza, siete años atrás, el torreón de Casa Gialla. Entonces había contado con su presencia cerca, en esa mezcla de firmeza y cariño que caracterizaba el trato que Berta le había dispensado siempre. Pero ahora, la mujer que había acreditado la habilidad suficiente para desatar sus laberintos se revelaba cautiva de sus propias dificultades.

Un temporal azotaba las gavias de los veleros. Aurora las oía agitarse a lo lejos según sumaba pasos y pasos, hasta que le dolieron las pantorrillas del frío. Hasta convencerse de que la única garante de su vida era ella misma.

En los días siguientes una llovizna fue calando los cimientos de Lisboa y la humedad se hizo insoportable. Por suerte, Berta se repuso bastante y volvió al hotel, transformada en la mujer organizadora y resolutiva de siempre.

—« Barbárie vermelha» —releyó Hugo en *El Diario de Lisboa*. El periódico, en el artículo, apelaba a la ideología desde las trincheras periodísticas—. Así califican el rastro dejado por la República. Dicen que ayer el gobierno en pleno marchó a Valencia.

—¿Para qué? —preguntó Berta distraída, repasando las maletas.

—Huyen porque Madrid está a punto de ser liberada por los franquistas.

—O condenada. La historia se cuenta según quien la escriba. Ellos tienen la consigna de decir que Rusia trata de invadir España y otros, la de creérselo. ¿Estás seguro de marcharnos? A lo mejor ya no es preciso.

—¿Y tú? —dijo Hugo apartando el diario y abrazando a su mujer.

Entonces sus hijos, pletóricos, irrumpieron en la habitación.

—¡Lo hemos visto! —anunció el mayor—. ¡Como una ciudad entera!

—¡Es enorme! —añadió Aurora, desplomándose sobre la alfombra—. Más que en las fotos o en el cine. Ni levantando la cabeza se ve dónde termina.

El 9 de noviembre, el cielo recibió la consigna de aplacarse y paró la lluvia.

La bocana principal del puerto hervía entre carreras de última hora y apreturas de porteadores y viajeros que admiraban un espectáculo colosal.

Todo lo imaginable. El propio universo reducido a un gigante de hierro con tres humeantes chimeneas, donde hubiera cabido una torre de apartamentos completa. Era el *Île de France*.

7

—Apúrense, que el barco está al llegar —espoleó Aurora a las indias, porque su medida del tiempo no parecía la misma que la de ella.

Hugo las ayudó a desatrancar el portalón de carruajes y lo atravesaron como si fueran un cortejo nupcial.

—¡Cuidado, no vayan a malograr nada! —amonestaba ella mientras tomaba al chico por el brazo—. Verás si no llega alguna bandeja.

La casa azul esquinaba la calle Aquiles Cerdán con una callejuela sinuosa y poco transitada llamada La Lagunilla. Su ubicación era una suerte porque, en la inquieta Veracruz, concedía a la vivienda bastante independencia. La fachada se abría a la calle a través de numerosas ventanas. Y en su interior, crecía un vergel inusual para una zona de vegetación algo agreste, abatida además por un aire salobre cargado, a veces, de arena.

Aurora, el joven Hugo y las indias anduvieron unos pocos metros antes de desembocar en Independencia y girar a su izquierda. La calle principal se había convertido en una frenética avenida rota en canal por el tranvía de la ciudad. A ambos lados bullía la vida comercial de Veracruz, capitaneada en buena lid por españoles que pleiteaban una parcela de mercado con todas las nacionalidades posibles.

Al pie de la panificadora El Colón, sentada en los bordillos del adoquinado, enredaba Amelita Costa. La niña era un renacuajo de cinco años que había llegado de Asturias a bordo del Siboney, junto a su madre y sus tías. Ellas aguardaban a unos hombres que se habían quedado en España, a la espera del momento propicio para exiliarse. Nunca lo harían. Murieron antes.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —preguntó Aurora pellizcándole la punta de la nariz.

Una sonrisa mellada se lo confirmó, mientras devoraba roscos de anís.

A Aurora le gustaba recorrer las aceras, contemplando sus escaparates de sugerentes nombres, como Flor de Lis, La Mariposa o El Arca de Noé. Qué diferentes resultaban esas tiendas respecto de las que había frecuentado en el Madrid prebélico. Ahora compraba en establecimientos de artículos exóticos que, de tanto verlos, se habían hecho cotidianos: sedas y perfumes, abanicos tallados en nácar y rematados con plumas de ganso, figuras de marfil, chalinas, jarrones

y juegos de té. Muñecas de *sololoy*. Muselinas y encajes de importación. Bonetería y lencería en colores increíbles.

—¿Van a recibir a los suyos, señorita? —oyó decir a su espalda.

Domingo Kuri atendía a unos clientes en la puerta de su comercio y saludó cortésmente. De origen libanés, aquel hombretón había llegado a Veracruz hacía tanto tiempo que dominaba el idioma a la perfección. Incluso se reconocía jarocho, algo que no le impedía ofrecerse a las autoridades como intérprete si desembarcaba algún ciudadano de lengua árabe. Los Vigil de Quiñones promediaban las compras entre su firma y la Casa Salum, otro almacén de ropa, situado en la avenida 5 de Mayo y poseedor del mejor lino inglés del estado.

—Sí, y usted, ¿no va al puerto? —se interesó Aurora.

—Cuando disponga mi señora. Ahora está terminando el tabulé y una fuente de kebbe rellenos.

—¡Qué bueno! Seguro que los probaremos, señor Kuri. ¡Hasta pronto!

A medida que avanzaban por Independencia, la mixtura de aromas crecía en intensidad. Cualquier olfato no curtido se hubiera mareado, pero ella no. Ella paladeaba el cilantro, la canela, el achiote, los chiles en nogada o el pozole y ligando sus sabores abrigaba la convicción de formar parte de una ciudad capaz de urdir un cosmos culinario en cuyas marmitas bullían mil parabienes.

Adoraba México. Jamás se hastiaba de sus fachadas teñidas en cualquier color del arco iris, ni de las especias que apareaban el gusto de la carne o las verduras. Menos aún de su mar infinito. A pesar de lo sucedido desde su llegada, del dolor y la ausencia, confesaba ser razonablemente feliz allí.

En cuanto distinguió el Gran Café del Portal, torció a su izquierda y, a la altura de la catedral, el grupo enfiló el paseo del Malecón.

Se fueron sumando a la comitiva que transitaba la avenida paralela al mar muchas criadas con acetres suspendidos en la espalda —tal y como las indias anudaban ahí sus bebés— y bastantes parejas trajeadas. Sabían que el atraque del Quanza era inminente.

Pero Aurora debía cumplir el último tramo sola, sin la escolta del chico ni del servicio, puesto que, si bien todos en la ciudad conocían a Edwina Schäfer, eso no implicaba que tuvieran buena opinión de sus negocios. La alemana había viajado también en el Île de France y, salvo los años en los que la familia residió en Puebla, ambas mujeres se habían convertido en inseparables.

8

Puerto de Lisboa, Portugal. 9 de noviembre de 1936

Aurora avanzaba a pasos cortos, alineada entre el pasaje de primera clase. Otras niñeras se situaban en la hilera de tercera, junto a los de su posición, a expensas de ser requeridas por quienes contrataban sus servicios. Pero ella no. Ella, esa brillante mañana, se sintió un miembro más de la familia. Su nuevo pasaporte así lo certificaba.

Los cinco viajaban con pasaporte mexicano. Documentos falsos en los que Berta mantenía sus apellidos, pero cambiaba de nacionalidad, y Hugo había adoptado los maternos, Torregrossa de Bortoli. En esta necesaria ficción Aurora era ahora la hermana menor de Berta y, por tanto, cuñada de Hugo.

—¿No es fantástico? —inquirió boquiabierta frente al transatlántico.

—Sí, formidable —confirmó Berta.

Cerca de ellos, solo se acopiaban cifras mayestáticas: descomunales barras de hielo, bueyes enteros o terneras por piezas, miles de docenas de huevos. 4000 pollos, 8000 patos, un millar de lomos de cerdo y costillares, 6000 kilos de embutidos exquisitos, 900 bogavantes y otras tantas langostas, 600 docenas de ostras, 10 barriles de *foie*; verduras y frutas en montos astronómicos; 15 000 kilos de harina, 800 de mantequilla, 24 000 litros de vino, 8000 de champán… Todo almacenado en las fresqueras y despensas, pleiteando por un hueco entre las tripas del barco junto a baúles *wardrobre*, carritos de bebé, motocicletas o coches que planeaban izados por poleas. Sacas y sacas de correo. El leviatán engullía cualquier cosa que le echaran.

A lo lejos, rompiendo la minuciosa liturgia del embarque, se oyeron los ensordecedores pitidos de un claxon. «¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?», siseaban las lenguas de aquella Babel transoceánica que era el Île de France.

Aurora distinguió un Chevrolet blanco acercarse a la compuerta de acceso al barco.

En segundos, la portezuela trasera del automóvil se abrió y de ella surgió una larguísima pierna que fue recibida con fervorosos aplausos. Una mujer rubia

platino, enfundada en un espléndido abrigo de pieles, salió del coche. Aurora la admiraba fascinada.

—¿Quién es? —le preguntó a Berta.

—¡Carmelita Aubert! —aclaró la pareja portuguesa que les precedía en la fila—. Ustedes deberían conocerla por ser españoles. *É uma estrela de primeira*. Le sorprendió *sua guerra* aquí y ya no puede volver —añadieron—. *Coitada Carmelita, falta de sua família*.

—¿Y qué hacía en Portugal? —indagó Berta por simple curiosidad.

—Ha sido *o artista mais importante do carnaval*. ¿Ven *esse* hombre *com o* bigote que *o acompanha? Isto é* Ortigão Ramos, um emprendedor. *Possui muitos* teatros. ¿*Você* gusta la revista?

Berta no supo qué responder, pero Aurora estuvo a punto de confesar que sí. Que el mundo artístico le parecía fascinante. Embaucador y mágico. Que la cautivaba también el espectáculo del cine. Que a veces, cuando no podía dormir a causa de sus demoledores recuerdos, fantasear sobre él aplacaba tanto desasosiego. Pero se mordió la lengua al rememorar el enfado de Berta y la hiel que se le había escapado aquel día en que sucedió todo.

Se concentró en la artista española y prestó atención a lo que la pareja portuguesa explicaba sobre ella.

Carmen Recasens Aubert, Carmelita Aubert, había nacido en Barcelona y llevaba toda su vida en los escenarios, desde que siendo solo una niña se encaramaba en el altillo de la Brasserie Sergio, donde, además de cantar sus ocurrencias, vendía corbatas a los comensales. Allí fue descubierta por el *chansonnier* de moda, y rastreador de futuras estrellas, Alady. Convencida de su talento, su madre, una reputada bailarina de El Molino conocida como *la Guayabita*, la había inscrito en la Academia Cariteu, una de las muchas florecidas en la ciudad, camino de la gloria.

—¿Es muy mayor? —medió Aurora en la conversación. Se sentía obnubilada por todo lo que narraban los portugueses.

—Veinticuatro *anos, senhorita* —apuntó el caballero—. Mas artistas como *ela* no cumplen aniversarios.

Se fijó en sus manos enguantadas lanzando besos al aire. Le habría gustado contemplarla de cerca para constatar la certeza de su alabada perfección, pero Carmelita desapareció tras el hueco que se abría en la panza del Île de France entre serpentinas de bienvenida.

—*Aquele baú não se encaixa na cabine, senhora*[1]! —oyó gritar Aurora, y, al girarse, descubrió entre el alboroto a una estrafalaria mujer cargada de baúles que forcejeaba con su maleta y bloqueaba el curso de la cinta transportadora.

—*Leider verstehe ich nicht, sprechen Sie Deutsch*[2]? —insistía ella.

—*Sorry, ich kann helfen*[3]? —atemperó una voz masculina a su lado—. Mi nombre es Tobias Leisser, doctor Tobias Leisser. Estos mozos la advierten de que sus baúles exceden las dimensiones permitidas y deben llevarlos a la bodega de previsión.

Sobresaltada, saltó su mirada del hombre al baúl y viceversa. En el interior de esas piezas se hallaba su futuro y no pensaba desprenderse de ellas ni un minuto. Tampoco quería prodigarse en explicaciones, pero aquel caballero parecía esperar alguna.

—Me llamo Edwina Schäfer —apuntó con bastantes reservas—. Soy pintora y ahí dentro llevo mis cuadros. Temo por ellos.

—Entiendo, pero se equivoca. Podrá personarse en la bodega a las horas que lo determine el capitán y de ese modo vigilar el estado de sus obras —aclaró Tobias Leisser—. Yo no me preocuparía, el SS Île de France es uno de los buques más seguros de la France Line. ¿Más tranquila ahora?

La pintora arrugó el entrecejo por respuesta.

—¿De qué parte de Alemania es usted, señorita Schäfer?

—Señora Schäfer —corrigió ella duramente.

Le molestó la pregunta. Malgastar el tiempo en cortesías, cuando anhelaba recluirse en el camarote y dormir. Olvidar. Edwina asió el bolso de mano con el propósito de seguir al mozo, pero él frenó su intención.

—Sería la primera —le increpó Leisser.

—¿Perdón?

—La primera mujer que no muestre curiosidad. ¿De veras no le incumbe de dónde soy? ¿O se está reprimiendo? Apostaría a que…

—Me trae sin cuidado de dónde es usted —respondió malhumorada.

Edwina Schäfer aireó el abrigo al girarse y se fundió entre los pasajeros.

Extraño aspecto el suyo, con unas amplísimas prendas celando sus piernas y ese aparatoso turbante que escondía el cabello. Tobias Leisser no hubiera sabido concretar si le parecía atractiva o todo lo contrario, pero su apariencia era muy intrigante. ¿Una dama solitaria en un mundo flotante?

Si lo que pretendía era huir de cualquier flirteo en el barco, desde luego a él, lejos de ahuyentarle, le había estimulado. Le gustaban las mujeres difíciles.

El doctor Leisser se quitó las gafas y aventuró el tipo de trasero oculto bajo el holgado vestido. Mientras pulía sus lentes, reconoció que los trazos de su rostro le habían inspirado cierta familiaridad, lo que para alguien como él, acostumbrado a recordar hasta los detalles más nimios, generaba desasosiego.

Ahora no se la quitaría de la cabeza en toda la travesía. Estaba condenado a probarla.

El sonido de las sirenas anunció que el barco estaba a punto de zarpar. En el muelle una orquesta interpretaba serenatas universales, mientras una lluvia de

cintas de colores y confeti caía sobre los pasajeros de la nave, que agitaban sus brazos para despedir a los que quedaban en tierra.

Aurora observaba melancólica cómo se alejaban del puerto para empezar su particular travesía hacia una nueva vida.

9

En el interior del Île de France.

Después de embarcar, Edwina Schäfer se encaminó hacia su camarote, y allí permanecía cuando el buque iniciaba sus primeros vaivenes.

No deseaba encontrarse con nadie. Adquirir un billete de primera clase le había garantizado un cuidado transporte del equipaje y el derecho a la privacidad, pero ahora le inquietaba el que sus baúles estuvieran tan lejos de ella.

Por suerte disponían de férreas cerraduras, cuyas llaves velaba en su escote colgadas de una cadena, pero, aun así, en breve iría a comprobar su buen estado. Eran su salvaguarda.

La enigmática viajera posó su mirada en la decoración de la cabina: muebles de ébano y demás maderas exóticas, tiradores de baquelita, lámparas fabricadas en cromo, cristal, ámbar o concha de tortuga. Sin lugar a dudas, el Île de France era elitista, lo habían fletado en 1927 y resultaba un justo homenaje al *art déco*. Jamás había disfrutado de tanta exquisitez y vanguardismo en su país.

Sentada frente al espejo de un tocador cuyo marco ensamblaba un sinfín de piezas de *harewood* en formas romboidales, se quitó el turbante y procedió a desmaquillarse. Al poco su retrato emulaba a un lienzo abstracto, embadurnada de ungüentos, y con esa expresión de náusea que el contumaz mareo petrificaba en su rostro. Temió que el suelo temblante le fuera a dar el viaje.

Edwina estuvo un rato absorta, estudiando su reflejo, mientras se acariciaba el cabello recién oxigenado y cortado a trasquilones. ¿Acaso le agradaba el cambio? Pues claro que no. La mujer del espejo era una intrusa.

Sobre la cama, la mezcla de ropajes encargados de hacerla parecer más gruesa, las tupidas medias de un color sonrosado, los antiestéticos zapatos planos. En su boca se dibujó una mueca de amargura.

Qué extraña se sentía. Como una serpiente escupiendo su vieja piel.

¿Sería capaz de empezar de nuevo? ¿De reinventarse? ¿Podría vivir de espaldas al arte que la había acompañado desde que tenía uso de razón y que corría por sus venas paralelo a la sangre? A pesar de custodiar en los baúles los

secretos de la disciplina que la había encumbrado al Olimpo, su obligación era marginarla. Demasiado duro para una artista renunciar a ello.

« Soy una pintora. Lo demuestre o no, eso es lo que soy» , repitió en voz alta como un mantra.

En cuanto el Île de France dejó el puerto, sus máquinas rugieron y el mar se abrió en lenguas de espuma que saltaban por encima de las barandillas.

Los Vigil de Quiñones ocupaban dos cabinas de primera clase. Una vez deshecho el equipaje, lo primero que hizo Aurora fue desplegar el mapa con las dependencias del buque, para orientarse en aquel galimatías. Enseguida comprobó que podría encontrar lo que ofrecía cualquier ciudad, pero a una escala reducida: varias piscinas, gimnasio, peluquería, salón de belleza, de juegos o música.

La imprenta marítima distribuía también listados de pasajeros —a fin de decidir con quién se quería coincidir y a quién evitar—; un vademécum sobre asuntos cotidianos de la rutina a bordo —cambio de divisas, horarios y tarifas— y la edición diaria del periódico *L'Atlantique*.

Aquello era un paraíso flotante donde materializar cualquier deseo.

En su primera noche, Aurora cenó con los hermanos en el camarote que compartían, mientras que el matrimonio acudió al comedor de lujo. Quería descansar, pero, a pesar del arrullo del agua meciendo el barco en un relajante bamboleo, tenía la nefasta intuición de que le costaría conciliar el sueño.

—Angelitos, cómo duermen —pronunció en voz alta, al velar a los niños—. Si no hubiese sido por vosotros, que me ayudáis a levantarme…

En efecto, su presencia la había obligado a sobreponerse de los problemas adultos. La demanda continua de actividad y el esfuerzo por entretenerlos diariamente le impedía pensar en sus propios miedos. Tras un rato girando y girando entre las sábanas resolvió levantarse para acercarse a una de las claraboyas. A través del cristal descubrió un cielo que se confundía con el mar, dibujando una desasosegante negrura en el horizonte. De repente sintió vértigo. Conocía esa sensación y lo que en ella provocaba. Empezaban por sudarle las manos y la humedad continuaba en el nacimiento del cabello; en su vientre, entre las ingles y tras las rodillas, en las corvas. Entonces se clavaba las uñas en la palma contraria, enrojeciendo la piel hasta que el dolor no le dejaba respirar. Solo así podía ahuyentar ese fatídico instante, que ella invocaba con extraordinaria claridad.

Los demás no. El resto era un amasijo de amargas vivencias, que algún día tendría que ordenar en su memoria.

Pero el apocalíptico disparo que pulverizó su vida siete años atrás volvía una y otra vez como si la pistola acabara de detonarse.

El comedor de primera clase ocupaba tres cubiertas y se consideraba la joya del

Île de France: un hercúleo salón, sustentado sobre basamentos de mármol, en los que se engarzaban decenas de apliques de cristales Lalique. La pareja descendió la escalera e identificó su mesa, la número 21.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo.

—Mareada —confesó Berta.

En realidad se sentía profundamente incómoda; incluso sin haberse vestido de etiqueta, como era costumbre en la primera cena.

—¿Un remedio contra el mareo? —se aprestó a sugerir uno de los comensales según le mostraba una caja de Mothersill's—. Es lo mejor contra el *seasick*, señora…

—Torregrossa de Bortoli. Se lo agradezco, pero no —rechazó ella.

—No tiene usted acento italiano —apuntó capcioso el caballero de su derecha.

—Mi marido es quien es italiano. ¿Y usted?

—¡Oh, *sorry*! Tobias Leisser. Soy fisiólogo y psicoanalista. Aunque habiendo nacido en Austria parece natural, ¿no cree?

Berta sonrió desganada. Le pesaba más tener que ser diplomática e hilvanar expresiones corteses que su abotargada cabeza. Además, el aspecto físico del austriaco era repelente. Su pelo, rasurado a pesar de la calvicie frontal, asomaba en ronchas, entre rubias y canosas. La piel de las manos y el rostro, infectados de manchas, presentaba restos de lo que parecía un eccema mal curado. El labio inferior oprimía al superior en un claro prognatismo. El hombre, a quien habría calculado no más de cuarenta años, llevaba unas gafas redondas de pasta de carey y, cuando las limpiaba, mostraba sin reservas lo más maquiavélico de su anatomía: unos ojos tan flemáticos y calculadores que despertaban un inmediato recelo hacia él.

A Berta le incomodaba también su aliento. Poseía un tufo acre y pastoso, a moho o a agua corrompida. Aunque pudiera ser que el embarazo afinara en ella la sensibilidad olfativa.

En cualquier caso, Tobias Leisser parecía el mismísimo demonio.

—Nos van a disculpar, pero mi mujer está encinta y no se encuentra bien —se excusaría Hugo antes de los postres, después de que Berta lanzara varios gestos de auxilio a su marido.

Todos los despidieron ceremoniosamente. El austriaco, por su parte, esperó a que capitularan las primeras víctimas del mal del océano. Entonces, y tras disolverse la mayor parte de las mesas, salió del comedor y se encaminó a su misión en el Île de France.

En esta ocasión parecía sencilla. Simplemente, debía elaborar un informe a fin de que sus contactos concluyeran el futuro del navío. Si por él fuera lo habría sentenciado en el fondo del océano, pues no era más que un compendio de frivolidades para ociosos ricachones melifluos. Pero él no elegía qué barco

explosionar y cuál no. Leisser solo maquinaba detallados documentos que movían a otros a tomar decisiones.

La primera noche resultaba idónea para no ser descubierto. El pasaje estaba agotado y la tripulación, atenta a la navegación.

Antes de tomar el ascensor que descendía a tercera clase, había memorizado el enjambre de pasillos y galerías del barco. No necesitaba trasladar sus datos al papel de inmediato. Poseía una privilegiada retentiva.

De hecho, esta virtud había contribuido de modo determinante a la eficacia de su « trabajo» , en un momento en que el mundo necesitaba mentes como la suya. Eso y su ideología, claro está. Su convicción de que el estragado presente necesitaba un revulsivo, hasta llegar a construir un futuro de orden. Para ello el Führer los guiaría con destreza.

Veinte minutos después alcanzaba el corazón del gigante de hierro, a treinta metros de profundidad. Antes había superado la cubierta de tercera clase, repleta de literas adosadas, los camarotes de la tripulación y las bodegas. Dentro de ese averno, se desnudó de cintura para arriba. El termómetro marcaba 68 ºC.

Enseguida, de entre los bolsillos, guardadas en los dobladillos del pantalón, fue extrayendo pequeñas piezas mecánicas que encajaba con minuciosidad. Así conformó un artilugio valioso. Esa Leika era tan fácil de camuflar que nadie podría imaginar que la ocultase en su americana.

Una hora estuvo fotografiando Tobias Leisser la sala de máquinas del Île de France.

Aurora había vuelto a la cama a pesar del insomnio. Con el embozo hasta el cuello, paseaba la mirada por el mobiliario encajado al milímetro en los huecos de la cabina. La tenue luz que se filtraba por la puerta y el ojo de buey era suficiente para distinguir los espacios. Y allí, entre las sombras, lo reconoció.

Recordaba haberlo abandonado en una esquina nada más entrar, antes de deshacer las maletas y colgar primorosamente las prendas en el armario. Fue un acto reflejo con la intención de ignorarlo, de esquivar su piel rojiza oscurecida por el tiempo y el roce de las manos. Las suyas no, porque nunca lo tocaba. Tan solo rozarlo le desataba un calambre que atizaba cada músculo de su cuerpo.

—Ven conmigo, Aurora —le había dicho Berta al poco de cumplir diez años.

Estaba embarazada de su segundo hijo y, también esta vez, las molestias de la gestación la diezmaban mucho. Berta la condujo a la alcoba principal y allí sacó de su vestidor una especie de cofre, de alrededor de medio metro de largo y unos treinta centímetros de ancho y alto.

—Creo que es el momento de que bajes esto a tu cuarto —anunció lustrando el baúl según hablaba—. Dentro están las respuestas a esas preguntas que te haces, aunque no quieras hablar conmigo de ello.

Aurora frunció el entrecejo sin entender bien a qué se refería.

—Tu historia, Aurora —desveló Berta—. Y la de ellos dos. Guardé los detalles al día siguiente de la noche de San Juan, pensando que tú, algún…

No quiso oír más y se precipitó escaleras abajo. Aquella tarde Aurora se encerró en el dormitorio y se negó a cenar, a pesar de la insistencia de la cocinera. Asumía que estaba comportándose de un modo negligente, pues su deber era cuidar del pequeño Hugo, pero ella necesitaba recomponerse. Acallar en su mente el sonido del disparo, el chup-chup de las gotas de sangre al caer sobre el suelo y disgregarse en infinitesimales partículas. Hacer desaparecer la imagen de la babucha de filigranas doradas tan cerca de su mano, la de la indómita melena según perdía las horquillas a su paso. Era inhumano soportar tantos recuerdos.

Al cabo de unos días encontró una llave sobre su mesilla. Nunca la había visto antes e ignoraba qué podría abrir con ella.

Expectante, Aurora miró a su alrededor hasta descubrir el baúl en el interior de su armario. Estaba clara su advertencia: nadie daría carpetazo al pasado sin antes rendirle cuentas. Sin embargo, ella aún no estaba preparada.

Desde entonces había tenido que bregar con la amenazante presencia del cofre en el mismo cuarto donde dormía. Soportar que Berta indagara a cada tanto si lo había abierto. Y por último, el martirio de trasladarlo de un lugar a otro en su deserción hacia México.

A nadie le había hablado de lo que le provocaba mirarlo. Nunca dijo que a él se refería mentalmente como el Baúl de los Secretos.

10

Île de France, en algún lugar del Atlántico

La travesía invitaba a repetir a diario la misma liturgia: hamacas reservadas desde primera hora persiguiendo el curso del sol, té a las cuatro, partidas de tenis y *ping-pong* junto a las chimeneas del barco, carreras de sacos, bailes en cubierta, discos de *shuffleboard* arañando la teca… El rítmico chapotear del agua en el casco mientras cabeceaba su proa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Hugo a Berta acariciándole la barriga.

—¿Notas cómo se mueve? —respondió ella.

A lo lejos campaneaba un gong que anunciaba la cercanía de la cena. De buena gana Berta habría cambiado la tumbona por la cama, sin embargo, se había prometido no aguar el viaje a Hugo.

La fatiga volvía a mellarla y por la mañana había consultado al doctor del buque, a espaldas de Hugo. «El aire de mar relaja o reconstituye según cada paciente. Mejorará, no dramatice», había concluido él, recomendándole paciencia. Pero en ocasiones la perdía, pues resultaba difícil ocultar sus ojeras, la palidez y unas ronchas oscuras que brotaban en su piel sin ningún motivo.

Esa noche Berta y Hugo se vistieron de largo y con esmoquin. Las cenas en el Île de France exigían un arreglo propio de una estrella de cine, y más si se compartía velada junto al capitán. Como era el caso.

Por la escalinata en piedra de Lunel y mármol amarillo, desfilaron trajes cortados al bies, dibujando líneas angostas y adherentes. Drapeados en seda, vaporosas túnicas de tul y muselina creadas por Madeleine Vionnet. Diosas de piel pálida, cejas egipcias, boca roja y cabellos color mies.

—Dado que son españoles —saludó el capitán en castellano—, entendí que les placería coincidir con su gran artista Carmelita Aubert.

Fue la última en aparecer, y lo hizo entonando un tango arrastrado, mientras sorteaba a los comensales entre aplausos.

A pesar de lo sofisticado de su aspecto, Carmelita saludó campechana, y, al colocarle delante una langosta, la agarró con los dedos sin miramientos. Al final

se descubrió como una de tantas jóvenes barcelonesas, abatida por el devenir de los suyos e inquieta ante el futuro de España.

—Nada, que no puedo volver —aseveró ella—. La *meva mare* está allí y no la puedo traer conmigo tampoco.

Durante la cena se esforzaba en negar cualquier adscripción al firmamento artístico que, en cambio, subrayaba el empresario Ortigão Ramos, promotor de su *tournée* mexicana. El empresario había puesto a sus pies el Parque Mayer, una especie de Broadway lisboeta, donde era aplaudida tanto por el pueblo como por lo más granado de la alta sociedad europea. El conde de Villapadierna o el duque de Windsor y Wallis Simpson se confesaban grandes admiradores de la tanguista, que además se atrevía con el *jazz* en su repertorio. Lástima que la cerrazón política hurtara tantas habilidades al público español.

—Al actuar no cuentan las ideas. Somos de quien paga —explicaba ella con desparpajo—. Pensamos, como todo el mundo, pero callamos porque nuestra religión es no pasar hambre.

—Carmelita, *você tem que ser mais discreta* —alertó Ortigão Ramos.

—¿Este barco no pertenece a Francia? ¡Es territorio libre! —protestó ella.

—¿Por qué no puede regresar? —preguntó curiosa Berta.

—¿Ha visto *Abajo los hombres*? —dijo la artista dirigiéndose a ella.

Berta negó agitando la cabeza.

—Una película que parece hecha en Hollywood —aclaró Carmelita—. Es un musical dentro de un barco igual a este, donde solo había mujeres y… *quin disbarat*! Pues no canto un tango llamado *Clemencia* y el año pasado me lo censuran porque decían que pedía la amnistía para los de la insurrección de la Generalitat en el 34… ¡Y ahora me persiguen por la misma película, pero los del bando contrario!

—No entiendo —apuntó Berta desconcertada.

—Porque la dirigió José María Castellví, miembro de la FAI. ¡No hay más!

—Carmelita, *per què no ens cantes Cocaína en Flor*? —El empresario pidió la melodía del anuncio de moda, en un intento de cambiar de asunto.

—« Cocaína en flor, perfume de amor…» —arrancó a tararear—. Cantar, yo la canto. Pero eso no quiere decir que use la colonia.

—*Què rebel*! —exclamó él.

—Es muy inteligente y goza de personalidad a pesar de su juventud —medió Berta—. Portugal tiene la fortuna de disfrutar de ella, no así su país.

Edwina Schäfer había leído tantas veces el listado de pasajeros que se sabía de memoria sus apellidos y la cabina que ocupaba cada uno. Hasta el momento no había frecuentado el comedor de primera clase en los horarios más concurridos. Al contrario, acudía cuando el barco se desperezaba o cuando quedaban las

sobras del menú.

Tampoco conocía la sala de música ni el refinado salón de té, y se había perdido la contemplación de un Jean Dupas, cuyo colorido alababa todo el pasaje.

Pero esa noche, harta de su ostracismo en el camarote, decidió cenar a una hora convencional en segunda clase. Tenía hambre y sus tripas protestaban. Al acceder al comedor escogió una discreta mesa. Pocos minutos después se aproximó un camarero, junto a una champanera y dos copas.

—Se ha equivocado, no he pedido eso —advirtió ella tajante.

El sirviente se disculpó, indicándole la presencia de quien la remitía.

—Aun así, llévesela.

A partir de ahí cenó frugalmente, arrepentida, y con deseos de regresar a su cabina.

—¿Tan poco aprecia a los de su posición que prefiere juntarse con la plebe? —le interpeló Tobias Leisser.

—Lo mismo que usted, doctor. Disculpe, prefiero continuar sola.

Pero él estaba decidido a hacerle compañía. La alemana le miró displicente. Leisser parecía un lechón horneado tras su prolongada exposición al sol.

—He pensado mucho en usted estos días —confesó irónico—. De hecho, la he buscado por las crujías sin éxito. ¿Acaso se esconde de mí?

—Le agradezco su preocupación, pero debo retirarme temprano —zanjó Edwina el rumbo de una charla que no le interesaba lo más mínimo.

—¿Sus baúles se encuentran en buen estado?

La mujer sintió una sacudida, imperceptible al ojo humano, pero suficiente como para dejarla clavada en la butaca.

—Supongo. He tenido otras cosas en que pensar —mintió ella.

—¿Por qué será que no la creo, señorita Schäfer?

—Señora —silabeó Edwina irritada.

—Hay algo en usted que me es tremendamente familiar —dijo aproximándose a ella y rastreando sus manos—. No paro de darle vueltas, dónde nos habremos visto antes…, Edwina.

—Se equivoca. Si fuera así, lo recordaría —aseguró desafiante—. Un rostro tan repugnante como el suyo no se olvida nunca.

Edwina arrojó la servilleta sobre la mesa, volcando la copa de vino sobre la pechera de Leisser. Mientras él se limpiaba blasfemando por lo bajo, ella se levantó y se esfumó entre las mesas.

Tobias Leisser tuvo que reprimirse para no lanzarse tras ella y reventarle la cabeza contra la pared. Ninguna mujer se atrevía a tratarle así.

Él las dominaba. Si bien el físico no le acompañaba, sí lo hacía su habilidad para manipular sus cerebros. Rabiando por dentro, salió del comedor rumbo a la bodega de previsión.

—Soy *Herr* Schäfer —advirtió al botones—. Necesitaría abrir mi equipaje, por favor. Está a nombre de mi mujer: Edwina Schäfer.

—Por supuesto, *Herr* Schäfer —respondió—. ¿Me muestra su identificación?

Leisser palmeó su chaqueta fingiendo buscar algo en ella y al final se llevó la mano a la frente, en señal de despiste.

—¡Oh, me la he dejado en el camarote! Llegamos tarde al baile y ella necesita un tocado. Si regreso sin él, no sabe la que me espera. ¿Podría hacer el favor?

Al principio, el ordenanza negó con la cabeza, pero en cuanto distinguió los francos encima del mostrador, y puesto que solo cubría unos minutos al compañero que había tenido que ausentarse, condujo a Leisser hasta las valijas. ¿Quién se iba a enterar de su indolencia?

—Cinco minutos —advirtió el trabajador.

¡Ahí estaban! Dos baúles más altos que él y cuya anchura ocupaba el doble de su torso. Los golpeó con los nudillos. Entendió que era madera cubierta de piel, pero con algún refuerzo metálico en su interior. Pesadísimos. No le extrañaba ahora que los hubieran confinado en esa bodega. Desde luego, no le parecieron muy nuevos —les calculó unos diez años de vapuleada vida—, ni que hubieran sido fabricados en Alemania. Quizá su autoría fuera inglesa. Los británicos tenían práctica en proyectar enormes mudanzas a lo largo y ancho de los océanos.

Sin poder zarandearlos dadas sus dimensiones, calculó qué contendrían. Los cuadros no eran muy pesados. Salvo que los acarreara con marcos incluidos. Pero ¿quién en su sano juicio se aferraría a unas simples molduras? A no ser que estas valiesen su peso en oro. « Maldita zorra alemana, ¿qué llevas ahí dentro?» , rumió mientras echaba un vistazo a sus cerraduras.

—Su marido acaba de entrar, señora Schäfer. Se le ha adelantado —decía el botones a viva voz.

Leisser se quedó paralizado. Había que reconocer que era listo el grumete: le estaba avisando. De ese hábil modo demostraba que, entre la lealtad a su trabajo o al dinero, el joven sabía bien qué elegir. Entonces se deslizó a lo largo del pasadizo hasta quedar oculto tras unos equipajes, desde donde vio acercarse a Edwina, claramente ansiosa.

—¿Dónde está mi marido? —gritó al grumete.

—Creo que me he equivocado, *Frau* Schäfer —se disculpó bajando la cabeza —. Se trataría de otro pasajero.

El austriaco observaba la escena salivando. Ahora sí que estaba seguro de haber coincidido antes con esa mujer, y no pararía hasta averiguar dónde.

El barco temblaba continuamente. Aurora lo sentía al permanecer estática unos segundos apuntalando sus piernas abiertas; pero si hubiera descendido a las entrañas del buque, mayor habría sido su oscilación.

Así se lo había aclarado la extraña mujer con quien coincidiera durante una de sus excursiones por el Île de France. Desde entonces se veían a diario, aunque lo guardase en secreto.

—¿Cuándo me pintará a mí? —le preguntó al poco de conocerla.

—Aún no tengo paz para retratos —aseguró ella—. Prefiero dibujar el mar, que me calma.

Le había dicho que se llamaba Edwina; que había sido una reconocida artista en su país, hasta que una terrible desgracia la había enemistado con su talento. Aurora imaginó la eventualidad de una viudez prematura o el adiós de una pareja que le habría inundado de desesperanza. Desde luego, la alemana no había sido tan explícita en ese lenguaje repleto de palabras como bisturís. « Se me ha olvidado tu idioma» , se excusaba, aunque ella la entendiera perfectamente. La solía encontrar en una hamaca, cerca de la amura de estribor, donde la pintora garabateaba sus cuartillas, que al poco terminaban desterradas en un cartapacio. « No me llega la inspiración» , se disculpaba para no mostrarle sus bocetos.

Tampoco mostraba sus rasgos, que ocultaba bajo unos excéntricos turbantes y unas gafas de sol. Incluso cuando hablaba con ella se cubría las piernas bajo la manta, para que no quedara libre ni un centímetro de piel. Aurora había llegado a pensar que padecía alguna extraña dolencia de la que se negaba a hablar, pero terminó interpretando que su enfermedad se llamaba tristeza. O melancolía. Igual que la suya.

11

Edwina nunca premeditó echar raíces en Veracruz.

Inició la travesía sin destino concreto, pero, una vez hubo desembarcado, aquel lugar repleto de mercancías apiñadas le pareció tan malo como cualquier otro. O tan bueno.

—Me da pena despedirme de usted —dijo entonces Aurora en la escalerilla, a punto de descender del Île de France—. Le he cogido cariño.

—Es más fácil reconocer eso cuando no se volverá a ver a alguien —apuntó cáustica la alemana.

—¿Cree que nunca más nos encontraremos? —habló la niñera con un poso de amargura—. Bueno, usted se queda en un edén. ¿No le parece hermoso?

Ella no tenía ojos más que para ese mar turquesa y la luz blanquecina con la que el sol abrazaba Veracruz.

En cambio, a Edwina le parecía haber llegado a un estercolero. La ciudad se le antojó sucia, maloliente y salvaje; de calles sin asfaltar donde los zopilotes carroñaban la basura. Llena de gente pobre y peces hediondos de los cuales se habrían hastiado incluso los mosquitos, porque había una nube de ellos apostada sobre los equipajes a la espera de sangre nueva. Esta fue su demoledora impresión. Aunque, como no quería desencantar a Aurora, cambió de asunto de inmediato.

—¿Os marcháis directamente a Puebla? —preguntó.

—Al parecer, nos aguardan varios coches para el traslado. Quizá volvamos una vez estemos instalados, cuando Berta alumbre y se recupere.

A pesar de las buenas intenciones, Aurora y Edwina no volvieron a verse en años. Cuando lo hicieron, una y otra se habían dado por perdidas, puesto que la dirección escrita a trompicones por la chica antes de decirse adiós se la arrebató de la mano a la pintora un golpe de ese viento que batía a traición los toldos de los balcones según arrebolaba las faldas.

Edwina se instaló en el hotel Diligencias, rincón que alojaba a cualquier ilustre en tránsito; se hospedaría donde Jack London jugó durante horas a los naipes y Graham Greene tomó notas para *El poder y la gloria*, mientras degustaba vasos de tequila con cerveza. Hasta allí le había acompañado

amablemente un práctico del puerto.

—¿Todavía no estás lista? —preguntó Aurora desde el umbral aquella mañana de noviembre de 1941.

Hacía calor y se había quitado la rebeca, luciendo unos hombros brillantes. Edwina, a su vez, se quitó las gafas y la miró con el entrecejo fruncido.

—El barco, Edwina —aclaró Aurora—. Hoy toca recibimiento.

—¡Oh, por Diosito Santo! Lo olvidé —confesó despistada.

—¿Y bien?

—Tengo que terminar esto, llevo mucho retraso. —Edwina se puso las gafas y regresó a sus cuentas.

—Las tradiciones están para cumplirlas —protestó Aurora, llamando de nuevo su atención—. Si nosotros no mostramos interés, no esperemos que lo hagan los demás.

—No sé qué tan vacía vaya a quedar España si manda más barcos.

La mujer desparramó sobre el escritorio decenas de billetes y se puso en pie. Cerró la puerta con una de las llaves que escondía en su escote y acompañó a Aurora a la entrada.

Qué extraña la pintora. Al poco de instalarse en Veracruz prescindió de los plumines y se afanó en un negocio siniestro y peligroso. Para ello supo bucear en el alma mexicana hasta conocerla del todo. Y ahora a nadie le extrañaba su modo de hablar, cargado de expresiones jarochas, mientras modulaba los finales de las frases en un español que dominaba sin fisuras. Asimismo, no solo había sacrificado el acento alemán, sino algunos kilos y, tratándose casi de una cuarentona, estaba más hermosa que cuando Aurora la conoció.

Edwina deslizó el brazo por sus hombros y le recompuso la chaqueta.

—Tápate un poco. Que no vean más carne de la que tienen que mirar.

Aurora ignoró esta ternura. Estaba molesta porque al final no iría con ella y no pensaba disimularlo.

—El de hoy parecía importante —se lamentó—. Dicen que en el barco viaja Alcalá-Zamora.

—¿Y ese quién es?

—Fue presidente de la República —proclamó Aurora con grandilocuencia.

—Qué manía de hablar de lo que ya no existe. La mitad de los españoles de este país viven atarugados en otro tiempo.

—¡No seas dura! Es normal que la gente guarde sus recuerdos con cariño —atemperó Aurora.

—Nomás los entierran y mejor les iría.

—Eres imposible, Edwina. Me marcho, pues.

Se despidieron con un beso. Aurora enfiló el malecón, al encuentro de los suyos. Mientras la alemana la observaba ventear el traje, balancear la falda

suavemente como un dulce de gelatina, empezó a liar un pitillo.

—¿Venden trago? —preguntó una voz masculina a su espalda.

Era un marinero astroso, demasiado joven para carecer de dentadura y, desde luego, no el perfil de hombre cuyo aspecto serviría para apalabrar la valiosa mercancía de Edwina.

—Aquí despachamos amor —replicó insolente—. Para tal cosa no tienes pesos que valgan.

Giró sobre sus talones, evaporándose entre las brumas del local. El marino, algo azorado, repitió en voz alta el nombre que había cautivado su atención cuando se tambaleaba por la acera: La Orgía Dorada.

Edwina dedicó sus primeros días en Veracruz a caminar por todas las calles de la ciudad, bordeando los límites del centro histórico, a partir del cual el municipio empezaba a desordenarse. Inventarió las tiendas, los cafés y restaurantes. No tardó en constatar que era una ciudad canalla que rezumaba deseo por todas sus esquinas. Y reparó en que solo había un tipo de furcias: mulatas entradas en carnes, con el pecho ajado y olor a mugre, que fornicaban con los marineros a cambio de unos pocos pesos. Los marineros no les hacían ascos tras semanas de encierro en un buque, pero ¿y el resto?

¿Los caballeros de alta alcurnia? ¿Los que degustaban *brandy* y puros en las cafeterías de los hoteles, los que frecuentaban las notarías o paseaban los domingos con su familia frente a la Escuela Naval? ¿Acaso no buscaban ellos placer? Ese sería su negocio, su oportunidad en Veracruz.

Los varones que le interesaban a Edwina eran burgueses, terratenientes de paso o con raíces en la ciudad. Mercaderes ansiosos por festejar sus tratos. Políticos, deportistas, actores de pedigrí… Hombres limpios, pertrechados de recursos.

De esta forma, Edwina se confió no a la divina providencia, como hubiera hecho cualquier mujer de bien, sino a Santa Lujuria, e inauguró su primer club de La Orgía Dorada en la calle Clavijero. Ahora, gracias al emporio que había levantado, en Veracruz se podía eyacular en cada esquina.

—¿Esta mugre cuesta 60 000 pesos? —exclamó crispada, cuando terminó de examinar la casa—. ¿Dónde está la mina de oro, enterrada con las viejas?

En pleno carnaval de 1937, el experto en bienes raíces tuvo que esforzarse para acceder a la calle Clavijero y que Edwina inspeccionara el inmueble. «Quiero hacerlo a conciencia», había advertido ella. Nada más verla, el empleado llegó a sospechar que aquella mujer de pelo oxigenado y extraños ropajes se habría escapado de alguna comparsa. No en vano los carnavales de la ciudad eran muy afamados y acostumbraban a acoger personajes variopintos, venidos desde cualquier estado de la República.

—No la entiendo, señora —se disculpó él.

—¿No me ha dicho que en esta cochambrera han vivido unas ancianitas?

—Sí, señora —apuntó con artes de vendedor—. Cinco hermanas solteras que se han ido muriendo, hasta que no quedó una viva. Por eso la sobrina que vive en Jalapa vende la casa.

—¿Pero ella sabe que ofrece solo cuatro muros y medio tejado?

—Las doñitas no tenían pesos para arreglarla y como a la sobrina no le gusta el mar…

—¡El mar es para quien lo entiende! —zanjó Edwina—. Dígale que le doy la mitad hasta mañana. Pasado mañana cambiaré de opinión y rebajaré mi oferta.

La calle Clavijero tenía una ubicación estratégica, se trataba de una vía estrecha con breves aceras y algún que otro comercio diseminado. Pero sobre todo tejida por viviendas discretas y poco jaleosas. Oscura para lo que era Veracruz, cuyos toldos se pasaban el día pleiteando con el sol en una urgencia de sombras y oreo.

Perfecta para albergar en ella un prostíbulo.

12

Cuando Aurora llegó al muelle, el Quanza ya había atracado. El puerto, que fue reformado durante el porfiriato a fin de ahondar su calado y otorgarle categoría, era la entrada natural de México y convertía Veracruz en el mercado más esmerado del país. Antaño vainilla, cacao, metales preciosos, tintes o tabaco. Ahora la vida.

Y si entonces las novedades fueron recibidas con cierta desconfianza, en el presente no iba a ser menos porque un sector recelaba del secesionismo que suponía crear guetos para tantos exiliados. No obstante, ese martes no se notaban las suspicacias y en el puerto dominaba el entusiasmo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el joven Hugo a Aurora.

—Dejar las bandejas en aquellas mesas sin separarte de mí —ordenó ella.

—¿Los que están aquí son familia de los que vienen?

—¡No! —Aurora se rio de su ocurrencia.

—¿Entonces?

El chico tenía los ojos grandes del padre y la mirada parda de la madre. Era alto y guapetón, dueño de la empatía suficiente como para entender que las cosas no siempre pueden salir según capricho. Una actitud infrecuente en un chaval de doce años, pero cada vez se parecía más a Berta.

—Es una forma de desearles lo mejor. Hagamos algo —sugirió ella—: al ver a alguien de tu edad, le das la mano. Está solo y en un país que no conoce. Te lo agradecerá siempre.

—¿Y si no nos volvemos a ver? —inquirió el chico.

—Es lo más probable, pero jamás olvidará tu gesto de hospitalidad.

Cogidos por el brazo recorrieron el malecón hasta depositar sus manjares. A lo largo del fondeadero había decenas de tablones sobre los que la gente hallaba viandas, como en una feria de pueblo, formando un corredor por donde en breve desfilarían los pasajeros del Quanza.

Si bien la expectación y el número de asistentes habían ido mermando con el transcurso de los años, todavía un desembarco de esta clase merecía que el fotógrafo oficial de *El Dictamen*, Joaquín Santamaría, merodeara por allí y lo convirtiera en noticia del día.

—¿Me permitiría una fotografía la muchachita más relinda de la ciudad? —preguntó el periodista a Aurora, pues la conocía de los eventos sociales.

—¿A poco no encontró otra mejor todavía? —coqueteó ella, mientras posaba con soltura ante su objetivo.

Viejo y muy curtido, el barco portugués conocía bien Veracruz. Años atrás había partido de ella conduciendo a Porfirio Díaz a su exilio, tras estallar la revolución mexicana. Su nombre por entonces era Ipiranga. Ahora exhibía un casco herrumbroso, con la pintura ajada y vencido en su popa a causa del peso. Los primeros en aligerar el buque fueron unos inmensos cajones, de cuyo interior brotaban unos ruidos infernales.

« ¿Qué será aquello?» , se preguntaban todos en el muelle, hasta que algún erudito explicó que esa clase de mugidos solo podían ser tachados de bravura. En efecto, en aquellas descomunales cajas se hallaban los toros de lidia que habían sido embarcados en España para fecundar vacas aztecas, y así regalar a la afición mexicana grandes tardes taurinas.

Poco después los refugiados empezaron a serpentear por entre las mesas de avituallas y, para entonces, ya se había desencadenado entre los de tierra la liturgia de siempre: buscar, buscar y buscar. De este modo sus ojos brincaban ansiosos del rostro de un recién llegado al siguiente, creyendo identificar en alguno los rasgos de un familiar o de un viejo amigo. Porque, en el fondo, qué duro era saberse tan lejos de la patria.

—¿Qué hace aquel? —preguntó Hugo señalando a un hombre que corría por el muelle saltándose cualquier orden.

Ella había visto esa reacción antes. Una zancada tras otra sin que nadie les diera el alto.

—Probar la libertad —precisó Aurora—. Lo importante no es correr, sino que nada se lo impida. Algún día lo entenderás, Hugo.

—Soy mayor. A mí se me hace que ya entiendo.

El chico continuó sirviendo raciones de cochinita y pan de cazón, hasta que advirtió aquella inquietante presencia. Frente a ellos se acababa de apostar un hombre. Su aspecto era alto, enjuto y de barba crecida.

—¿Pasa algo? —interrogó extrañado a Aurora.

—¿Por? —fue su respuesta.

—¿Tú conoces a ese hombre? No te quita los ojos de encima.

Aurora levantó la cabeza y le sostuvo la mirada un instante antes de bajarla. Era un poco irracional, pero le molestaba la forma en que la observaba, casi con codicia. Como quien se asoma al interior de un armario ambicionando todo lo que hay dentro.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó, en la idea de que, si comía algo, el individuo se relajaría.

Él rehusó en silencio, sin apartar los ojos de ella.

—Está sabroso —insistió Aurora, y depositó un pedazo de comida sobre papel de estraza—. No reniegue, le va a gustar.

En cuanto le rozó la mano sintió una descarga.

—Aurora…, ¿eres tú? —tartamudeó el hombre.

Lo supo antes de oírle hablar. En cuanto advirtió esa cicatriz en su barbilla, Aurora intuyó que él regresaba desde lo más profundo de su memoria.

—Si me dejaras, te convertiría en una estrella —creyó oírle decir.

Aunque quizá no lo dijese.

13

Madrid, España. 16 de julio de 1936

Deliciosa mañana de jueves. Brillante.

Faltaban adjetivos para enaltecerla y sobraban ganas de tomársela libre.

—No tardéis —aconsejó Berta al despedir a sus hijos—. A mediodía se dispara el calor y Madrid es un infierno, Aurora.

—Descuide, señora. Una vuelta y regresamos.

Minutos después, Aurora y los dos hermanos paseaban por el parque del Retiro.

El edén de las niñeras y sus cachorros. Un avispero de barquitas y neófitos dirigiéndolas. Olor a verdín. Hojas secas crujiendo bajo los pies. Eso era el jardín más importante de la capital; pero el día añadió una actividad más a su anecdotario: lo había convertido en un plató de cine.

—¿Habéis visto eso? —Aurora llamó la atención de los niños—. Allí, donde los veladores del lago, ¿lo veis ahora? Están filmando una película.

No hubo otras explicaciones que dar, puesto que los tres echaron a correr directos al embalse que ocupaba el corazón del Retiro. Vaya sorpresa, cuando solo unas horas antes Berta no transigía con que salieran de casa; tenía miedo, pero se resistía a verbalizarlo. Aurora ignoraba a qué obedecía su excesivo celo, tan de repente, pero aquel día la vida en España circulaba a dos velocidades: una, la de los menús rápidos de las cafeterías a tres pesetas; el curso festivo de las tiendas de moda, como Freddy's o Ayalde, las tardes taurinas en Las Ventas y las veladas canallas en Chicote; y otra…, el de las conspiraciones que estaban a punto de liquidar el país.

—¿Quiénes son los actores? —preguntó Hugo tirando del pichi a cuadros de la chica.

—Creo que esos dos señores sentados —precisó ella—. ¡Oh! Mirad a la rubia. ¡Es igual que las estrellas americanas!

Bajo unos castaños de indias, una rubia de piel blanquísima se protegía del sol. Vestía un elegante traje azul ultramar con nervaduras blancas, zapatos y

sombrero a juego, y de su brazo colgaba la correa de un perro caniche.

—¿Es la protagonista? —insistía en preguntar el niño.

—Debe de serlo porque la están maquillando —aventuraba Aurora, abrumada entre querer solventar sus dudas y no perderse nada.

—¿Y el señor gordo que está a su lado? —decía ahora el pequeño Tirso.

—No sé, será su marido. O el jefe de todo esto, porque…

—Es George Marck e interpreta el papel de domador —apuntó alguien a su espalda—. El mandamás de « todo esto» es aquel que está subido a la grúa.

Aurora miró hacia donde indicaba el joven que se les acababa de acercar y distinguió la figura de un hombre muy delgado, casi enclenque, con el pelo revuelto y cierta apariencia de diablillo, pegado a una cámara.

—Se llama Armand Guerra —añadió él—, y es el director. Un imbécil.

—¿Cómo? —exclamó asombrada por su petulancia.

—Bueno, a lo mejor me he excedido —fanfarroneó el chico—. Digamos que es… presuntuoso e incompetente.

—Oye, ¿y tú quién eres para hablar así?

—¿Yo? El asistente del asistente. Un meritorio, niña.

—¡¡¡Aliaga!!! —gritaron a través del megáfono—. ¡¡¡Los figurantes a toma 1!!!

El chico se azoró e hizo ademán de salir corriendo, pero frenó sus pasos un instante para dirigirse a Aurora mientras sonreía pícaro.

—Oye, ¿vosotros queréis salir en la película?

Media hora después, la niñera capitaneaba un corro de varios chavales que canturreaban una canción popular —« … comeremos ensalada como comen los señores, naranjitas y limones…» —, mientras la cámara saltaba de ellos a los actores una vez y otra, hasta que el director pronunció la frase mágica en el cine: « ¡Corten! Está hecha, a por la siguiente» .

—¡Tomad, os habéis ganado un refresco! —les dijo el joven, mostrándoles el contenido de una cesta de mimbre—. ¿Una gaseosa de naranja?

Aurora y los niños se habían sentado sobre la grava después de terminar la escena. A la muchacha le dolían los pies de tanto saltar y tenía la boca como un estropajo, así que se tomó la bebida de un solo trago.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

Aurora le observó fijamente, esquivando el sol de sus ojos. Los suyos eran de color miel. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, con un lengüetazo de brillantina. Bastante alto, delgado y fibroso. Los brazos y las piernas largas. De repente reparó en una mácula de su barbilla, una especie de escisión central, hasta confirmar que se trataba de una cicatriz. Le resultó un rasgo esclarecedor de su personalidad: aquel joven, a buen seguro, habría sido un niño muy travieso.

—Aurora —contestó ella por fin.

—¡Vaya, igual que la protagonista! —exclamó señalando hacia el centro del lago.

—Creía que la protagonista era la rubia —objetó, mientras limpiaba las bocas de los hermanos y les arreglaba las camisas.

—Las dos lo son: una rubia y otra morena. Una buena y otra mala, como la vida misma. ¿Ves a la mujer del tocado color crema? —El joven aludía a una mujer que trataba de enderezar una barca—. Es Tina de Jarque e interpreta a Aurora. ¿Te suena?

—No —reconoció ella.

—Pues es bien famosa —añadió tan rotundo como una verdad del catecismo —. Ahora está en el teatro de La Zarzuela. Y sale mucho en las revistas.

Ella respondió con un mohín de indiferencia. Claro que las ojeaba, pero era imposible retener el cortejo de caras que atestaban las publicaciones del espectáculo. Cada sábado *Cinegramas, Estampa* o *Crónica* destripaban las andanzas de las artistas de varietés o de las figuras del cine, dando alas a quienes soñaban con ver algún día su nombre entre neones.

—¿Tampoco viste en el *Crónica* de hace un mes a Marlène Grey? —siguió él —. Es esa de ahí, la del perrito, aunque su apodo es la Venus Rubia. Viene de Francia y todos los días baila desnuda delante de cuatro leones en el Circo Price. Actúa junto a su marido, el « hombre autómata» , que es contorsionista.

A pesar de su edad no le escandalizaba saber que aquellas mujeres aligeraran su ropa e incluso se desnudaran, pues las revistas reflejaban el alto grado de tolerancia alcanzado por la sociedad. Cuántas veces no habría visto a estrellas como Catalina Bárcena, Consuelo Reyes la *Yankee* o Isabelita Ruiz inmortalizadas en la prensa frívola apenas unas páginas antes de que esas chicas lo hicieran en bañador o retratadas por Manassé —la firma que reunía a varios fotógrafos, magos del desnudo— como sus madres las trajeron al mundo. Cualquier cosa por lograr una oportunidad.

—¿Cómo se llama la película? —preguntó intrigada.

—*Carne de fieras*. Es la historia de la mujer de un boxeador que tiene un amante; su marido la descubre y entonces se divorcian. Pero él se acaba enamorando de la Venus Rubia.

—¡*¿Carne de fieras?*! ¡Menudo nombre! —remachó Aurora—. ¿A ti te gusta?

—A mí me gustas más tú —soltó el joven de repente.

Nunca le habían dicho algo semejante. A ella, que con mirarse al espejo ya trepidaba porque su reflejo le recordaba a una mujer cuya imagen le infundía un miedo insostenible. Nadie había repasado su cuerpo con los ojos como estaba haciendo él. Aurora se percató de que un sudor cálido —tan distinto al que solía paralizarla, cuando resucitaban los espectros de aquella noche de San Juan— le ascendía de pies a cabeza y el corazón se le desbocaba.

Entonces el joven empezó a relatar los secretos del cine, de un arte sin cuya

presencia, le habría de confesar, no vislumbraba su vida. Le contó que el director de fotografía era el amo del rodaje, pues de sus hechiceros dedos nacían las luces y las sombras que embellecían o frustraban a los actores; que el texto declamado por ellos en directo era inservible y, al concluir la filmación, debían repetirlo con precisión milimétrica en un estudio de doblaje; que en España proliferaban como chinches las empresas de producción (mencionando también extraños nombres como Orphea Films, C. E. A., Cifesa o Filmófono) y a la larga alumbrarían trabajo para jóvenes ambiciosos, como se reconocía él. Que además de popular, el cine debía ser considerado un bien común bajo la tutela del Estado, para protegerlo de la codicia de quienes lo estimaban simplemente un negocio. Por eso él se había afiliado al Sindicato Único de Espectáculos de la FAI.

El meritorio no dejó de hablar ni un segundo mientras ella permaneció en el parque del Retiro. Y fue mucho tiempo.

De la inmisericorde gravilla, Aurora y los niños habían pasado a un velador donde almorzaron con el equipo de rodaje. De allí, fueron a tumbarse sobre la fresca hierba, al amparo de los castaños, donde los chicos se durmieron en su regazo, mientras ella, ajena al horario, congelaba su atención en la cicatriz de su barbilla, además de en unos labios que se abrían y cerraban dejando escapar sugerentes revelaciones. Hasta que él mencionó aquello.

—Cuando termine *Carne de fieras*, vendrá otra película y otra más —dijo agarrando sus manos—, y puede que en alguna… haya hueco para estos ojos.

Notó cómo temblaban sus piernas ante la insinuación.

—¡Eres idiota! —exclamó ruborizada—. No te burles de mí.

—No miento, princesa. Nunca he tenido nada tan claro. ¿Cuántos años tienes?

—Casi quince.

—A tu edad, Rosita Díaz Gimeno ya trabajaba —comentó él.

—La he visto en *Rosa de Francia*. Es muy guapa.

—Tú lo serás muchísimo más. ¡Eh, no te enfades! Sé de lo que hablo. Soy todo un experto en primeros planos —apuntó irónico.

Palabra a palabra fue hilando su enredo, y ella, aunque sospechaba de tanta adulación, se dejó seducir. Cada uno de sus vocablos era una prodigiosa caricia. Un beso huido al aire y desplomado después en cualquier rincón de su rostro. Entonces, de repente, comprendió que se había hecho demasiado tarde y Berta andaría rabiando ante su tardanza.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—¿Tienes prisa?

—Sí, debería estar ya de vuelta —afirmó agobiada—. ¿Son ya las dos?

El meritorio echó un vistazo a su reloj. Le costaba creer lo que advertían las manijas, y lo agitó un par de veces antes de asegurar a Aurora que se había estropeado. Se resistía a dejarla marchar, por eso mintió.

Aun así, estaba convencida de tener que irse y despabiló a los niños.

—No puedes irte —dijo el joven pegado a su oído, y su aliento le erizó el vello—. Quiero que me des algo. Un recuerdo que me acompañe siempre.

Imaginaba a lo que se refería, pero qué vértigo solo de pensarlo. Lo había leído en muchas de esas novelas que vendían en los quioscos a treinta céntimos el ejemplar. Normalmente las compraban las criadas y, después de llorar a moco tendido con su lectura, se las pasaban de extranjis porque a Berta no le gustaba que se entretuviera en esas vulgaridades. Este era el modo en que los hombres pedían un beso doblegando las resistencias femeninas, por tanto aquella sería su primera vez. Un temblor recorrió su espalda de norte a sur. Pero apenas sus brazos la aprisionaron más, percibió algo rígido entre sus glúteos que le cortó la respiración. Paralizada, sin saber qué hacer, recibió la insólita proposición del asistente.

—¿Me dejas que te tome unas fotografías? —soltó sin rodeos.

El joven se lo había preguntado tras extraer una cámara de fotos del macuto que colgaba en bandolera cruzándole el torso. Entonces fue sugiriendo las favorecedoras posturas que debía adoptar y ella obedeció sin rechistar, pues le resultaba todo tan atípico que le pareció mejor no negarse.

Nunca había retratado un rostro con tantísimo magnetismo. En eso cavilaba mientras sus dedos trastabillaban accionando el obturador, hasta que hubo consumido toda la película virgen.

—¿Hemos acabado? —preguntó ella complacida.

—Sí, no tengo más película —confesó entristecido—. Pero tus ojos no se me van a despintar así como así. Dime, Aurora, ¿cuándo volveré a verte?

—Ya me tienes ahí hasta que te canses —argumentó coqueta, rozando con los dedos la cámara.

—¿No te gustaría encontrarte conmigo otra vez?

—¡No puedo! Yo no mando en mi vida. Nunca salgo sola de la casa ni tengo amigas de mi edad, siempre estoy con los niños.

—¿Y novio? —sondeó receloso.

Esa duda le hizo darse de bruces con la realidad, y Aurora comprendió que estaba dejándose llevar por unas cuantas frases llenas de artificio.

—¡Eres idiota! —protestó tirando de los niños y apretando sus pisadas por el camino de carruajes del Retiro.

—¡Auroraaa! —gritó él dándole el alto—. Perdóname, no quería lastimarte.

El chico se echó mano al bolsillo y de él sacó una bola plateada del tamaño de una nuez.

—Toma —dijo dejándosela entre las manos—. Es el pago por tu trabajo.

—¿Qué es esto? No lo quiero.

—¡No seas necia! —insistió él—. Te estoy regalando mi bola de la suerte. Todo el mundo en Madrid tiene una. Se hace enrollando el papel de las cajetillas

de tabaco, y, cuanto más grande sea, mayor la fortuna que atraerás.

Ella la aceptó a regañadientes. La esfera era perfecta y su tacto relajante. El juego de moda entonces consistía en anotar un deseo en un primer papel de plata y liar sobre esta ambición capas y capas.

—¿Tú has escrito algo dentro? —quiso saber Aurora.

—Por supuesto.

—¿El qué? —porfió muerta de curiosidad.

—Es un secreto —aclaró tajante él.

—Pero si me la das, lo puedo descubrir ahora mismo.

—No lo harás, princesa. Mi suerte será la tuya desde ahora.

—¡Valiente estupidez! —Y se le escapó una carcajada—. Pero si no sé ni cómo te llamas.

—Pablo Aliaga. Acuérdate de este nombre porque algún día lo verás en los carteles de estreno.

—Me pareces un fantasma, Pablo Aliaga —comentó Aurora, mientras despabilaba a los niños, que habían vuelto a desplomarse sobre la hierba.

A lo lejos se oyeron voces que requerían la presencia de Pablo.

—Te dejo, que me buscan —se despidió, enfilando el set de rodaje. Aunque de pronto se detuvo y, llamando su atención, dio la vuelta.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó la chica.

Pablo tomó su rostro entre ambas manos y confesó algo que le estallaba por dentro sin interpretar bien los motivos.

—Algún día, si tú quisieras, yo haré de ti una estrella.

Después recortó la distancia entre ambas bocas y con sus labios mordió los de Aurora. Su primer beso la sacudió como si un cable eléctrico recorriera ambos cuerpos, dibujando sus perfiles en un trazo continuo.

Luego él echó a correr hacia el lago diluyéndose como una sombra en mitad del grupo de faranduleros.

Cuando Aurora cruzó la verja del parque ya estaba enamorada.

La niñera realizó el camino de vuelta con la ilusión impulsando sus zapatos y las mejillas arreboladas a más no poder.

No solo saldría en una película. —« ¿Cuándo la echan? ¿En qué cine? ¿Se nos verá de cuerpo entero o será un primer plano?» , preguntas que Pablo no le supo responder—, sino que la habían valorado no como una niña, sino como una jovencita. Hermosa e incluso con aptitudes cinematográficas. Menudo aturdimiento si se paraba a recordarlo.

Nada más entrar en la casa le inquietó su penumbra, pero no quiso distraerse en averiguar el motivo de la poca luz y, sin ni siquiera comprobar la hora, ascendió los peldaños preguntándose de qué modo se disculparía ante Berta por su retraso. Mientras franqueaba el cuarto infantil sintió un silbido y a continuación

un escozor en el carrillo.

—¡No vuelvas a hacerlo! —escupió Berta tras abofetearla—. Jamás, ¿me has oído?

Aurora se llevó ambas manos al rostro. Berta nunca la había agredido, era la primera vez que empleaba el castigo físico, y por tarde que fuese no se lo merecía. Le pareció un correctivo exagerado. Al sostenerle la mirada, encontró a una mujer encolerizada que no paraba de gritar mientras abrazaba a sus hijos, como si alguna amenaza invisible quisiera arrancárselos de cuajo.

Con las piernas aferradas al suelo para no caerse, la niñera juntó los brazos y empezó a clavarse las uñas de una mano sobre la palma contraria.

Los niños arrancaron a llorar, a imitación de los mayores, y el pequeño Hugo preguntó a su madre si su enfado obedecía a que hubieran participado en una película.

—¿En una película? —increpó Berta—. ¿De qué estupidez habla el niño? ¿Qué les has hecho a mis hijos?

Aurora se hizo añicos y huyó del cuarto. Se sentía herida. Por otra parte, las últimas horas habían prendido en ella tal ilusión que no iba a permitir que nada la empañase.

Cuando miró el reloj marcaba las nueve y diez de la noche. ¡Cómo podía haber pasado tanto tiempo fuera de casa! Sin embargo, no sentía ningún arrepentimiento porque una especie de efecto narcótico la ayudaba a relativizar lo que estaba sucediendo alrededor. Incluso tasaba con benevolencia la histérica desmesura de Berta. Se lo debía a Pablo, a sus elogios y promesas, a su modo de mirarla como una mujer.

Ahora bien, ¿la simple presencia de otra persona podía llegar a provocar esas sensaciones en el ser humano? Y esta ilusión ¿sería tan poderosa como para redimirle de sus demonios?

En su alcoba y sin cenar, Aurora se apresuró a desvestirse tratando de que no se esfumara ni un detalle de lo que había vivido. Arropada por la sábana, también trataba de domar su revoltijo de nervios mientras apretaba la bola plateada preguntándose qué clase de deseo custodiaría dentro. ¿Hablaría de las ambiciones cinematográficas de Pablo o de un amor? Por supuesto, no podía mencionarla a ella, hubiera sido descabellado ambicionarlo, pues aún no la conocía, pero no se le ocurría mayor aspiración que saber su nombre dentro.

Dos noches después, cuando los disparos culebrearon por las esquinas de Madrid volando su paz, Aurora alcanzó a entender la ira de Berta. Entonces, solo evocar a Pablo Aliaga le aplacaba el miedo hasta poder dormirse. Algo que se repitió durante días, meses e incluso años.

14

¿Puede el pasado arrollar con el brío de una locomotora y zarandearle a uno sin aviso? Aurora lo estaba comprobando en ese momento.

—¿Pablo…? —dijo después de unos segundos eternos, rescatando el nombre de su memoria.

—Aliaga —confirmó él.

—¿El futuro director de cine?

—La estrella estrellada —admitió él con profunda tristeza.

—¡Ahhhh! —hilvanaba una exclamación tras otra—. ¡Oh, bendito sea el cielo! ¡Ay, Hugo! Este es…, quiero decir, este señor es… ¿Recuerdas que fuimos al Retiro y allí rodaban una película? ¡El de la cesta de gaseosas!

El chaval conservaba una difusa idea de su aventura en el cine, poco más, por eso le desconcertó la familiaridad de Aurora. Cierto que ya no pensaba en él, pero antes sí lo había hecho. Muchas veces.

—Actuaban una actriz rubia, francesa —siguió ella—, y una cantante…, ¿cómo se llamaba?

—Tina de Jarque —apuntó él turbado—. Ella murió. Y la francesa también. Todos han muerto a causa de la guerra. Y los que no, se mueren de pena.

Qué distinto le resultaba de aquel joven que había conocido años atrás. El hombre que ahora tenía delante aparentaba una edad incierta, aunque solo tuviera veinticinco años; sus hombros estaban vencidos hacia delante y la cabeza gacha. Tenía el pelo bastante largo, sin lustre, y la barba crecida, menos en la cicatriz, fruto de cierto desaliño durante la travesía o de una maltrecha autoestima que le impelía a descuidarse.

Los primeros minutos los dedicaron a escudriñarse el uno al otro, y a contarse a borbotones detalles de sus vidas. Lo hicieron sufriendo los empellones de quienes rastreaban el muelle en busca de las aduanas o de la inspección médica. Pero habría resultado imposible resumir sus historias en cuatro frases, incluso para el mejor de los guionistas; por tanto, Aurora le propuso a Pablo que agilizara los documentos y guardase para más tarde las explicaciones. Poco después, él manoseaba un papel azul que recogía sus datos, a la espera de la tarjeta definitiva de inmigración, que le entregarían en D. F. Con sus permisos en regla, Pablo Aliaga arrastró a Aurora hacia donde se encontraban sus compañeros de viaje.

Ella se dejó hacer, tirando del brazo de Hugo, y el muchacho a su vez de las criadas, formando todos un trenecillo hilarante.

« ¿Una cerveza? Traiga, que le llevo la maleta» . « Venga acá un beso para el niño y allá un abrazo, aunque no tenga ánimo para festejar» . « Tome un taco o esta camisa que, aun remendada, bien le servirá» : de este modo voceaba el pueblo mexicano sus bienvenidas. Frases que los escoltaron mientras Pablo rastreaba entre los improvisados corrillos la presencia de un tal Miguel. Tras mucho preguntar, se toparon con un hombre de mediana estatura que sacudía una voluminosa chaqueta.

—¡Miguel, no daba contigo! —gritó Pablo Aliaga.

—Amigo, si hace este calor en noviembre, qué nos esperará en agosto —dijo él enjugándose el sudor con un pañuelo—. Vaya, ¿esta belleza forma parte del recibimiento?

—Se trata de… una antigua amiga que… —balbuceó Pablo, pues era difícil reprimir el impacto que le había causado hallarla al otro lado del planeta—. Te presento a Miguel Morayta, capitán de artillería y cineasta. También el responsable de la inteligencia en África y sobrino de Franco…

—Algunas cosas no puede uno dejar de serlas, por desgracia —adujo Miguel.

—Ha estado conmigo en…, bueno, en Francia y Senegal.

—Y en Casablanca, artista —se apresuró a apuntar él.

—¡Diablos, nos hemos recorrido el mundo con nuestras ideas por maleta!

—Que no le apabulle mi biografía porque lo más importante no está aquí, y son mi mujer y mi hijo. —Al aclarar el detalle, Morayta se entristeció recordando a los suyos—. Ya ve…, en Argentina deberíamos andar, pero los submarinos alemanes y la pericia del capitán nos han traído aquí, señorita…

—Aurora… —se apresto Pablo a cumplir las cortesías, constatando que solo conocía su nombre de pila—. ¿Cuál es tu apellido?

—Unos ojos así no lo necesitan —añadió Miguel besándole la mano.

Miguel le clavó la mirada como si la conociera de antes y después se dirigió a Pablo dándole un fuerte palmetazo en la espalda. Ella se dio cuenta de que había algo anómalo en él, una disonancia difícil de especificar. Tenía el cabello liso y pegado hacia atrás, enmarcando un rostro redondo. Sus pobladas cejas cercaban unos ojos pequeños y atentos, igual que un búho en alerta; la nariz era prominente y algo cómica; los labios, tan finos que al cerrarse parecían una simple línea dibujada. Lo vio claro: el suyo resultaba un rostro descompensado, como si faltara alguna pieza o fallaran las proporciones de las existentes. En cualquier caso, su primera impresión fue la de estar frente a un buen hombre.

En cuanto al resto de los refugiados, a medida que prosperaba el día fueron alcanzando más confianza, animados también por las cervezas y el tequila.

Aunque Aurora cayera en la tentación de conjeturarles un mismo origen, era ingenuo porque no todos arrastraban el estigma de un carné o de un arma tras de

sí. Muy al contrario, bastaba hablar brevemente con ellos para comprobar que la República se había convertido en un episodio digno de olvidar. Lo común era querer empezar de nuevo.

—¿A la Escuela Naval? ¿Y eso dónde está? —se interrogaban sobre sus destinos, después de validar sus filiaciones.

Las familias fueron derivadas a la Casa del Niño, al Hospital Militar o al Edificio de Faros, mientras los viajeros que pensaban continuar su trayecto en el Quanza fueron instalados durante una semana en el hotel Diligencias, a la espera de concluir la limpieza del barco. Entre ellos se encontraba un Alcalá-Zamora, ovacionado por el pasaje sin distinción, que había aguantado la estrechez del viaje dignamente, prescindiendo de privilegios y en tercera clase. Pasó sus días en alta mar jugando al ajedrez y acudiendo a la misa impartida por un cura portugués asombrado ante la fe que mostraban los exiliados, a los que había presumido agnósticos militantes y, por tanto, hijos del diablo.

—¿Adónde crees que vas? —gritó Pablo, después de ir tras ella a la carrera.

—De regreso —explicó Aurora—. Ya ha terminado la recepción.

Minutos antes, Pablo conversaba distraído cuando se dio cuenta de que se había hecho humo y no tenía forma de localizarla. Y sintió el feroz vacío de extrañar a alguien que en el fondo se trataba de una desconocida.

—No vas a hacerlo otra vez —advirtió sin aliento.

—¿El qué? —inquirió ella desconcertada.

—Desaparecer. Aurora *comotellames*, dime dónde vives.

—¡Ja, ja, ja! No has cambiado, sigues siendo un insolente.

—¿Dónde? —insistió Pablo con tal voluntad que no pudo resistirse.

—Calle Lagunilla con Aquiles Cerdán. La casa azul.

—Mañana a las doce estaré allí —aseguró él.

—Oye —dijo ella, girándose cuando ya había empezado a vadear el malecón—. ¿Tú qué has venido a hacer en México?

—Yo huyo, Aurora —confesó con acritud.

Advirtió que el rostro de Pablo volvía a nublarse. En verdad, él no se había atrevido a confesarle que su afán era dirigir las películas que nunca llegó a filmar en España.

Tañían las campanas de la iglesia de la Asunción anunciando el mediodía y Pablo Aliaga apretaba un ramo de flores amarillas que se había procurado de uno de los macizos del Ayuntamiento. Ni el sueño ni el cansancio hubieran sido excusas para, aun sin pegar ojo durante la noche, no anclarse frente a la casona azul, cuyas salidas vigilaba a la espera de que Aurora apareciese por alguna. Hasta allí le habían acompañado las miradas de las tortilleras, que, desde los portales, inspeccionaron atentas al joven repeinado de camisa limpia.

Parecía un pollo asustado. Estaba a punto de ver a la joven de penetrantes ojos azules que cientos de veces se había cruzado por su cabeza, aunque pareciese increíble. Quizá algunas personas se instalan en la mente de uno como estampas indelebles porque remiten a instantes felices, en agrio contraste con las convulsiones cotidianas.

Contaba, eso sí, con la prueba palpable de sus fotos. El carrete empleado en retratar a una quinceañera retozando por un parque abrasado a reventar. En su momento, al revelarlas, no había sacrificado ninguna e incluso guardó los descartes. Después se extraviaron aquí y allá en su tortuoso camino hasta llegar a México. Solo tres habían sobrevivido a tantos avatares.

Las guardaba dentro de un sobre, después de fajarlas entre viejas páginas de un ejemplar de *Abc* de 1937 que relataba glorias republicanas. Tras la contundencia de la derrota estas parecían grotescas, pero no empañaban la belleza de Aurora.

Vaciló en decírselo. Esperando que asomase, Pablo Aliaga pensó en cómo debía retomar la conversación de su llegada. Lo que le contaría y lo que silenciaría de estos años. Tantas experiencias le habían mellado que se preguntaba por qué ella, recién hallada, habría de compartirlas todas.

—Debe de estar bello lo que ve, niña, porque no se despega de la ventana —advirtió Tula.

—¡Ay, qué susto me has dado!

En una sala de la segunda planta, Aurora se escudaba entre los visillos para espiarle. Pablo, impaciente, miraba y remiraba la punta de sus mocasines.

—Tengo que salir a la bonetería —anunció a la criada—. Estate pendiente de los niños.

No quería darle explicaciones. Sabía que Tula, la india que llegó con ellos desde Puebla, fiscalizaba la vida de la casa. Por supuesto, sus movimientos. De modo que aceleró el paso para ahorrarse su consabido gruñido, cruzó la galería del patio techada de madreselva y una vez en el vestíbulo se cuadró frente al espejo. Aurora se observó un instante según ondeaba los pliegues del vestido con las manos.

Aún no había reflexionado sobre lo que suponía rebasar esa puerta, porque hacía mucho que no pensaba en qué habría sido de él. De hecho, al poco de asentarse en México, la Aurora que salió de España se había ido difuminando a medida que enraizaba en la realidad diaria. Uno se ancla en el presente y el pasado se empolva, es ley de vida.

Sin embargo, el encuentro del día anterior estaba por voltear su destino y de qué modo.

—Para ti —dijo Pablo, entregándole su destartalado ramo—. Creí que te habías arrepentido y no vendrías.

—Vivo ahí, difícil escapatoria —respondió ella—. Ven, te voy a enseñar este pequeño paraíso.

Y enfilaron la avenida de la Independencia en dirección a 20 de Noviembre, para adentrarse en la agitación aledaña al puerto. El faro Venustiano Carranza, la catedral, la plaza de Armas, el baluarte de Santiago, la isla de los Sacrificios, el palacio del Ayuntamiento, con su torre del XVIII; Aurora iba describiendo el adorable desorden constreñido en esa trama de vías transversales que era el centro histórico. Y él se dejaba arrastrar, curioseando los escaparates. Poseído por esa clase de asombro que distinguía a los llegados de una España desabastecida, donde no existía nada que comprar y cuyos pedazos sembraban las calles como empedrado. Aquel paseo le dejó el sabor de cambiar en su retina una fotografía en blanco y negro por un retrato en color.

Aunque Pablo no interrumpía las explicaciones de la joven, afanadas en lo estético, él deseaba relatarle sus andanzas. Sí, ahora lo tenía claro: quería desahogarse. Deshojar la margarita de sus recuerdos, de la amargura de los últimos años, y hacerlo con alguien que durante mucho tiempo había sido una feliz evocación. La única en su vida.

En silencio rumiaba la necesidad de contarle su entusiasmo al alistarse, en la falsa idea de que el frente le convertiría en un hombre completo, una vez hubiera sostenido sus ideales épicamente. Recordar cómo había conocido a Miguel Morayta y al grupo de amigos intelectuales; sus charlas al abrigo de los atardeceres del mediodía francés, en el campo de Argelès-sur-Mer, le impregnaron de una cultura hasta entonces vedada al paupérrimo bolsillo de su madre.

También quería contarle detalles sobre ella. Una mujer soltera, castiza y guapetona, estigmatizada por unos difamadores dedos que la tacharon de furcia cuando se quedó embarazada. Y de cómo fue repudiada por quien había empeñado tanto cariño en vano, por un padre al que nunca llegó a conocer. Su madre había mantenido la reducida familia formada por ellos dos, lavando y remendando ropa que ella no hubiera podido usar, porque ni en mil vidas podría habérsela costeado. Con probabilidad, aquella mañana inflamada de trópico, a Pablo se le habría calentado la lengua a la hora de esclarecer el origen de su apellido, pues no era Expósito —como hubiera correspondido en España a los nacidos fuera del matrimonio— debido al emperramiento de la mujer y a la compasión de un oficinista del Registro Civil, que consintió inscribirle con los apellidos maternos.

—Espérame aquí, tengo unos mandados que hacer —dijo Aurora en la puerta de una mercería—. ¿Por qué no tomas una cerveza en esa cantina?

Allá se encaminó Pablo Aliaga sin pesos en el bolsillo, ni ganas de cerveza. Él tan solo quería hablar, pero ya no tanto a Aurora, sino a cualquiera que le hubiera prestado la atención suficiente. Referir a un oído atento la soledad de criarse a

pespunte de su amargada madre. Charlar de cómo esas salas de cine donde ella le dejaba durante horas, mientras corría de casa en casa rematando dobladillos, alimentaron su pasión. Dos, tres sesiones continuas, un día detrás de otro, daban para más que memorizar los rótulos o tararear las músicas de las bandas sonoras, y así terminó entendiendo de encuadres y técnicas narrativas, más que de sumas y restas.

En 1896 apareció en la carrera de San Jerónimo el primer cinematógrafo, fue el inicio de un incesante florecer de salas cinematográficas en la capital. Se trataba de un invento francés presentado al público como vanguardia elitista, pero enseguida las proyecciones compartieron los programas de los teatros, hasta emanciparse en humildes barracones y, después, en pabellones de mampostería. Todos ellos templos donde un chaval se fascinó viviendo mundos paralelos, hasta desear crear obras como aquellas. Así nació la vocación de Pablo.

—¿No te has tomado la cerveza? —preguntó Aurora cuando regresó con un manojo de cintas de raso envueltas en papel de seda.

—Sabe rara —se justificó él.

Bastante le costaba confesar su carencia de dinero como para lograr fluidez en el discurso. Tantas eran sus ganas de conversar que se quedó mudo.

15

A Pablo le tocó instalarse en la Escuela Cantonal, compartiendo litera con Miguel Morayta, y desde el principio trató de adelantarse al futuro.

—¿Ahora qué? —preguntaba todas las noches.

—A descansar, artista, que mañana será otro día —zanjaba Morayta como si fuera un padre—. Piensa en ella. ¡Dios es grande y te la ha devuelto!

—Pero habrá que buscar trabajo, digo yo. ¿Dónde quedan los estudios?

—Has pasado meses durmiendo al relente y en pensiones llenas de chinches. Para la cabeza y dale descanso al cuerpo.

—¿Cómo voy a dormir si no tenemos ni una perra gorda? —volvía a insistir.

—¡Pesos! Las pérdidas de hoy pueden ser ganancias de mañana. Mira que te lo haré repetir alguna vez.

Salvo los que tuvieron oportunidad de arramblar con sus ahorros, tarea casi milagrosa, o los relacionados con la sociedad mexicana por familia o amistad, nadie poseía dinero. La evacuación de los españoles del Quanza había sido sufragada por el JARE —Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles—, al frente de la cual Indalecio Prieto se encargaba de gestionar los recursos de la derrocada República. Eso sí, tras haber pleiteado largo y tendido con un organismo paralelo bajo la órbita de Negrín, llamado SERE.

Pero los fondos escaseaban, y entre albergues, comedores y hospitales, poco quedaba para subvencionar nuevos proyectos, como el inicio de un negocio. Además, la picaresca había propiciado el negativo retrato de un refugiado haragán, un vago que prefería cobrar subsidios a ganarse la vida con empleos precarios, dado que el país no se caracterizaba precisamente por la alegría de sus sueldos.

Total, que en Veracruz remoloneaba un grupo heterogéneo de españoles en busca de parné. Libres, cierto es, pero más pobres que las ratas.

Con semejante realidad, Pablo no podía dilapidar su tiempo y empleaba las mañanas en ayudar a cuanto tendero español se echaba en cara. Para ellos ordenaba estantes, limpiaba la trastienda o empaquetaba lo que se terciara. A cambio recibía unos pesos con los que invitar a Aurora por la tarde.

Pasaron los días; el primer sábado en la ciudad despertó cubierto y ventoso.

—El fuerte lo mandó construir Hernán Cortés —le informaría Aurora cuando visitaron la isleta de San Juan de Ulúa—. Fue la primera tierra firme que vio desde el mar. Igual me sucedió a mí desde la cubierta del Île de France. Era un Viernes Santo y Cortés la bautizó Villa Rica de la Vera Cruz.

—¿Tú crees en Dios? —inquirió de pronto Pablo con gravedad.

—Por supuesto —contestó ella, ignorando el motivo de ese cambio en él—. Mañana es domingo e iré a misa con los niños.

Oyéndola, Pablo corroboró que llevaba años sin entrar en una iglesia. E incluso había declinado la posibilidad de sumarse a las oraciones a bordo de un buque en que se contaban más católicos que descreídos.

—¿Sabes que pasé la última Semana Santa encerrado en un barco? —le dijo.

—¿En el Quanza? Pero ¿cuánto habéis tardado en llegar aquí?

—Fue en otro. Uno maldito.

Hasta el momento, las confesiones de Pablo con respecto a su viaje habían sido tibias, pero esta frase abrió en él la espita del dolor iniciado el 16 de enero de 1941. En esa fecha salió de Marsella hacia Argentina, en una travesía que debía durar en torno a quince jornadas, y que fueron más, infinitas más.

—Adquirimos un pasaje al mismísimo averno —admitió el joven al encarrilar su relato—. Porque eso era el Alsina, un barco francés acostumbrado a trasladar emigrantes donde nos metimos unos 200 españoles; el resto eran judíos y americanos. Total, 750 desarraigados en busca de patria, sin poder entendernos hasta que los portugueses nos enseñaron su lengua. Los hombres y las mujeres íbamos separados: en la bodega de proa, nosotros, y ellas, en la de popa. La nuestra tenía una abertura en el techo porque el aire era irrespirable, pero durante la noche las olas arrasaban la cubierta y se colaban dentro empapándonos. Menuda temeridad viajar con los alemanes torpedeando cualquier cosa que se moviera en tierra, mar y aire; pero al fin rodeamos la costa española hasta desfilar por el Estrecho e hicimos la primera escala en Dakar. ¿Sabes dónde queda?

—En África, claro —replicó Aurora resabiada.

—Es la capital de Senegal, colonia francesa del África negra. Pura sabana y una costa dorada con las copas de los árboles de aceite rompiendo su perfil. Nada más entrar en la bahía izaron la red metálica que la protegía de submarinos enemigos y lo que vimos fue dantesco: torpederos y toda clase de barcos ardiendo a medio reventar.

—¿Por?

—Un par de días antes la Royal Navy había atacado a los buques franceses tratando de evitar que la armada alemana los utilizara. —Pablo enumeraba los hechos fríamente, para protegerse del calvario que suponía revivirlos—. Anclamos en ese mar de fuego, sin saber qué iba a ser de nosotros. Era 27 de enero y no zarpamos en cinco meses. Cinco meses allí porque el barco carecía

del plácet del gobierno británico para cruzar el Atlántico.

—Para eso están las autoridades portuarias, ¿no? Aquí lo hacen a diario. —A ella le costaba entender los comportamientos ilógicos de la guerra.

—A los barcos franceses se les impedía navegar a América sin obtener antes el consentimiento, y tanto lo dilataron que resultó imposible. Entonces nos rodearon el acorazado Richelieu y varios buques de guerra, prohibiéndonos bajar del Alsina.

—¿Quieres decir que no pudisteis desembarcar?

—¡No! —exclamó Pablo con la saliva blanqueando las comisuras de su boca; lo provocaba la rabia y el recuerdo de un miedo que atemorizaba al mismo miedo—. Era una cárcel flotante. Las horas pasaban en un tedio insoportable porque, a pesar de que tratábamos de negociar otro flete, nadie se hacía cargo: las autoridades españolas no entregarían más de lo abonado por los trayectos; las francesas se desentendieron, y la tripulación igual. A lo sumo ponían otro barco, si costeábamos nosotros la diferencia del pasaje. ¡Pero no teníamos dinero ni forma de conseguirlo!

Ahora entendía parte de su tristeza, de la nostalgia desencadenada por arrastrar una existencia llena de parches.

Siguieron avanzando con el mar a sus espaldas. Ese océano que significaba una promesa de libertad, pero que, tal y como Aurora comprobaba, también podía ser una prisión. La pareja llegó a los Portales de Lerdo. Eligieron una mesa en una de sus terrazas, y pidieron un café y unas conchas que rebosaban nata.

—¡Los hombres siempre metidos en la ideología! —prosiguió Pablo—. Allí, en mitad de la bocana del puerto, asfixiados por la humedad y el calor, solo teníamos cabeza para organizar tertulias con el objetivo de derrocar al nuevo régimen y redactar idearios. Hicimos hasta periódicos en todos los idiomas del barco.

—Deberíais estar escarmentados, porque las doctrinas solo conducen a la cerrazón —adujo ella probando la nata con la lengua—. La vida es otra cosa.

—¿Qué coño es la vida, pues? —soltó Pablo con un punto de crispación.

—Esto. La alegría que sale de cualquier café, los que bailan allí un danzón —contestó Aurora señalando a unas parejas que seguían el ritmo de una *danzonera* al fondo de la plaza—. El afán de los vendedores de cacahuetes, las risas de los niños, qué sé yo. Las cosas pequeñas.

—También cumplir un sueño… como hacer cine. Nada tiene sentido si uno no puede luchar por algo; eso o derrocar gobiernos impopulares.

A Aurora se le ensombreció el semblante. Pablo le recordó a quienes se quedaban anclados, como barcos en el muelle sin más camino que recorrer, y sus discusiones giraban siempre en torno a los mismos argumentos.

—A veces es mejor una mala paz que la más justa de las guerras —adujo ella.

—¿Quién tiene paz cuando vive un presente ruin? Nadie puede tenerla en mi país, aunque ya no se oigan las bombas. Mientras tú te bañabas en este mar, la gente allí se moría a chorros. Reventada por las balas o de hambre.

—¡Eres un impertinente! Por lo poco que recuerdo de ti, no has cambiado.

Se levantó, se ajustó la chaqueta y se despidió con un simple «no quiero demorarme en volver». Pablo ni siquiera se esforzó en retenerla. Él creía firmemente en sus convicciones, que, desde luego, no eran las de esa joven con apariencia de burguesa, aunque fuese simplemente una niñera.

Aurora se perdió entre el bullicio de Independencia y sintió cómo se deslizaban unas lágrimas por sus mejillas. No quiso frenarlas.

Hasta que no se echó encima el ocaso y las luces de las farolas empezaron a cargar los Portales de sombras chinescas, Pablo no se puso en pie. En ese tiempo ingirió varios cafés y repasó mentalmente el resto de su truculenta historia a bordo del Alsina.

Una vez disminuidas las provisiones y los medicamentos, las enfermedades fueron diezmando la salud de aquellos «escombros vivientes de un mundo hundido», tal y como describiera Niceto Alcalá-Zamora a los pasajeros del barco. Cierto que el ingenio, sumado al cáustico humor de los españoles, les había permitido sobrevivir entreteniéndose en clases de idiomas, torneos de ajedrez —juego habilidoso de pocas palabras en el laberinto lingüístico del barco, cuya final ganó, por cierto, un hijo del expresidente—, representaciones teatrales y mucha creación literaria, alguna de cierta talla y casi toda de andar por casa. O por cubierta.

Recordaba Pablo que en mitad del desamparo surgían tentativas de huida. A veces por amor, como las parejas que previo pago tomaban una motora y se perdían por las calles de Dakar en busca de algún motel donde sentir lo que a bordo era imposible. Otras por rebeldía o por afán de libertad. Así, su ardor aventurero le abocó a forjar proyectos de fugas peregrinas.

—¿Y si abandonamos el barco en plena noche y cruzamos la frontera? —había presionado alguna vez a Miguel Morayta.

—¿Tirándonos al agua? —respondía este mordaz.

—Al océano voy si nos mandan de vuelta a Marsella. ¡No regreso al campo de concentración más que muerto! —blasfemaba el joven.

—¿Pero no ves que nuestros permisos no valen en Senegal y si vamos al sur nos metemos en Guinea, que es la boca del lobo?

—Pues a Liberia, territorio libre apoyado por Estados Unidos.

—¡El mundo está en guerra, mentecato, no queda tierra libre! Puede que ni siquiera lo sea Argentina, aunque no lo digas en alto, que allí vamos cuando los británicos o los franceses dejen mover este apestoso barco.

Una madrugada, un grupo de pasajeros trató de escapar, pero las autoridades

los interceptaron y en represalia confiscaron todos los pasaportes. Menos los de unos pocos acaudalados que viajaban en primera, y cuyos billetes terminaron comprando otros pasajes en barcos de lujo, o en veleros rumbo a los mares de China. Y con esto Pablo olvidó sus sueños de desertar.

Pasaban las semanas y la falta de noticias minaba la moral. La miseria empezaba a cobrarse sus primeras víctimas, como un pasajero judío, cuyo funeral improvisaron entre todos, o un niño muerto de fiebre amarilla después de tres días de agonía. Era terrible contemplar los rostros de unos chavales alimentados únicamente de leche condensada.

—El hambre me come las tripas —decía Pablo a medianoche—. ¿No las oyes?

—Te oigo a ti, que eres mi cruz —le hacía callar Morayta.

La pareja compartía camastro y alimento, poco y disperso, porque el último servicio de comidas se daba a las cinco de la tarde y de ahí al desayuno tocaba vegetar en la abstinencia. Qué largas se hacían las madrugadas sin luz, ennegrecidas para blindarse de los bombarderos, y cuánto miedo a esos sonidos que no reconocían en la penumbra, al zumbido de unos insectos de tamaño y forma inimaginables o a las navajas que zanjaban en la noche las rencillas nacidas durante el día.

Una mañana de junio llegó la noticia de que el Alsina partiría a Casablanca, donde les reembolsarían el setenta y cinco por ciento del billete. Y a su perra suerte quedaron condenados.

—Cambia esa cara —conminó Morayta entrando en puerto marroquí—. Mejor nos irá aquí que dentro de esta lata que ni navegar puede.

Después de meses varado, el Alsina había realizado una torpe travesía lastrado por la basura marina que había ido adosándose a su quilla en Dakar. Como si se resistiera a vaciarse de tantas almas desnortadas.

—Te irá bien a ti, que hasta con los bereberes hablas, pero a mí… —se quejaba Pablo—. Es hora de que deje de ser una carga. Tus contactos en Casablanca no tienen por qué ocuparse de un fardo como yo.

Pablo aventuraba que alguien con la hoja de servicios de Morayta debería tener amistades incluso en el infierno, más si gran parte de su quehacer profesional se había desarrollado en África. Militar de carrera e ingeniero industrial de formación, su amigo tenía treinta y cuatro años y el honor de haber sido el oficial artillero más joven del ejército.

A Morayta le había sorprendido el alzamiento en Tánger y, lejos de unirse a los sublevados, permaneció allí, fiel al gobierno. Interpretó que su conocimiento del terreno, como administrador territorial del Sáhara y la Guinea, sería de gran ayuda en un territorio que se mostraba desleal a la República desde la génesis del golpe. Allí compuso la red de información para convertirse en jefe del servicio

de espionaje como director general del Servicio Secreto de Información Colonial, que abarcaba por extensión todo el norte del continente.

Lo peor de su biografía lo contaba el mismo Miguel Morayta cuando había alcanzado cierta confianza con su interlocutor. « Ya ves qué clase de primo le ha salido a mi madre: golpista, bajito y dictador» . Así explicaba su relación familiar con Francisco Franco.

Casablanca resultó ser una ciudad dentro de otra y, a su vez, de otra. Nadie era capaz de entrever todos sus secretos, quizá porque no había un solo europeo que paseara por sus calles terrosas sin guardar el suyo.

El peor de los enigmas para el crisol de refugiados a los que dejó el Alsina como quien evacua excrementos sobrantes fue su destino.

Si bien no habían faltado las suposiciones durante el viaje, algunas bastante apocalípticas, en los viajeros siempre planeaba la esperanza de mantenerse firmes y aglutinados como grupo de presión. Esto les facilitaría fletar otro barco capaz de proseguir el trayecto proyectado desde Marsella a Buenos Aires. Disgregarse no era deseable.

Y puesto que no estaba en el ánimo de ninguno hacerlo, así permanecieron. Por ello la aparición de las autoridades marroquíes les dejó sin capacidad de reacción. Inertes después de tanta desidia oficial.

—¿Qué pretenden? —cuestionó Pablo—. ¿Acaso no traemos papeles en regla?

—Nada bueno —supuso Morayta—. Desde quedarse con el dinero cuando nos lo devuelvan hasta apresar a los sospechosos de sedición.

—Que tire la primera piedra quien esté libre de duda, ¿acaso no somos forajidos para la comunidad internacional?

—Delitos de sangre —precisó Morayta—. Eso es lo que buscan.

—Todos los que hemos estado en el frente nos hemos ensuciado las manos de sangre. ¡Joder, somos el bando republicano!

—Somos una recua clamando cada uno por lo suyo. Ni aquí ni en España, no hay bando que valga, sino gente que se subleva y gente que no.

El modo en que fueron introducidos en unos autobuses que aguardaban en el muelle no dejó lugar a la duda. Los subieron como delincuentes aborregados y los condujeron a Sidi-el-Ayachi, a ochenta kilómetros al suroeste de Casablanca, y a Kasjaba Tadia. Eran campos de concentración.

16

—¿Todavía sigues con tus cuentas? —soltó Aurora cerrando la puerta tras de sí. Acababa de llegar a La Orgía Dorada.

Edwina se quitó las gafas y, atusándose los rubios mechones que cubrían su rostro, le lanzó una mirada de reprobación desde el escritorio.

—¿No has venido a verme estos días porque estabas enfadada? —preguntó a su vez, y después emitió una carcajada que anuló la sintonía radiofónica que canturreaba de fondo—. ¿A poco eres tan rencorosa?

—¡Noooo! —exclamó ella—. ¿Te piensas que eres lo único importante en la ciudad?

—Para muchos hombres, sí.

—¡Para uno que yo conozco, no!

—Vaya, te decidiste por alguno de esos alfeñiques que te pretenden con cara de guachinango frito. Él solito va a tronar en cuanto te conozca bien.

Aurora arrastró una silla, se sentó frente a su amiga y la miró a los ojos. Los suyos brillaban como nunca.

—Tengo que platicar contigo —dijo bajando el tono—. Lo que me ha sucedido es… ¡tan increíble que me da vergüenza contarlo!

—¿Sigues teniendo todo en su sitio, niña, o ya ni modo?

—¿Cómo crees, Edwina? ¿Acaso te volviste majadera? —Aurora se anudó el pelo en torno a un lapicero y, mordiéndose los labios, prosiguió—: El pasado ha vuelto y no sé qué tanto me vaya a perturbar.

—Mira que tu pasado no es nada lindo —protestó la alemana.

—¡Este sí!

—No tengo cabeza para acertijos ni cuerpo para ser abstemia.

Edwina se levantó de la butaca y, abriendo la puerta, llamó a una criada.

—¡Mechita, trae unos tequilas! —gritó—. ¿Me vas a decir qué te pasa?

Aurora empezó a narrar su encuentro con quien le había robado su primer beso y, aun en la certeza de que el relato resultaba almibarado, tejía su vida con tanta justicia como esas otras penas que conocía Edwina. No obstante, a medida que avanzaba en su exposición le resultaba extraño el modo en que atendía sus palabras. Displicente e incluso molesta con lo que oía. Notó que había tensado las mandíbulas; tenía los brazos cruzados sobre el regazo, la espalda pegada al

respaldo y una mirada cortante.

—¿Eso es todo? —inquirió la alemana al ver que había terminado—. Pues sí que parece una radionovela de las de domingo por la tarde.

Aurora se había ahorrado el desencuentro con Pablo del último día. Prefería dejarlo estar.

—¿Solo me dices eso? —contestó molesta.

—Te digo que es un tarugo sin dónde caerse muerto y con ínfulas de artista. ¡Ay, ya, déjale que se busque la vida y tú a guardar la tuya!

A lo lejos, les sobresaltaron unos ruidos de puertas abriéndose y cerrándose bruscamente. Puesto que mantener las formas era un hecho determinante en un club como el suyo, Edwina se impacientó.

—¿Se puede saber qué pasa ahí dentro, Meche? —chilló de pronto.

Acto seguido, la *madame* se irguió, esfumándose del despacho.

—¿Qué sucede aquí? —sondeó tras acceder a uno de los reservados—. En este santuario no se toleran gritos.

—¿Me va a venir ahorita con sermones? —respondió un hombre desnudo, derrengado sobre la cama—. A las putas no se les reza, se las jode.

—A las mías se las venera. ¿Qué ha pasado, Nelly?

—Pos aquí el caballero quería hacerme una cosa fea —se excusó la meretriz.

—Sal.

—¿Pero…?

—¡Sal, niña! —mandó Edwina.

En cuanto la chica abandonó la habitación, ella endureció el semblante.

—¿Qué guarrada quería hacerle?

—¡Lo normal a las chingadas! Lo que pasa es que esta es una bocona y se puso a gritar.

—¿Qué cosa? —insistió en saber Edwina.

—¡Encularla! Nomás vea esas nalgas, lo piden a gritos.

—Le avisé que ella no es como las otras. Lleva dos meses aquí y antes no había visto una verga. ¡Tiene diecisiete años, animal! Vístase, si no quiere que le corra a cuerazos.

—A mí una hembra no me habla así. —El tipo se había levantado amenazante en un brinco—. ¡Mujer del demonio!

—No miente a su santo, no vaya a ponérsele de malas.

Edwina bajó la vista y esbozó una malévola sonrisa, mientras mantenía las manos prietas dentro de los bolsillos de su bata.

—Dígame, ¿qué pretendía hacer con eso? —dijo aludiendo a su falo—. ¿Jugar a las muñecas?

Faltó tiempo para que él tratara de golpearla y le sobró a Edwina para sacar un afilado abrecartas y clavarle la punta en el gaznate. El cliente rebufaba

mientras sentía sus dedos estrangulándole el pene.

—Si me llega a rozar se lo dejo como relleno de tacos —susurró ella.

—Se va a arrepentir, no sabe con quién se las está gastando.

—A mí los hombres como usted me hacen lo que el viento a Juárez —replicó empujándole hacia la salida—. ¡Largo!

Era admirable el modo en que la mujer que llenaba cuartillas y cuartillas en el Île de France había sido capaz de reconducir su talento hacia algo carnal, dándole a la lujuria un enorme valor estético.

Edwina pensaba que hasta para fornicar había que dedicar imaginación y buen gusto. Cuando adquirió la finca de Clavijero en 1937, imprimió tanta celeridad a las obras que para el mes de julio, con los balnearios en plena temporada y los campeonatos deportivos a punto de inaugurar las competiciones, el establecimiento pudo abrir sus puertas. Edwina lo festejó congregando en una merienda a las fuerzas vivas y muy enardecidas de Veracruz. Hombres, claro está.

—Así que este es un club privado —se interesaban todos.

—Exacto —respondía ella—. ¿Han visitado Inglaterra o Alemania? Allí hay clubes donde la élite debate el futuro del país, mientras degusta un *whisky* y lee la prensa. Así deben trasladárselo a sus mujeres, no vaya a levantar La Orgía Dorada alguna suspicacia entre ellas. ¿O quieren ustedes seguir siendo provincianos en un país de segunda?

—Nooo, México ocupa ya la vanguardia mundial —decían ufanos.

—Pero no solo hay que socializar la educación —aclaraba Edwina, que seguía los cambios políticos de Cárdenas—. También el ocio.

—Una pregunta, ¿nos atenderá usted personalmente en ese « ocio» ?

Ya no hablaba alemán, si acaso junto a algún preboste llegado de Europa para intrigar o hacer negocios en suelo mexicano.

—Soy una germana muy aburrida, caballeros, y torpe todavía con la lengua —replicaba aplicando pillería a sus palabras—. Mis pupilas, en cambio, han aprendido las costumbres europeas preservando el fuego de su tierra. Agradecerán este mestizaje en sus… « pláticas» .

En principio, la fachada de doble planta de La Orgía Dorada no auguraba un uso equívoco. Parecía una típica vivienda del centro histórico, con una azotea y llena de balcones a la calle. Cierto que Edwina había optado por el escarlata para revestirla, pero toda Veracruz era una paleta tecnicolor. Los artesonados y balaustras tenían una pátina dorada, a juego con el nombre del burdel y los cortinajes de su entrada. El interior arriesgaba más.

Estaba decorada con tejidos adquiridos en las tiendas de los libaneses y los chinos, bazares que amontonaban artículos de importación, junto a exóticos muebles y antigüedades compradas en mercadeos poco lícitos. Con ellos diseñó

un abanico de escenarios donde, más que fornicar, apetecía aplaudir una tragedia griega o un drama de época. No obstante, se copulaba, y mucho, pues había adiestrado bien a sus mujeres.

Edwina se había reservado para uso personal dos grandes habitaciones que daban al patio interior. Nadie entraba allí. Al poco de instalarse cambió las cerraduras y unió sus llaves a las que custodiaba entre sus senos. En la que hacía las veces de dormitorio estaban sus baúles, envueltos en varias capas de tela y tras un biombo decorado con símbolos indígenas. De ese modo los dioses protegerían sus tesoros.

Esto no implicaba que los hubiera desterrado de su vida cotidiana; de vez en cuando se encerraba en la alcoba y liberaba algo de su interior. Cuando esto sucedía, le emocionaba ver los retazos de su arte comprimido en una prisión de lujo.

Pero no se dejaba abatir por la nostalgia y se animaba diciéndose que su proyecto de reinvención marchaba tal y como ella hubiera deseado.

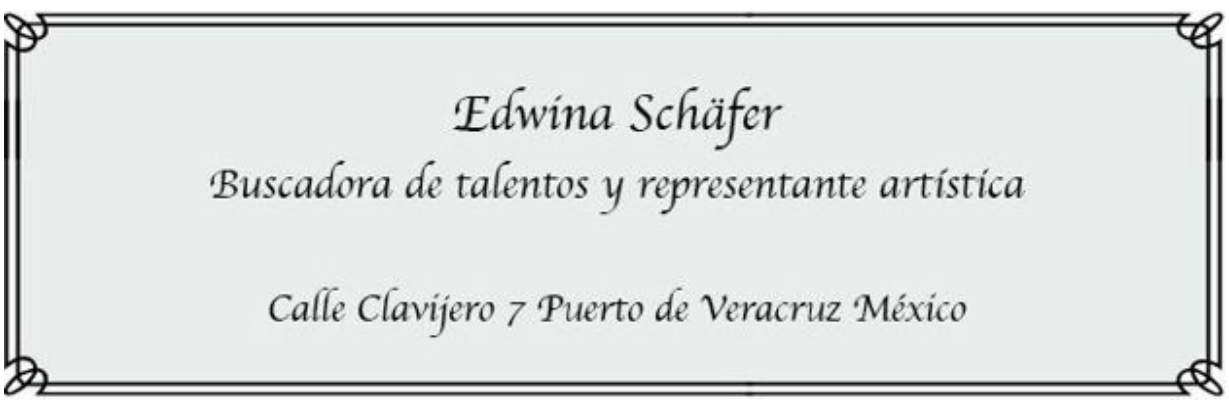
En cuanto a sus putas, Edwina las había buscado con tal afán que encontró auténticas joyas.

—¿No se cansa de pesar frijoles? —sondeaba a las dependientas guapas a las que predecía hastío en su gesto desabrido—. Unas manos tan finas podrían tener otros oficios.

—¿Se le ofrece algo más? —balbucían ellas.

—Si algún día quiere que la vida la trate como merece, venga a verme. Podría ganar mucho dinero.

Según recogía la bolsa de su compra en la tienda de abarrotes, dejaba en la mano de la joven una tarjeta que, como amanuense, ella misma escribía.



La alemana buscó las cualidades que requería el lupanar en las mercerías y las cafeterías de los hoteles. Entre el público femenino del teatro Clavijero, identificando a las que canturreaban con vocación de trascender al foso y adueñarse del escenario. Seleccionó las mejores piernas mientras bailaban en el Salón Variedades, sin atisbo de plata en los bolsillos, y las que recorrían la

estación de tren o las paradas de autobús. Rebuscó putas en la mismísima academia de contabilidad de la calle Esteban Morales, donde con el tiempo acudirían sus propias «señoritas» a aprender el modo de administrar sus finanzas.

Primero trilló entre las mujeres de la ciudad, después las del estado y, más adelante, cuando se corrió la voz de un negocio donde se trataba a las rameras como damas, llegarían por sí solas desde cualquier sitio. Tanto que el primer lunes de cada mes, día que Edwina dedicaba a rastrear el mercado para ir renovando su equipo, Clavijero era un clamor de escotes y melenas al viento a la espera de ser elegidas.

A todas adiestró como merecía la altura del club. A vestirse finamente, para desvestirse con elegancia; a higienizar cada rincón del cuerpo, cada pliegue de piel, y perfumarlo después; a maquillarse y encerar las ondas del pelo. A enjabonar el falo y sus recovecos. A lamer, besar, morder, seducir, montar, cabalgar, sodomizar, olfatear. A pedir por favor y dar las gracias.

Las enseñó a fingir y a disfrutar, porque Edwina sabía que las mujeres son capaces de pasearse por la gloria sin que medie el amor en ello.

A bailar igual que profesionales los cuatro tiempos del danzón, el bolero o el novísimo mambo. «Las mujeres follan como bailan», repetía cada vez que encabezaba un pequeño grupo que cruzaba el casco antiguo camino del barrio de la Huaca.

—¿Dónde vamos, doñita? —preguntaban intrigadas las nuevas.

—Al cementerio —anunciaba solemne—. A enterrarte como no muevas el culo en condiciones.

Mentía a medias, porque, en quechua, aquel era el nombre del viejo barrio donde en época colonial se asentaron los peruanos. En sus patios de vecinos, hechos de madera y tejas planas, la música se bebía a chorros, entre el cotorreo y el meneo de las caderas. De ellos saltó a los salones el son caribeño, que, tamizado por los ritmos del puerto, alumbraba genios de los que se hacían eco las emisoras de radiofonía.

—Ese de ahí llegará lejos —pronosticó Edwina el día que escuchó cantar a un joven alto y bien plantado—. ¿Cómo dicen que se llama?

—Pedro Domínguez, *Moscovita*.

No dudó en ofrecerle actuar en La Orgía Dorada y él lo cumplió, hasta que en 1940 abandonara Veracruz para incorporarse a Son Clave de Oro, junto a Toña la Negra y la compañía de espectáculos de Agustín Lara. Al fin y al cabo, la maestría de Lara había madurado en los cabarés canallas donde le asaltaba la inspiración. En ellos cuajó una cohorte de discípulos de los que se beneficiaría la propia *madame*, programando en sus burdeles noches de sones y guarachas.

También enseñó a las putas a modular sus voces para entonar a los clientes las melodías de moda. A diario, las visitaban el médico y el pianista: con uno se

abrían de piernas para comprobar que todo funcionaba correctamente, y al otro le abrían la boca hasta desgañitarse.

« Morenita chula, susúrrame otra» , pedían los asiduos al club a las mulatas, seducidos ante tantísima habilidad. Y ellas se arrancaban « … bamboleo de mi mar, capricho de su luz, rumores de besos perdidos allá por la playa de mi Veracruz» . Por lo general, junto a la estrofa final llegaba la propina.

Veracruz —« talle que se mueve con vaivén de hamaca» — no podía entenderse sin el hilo que le unía a Cuba. Bien se aprovechó Edwina de ello, cosiendo música y carne a la perfección.

17

Aurora esperó a Edwina un buen rato. Merodeaba por su despacho y ojeaba las firmas de los cuadros para confirmar por enésima vez que ninguno era de su autoría.

—¿Por qué no cuelgas tus pinturas? —le había preguntado en alguna ocasión.

—Me avergüenzan —resolvía la alemana sin más aclaraciones.

Imaginaba que su amiga aún no había saldado las cuentas pendientes que arrastró hasta México en sus gigantescos baúles.

Cansada de aguardar su vuelta, salió de La Orgía Dorada directa a su casa. Allí nadie sabía dónde había estado; nunca hablaba de sus visitas al burdel. ¿Cómo iba a entender Hugo la relación que sostenía con una *madame*?

Unos metros antes de ver la fachada azul, reconoció el perfil sentado sobre el bordillo de la acera.

—¿Qué haces tú aquí? —increpó a Pablo al llegar a su altura.

—Esperarte —le dijo clavándole las pupilas.

A primera vista advirtió en él cierto desánimo, pero también que su aspecto parecía más saludable desde que no se veían. Seis días, bien llevaba Aurora la cuenta. Pablo ejercía sobre ella una magnética atracción, pero no le gustaba que fuese tan rebelde. Hubiera querido doblegarle como a un potrillo salvaje por más que ignorase qué sentido tendría domesticarlo.

Sus contados escarceos con el sexo contrario nunca habían desencadenado tantas emociones contrapuestas. En Puebla, mantuvo una amistad con un joven ricachón y muy devoto, cuyo cortejo no pasó de hacer manitas frente a tazas de humeante chocolate en los cafés del Zócalo. Pero, por entonces, tenía suficiente con sortear los envenenados mordiscos del azar.

De vuelta al Caribe, había comprobado que el mar suelta lastre en el amor. Durante los bailes del balneario Villa del Mar, algún chico había estrujado su talle y la había besado con ganas y, puesto que no solo no le había importunado, sino que disfrutaba el flirteo, había asumido que una parte de ella tendía a lo pasional. Era Antonia. Su madre revoloteando por dentro. Esa herencia que durante años había ignorado, pero que, tras las conversaciones con Berta y todo lo acaecido en Puebla, Aurora había ido aceptando como un rasgo más de su naturaleza.

—No tenías por qué —respondió orgullosa—. No hay motivo por el que…

—Debamos vernos, ¿no? —atajó él poniéndose en pie.

—Quiero decir que si bien os ayudamos…

—¿Os ayudamos? —interrumpió.

—A los refugiados.

—Somos españoles, Aurora. Como los dueños de La Antigua, donde barro a diario por cuatro pesos. Igual que vosotros.

—Iguales no, la colonia lleva toda la vida aquí y no le gusta mezclarse.

—¡Ah, los gachupines! —dijo Pablo sarcástico—. ¿No se les llama así?

—¿Quién te ha enseñado eso?

—¿Tú dónde estás? Di. ¿En qué bando? ¿En el de los parias o el de quienes amasan dinero con la especulación y la usura?

—Te va a malograr tanto resentimiento —replicó Aurora gravemente.

Las cosas no fluían con el brío que él habría deseado. Al contrario, cuantas más ganas tenía de abrazarla, mayor era el abismo entre los dos. Y eso que se había prometido no volver a mencionar el Quanza, ni mucho menos sus penurias en el campo de concentración marroquí.

—Lo siento —se sinceró al final—. Claro que la gente es hospitalaria, pero me corroen los nervios viendo pasar la vida por delante.

Aurora acarició sus musculosos brazos y sonrió. Le pareció bellísima.

—México es un país libre, Pablo, deberías apreciarlo. Este no es lugar para hablar. Quizá mañana, por la tarde…

A esa hora la calle bullía llenándose de camisas limpias y mujeres con olor a colonia. Al principio no oyeron los gritos de Tula, que había abierto el portón, descompuesta, buscando a Aurora.

—¡Ay, niña, por fin llega! —exclamó cruzando la calle y arrastrándola del brazo hacia la casa.

—¿Qué pasa, mujer? —preguntó asustada.

—Al señor le cayó la salazón y nos va a destripar a todos. ¡Metidito anda en su gabinete profiriendo gritos y llantos!

Aurora no se despidió de Pablo y echó a correr hacia la casona. Cuando entró, se acercó al despacho y golpeó la puerta. Como no obtenía respuesta, pegó el oído a la madera y reconoció un jadeo ronco al otro lado.

—Ábranla —ordenó.

—¿Sin llave, niña Aurora? —replicó Tula.

—¡Como les dé la gana! ¿Acaso no oyen?

—No sé qué tan fuerte soy para un empellón —habló un mozo—. Voy, pues.

El golpe hizo saltar la cerradura, despejando el paso a un cuarto que tenía las cortinas echadas y olía a vómito. Algunos muebles auxiliares, los libros y decenas de objetos de valor hechos añicos alfombraban el suelo. Hugo yacía en el suelo, junto al sofá, doblado sobre sí mismo. Parecía que en lugar de unos

minutos hubiesen pasado años y se hubiera convertido en un anciano.

—Hugo, ¿qué te pasa? —dijo ella arrodillándose—. ¿Qué has hecho?

Él se resistía a hablar, pero Aurora lo enderezó irguiendo su espalda.

—Ahora ella —tartamudeó Hugo, envuelto en lágrimas.

—Está así desde la conferencia —precisó Tula—. Atendió al teléfono y ya no paró de gritar. Como la otra vez, niña. Igualito que cuando la desgracia.

La india se santiguó implorando a los santos por lo bajini. Aurora se estremeció al pensar en los días grises de Puebla y el manto de tristeza en que quedó envuelta la familia.

Le besó en la frente. En los ojos mojados. Entre el nacimiento del pelo y el mentón, no dejó un centímetro de piel sin laminar con sus labios. Pero por más amor que aplicara, su intento de consolarle parecía baldío.

—Vamos, tienes que hacer un esfuerzo por reponerte —le dijo—. ¡Ayúdenme a levantarlo!

El mozo y Tula le tomaron por las axilas mientras ella trataba de agarrarle. Hugo cerraba con fuerza su puño derecho. Entonces distinguió una cadena que asomaba a través de él; tras vencer su resistencia descubrió que dentro de la mano apretaba la medalla de una virgen.

—¿Qué significa esto? —preguntó incrédula.

No era para menos. Sin considerarle un agnóstico recalcitrante, Hugo no frecuentaba las iglesias ni se entregaba a rezos. Ni siquiera usaba símbolos religiosos en su indumentaria.

Palpó la medalla y trató de recordar dónde la había visto antes. Desde luego, no formaba parte de las joyas de Berta, ni estuvo nunca entre los pequeños tesoros contenidos en el Baúl de los Secretos. Sí en otra mano femenina, y de ella pasó a Hugo como si le encomendase un testamento final.

Súbitamente Aurora lo comprendió todo.

18

Valdelomar, España. 3 de agosto de 1936

—¿Qué diantres es eso? —alertó Berta—. ¡Para, Hugo!

—¿Estás loca, mujer? —protestó él—. ¿Pero no ves que tengo los coches detrás?

—Se trata del torreón —habló ella—. Creo que hay alguien en la habitación.

Hugo apartó la vista del camino y, aflojando la marcha, acechó a su mujer.

—Hace años que ahí no sube nadie y tú lo sabes —sentenció dramático.

—Juraría que lo he visto.

—No has dormido en toda la noche, Berta. Estás agotada.

—Puede ser.

La mujer sacó los brazos por la ventanilla y jugó con el viento, tratando de olvidar la sombra que había creído reconocer. Tenía razón él, desde hacía siete años el rincón más enigmático de Casa Gialla se había convertido en un espacio endemoniado que no visitaba nadie, soterrando de este modo lo que allí había sucedido.

Ese lunes, apenas amaneció, Berta y los suyos habían sacrificado su confortable vida madrileña para instalarse en Valdelomar, huyendo de la debacle que era la capital. Por desconfianza y precaución. Porque los contactos de Hugo así se lo habían sugerido al abogado. Porque pronosticar cuándo acabarían los efectos de la sublevación parecía un inútil ejercicio de adivinación. Porque, y esto no se había deslizado de la mente de su marido, aquella sería la primera escala de un larguísimo viaje.

A medida que se acercaban, la turbadora torre iba engrandeciéndose. El sol se hendía en el horizonte y el amarillo que diera nombre al lugar empezaba a enrojecer incendiando los cristales. Entonces volvió a distinguir la estela de una figura alborotando los visillos. Pero esta vez Berta no dijo nada.

Cuando el cortejo de vehículos accedió al portón principal de Casa Gialla, además de la mayoría del servicio perfectamente uniformado, los aguardaba el

« ogro grandullón» con los brazos abiertos. Así calificaba Aurora a Atilano en su fuero interno.

—Que haya tenido que desatarse una guerra para que vengáis a verme. ¡Ya está bien! —saludó el patriarca de los Vigil de Quiñones.

—¡Padre, no diga usted eso ni en broma!

Aurora bajó la primera del coche y rehuyó su mirada mientras ayudaba a los niños a descender. No obstante apreciaba sus ojos sobre ella, lo que la incomodó tanto como para coger su maleta dispuesta a desaparecer dentro de la residencia.

—Se deja esto, señorita —advirtió el conductor, señalando el Baúl de los Secretos. Ojalá lo hubiera olvidado dentro, pero su presencia la perseguía como condena por cumplir.

—Niños, saludad al abuelo —sugirió Hugo a sus hijos—. ¿Y madre?

—En el salón, ordenando partituras —aclaró Atilano.

—Sabe que venimos, ¿no, padre?

El hombre se encogió de hombros, pues él y su mujer mantenían la misma distancia que sus iniciales en el abecedario. No siempre fue así. Al principio, Zita fue un arrebato incapaz de embridar.

Atilano conoció a Zita en uno de sus frecuentes viajes de negocios a Italia, y, tras el implacable flechazo, se casaron ocho meses después en este país. De modo que la genovesa, acostumbrada a un paisaje prolijo en matices, se desmoronó en cuanto vio la tierra de su marido. Corría el verano de 1904 y Valdelomar era un secarral consumido.

—*Tutto è giallo*[4] —había pronunciado antes de desvanecerse, y de tal manera bautizó a la imponente casa. La pareja desconocía que esperaba ya un hijo.

—¿Dónde queda el mar, *mio caro*? —preguntó una vez repuesta, dominada por la nostalgia de Génova.

—A trescientos kilómetros por una carretera empedrada e impracticable, amor. Pero si tú me lo pides, lo pongo a tus pies —se comprometió Atilano.

Así fue. Entonces estaba loco de atar por Zita y, fruto de su delirio, mandó construir una enorme piscina que circundaba la parte trasera de la vivienda. Una especie de lago artificial, con remansos de arena traída del Mediterráneo a modo de playas, donde se reprodujeron toda clase de peces y plantas acuáticas.

—¡Igual que el de Brugneto! —exclamó Zita, cuando le mejoró el ánimo, al recordarle el gran lago italiano.

Atilano pensó erróneamente que las incomodidades de la recién casada irían prescribiendo cuando alumbrara a su hijo. Pero lejos de esta suposición, Zita fue alimentando un desafecto cada vez mayor hacia aquella región bárbara, indocumentada y paupérrima —como la adjetivaba ella— llamada Castilla-La Nueva, y cuyo lugar en el mapa tardaría en aprender. La italiana empezó

despreciando la heredad y siguió con el hombre, del que no entendía cómo pudo haberle inspirado esa clase de deseo que arranca las enaguas y mariposea el estómago.

Pasó meses y años tratando de mitigar este desafecto. Adquiría cortinajes y muebles nuevos. Cambiaba los usados de sitio. Colmaba los jarrones con flores. Impartía clases de italiano al servicio, aunque para ellos resultaran inservibles sus enseñanzas. Llenaba Casa Gialla de música. Atendía con férrea disciplina a su hijo Hugo. Pero nada frenaba sus deseos de huir, por lo que empezó a viajar a Italia. A su vuelta venía cargada de maletas llenas de telas, acuarelas, hilos de mil colores y partituras de música, entre las que valoró especialmente unas óperas dedicadas por el maestro Puccini. « Él vive en Torre del Lago y yo poseo mi lago Zita» , solía decir cuando se encontraba de buen humor, lo que sucedía pocas veces. Lo normal era que no dejase de refunfuñar o se encerrase en su propia alcoba, porque desde 1910 había abandonado el dormitorio matrimonial para no regresar.

Hugo entró en el vasto salón. Halló a Zita sentada y rodeada de papeles.

—¡Madre! —exclamó el abogado—. ¿Por qué no ha salido a recibirnos?

Zita levantó la cabeza y Hugo se estremeció. Frente a él estaba una anciana con el moño entreverado de canas y unas temblorosas manos nervudas que estrangulaban las obras musicales.

—¿Ha venido Giacomo? —dijo Zita sin ninguna emoción—. Habrá que prepararle el piano, digo yo. ¡Vete y ordena al servicio!

—¡No, madre! Soy Hugo, su hijo. ¿No me reconoce usted?

—¿Y qué haces aquí? —preguntó extrañada—. ¿Tú no estabas casado?

—Con Berta —trataba de contemporizar, sin dar importancia a sus desvaríos —. A usted le gusta mucho, dice que le recuerda a las mujeres genovesas. Y tenemos dos niños, ¿se acuerda? Hugo y Tirso.

—A ver, no me voy a acordar.

Zita empezó a leer las partituras y se puso a canturrear.

—Es lo único que hace —le advirtió su padre desde el umbral de la puerta—. Escuchar una ópera tras otra y mirar fotos antiguas. Si le sirvieran para recordar, pero ni eso.

—Madre, ¿quiere ver a sus nietos? —insistió Hugo.

—Bueno, hijo —admitió ella—. Oye, ¿tú por qué no estás hoy en el colegio?

La familia cenó muy temprano y se retiraron a descansar.

—¿Quieres que charlemos, Hugo? —preguntó Berta mientras se acostaba.

—¿De qué?

—De ella —aclaró—. No me ha reconocido.

—No quiero hablar de eso, Berta —respondió incómodo.

—A lo mejor te haría bien. Para Zita deben de ser muchas emociones.

Hugo entornó las contraventanas. Permaneció de espaldas unos segundos y después miró a su mujer con ojos enrojecidos.

—¿Cómo crees que debe reaccionar un hijo cuya madre no le recuerda?

—No seas injusto, Hugo. Está enferma y hay que tener paciencia.

—¡No digas tonterías, ni la disculpes! —protestó quitándose las zapatillas de un puntapié y sentándose en la cama junto a su esposa—. Mi madre se ha pasado la vida apartándome de su lado. Y tú lo sabes perfectamente, Berta.

—Tendría sus motivos —trató de suavizar la mujer.

—¿Motivos? —escupió—. ¿Mis estudios, por ejemplo? ¿Sus continuos viajes? Jamás me visitó en el internado. Ni una vez. Cuando los otros chicos tenían el abrazo de sus padres en la puerta, yo me encontraba con un chófer. Siempre ha hecho lo que le ha dado la gana.

—A lo mejor se ha evadido del mundo porque ha sido infeliz en él —aventuró ella—. Tú siempre me has dicho que echaba de menos su país.

Berta recorrió la columna de su marido con los dedos, para después lamerle la nuca mientras desabrochaba los botones de su camisa.

—¿Y tenía que amargar a mi padre? —decía Hugo, como si las manos de su mujer no le hablaran también—. ¿Distanciarse de mí?

—En mi opinión, ha vivido en dos lugares simultáneamente, y, al final, no forma parte de ninguno.

Berta bajó los dedos por su torso hasta la cintura y le aflojó el pantalón.

—Regresaba a Génova cuando quería.

—No se trata de eso, Hugo. A veces uno se siente extraño en su propia casa.

—¿Ah, sí? —replicó mordaz—. Pues tenía una mansión para ella sola.

Tras un rato jugueteando entre la ropa interior, Berta había liberado su falo y de un salto abandonó la cama para arrodillarse ante él. Los embarazos no limitaban sus deseos, al contrario. Mientras, su marido razonaba teorías.

—A veces creo que ella es culpable de todo lo malo que ha sucedido aquí. —De repente miró a su mujer desconcertado y la descubrió practicándole una felación—. ¿Qué haces?

—Callarte de una vez.

Aurora tomó un tazón de leche antes de retirarse a su cuarto. Estaba triste. No solo porque la estancia en Casa Gialla fuera un suplicio, sino porque nadie le había felicitado el día de su cumpleaños. ¡Qué aniversario tan triste fue aquel!

La casa permanecía en penumbra y sus livianos pasos eran lo único que se oía aquella noche, aparte de los sonidos del campo. En la ciudad los había extrañado. El croar de las ranas, las cigarras apareándose, las ramas coqueteando con el agua… Siempre le había agradado meterse en el lago y sentir el jugueteo de los líquenes en sus pies. Cuando lo hacía, conseguía olvidar que a pocos metros se situaba el torreón.

Al cruzar el zaguán, vio el estanque a través de la galería que lo conectaba con la vivienda. ¿Por qué no acercarse? Al fin y al cabo, sospechaba que le iba a costar dormirse. Así se dirigió al porche trasero y pisó la arena de la playa artificial que delimitaba de punta a punta la fachada. Sin pararse a mirar atrás, se adentró en el lago. El agua estaba oscura, lóbrega; sobre ella, apenas se distinguían algunos tiznajos blanquecinos, cuando la luna se despejaba de nubes. Aunque pareciese absurdo, prefería la negrura del agua a la construcción que se levantaba a su espalda. Después de chapotear un rato, decidió recogerse en su alcoba. Entonces lo oyó. Reconoció el sonido de aquella llave forcejeando en la cerradura. Lo había escuchado años atrás, mientras se escondía entre unas faldas de paño y olía en otra piel ese jabón tan familiar.

Quería echar a correr, pero se reconocía incapaz. Permaneció inmóvil, en silencio, rezando por hacerse invisible.

En la eternidad de aquellos minutos creyó distinguir un reflejo amarillo rielando sobre la superficie. Como si alguien hubiera encendido una luz en una parte de la casa y su destello se hundiera en la laguna. Aurora dedujo dónde, pero no se giró. No hasta que no estuvo segura de que los pasos se diluían en la oscuridad de la mansión. El miedo paraliza o activa, y ya era hora de que el suyo la forzara a huir de allí. Salió del lago en estampida y no se detuvo hasta alcanzar su humilde dormitorio.

Una vez a salvo, palpó el embozo de la cama para abrirla a ciegas y meterse en ella, pero entonces sus dedos se toparon con algo. Alguien había accedido a su cuarto, hurgado en su lecho y depositado aquello allí.

En un acto reflejo de rechazo arrojó el envoltorio sobre la cama, pero su curiosidad era mayor y, después de comprobar que se trataba de un pañuelo, lo cogió y se acercó a la ventana. Bajo la tenue luz de la luna, extendió uno a uno los dobleces sobre la palma de su mano hasta airear lo escondido entre la tela de hilo.

En su interior identificó dos cosas que le turbaron. Una era un trocito de papel plegado sobre sí mismo. La otra se trataba de un sello, cuya circunferencia bailaba en todos sus dedos, incluso en el pulgar. Motivo por el que dedujo que sería masculino.

Mantuvo el anillo dentro del pañuelo y procedió a abrir la nota. Se encontró dos palabras escritas a mano. Un deseo superlativo. « Feliz cumpleaños» .

Fuera del cuarto, unos ojos habían seguido sus pasos con avidez. Espiando cada gesto. Admirando el cambio abismal que estaba practicándose en ella, de la adolescencia a la juventud. Añorando en sus formas a otras.

—Querida niña —musitaron esos ojos—. ¿Me perdonarás alguna vez?

19

Valdelomar, España. 19 de agosto de 1936

—Podéis quedaros aquí el tiempo que queráis —aseguró Atilano sirviendo a la pareja unas copas de *brandy*—. El pueblo es seguro, mande quien mande.

—No se engañe, padre —declaró Hugo—. La mitad es suyo, de lo contrario, los tendría litigando en la puerta.

Las ventanas abiertas recibían la brisa nocturna, aliviando el bochorno del verano. Hugo todavía no se había atrevido a trasladarle sus planes acerca de México. Tampoco había sido claro con Berta. Lo había sugerido tibiamente, pero ella aludía a su embarazo como excusa para no afrontar una decisión tan categórica. Por ello, el abogado dispuso que debía ser él quien suscribiera las decisiones familiares. De repente entró en el salón un taciturno fantasma, moviéndose igual que un pajarito de huesos frágiles y plumaje escaso.

—¡Madre! —exclamó Hugo—. ¿Qué hace levantada a estas horas?

—¿Ustedes quiénes son? —les dijo—. No son horas para visitar a nadie.

Zita vestía camisón largo, estaba descalza y los contemplaba con extrañeza. La misma que se intercambiaron ellos en unas rápidas miradas.

—Zita, soy su nuera —determinó Berta poniéndose en pie—. No debería andar por ahí porque hace frío. Está desorientada.

La mujer se dejó dirigir por ella sin resistencia.

—¿No hay nadie que la vigile? —preguntó a Atilano su nuera.

Él frunció el entrecejo en señal de duda, aunque negó con la cabeza y las dos desaparecieron juntas.

—¿Desde cuándo lleva así? —interrogó Hugo al cabo de unos segundos.

—Va por días. A veces aparenta estar bien y otras, ni me reconoce. Ya ves, decidió que este sitio no le complacía y es como si no viviera aquí.

Hugo abandonó la butaca y se dirigió hacia la ventana. El aire de la sala se había tornado espeso e irrespirable.

—¿Por qué empezó todo, padre? ¿Qué sucedió para que nos odie tanto?

—¡Cómo puedes decir eso! Tu madre te adora.

—¡Buf! —resopló—. Pero si no sabe ni quién soy.

—Porque no se encuentra bien, pero todo lo ha hecho por ti. De lo contrario, quizá hubiera regresado a Italia y me hubiera abandonado.

—Perdone, padre, pero no le comprendo. ¿Acaso discutieron ustedes? ¿No se entendían? ¿Fue por mi culpa?

Atilano vertió coñac sobre su copa. Empezaban a ahogarle tantas preguntas.

—Hijo, deja de mortificarte. Hay cosas que suceden en los matrimonios que no obedecen a razón. Pasan y ya está. Tú estás casado y lo puedes deducir.

—Precisamente por eso, porque yo nunca haría nada que dañara a mi mujer y menos a mis hijos. —Hugo respiró hondo; le costaba proseguir—. ¿Por qué madre dejó de dormir con usted?

Atilano se revolvió incómodo en el sillón y eludió su mirada. No encontraba el modo de desglosar su vida de pareja en cuatro frases y daba vueltas a la alianza en silencio. Cómo le explicaba a su hijo que no había existido más motivo que el tedio, porque cuando este invade la vida de las mujeres y ellas dicen «no», las puertas se cierran para no abrirse. La de su matrimonio se había atrancado a los treinta y dos años —la edad actual de Hugo—, y Atilano los juzgó muy pocos para renunciar a sus conquistas. Quién le contaba que entonces inició un rosario de cortejos. Y reflexionó un instante en aquellas mujeres cuyo cariño trató de compensar con joyas y vestidos, y que no significaron nada para él. Hasta que apareció ella.

Pero qué padre es capaz de argüir al hijo que el verdadero amor de su vida no fue su madre.

—¿Interrumpo algo? —inquirió Berta al regresar.

—No, querida —alegó su suegro—. Yo ya me iba a dormir. Buenas noches.

El hombre dejó el salón y en él, a su hijo desorientado.

Al día siguiente, Hugo emprendió camino hacia Madrid con el propósito de enviar algunas cartas y mantener diversas reuniones que allanaran el viaje a México. La excusa ante su esposa fue que no podía desatender los negocios por tanto tiempo.

El resto de los habitantes siguió viviendo al ritmo lento de Casa Gialla.

Aurora pasó aquellos días jugando con los hermanos y especulando acerca del origen del sello con el que alguien había querido celebrar su cumpleaños.

El anillo era una pieza compacta de oro amarillo en cuyo centro se engarzaba una aguamarina. Estaba segura de que el regalo no provenía de Berta, porque no habría actuado con tanto secretismo. Así que el único en quien podía pensar era en Hugo —pues él siempre le había obsequiado algún regalo al volver del internado—, aunque no se diera por aludido cuando ella le buscó con la mirada durante el desayuno.

En adelante, Zita se iría aficionando a sus escapadas, mientras en Berta

crecían la apatía y la desgana, que Aurora achacó a la ausencia del enamorado. Una mañana le pidió que se sentara junto a ella y le acarició la cabeza.

—No has bajado al pueblo, ¿verdad? —dijo—. Deberías ver a tus hermanos.

Aurora sospechó el derrotero de la conversación. No le agradaba.

—Son tu familia y, aunque no te hayan mostrado afecto, no les debes guardar rencor. O te arrepentirás en un futuro.

—Lo que usted diga —asintió resignada.

—Aurora, pienso que es bueno para ti.

Resultaba incomprensible que algo que la lastimara pudiera ser beneficioso, pero aceptó sin replicar. Y al caer la tarde ocupaba el asiento delantero de un coche que la conduciría hacia su pasado.

El pueblo de Valdelomar, ubicado a tres kilómetros de Casa Gialla, crecía alrededor de una calle principal en torno a la cual surgían unos sarmientos de ínfimas construcciones. Chozos de adobe y ladrillo en los que malvivían familias enteras.

Aurora descendió del vehículo y tomó una callejuela hasta desembocar en uno de ellos. Allí descorrió una burda tela rayada antes de escurrirse dentro.

Entre la penumbra identificó una olla humeante, una mesa, varias sillas de enea, un deshecho catre y una mujer amamantando a un crío. Esta tardó un rato en reaccionar y darse cuenta de que acababa de entrar su hermana.

—¿Cómo estás, Consuelo? —así se presentó—. Soy Aurora.

—No soy Consuelo, soy María —respondió una voz áspera—. Pero es normal que no te acuerdes de nosotras. Consuelo está en la era, con su marido.

—¿Es mi sobrino? —preguntó ella.

—El último. —La mujer destetó al bebé y le mostró un renacuajo desfallecido—. No sé si va a salir adelante porque nació antes de tiempo y no chupa nada.

—¿Qué tal estáis todos? —inquirió reteniendo las lágrimas.

—Depende, a veces muertos de hambre y otras de pena. Estás guapa. ¿Qué tal la capital?

—Ahora con la guerra es muy peligrosa. Pero me gusta mucho. ¿Y Vicente? —preguntó por su hermano.

—Se ha ido del pueblo. A defender su pan y el nuestro, aunque le cueste la vida.

E interpretó que se había afiliado al ejército, dejando mujer e hijos. Entre las dos se instaló un silencio solo roto por el ulular del viento colándose por los resquicios de la argamasa de las paredes y el crepitar de la lumbre.

—¿Quieres un vaso de caldo? —preguntó su hermana señalando a un caldero sobre ella—. Es lo que hay, aunque tú estarás acostumbrada a otras cosas.

Aurora se sirvió un poco del mejunje que hervía dentro de la olla y lo probó

sin ganas, por no hacerle un desprecio. Solo deseaba salir de allí. Entonces preguntó por sus sobrinos. Ella recordaba cinco.

—Tienes nueve, sin contar con esta birria: dos del Vicente, cuatro míos y tres de la Consuelo. Somos unas conejas, y eso que ya hemos enterrado tres.

—¿Puedo verlos?

—¡Anda, estaría bueno! —Su hermana depositó al recién nacido en una caja y salió de la choza—. ¿Ves aquellos olivos? Se han empeñado en excavar una trinchera. Ve tú, no quiero dejar al crío, no vaya a morirse solo.

Aurora rebasó el mísero lugar donde habitaba su familia y dirigió sus pasos campo a través. Le caían lagrimones por el rostro, pero era el único modo de desenredar su madeja y liberar sus cabos.

Nunca había sido consciente de la suerte que supuso marcharse a Madrid y ahora lo entendía. A ella la vida le había dado otra oportunidad, aunque el desencadenante de esta decisión fuese una gran tragedia.

Todo el trecho de vuelta a Casa Gialla lo hizo llorando. Antes había visto a sus sobrinos —una recua de chavales más malos que la tiña— y dijo adiós a su hermana de lejos, porque le dolía averiguar si el bebé vivía aún o no.

El chófer se apeó para abrir los portales de hierro cuando se abatía el sol. El atardecer había transfigurado el torreón en una imagen diabólica, dueña de un ventanal enrojecido como la sangre. Aurora tragó saliva y se limpió la nariz con la manga de la rebeca antes de mirar hacia él.

El miedo y las contriciones no podían suplir eternamente a los juicios, pues tarde o temprano debía madurar. Lo que implicaba dejar de arrastrar por su biografía a los muertos y enterrarlos de una vez; aunque paradójicamente tuviera que exhumar el contenido de su baúl y airear los secretos que amparaba.

Pero ¿estaba preparada para ese trance? No lo sabía. Entonces observó algo anormal en el torreón, el rastro de una sombra al cruzar rauda el ventanal. En el mismo espacio donde falleció la abuela de Hugo y la maldición había condenado a su familia.

—Me quedo aquí —determinó solemne al chófer—. Gracias, señor.

Blindada por una firmeza inusitada en ella, Aurora bajó del coche antes de que llegase al porche delantero. Lo prefería para no encontrarse con nadie. Después bordeó la fachada hasta la entrada exterior del torreón. Sentía el aleteo del corazón martilleando sus sienes.

Sin duda, lo más simple hubiera sido encontrárselo cerrado. Así no habría sido preciso discurrir más. Ella habría hecho el esfuerzo de tomar la decisión, pero el destino se habría pronunciado con rotundidad. Sin embargo, la puerta cedió sin esfuerzo.

Una, dos, cien hojas de un cuaderno descuajeringado al aire, sus excusas se precipitaron al vacío.

Penetró en un vestíbulo que poseía pocos muebles: un aparador, su espejo y un perchero atestado de sombreros y viejas prendas de abrigo. Un poco más al frente, ascendían los peldaños de una escalera de caracol de notable anchura. Asentó el pie sobre el primer escalón y los fue sumando igual que batallas conquistadas.

Costaba creer que estuviera a punto de entrar en el laberinto de sus tinieblas.

Cuando llegó arriba, el ambiente se había condensado y le costaba respirar. Aurora se quitó la chaqueta de punto y desabrochó un par de botones de su vestido, perdiendo la cuenta de los segundos en que retuvo su temblorosa mano sobre el picaporte antes de decidirse a abrir la puerta.

Al doblar la manija, la hoja de madera dejó paso libre al cuarto del torreón. La habitación, que se extendía por casi toda la planta, estaba regida por una cama endoselada, cuya colcha reproducía los mismos abigarrados motivos de la pared. El resto era el sabido mobiliario de caoba y el suelo entarimado que aún gemía bajo cada pisada. Lo recordaba a la perfección, pero ahora le parecía más pequeño.

Aurora se extrañó de encontrar la ventana abierta y sin querer imaginó la de veces que dos mujeres habían contemplado aquel mismo espectáculo. La abuela de Hugo y Antonia, su madre. Bajo los cristales se ubicaba un escritorio y, apoyada en él, una lámpara de tulipa. La joven pulsó el interruptor y la estancia se llenó de luz, infiriéndole una pátina doméstica. El bufete estaba dividido por varios cajones irregulares. Aurora los abrió y cerró sin hallar nada, salvo papeles macilentos, algo que delataba la pantomima del lugar, pues nada allí poseía vida alguna. El cuarto del torreón estaba muerto.

En la pared opuesta, unos estantes albergaban libros y figuras de porcelana ordenados con hierática precisión. Pero también ocultaban otra mentira. Los objetos decorativos eran una treta, una medida disuasoria para alejar la atención de la estantería, tras la que Aurora tendría que haber permanecido escondida aquella noche, al igual que en otras ocasiones. Pero ¿por qué no lo hizo? ¿Qué maldita desobediencia la había condenado a no participar del secreto que guardaban las baldas suspendidas de la pared?

Al avanzar hacia ellas tropezó con unos botines de seda descuidados junto a la cama. Tenían un tono empolvado y lucían una inicial bordada en la puntera. Apenas reconoció la letra se derrumbó sobre el suelo.

—No está —afirmó Berta desde el umbral—. No está aquí, no te obsesiones en buscarla.

La mujer avanzó unos pasos y se sentó junta a ella.

—¿Por qué no me has pedido que te acompañara?—le dijo.

Sin embargo, Aurora parecía encontrarse en trance; tan absorta que no había percibido sus pisadas en el rellano.

—La he visto, por la ventana —confesó a duras penas.

—No, es imposible y tú lo sabes.

—Sí, yo la presentí la noche del primer día…

Mientras se esforzaba en sosegarla, Berta habría de rememorar los golpes propinados por su suegro, años atrás, en la puerta de su alcoba. Aún flotaba en su mente la agitación de su voz y la impresión que le causó ver la sangre que profanaba sus burguesas ropas. « Tienes que ocuparte de ella» , le rogó entonces, y acto seguido fue a por Aurora, quien, como un ovillo, se acurrucaba contra la pared.

—¿Qué es lo que sucede, Atilano? —inquirió ella.

—Ahora no hay tiempo para parloteos, Berta. Y no avises a nadie hasta que vuelva, por favor. —Y desapareció al momento.

Fue la noche del 23 de junio de 1929. Berta tumbó a la niña en su cama y la interrogó por la causa de semejante conmoción. Aurora no habló entonces. Tampoco al día siguiente. Ni al otro. Durante semanas guardó un mutismo que les llevó a dudar si no habría sucumbido a alguna enfermedad. Iniciado septiembre, y con el parto de su primer hijo en vísperas, llegaba el momento de regresar a Madrid; sin embargo, se sintió incapaz de abandonar a una cría desorientada allí donde no pertenecía a nadie.

—No te engañes —retomó Berta—. Tu madre está muerta.

Al oír la frase, Aurora dedujo que su vida era una tragedia. Sin paliativos. Cruel. Arbitraria y tirana. Hecha de presentes míseros y pasados amargos.

Entonces se limpió las lágrimas con una manga y pareció recomponerse.

—Porque la maté yo, ¿es eso, verdad? —preguntó a Berta con insolencia—. Fui yo la única culpable. Por mi culpa. Porque no cerré la puerta.

—No fuiste responsable de nada, querida —atemperó la mujer—. Simplemente, una niña que vio lo que nunca debería haber presenciado.

—¡Usted no lo entiende! —gritó Aurora histérica—. ¡Yo disparé! Fui yo quien mató a mis padres.

20

Valdelomar, España. Septiembre de 1936

Supo que el matrimonio tramaba un plan por cómo susurraban a espaldas de los demás. De todos menos de Zita. De ella no se ocultaban, pues andaba tan en su mundo que ni deletreándole su intención de marcharse a México se hubiera enterado.

Por fin, recién iniciado septiembre, Berta se lo anunció sin rodeos.

—Haz tu maleta y ve pensando de quién querrías despedirte si fueras a estar un tiempo sin verle —le anticipó la mujer, entrando en su cuarto.

Sus palabras volvían a encriptarse, como cuando le comunicó que dejarían la capital en dos días.

—¿Nos vamos de aquí? —indagó ella—. ¿Volvemos a Madrid?

—No. —Berta se sentó en el borde de la cama y le indicó que la secundara —. En realidad, tú deberías decidir si nos acompañas o no.

Ella bajó la vista hasta posarla en las filigranas modernistas del suelo. Pensar en separarse de Hugo le parecía un infierno. Perder a los niños, el afecto de Berta… No podía pensar en una vida sin ellos.

—En breve viajaremos a México y quisiera que vinieras con nosotros, pero entendería que esta aventura fuese demasiado arriesgada para ti.

—¿México está muy lejos? —Aurora no ignoraba que hablaba de otro país, pero era incapaz de situarlo en ese momento en el mapa.

—Al otro lado del Atlántico —precisó Berta—. Más de una semana navegando. Si prefirieras quedarte en Valdelomar, siempre podrías trabajar aquí.

Ella frunció el ceño. Ni en malos sueños viviría en Casa Gialla, junto a ese despreciable « ogro grandullón» y a escasos metros de la maligna torre.

—¿De veras no quieres que hablemos de lo que sucedió la otra tarde? —dijo Berta, como si se hubiera apoltronado en algún punto tras su frente desde el que adivinaba sus inquietudes—. Debes acomodar tus emociones y eliminar toda esa culpa que atormenta tu cabeza. Es destructiva.

No habían vuelto a referirse al episodio del torreón. Aurora intuía que la

sombra de ese atardecer donde ella salió a la carrera dejando a Berta a medias la acosaba cada vez que se quedaban a solas. Sin embargo, no era el momento de hablarlo.

—¿Puedo buscar en el globo terráqueo dónde está México? —soltó.

—¡Claro!

De este modo truncaría un incómodo interrogatorio.

Aurora bajó al gabinete en busca del mapamundi que trataba de marcar los límites de un planeta inabarcable. Buscó su nuevo destino en la esfera de piel y señaló España con un dedo, mientras recorría el océano con otro.

—Más arriba —oyó decir a su espalda—. Eso es la península de Yucatán. Una zona virgen e indómita, llena de indígenas como los que se encontró Hernán Cortés. Allí no atracan los barcos que proceden de Europa.

Atilano se aproximó a ella, mostrándole un punto hacia el norte.

—Llegaréis al puerto internacional de Veracruz —añadió—. Y residiréis aquí, en Puebla.

—Están muy cerca —pronunció Aurora en un hilo de voz. No daba crédito: había sido capaz de hablarle a la cara.

—No creas —siguió él, animado por su respuesta—. Las distancias en México son enormes. Es un país formidable, te gustará. Lo conozco bien —se animó a compartir una confidencia—. Lo he visitado muchas veces, pero nunca con quien habría deseado hacerlo. Yo… solo quise ofrecer lo…

La voz de Atilano se había quebrado y le costaba hilar sus argumentos. Ella tampoco quería oírlos, prefería fantasear con barcos que cruzaban el Atlántico y playas de arena blanca donde hundir sus pies. Bajó la cabeza y examinó el mapa para escaparse mentalmente de allí; entonces vio su mano izquierda apoyada sobre el globo terráqueo. En su dedo anular, brillaba un sello de enorme semejanza al que el enigmático desconocido le había regalado por su cumpleaños. Esta vez la piedra era roja.

La simple idea de que su anillo hubiese pertenecido a Atilano le estremeció, en una mezcla de temor y repulsión. Al levantar los ojos, descubrió los del hombre colmados de lágrimas.

No quería saber nada más. Echó a correr y abandonó la sala.

El 10 de septiembre, los Vigil de Quiñones dejaron Casa Gialla. La despedida resultó un retrato virado al sepia, que aportaba matices según quien lo recordara. No obstante, la fotografía presentaba algunos elementos innegables: por una parte, la figura omnipresente de Atilano vestido de traje y con gesto adusto, mientras dotaba de suntuosidad lo que no dejaba de ser un desgarro íntimo; por otra Zita, una mujer quebradiza, amparada por los brazos de una criada. El resto era la ceremonia de un adiós rotundo.

—Hijo mío, nunca olvides dónde está tu hogar —repetía Atilano—. Ahora das

el paso que consideras más conveniente, pero aquella tierra no es la tuya.

—Padre, no me voy a quedar a vivir allí —aseguraba Hugo—. Es una decisión transitoria. Todo lo breve que pueda.

No obstante, al abogado le inquietaba su madre. Tanto que su instinto le sugería despedirse de ella con la gravedad que obliga a saldar cuentas.

—Madre, ha llegado la hora —anunció Hugo—. Sabe que me voy, ¿verdad?

Zita observaba lo que se precipitaba alrededor, con actitud ida.

—¿A qué viene este jaleo en mi casa? —preguntó ella—. ¿Y usted quién es?

—Soy Hugo, su hijo. Esta es mi familia y la suya. —Cómo le dolía tener que dar estas explicaciones—. ¿Nos puede dejar solos? —sugirió a la criada—. Yo me encargo de sostenerla.

Rodeó sus hombros y cada uno de los huesos le golpeó el alma. Juntos caminaron unos pasos, alejándose de los demás, hasta sentarse en un poyete cercado por macetas de geranios cuajados de flores. No sabía por dónde empezar. Nadie le había mostrado el camino para una despedida tan dura.

Pero la impertinencia del reloj pinzó su estómago acuciándole a sincerarse, y a partir de ahí sus palabras fueron un manantial fluido.

—Si en algo le he causado dolor, si mi existencia le ha desencadenado este mal… —dijo, desahogándose—, yo necesito pedirle perdón. Cierto es que me he sentido solo y la he necesitado muchas veces, y eso me ha llenado de rencor. Ahora entiendo que los motivos de los padres no son los de los hijos. Madre, perdóneme si he sido huraño o ingrato, si a veces he resultado un niño rebelde o un adolescente huidizo. Si le ha faltado mi abrazo cuando, en el fondo, yo me estaba muriendo por el suyo. Sé que no queda más vida para enmendar el camino, por eso preciso su perdón…

Según hablaba, algo dentro le decía que a lo peor esa sería la última vez que la vería. Entonces cualquier oportunidad de recomponer lo quebrado se desvanecería.

—No llores, hijo, las vacaciones vuelven pronto. ¿Me das un beso?

Uno no, mil. Hugo besó a su madre en los carrillos, en las huesudas manos. En los pliegues de una piel vieja. Hasta que a Zita se le quitaron las ganas y le rechazó de golpe.

—¿Y tu hermana? —le increpó—. ¿Te has despedido de ella?

—Madre, no tengo ninguna hermana —trató él de razonar—. Ella es mi mujer, Berta.

—Ladinooo —golpeándole en la punta de la nariz, como hacía cuando era un niño—. Regrésame a casa, que me canso. ¿Y los otros?

—¿Qué otros, madre?

—Los que le quieren a él más que a mí —espetó rotunda.

Hugo se sintió derrotado. Estaba claro, la enajenación gobernaba su cabeza y resultaba inútil cualquier esfuerzo por hacerla entender unos argumentos que

servirían para su padre o Berta, pero eran inválidos para su madre. Zita no quiso hablar más, en cambio, tuvo un gesto que le desconcertó: se echó ambas manos al cuello y torpemente se desabrochó una cadena. De la joya pendía una medalla. La mujer la puso entre las manos de su hijo.

—Hugo… —susurró, mirándole fijamente.

El corazón del hombre volvía a brincar, pero ahora por un resquicio de luz: el milagro de recordar su nombre.

—Llévate a tu hermana —dijo tajante—. No la quiero ver más aquí.

—Pero ¿qué tontería está diciendo? —respondió decepcionado comprobando que un avance implicaba nuevos recesos.

Entonces una repentina furia la quebró.

—¡Fuera, fuera! —gritaba en un delirio—. ¡Idos todos!

Las criadas la metieron en la casa, mientras ella manoteaba el aire, y Berta se esforzaba en distraer a su marido, a fin de que obviara esa reacción de Zita. No quería que fuese su último recuerdo de ella.

Aurora se marchó de Casa Gialla sintiendo la presencia de su madre más tangible que nunca. Ahora que partía por un plazo indefinido de aquel lugar, lo entendía con absoluta nitidez: Antonia aún permanecía allí, palpitaba en cada uno de los peldaños que conducían al misterioso torreón. Era un aliento en las alcobas; una sombra aullando entre los visillos, los mimbres del lago o los peces de colores.

Quizá no se materializase con unos brazos y unas piernas tan largas como las suyas. Ni con ese pelo enmarañado en mil horquillas que la bella mujer iba perdiendo por cualquier sitio. Sí tal vez como un suspiro, insuflando luz a quienes la quisieron algún día. El roce de la seda. La tibieza del aire al transitar de un cuarto a otro. Un beso sin labios. Y era mejor apreciarla así, porque nadie podría vivir tranquilo enfrentándose a la responsabilidad de la muerte de sus progenitores.

Los coches habían arrancado e iniciaban a andar en el instante en que Atilano quiso compartir con su nuera la última de sus sentencias.

—¡Cuida de mi hijo! —le dijo—. Es más débil de lo que él se cree.

21

—Tula —ordenó Aurora—. Llena una bañera de agua hirviendo.

—¿Igual que entonces, niña?

—¿Te volviste taruga o qué te pasa? Hablo bien clarito.

Juntas habían arrastrado a Hugo hasta la alcoba y, mano a mano, le fueron desnudando mientras él se dejaba hacer como un niño chico.

—A poco se le quitará la rabia cuando se meta a remojo —aventuró la india —. Como en Puebla.

—Como en Puebla —apostilló Aurora—. Pero no consentiré que te salgan más canas ni más arrugas, ¿entendiste? No quiero un viejo a mi lado.

Se había dirigido a Hugo con esa amalgama de amor y suficiencia que la madurez había impreso en ella. Después, entre las dos, le introdujeron en un agua tan caliente que, lejos de aplacar, le terminó alborotando. Pero él no lo dijo, porque todavía se resistía a desmenuzar su dolor con palabras.

—¿Usted no va vivir nunca su vida? —preguntó Tula doblando las prendas—. Se la ha pasado cuidando de tanto hombre que…

—Esta es mi vida —cortó Aurora.

—No. Las mujeres honradas se casan y tienen hijos propios.

—¿Quieres decir que no es honrado cuidar de él?

—¡Ándele, mija! Con la de hombres que hay, amarre alguno. El patrón está bien gastado.

—No le pienso abandonar nunca, Tula. Guárdate la lengua para otras cosas.

Él las oía discutir a sus espaldas, ignorándole, como si en verdad más que una persona lacerada fuese un ser invisible, y reflexionó sobre las frases de la india porque estaban cargadas de razón. Tarde o temprano ella tendría que componer su propia vida. Era demasiado joven y hermosa para marchitarse a su lado.

Cuando Aurora entró en el aseo, decidió pronunciarse con rotundidad.

—Quiero volver —anunció Hugo, dejándola perpleja.

—¿Volver a dónde, Hugo? —replicó.

—A Casa Gialla. Con mi padre…, con madre.

—Zita ha muerto. Tu casa es donde estamos tus hijos y yo —remachó—. Ellos te necesitan aquí, no en esa España de la que ni se acuerdan.

Aurora tomó una toalla y empezó a frotarle enérgicamente el pelo. Después

le besó la cabeza y le enjabonó.

—Sigue tú. Y mañana ya encargaremos una misa para el velorio.

A continuación le dejó sumido en el agua y en su duelo.

—Niña Aurora, qué duro que muera una madre tan lejos. —Tula le dio el alto cuando ya bajaba las escaleras.

La última imagen de Zita, enervada en el porche delantero antes de que la familia dejara Casa Gialla, se le apareció como un espíritu. Aurora nunca imaginó que no volvería a toparse con aquella excéntrica italiana; sin embargo, al evocar la melancolía de Hugo, interpretó que él sí debió de presentir que la separación de su madre era definitiva.

—¿Qué tal si empieza con las manías del destrozo? —le sobresaltó la india.

—Se las quitaremos.

—¡Yo le pido a la virgen rechula que el patrón no enferme como en Puebla! Y que no vuelva esa mujer, que era el puritito diablo.

La joven agarró del brazo a Tula y sonrió. Le inspiraba tanto cariño.

—Sí, de buena nos libramos —asintió—. Cuánto mal hizo Isela.

Cinco años antes Tula no estaba en su vida, pero había llegado para quedarse. Ambas se conocieron el día en que la familia se trasladó desde la Compañía Terminal de Veracruz a Puebla, nada más desembarcar del Île de France: el 15 de noviembre de 1936.

Aún recordaba Aurora los rostros de los indios que esperaban al pie de la escalerilla del barco. Jamás había visto una piel tan oscura ni unos rasgos tan exóticos.

—La señora nos mandó el encargo de que ustedes fueran en tren mientras se adelantan los autos —habló entonces quien parecía más espabilado.

—¿La señora? —dijo Berta extrañada.

—La doña Isela.

Ella y Berta intercambiaron miradas de estupefacción, mientras Hugo les tomaba la delantera camino de la aduana. Pero, ante las prisas, prefirieron restarle importancia al comentario. Además, a Berta, con su indisposición, no le cabía otra inquietud en la cabeza ni en su agitado estómago.

Entre el puerto jarocho y Puebla distaban menos de trescientos kilómetros, pero en el tránsito el país cambiaba de estado y de paisaje. Así, los campos de piñas y la selva baja, rota por las copas de liquidámbar, fueron alumbrando otro panorama caracterizado por bosques de encino y ocotes. Mirando por la ventanilla el transcurrir del nuevo mundo, Aurora buscaba en la vegetación trazas de lo que hasta entonces le había sido familiar —la misma flor, árboles gemelos a los de Valdelomar—, porque para ella no cabía imaginarse algo tan dispar donde se hablaba su mismo idioma. Sin embargo, el México acelerado del otro lado del cristal traslucía otra realidad.

Llegaron a última hora y les recibió un viento frío, pero lo áspero del clima no depreció su belleza. Puebla era el orden hecho ciudad, con esas calles trazadas en retícula, las fachadas alegremente azulejadas; aquí una iglesia o una «dulcería», al fondo, el Zócalo. Y presidiéndolo, la catedral más bella de México.

La casa de la calle 5 de Mayo tenía los travesaños de las ventanas blancos y un patio salpicado de macetones y palmeras de impresionantes hojas. Había sido levantada a mediados del siglo anterior ciñéndose al estilo colonial, de modo que las galerías bajas acogían varias estancias, a las que sumar las de la planta superior.

—¡Qué bonita es, doña Berta! —aplaudió Aurora entusiasmada.

Pero ella no estaba para juicios estéticos. Le costaba respirar, aunque hubiera contenido las ganas de vomitar. Sofocada, radiografió en derredor en busca del equipaje, sin encontrar maleta alguna.

—¿Y el equipaje? —preguntó a su marido—. Los mozos dijeron que llegaría antes.

—Las valijas están en sus cuartos —respondió una voz femenina.

Había sonado tajante y con eco. Todos elevaron la vista hacia lo alto de la escalinata.

Al final de la misma se erguía una mujer de piel cetrina y pelo azabache trenzado, enmarcando su cabeza. Parecía una estatua, acechándoles con la superioridad de encontrarse varios metros por encima. Vestía una blusa blanca, ajustada en la cintura con una banda roja, y como falda el tradicional «castor» labrado en lentejuelas de colores, bajo el que asomaban las puntas crispadas de una enagua. Iba ataviada como una china poblana, uno de los trajes típicos del país.

Descendió los peldaños lentamente, escoltada por el crujir de sus almidonadas prendas. Al llegar al patio dio la bienvenida de un modo general y, posando los ojos en Hugo, le tendió la mano.

—¿Tuvo buen viaje el patrón? —le interrogó, dando la espalda a los demás.

—¿Usted quién es? —se apresuró a preguntar Berta.

—¿Cómo cree, Hugo? —siguió dirigiéndose a él—. ¿A poco no le habló a ella de mí?

Isela Mayagoitia era la encargada de la fábrica de jabones La Continental, una de las propiedades de los Vigil de Quiñones en México, pero además, mientras permanecían en España, asumía la intendencia de la casa. Esa fue la sucinta explicación de Hugo; lo refirió un poco apresurado, como quien desea escabullirse de un lugar lo antes posible.

No era el momento para exigir más y Berta indicó a Aurora que había que dejarse de presentaciones y ocupar la vivienda.

—Supongo que los dormitorios están arriba —apuntó con firmeza—. ¿Nos los muestra?

—Para lo que quiera y mande, señora.

Las dos mujeres acometieron la subida de la escalera en un silencio que helaba la sangre. El patio estaba bordeado por una galería a la cual asomaban media docena de amplias estancias, la mayoría habilitadas como alcobas.

—La ubiqué aquí —precisó Isela, tras conducir a Berta a una de ellas—. No da a la calle. Así tendrá el sueño tranquilo.

Berta observó que habían desembalado el equipaje y, al abrir el armario, se encontró su ropa organizada dentro de él. Le incomodó tanta confianza.

—¿Y la de mi esposo? —preguntó.

—En su recámara, señora. Una mujer de encargo descansa mejor sola —aclaró Isela.

—¿Usted cómo sabe lo de mi embarazo?

—Me lo explicó don Hugo en su carta.

—¿Quiere decir que le escribió?

—El patrón siempre lo hace. Permiso.

Camino de la salida, la mexicana se iba deslizando entre los muebles como un felino que marcase su terreno. El coraje arrolló a Berta, quien no estaba acostumbrada a que el servicio tomara decisiones por ella.

—Un momento. Isela se llamaba, ¿verdad? —acotó Berta—. Mi ropa se ordena por colores. Vuelva y le explico el modo de hacerlo.

Molesta, ella desanduvo sus pasos apretando la mandíbula. Berta, pertrechada de paciencia, le indicó sus deseos prenda a prenda, antes de ir en busca del resto de la familia. En la misma puerta le alcanzó su comentario.

—No parece encontrarse bien —vomitó Isela—. ¿A poco no vio que lleva un muerto en la cara?

Berta ni se giró, no merecía la pena encararse con una agria criada a la que debía de molestarle el trajín en el que se vería inmersa la casa de ahora en adelante. «Nunca me habías hablado de ella», le reprocharía a Hugo por la noche; él se excusó, convencido de que ya le había puesto en antecedentes sobre esa controladora mujer. «Ten paciencia, posee un genio feroz, pero es muy eficaz», así concluyó el debate.

En una habitación dentro de otra habitación dormiría Aurora. Vaya, había ascendido a la planta noble y esto era un triunfo para una niñera, incluso en pleno proceso de adaptación a las costumbres mexicanas. Tras una puerta de doble hoja estarían los hermanos. Y ella pegada a sus respiraciones.

—La doña me manda con esto. Cuenta que es suyo —le hablaba una india no muy alta de una edad inclasificable, regordeta y con tez lustrosa. Hasta ahí bien; lo peor, lo que traía entre los brazos—. ¿Dónde se lo dejo, niña?

—Donde le dé la gana —escupió Aurora.

—Lo mira como si fuera el puritito diablo y es bien relindo el cofre. ¿Qué guarda dentro?

—¿Aquí no les enseñan a callar? —respondió crispada.

—¡Soy una metiche! —dijo riéndose y exhibiendo sus mellas en la dentadura —. Pero buena. Me llamo Tula.

De este modo irrumpió en su vida. Ella y el miserable Baúl de los Secretos, que hubiera deseado haber perdido entre tanta mudanza.

La primera semana sirvió de acomodo. Lencería, vajillas, lienzos en nuevos marcos, papeles y más papeles dentro del despacho de Hugo. Era tantísimo el equipaje que había sobrevivido a los traslados donde la familia hubo de empacar su vida dos veces que Berta temió que les pillase la Navidad entre maletas. En el ánimo de ayudarles, Isela decidió no acudir a La Continental y despachaba con los subalternos a primera hora. Lo hacía sentada en el patio, dando órdenes y encomendando tareas, como dueña y señora.

Mientras, los niños recorrían con sus dedos los trampantojos en las paredes de una casona bendecida por aromas de durazno y guayaba. Puesto que el curso escolar ya se había iniciado y sus padres deseaban que se aclimataran a México antes de incorporarse a las aulas, Aurora repasaba sus enseñanzas a diario. Pero solo tenían cabeza para repetir a pies juntillas las ocurrencias de las indias según se ocupaban de la limpieza.

—« Perro, perico y poblano. No lo cojas con la mano, cógelo con un palito, ya que es animal maldito» —un día les contaba una de ellas.

—Con lo bella que es Puebla —objetó Aurora, quien había tenido ocasión de patear sus calles—. ¿Acaso no nació aquí?

—En Chocoljaíto, un pueblito lindo orillita de Palenque, niña. La gente sí es de veras, no como acá.

—¿Por qué dice eso?

—Me da pena hablar —calló unos segundos, pero siguió—. Alguna no le va a alcanzar la vida para arrepentirse.

Enseguida oyó el susurro de sus prendas bordadas acariciando el suelo. Le sucedía algunas veces. Reconocer el chasquear del apresto en el tejido o el tintineo de unas lentejuelas en sus trajes, mirar alrededor, y no encontrar a Isela por ningún sitio. Como cuando se encerraba en un cuarto aledaño al patio con una bandeja llena de comida, para después dar vueltas y vueltas a la llave a fin de que no entrase nadie. Había en ella una actitud resbaladiza que le permitía tornarse invisible.

No obstante, en aquella ocasión su presencia no se hizo esperar.

—¡Fuera! —gritó a la trabajadora—. Estás aquí de arrimada porque ni el pan te ganas. Jalaste demasiado la cuerda. Nomás te corro, vieja.

—¿Se puede saber por qué la trata así? —intervino Aurora—. Tan solo estaba

entreteniendo a los niños.

—¿Con chismes? Es una perra de baldío y, como tal, a la calle. Yo me doy mis mañas y nadie ha protestado hasta ahora. Permiso.

No tardó Aurora en acudir al encuentro de Berta para detallarle el episodio. La halló en su alcoba. Muy pálida. Pero no pudo silenciar la indignación que le había desencadenado su despotismo.

—¿No va a hacer nada contra ella? —instó Aurora.

—Hace frío, ¿no? —dijo en un suspiro—. Ayúdame a levantarme, quiero ponerme algo de abrigo.

—Esa mujer es mala —sentenció.

Cuando la tomó del brazo se dio cuenta de que tiritaba y reposó la mano en su frente, como Berta hacía con sus hijos. Lejos de predecir fiebre la sintió helada, pero no lo mencionó. A pasos cortos llegaron al armario y agarró el tirador porque a ella le flaqueaban las fuerzas.

—¿Quiere una chaqueta o prefiere cambiarse de vestido? —preguntó dándose cuenta de que no era el mejor momento para instigar contra Isela.

Berta no aclaró qué necesitaba. Exánime, miraba el ropero abierto de par en par. Había un matiz vergonzoso en el hecho de mirarlo así. Con lentitud alargó el brazo y rozó los tejidos, al tiempo que iba sonrojándose por segundos.

Aurora no interpretaba bien su reacción. Parecía que Berta hubiese visto un fantasma atrincherado entre sus faldas, asomando sus cadenas por las suaves mangas de sus trajes. De esas prendas que ella clasificaba en función de sus… colores. ¡Eso era! Todo el vestuario, aun guardando la compostura de estar colgado en perchas, había sido distribuido según un criterio arbitrario. Mezclaba pantalones, ternos, blusas y rebecas, contrastando las gamas cromáticas en un estridente gusto. Berta nunca habría consentido eso. Ella era metódica, e incluso maniática, con el orden.

La mujer, que en aquel momento sacaba un chal de lana, ignoraba los muchos insectos que flotaban alrededor de la prenda. Parecía no verlos, pero Aurora se la arrebató de entre las manos.

—¿Qué está pasando aquí, tú entiendes algo? —preguntó aturdida Berta.

—Son polillas —aventuró ella.

—Es imposible. No ha dado tiempo a que se reproduzcan.

Pero al sacudir las perchas, a Aurora le cayó encima una nube de parásitos. También confirmó que el contundente olor que advertía desde hacía un rato procedía del mueble. Lejos del perfume floral que Berta solía colocar en bolsitas junto a la ropa, era un hedor a amoniaco. Peor, a orín.

—Déjeme ver —aconsejó a la mujer tras sentarla en el borde de la cama.

Enseguida encontró su origen al fondo de una de las baldas. Provenía de un trozo de tela negra atada con un cordón, igual que los sacos aromatizados, pero en este caso desprendiendo una peste insoportable. Estaba húmedo. Su tacto

imprimió un velo untuoso sobre las yemas de sus dedos. No se atrevía a seguir inspeccionando, aunque a simple vista había descubierto insectos momificados sobre alguna ropa.

—Permisito —anunció la voz de Tula tras abrir la puerta—. Vengo a traer una tisana a la señora. ¡Chispiajos! ¿No se encuentra bien?

Aurora se giró para descubrir que Berta estaba recostada junto al cabecero.

—¿Qué es esto? —gritó a Tula señalándole el enigmático paquete.

—¡Qué sé yo! Déjemelo —dijo acercando su nariz a la bolsa—. ¡Puaf! ¿Dónde lo encontró, niña? Seguro es hierba de San Roberto y huele peor que meada de gato. Apláquese que no es venenosa, pero por tocarla salen ampollas.

—Estaba dentro del armario. ¿Quién lo ha puesto?

—Ahí nomás entra Isela —apuntó Tula—. Ella cuida de las recámaras de los patrones.

—Pero ¿para qué lo metió? ¡Además está lleno de bichos!

—A poco guardó la planta con las raíces y entonces no muere nunca. Ella gusta de estas cosas. ¿Ve el té, niña? Lo preparó para que se le aliviaran las náuseas a la patrona. Sabe mucho de hierbajos.

—¡Llévatelo! —ordenó Aurora—. Y no le traigas más. Me lo preguntas antes.

—¿Quieren dejar de discutir de una vez? —les increpó Berta—. Mejor llamen a un médico. Me siento mal.

Cuando la noche cercó Puebla, a Berta la habían atendido dos médicos que se comprometieron a que al día siguiente una eminencia recomendada por ellos, y llegada desde la capital, la visitaría.

—Pensé que esta pesadilla había pasado —admitió Hugo al insigne doctor, tras ser advertido de que su mujer no debía ser trasladada a un hospital—. ¿Otra vez la anemia?

—¿Eso le dijeron que tenía su esposa? ¿Una anemia perniciosa? —preguntó cerrando su maletín—. Quisiera hacerle más pruebas antes de responder.

Ese mismo día desembarcó en la casa un equipo de enfermeras junto a unos aparatosos artilugios propios del mejor dispensario.

22

Aurora desconfiaba de Isela, le producía un furibundo recelo tan solo cruzarse con ella.

Por ser fiel a los deseos de Berta no aludió al suceso del armario. « Lo habrá hecho sin mala intención. Es tozuda y le cuesta doblegar su genio» . Sin embargo, nada pudo evitar que Aurora espiara los pasos de Isela como ella hacía con los de los demás, aunque pasado un mes desde que se hubieron instalado en Puebla aún ignoraba su edad, detalles de su familia o qué protegía en ese cuarto interior bajo llave con tanto celo.

Tras el malogrado enfrentamiento con la india que terminó expulsada de la casa, ninguna otra estaba dispuesta a explicar confidencias sobre ella. De modo que no le quedó otra que especular y dedujo que la mexicana envidiaba la posición de Berta.

En concreto, pensó que le encelaba su maternidad. Algunas mujeres lo sufrían. Rivalizaban con las que engendraban una vida. Quizá porque ellas no podían o no encontraran con quién, o porque sus limitados recursos les obstaculizaran el proyecto. Qué fácil era, a veces, fabular.

Días antes de Navidad, tras una mañana de inclemente lluvia, Aurora salió de casa. Buena parte de las calles se hallaban anegadas y ella las recorrió en dirección sur hasta que sus pasos convergieron en el Zócalo.

Se sentía harta del ambiente irrespirable que flotaba alrededor de la familia. De la nostalgia. De la apatía de Hugo por lo lenta que estaba resultando la mejoría de Berta. De la perversión en cada una de las decisiones de Isela. Del modo en que acechaba a Berta cuando, a duras penas, esta se levantaba tratando de pasar revista a lo que había sucedido a su alrededor.

No había premeditación en su huida, tan solo el deseo de evadirse. Por ello, al observar que en los alrededores de la catedral unas mujeres ultimaban un nacimiento, se acercó curiosa. Pero enseguida le sorprendió el relinche de unos caballos.

—¿Se extravió, señorita Aurora? —preguntaba uno de los cocheros—. Siquiera no salga sola, ¿le regreso?

—¿Dónde va usted? —indagó ella.

—Tengo unos pendientes en La Continental. Me aguarda don Hugo.

El nombre de la fábrica de jabones siempre le había recordado a las tiendas de ultramarinos del barrio madrileño de Buenavista, con aquellos sacos de legumbres a rebosar y su olor a salazón y embutidos. No obstante, la fábrica de jabones consistía en otra cosa, aunque le costara imaginar el modo en que las mujeres amasaban la fragante pasta con la que luego ella se bañaba. Por tanto, era una excelente oportunidad de descubrirlo.

—Le acompaño —dijo, y se encaramó al carruaje.

Al trote salieron del rectángulo donde se custodiaban los tesoros de Puebla —los conventos de Santa Mónica y Santa Rosa, la casa del Deán, las iglesias de Santa Cruz, de la Soledad o San Cristóbal—, antes de apremiar a los animales hacia el oeste. En la periferia de la ciudad crecían los matorrales de espino y las plantas de mezquite y huisache en el borde de la senda, entorpeciendo las rodadas de los autos. Ella lo juzgó un paraje inhóspito, desordenado y turbador.

—¿Vive alguien por aquí? —inquirió al hombre.

—No, señorita. Solo hay fábricas. La primera que ve al fondo es la textil, se llama La Constancia. Y detrás está la de su papá.

—Don Hugo no es mi padre —rectificó al momento—. Solo soy la niñera.

—Capaz que ahora se vaya a enojar si no está usted con los chamacos.

—Déjeme a mí.

—Órale, ya ni modo —se quejó él.

Aurora miró al cochero de reojo: tenía las falanges contraídas, unos rasgos mestizos y le echó no más de cuarenta años, aunque poseyera una apariencia de sesenta.

¿Dónde residiría? Sabía que no lo hacía en la casona de 5 de Mayo, pues le veía llegar temprano cada mañana. Él, como el resto del servicio, se había entregado a unas servidumbres trasnochadas. Y no es que en España no las hubiera, pero por lo que ella conocía, el país se debatía en una guerra para, entre otras cosas, erradicar de él lo más atávico, causa que enarbolaban individuos como aquel. Y de repente se reconoció extranjera donde quizá habría de enraizar de por vida.

Los aromas de los jabonetes y las cremas La Continental se apreciaban desde lejos, fraguando una fusión de hierbas medicinales y flores exóticas, que anidaba en la nariz durante horas.

Dejó atrás al cochero y sus mandados, y accedió a la fábrica. En su interior la atmósfera hubiera podido fraccionarse, tal y como hacían las empleadas con la pasta endurecida del jabón, de lo espesa que resultaba.

Atraída por los olores, merodeó por los higiénicos pasillos, serpenteó entre las mesas donde reposaban las pastillas recién troceadas y olfateó aquella alquimia de hierbas, que aplastaban en una especie de almireces unas indias vestidas de

blanco. Hasta que una voz rota la sobresaltó.

—Se llama *molcajate*, y el martillo, *tejolote*. Son de piedra volcánica —señaló refiriéndose a los utensilios—. Iguales a los que gastamos para cocinar. Fue idea mía. Así estas peladas se toman su trabajo con gusto y no les entra la flojera. ¿Se le ofrece algo, doñita?

Juraría haberla visto antes de abandonar la casa, pero o se había equivocado o Isela Mayagoitia tenía el don de la ubicuidad. Notó que se había soltado las trenzas y le alcanzaban la cintura.

—¿Le gusta? —preguntó advirtiendo la atracción que el sitio ejercía en ella—. Venga, le voy a platicar.

Así arrastró a Aurora hasta una burbujeante caldera donde hervía la pócima surgida tras unir aceite de coco y grasa de puerco. Se ajustó unos guantes y un delantal de piel y tomó con cuidado un recipiente que contenía, según le explicaba, sosa cáustica. Era una operación peligrosa, pues calcinaba la piel si caía sobre ella. Sin embargo, era vital para engrosar la papilla que removían sin pausa unos trabajadores. A continuación pasaron a una segunda cubeta.

—Se llama *sangrado* y consiste en verter sal común para que cuaje la masa —apuntó Isela abordando la tarea—. ¿Gusta aromatizarlo usted, niña?

Se refería al más creativo de los procesos a la hora de elaborar el jabón: añadirle fragancias y tinturas. En una tercera vasija, Aurora distinguió una mezcla espesa de color blanquecino y dudoso olor. Isela le ofreció una caja llena de tarros, cuyo contenido había que extraer mediante cuentagotas.

Unos eran amalgamas de alcohol y flores en botellas de cristal; los más, unos aceites elaborados por las indias siguiendo recetas ancestrales. Leyó sus etiquetas manuscritas y hubiera querido volcarlos todos al tiempo: esencias de clavel y bergamota, magnolia, vainilla y cacao, aceite de geranio, sándalo o cedro, almizcle, pachuli, pino, gardenia, clavo, cardamomo y almendra amarga…

—Ándele, no sea tan remirada —la animó—. Lo que disponga será bueno.

Aurora eligió varios frascos al tuntún y vació parte de ellos sobre un futuro jabón, cuya esencia sería la del mundo. Le gustó hacerlo. Era como crear de la nada, alumbrar algo gracias a su caprichosa voluntad. Había sido una excelente idea visitar La Continental; tras su paso por la fábrica, de la que decidió marcharse al poco de distinguir a Hugo en las oficinas, se sentía de mejor humor. E incluso en medio de esa pulcritud, trasladándole generosas explicaciones, Isela no le pareció tan perversa como ella presuponía.

Desde la misma entrada en que le aguardaba el cochero, la había observado ir al encuentro de Hugo, de su jefe, y no le pareció que ejerciera ninguna tiranía hacia sus operarias. A lo mejor era demasiado severa con ella.

—Híjole, ¿otra vez encuerándote? —oyó decir a una mujer antes de subirse al carruaje—. A poco que ni la chambrita quieres.

Aurora miró hacia ella. La consideró algo vieja para brear con un hijo.

—Traiga, que la ayudo —se ofreció.

—¡Esta chamaca me tiene mala voluntad! Capaz que su madre me corre y ya no habrá santo que me salve.

—¿No es suya?

—¡Qué va, señorita! Nomás la cuido, pero es bien brava —aclaró.

Echó a la niña unos cuatro o cinco años. Tenía el pelo rizado y se cubría la cabeza resistiéndose a ser vestida. Aurora se agachó tratando de convencerla.

—¿Quién es su madre? —preguntó movida por una corazonada.

—La jefa, doña Isela.

—No sabía que estuviera casada.

—Aquí, entre nos —determinó la mujer en voz baja—, los pobres no se casan, se arrejuntan.

Con mimo desanudó los brazos de la pequeña antes de forzarla a levantar la cabeza y mirarla a los ojos. La certeza le cayó encima como plomo.

23

El día en que Berta orinó sangre por primera vez, se encerró en el cuarto de baño durante más de una hora. Sucedió mediado el mes de enero y Puebla aún andaba resacosa tras los festines navideños y las algarabías callejeras.

Había pasado mala noche y le costó ponerse en pie. Una barriga de siete meses era demasiado peso para su mermada salud. La enfermera de turno la había ayudado a enderezarse, pero ella rechazó cualquier apoyo en el aseo. Le incomodaba sentirse observada en algo tan íntimo.

—¿Se encuentra bien? —La asistente aporreaba la puerta a cada rato.

—Aseándome —replicaba sistemáticamente, después de mantener el grifo de la bañera abierto.

Su primera reacción fue sujetarse la tripa, sospechando en la hemorragia un parto prematuro, pero pronto comprendió que la sangre revelaba algo peor. Y asimiló este síntoma a los que llevaban estragando su cuerpo durante semanas.

El hecho de que Hugo no compartiese su cuarto le había vacunado, hasta el momento, contra sus dramáticos cambios, por más que se acercara antes de dormir a morderle los lóbulos, los labios, los dedos de sus manos uno a uno. Lo repetía cada noche. El hombre arrullaba sus senos y lamía al futuro hijo desde el ombligo, aunque apenas rozara su sexo temiendo lastimarla. Berta siempre apagaba la luz no por un pudor, que jamás existió entre ambos, sino para ocultarle esos moretones que se ensañaban con su anatomía. Nacían sin motivo ni aviso, sin una contusión que los desencadenara. Iban y venían como culebras renqueantes bajo su piel. No dolían. Pero sí alertaban de que algo en ella crecía descontrolado y, desde luego, no era su criatura.

Aquellos momentos en los que se levantaba y paseaba por la casa tratando de imprimir normalidad a su convalecencia, elegía pantalones o algún traje que cubriera los brazos, e incluso enmascaraba con maquillaje las ronchas, rezando siempre para que no le brotaran en el rostro.

El médico probaba mil fórmulas a fin de enderezar unas analíticas cada vez más descorazonadoras, y lo hacía guardando la reserva que le había exigido su paciente, en una connivencia poco ortodoxa de la que se arrepentía a diario. « Si le cuenta algo a mi esposo, le quito el honor de apadrinar al bebé» , bromeaba ella, después de ingerir aquellas pócimas infernales. El doctor se convirtió en

cómplice de su silencio, sin llegar a confesar a Hugo que la salud de su mujer se evaporaba. Para Berta el cansancio, el dolor en las articulaciones, la apatía, las disneas o el insomnio eran fáciles de escamotear. Pero esas sombras negras no.

Antes de aquel aciago día, la primera Navidad en México les había arrollado con la contundencia del calendario. Residían en una población santurrona de un país de fe, donde cualquier celebración era buena para sacar a la calle sus crucifijos en procesión, pero la intensidad con la cual profesaba Puebla la epifanía les sumió en un rosario de misas, ofrendas y rezos, amén de las visitas de cortesía. Por suerte, Hugo contó con una agitada vida social que le ayudó a distraerse, ya que Berta apenas dejó la cama. « Nada nos daría más gusto que conocerla. Les agasajaremos cuando alumbre» , le animaban sus vecinos poblanos, y él sonreía lacónico.

Tras las fiestas navideñas, Aurora regresó a La Continental. Y al igual que la primera vez, tampoco informó a nadie, parapetada en que los hermanos se habían incorporado a la escuela y Berta necesitaba descansar. Mientras la mujer se iba consumiendo también lo hacía ella, aunque el suyo era la clase de reconcome que revienta los nervios de quienes guardan secretos. Ya no cabían más en esa cabecita suya.

Dónde está la niña, no acude al colegio, qué come, dónde duerme, cómo es su familia. Preguntas que formulaba a discreción en cuanto conquistaba la confianza de alguna empleada con más ganas de charla que de trabajo.

Poco obtuvo en sus escaramuzas secretas a la factoría de jabonetes, a la que llegaba junto al cochero y salía tratando de ocultarse.

—La chamaca anda por cumplir cinco años y gallea enseguida. Me late que será bien relista. Y prietita, más que la madre. Ya verá usted si Dios le da salud.

Eso relataban quienes metían en vereda a una niña rebelde que correteaba entre jabones como otros retozan en un parque.

La miraba y remiraba, claro está. Cuando se dejaba, porque era un demonio inquieto. Mesaba las hebras de su pelo, reconociendo el tacto de los bucles, y alzaba su mentón escrutándole los ojos para arrancar de cuajo cualquier sombra de duda. Hablaba, pero la cría la observaba absorta no porque no la entendiese, sino con el cinismo de quienes se burlan internamente de su interlocutor. Aun así ella rastreaba sus respuestas, silenciadas hasta el día en que Berta orinó sangre por primera vez.

Aurora la había dejado dentro del aseo más tiempo del debido, mientras la enfermera golpeaba una y otra vez la puerta. Y puesto que su malestar no le permitía devanar con ella lo que a la joven le afligía, se fugó a la fábrica y allí insistió en conocer el nombre de la pequeña.

En realidad esto era lo de menos, porque lo que buscaba eran certezas. El sí definitivo respecto de su filiación. Confirmar que lo que Isela escondía bajo llave

en el cuarto del patio se trataba de su hija.

—Si no me dices cómo te llamas nunca podré regalarte muñecas —le dijo tratando de embaucarla—. Porque tú sí me comprendes, ¿verdad? El mío es Aurora. ¡Anda, dime el tuyo!

—Igual —pronunció al fin la niña.

—Igual no es un nombre.

Las dos se enzarzaron en noes y síes, que le hicieron perder la paciencia.

—¡Eres una maleducada! Peor que tu madre —zanjó dándole la espalda.

—Aurora —recalcó la voz rota de Isela al encontrarse frente a frente—. Mi hija se llama Aurora. Como tú.

Aurora volvió de La Continental aterida de frío, descompuesta, y entró en la cocina buscando algo caliente.

—La doña está peor —anunció una de las cocineras—. Mal hijo va a parir.

El tazón se escurrió de sus manos y estalló sobre el suelo. Subió los peldaños de dos en dos y con el corazón desbocado golpeó la puerta.

—¿Dónde andabas, Aurora? —murmuró Berta—. Te mandé llamar y nadie te encontró.

—Salí a pasear tras dejar a los niños —mintió ella. No entendía por qué, pues estaba dispuesta a revelarle lo que había averiguado sobre la mexicana y su hija. No obstante, tampoco quería contrariarla, por más que el nombre de la niña rubricara sus sospechas.

—Hemos hablado poco desde que estamos aquí. Me asfixia este lugar, ¿y a ti? —Berta le hizo un gesto para que se sentara junto a ella—. No te gusta, lo noto. Me refiero a Isela.

Le extrañó escucharla con escasez de florituras, tan directa. Y así fue ella.

—Nunca sabe una lo que piensa. Además miente. Guarda secretos.

—Todos los tenemos —puntualizó Berta—. De eso quería hablarte, Aurora.

Desde que vio cómo se escapaba su sangre por el inodoro, Berta había pensado mucho. En ella y sus hijos. En Hugo, mucho más endeble de lo que él creía. Y por supuesto en Aurora, diciéndose que no podía postergar más tiempo la conversación. Carecía de autoridad moral para dilatarla. Ella era la mera depositaria de una historia, albacea de unos hechos que debía trasladar a su « dueña» , pues estaban llamados a cambiarle la existencia.

En ese momento recordaba nítidamente la charla con Atilano, aquella en la que su suegro se había sincerado.

—Algún día tendrá que explicarle lo que sucedió en el torreón, es inhumano permitir que Aurora viva en esa tortura —dijo una tarde, antes de abandonar Casa Gialla—. Se lo debe, y si no lo hace ahora se arrepentirá el resto de su vida, Atilano.

—Lo he intentado —confesó él sin dejar de mirar por la ventana unos

campos incendiados de sol— mientras le situaba México en el mapamundi. Pero ella se cierra en banda y no quiere hablar.

—Usted sabrá el modo de quebrar su resistencia.

—¿No me has oído, Berta? Huye cuando me ve —protestó él.

—Pero suponga que no vuelve, que pasan los años y echa raíces en México —insistió—. ¿Usted podría descansar sabiendo que, cada vez que despierte por la noche envuelta en un mal sueño, lo hace…?

—¡Basta! Ya me reconcome la culpa sin necesidad de que me sermonees. —El hombre estaba enfurecido, pero valoró el esfuerzo de Berta por ser su cómplice—. Te pido disculpas. Había olvidado tu estado.

—Eso no tiene nada que ver ahora, lo que importa es que ella está segura de haber matado a sus padres y usted es el único que sabe que no fue así.

Atilano se sentía al borde de un abismo, donde un mínimo paso al frente carecería de retorno. Qué equivocada estaba su nuera. Alguien más sabía el secreto. Otra persona conocía la tragedia sucedida en el torreón la noche de San Juan de 1929, y ya entonces se hubo jurado no hablar de ello jamás. Proteger y protegerse. Sin embargo, la vida le imponía nuevos plazos y el inminente viaje rompía cualquier compromiso.

—Si carece de entereza para ello —ofreció Berta—, yo me comprometo a ser su mediadora. A trasladar a la chica lo que usted considere.

Aquellas palabras fueron el soplo de viento que empujaba su voluntad carrera abajo por un precipicio, y enardecieron tanto a Atilano que tomó la determinación de desmigar el enigma que ahora Berta debía administrar. Pero no era fácil, pues estaba lleno de recovecos. De capas de mentiras, una sobre otra, que tendría que ir desbrozando poco a poco.

—¿Has abierto el baúl, Aurora? —soltó sin ambages—. Hoy necesito contarte algo, pero tienes que ayudarme. No tengo fuerzas para mantener una guerra contigo. En realidad me fallan para todo.

—¿Por qué dice eso? —se apresuró Aurora en preguntar.

—Hay verdades que se saben, eso es todo. Salen de dentro y no es preciso que las confirmen otros.

Aurora calló unos segundos. Berta había mezclado dos asuntos y los dos le infundían mucho miedo: su pasado y el futuro de la mujer.

—Dicen que pueden provocarle el parto y se sentiría mejor, que cuando los embarazos son malos el bebé crece mejor fuera —contestó por fin.

—No es él, soy yo. —Berta tomó sus manos y las depositó en su barriga—. ¿Lo notas? Se aferra a la vida lo que su madre no puede. No me has respondido. ¿Dónde has guardado el baúl?

—En el altillo del armario —respondió eludiendo su mirada.

—Quizá no hoy ni mañana —apuntó Berta—. Puede que en unos días o en

una semana quieras abrirlo. Estoy segura, después de lo que vas a escuchar.

—¿Y si no quiero oírla?

Berta alargó el brazo, asió un vaso de la mesilla e ingirió el líquido amargo con el que el médico trataba de sofocarle las náuseas. Necesitaba aplacar su estómago antes de empezar el larguísimo relato de Atilano.

—Lo harás —dijo—. Porque nadie desearía vivir a tientas y a ciegas.

24

Valdelomar, España. Abril de 1929

La primavera de 1929 inundó Valdelomar con una furibunda lluvia que se colaba por las juntas de las ventanas, removía el campo y habría de echar a Zita de su casa.

—Me marcho a Italia porque estoy hastiada de agua —anunció a su marido, mediado el mes de abril—. Por lo menos allí está embutida en un sitio.

Se moría por abrazar el azul del Mediterráneo.

—¿Cuándo vuelves?

—Cuando se me seque el ánimo —contestó sacudiéndose enojada el vestido.

En cambio, la lluvia nunca fue un impedimento para los amantes. Bajo un aguacero de mil demonios recorrían la finca solo por un beso con el que aplacarse el ansia de ser uno, y no dos.

—Antonia —advirtió Zita a la mujer del guardés—, puedes ocuparte de tu hija en condiciones porque no voy a necesitarte en unos meses.

La aclaración era precisa, puesto que, una vez que la hija de los guardeses dejó de gatear, Antonia había comenzado a prestar apoyo a la mansión.

—¿Y quién se encargará de la casa, señora? —inquirió la empleada.

—Las criadas, que vayan y vengan del pueblo.

—¿Y del señor?

—Como dicen aquí: « Buey solo, bien se lame» .

Mayo aplacó el diluvio, pero trajo otras tormentas a Casa Gialla.

Entrado el mes, una soleada mañana Vicente irrumpió en el despacho de Atilano arrastrando la angustia en sus pies. Había macerado la charla y le sudaban las manos porque no le resultaba fácil sostenerla.

—¿Da usted su permiso, señor? —preguntó.

—Adelante, Vicente. ¿Te pasa algo?

—Mucho —confesó sin atreverse a tomar asiento—. Y si no creyera que me voy a volver loco, no estaría aquí.

—Habla, por Dios —trató de calmarle Atilano—. Siéntate y toma un poco de

agua, que estás pálido.

Con ingente esfuerzo, Vicente devanó una confesión personal a su jefe porque no se le ocurría otro hombre más de mundo que él. Vigilándose los dedos enredados, le fue narrando las desventuras de un matrimonio que se fue yendo a pique sin darse cuenta, de poco en poco. Hoy una frase mal encarada. Mañana un grito. Al otro una discusión fea, al siguiente un abismo en el colchón. Aunque lo peor había sucedido varias veces en los últimos años y con esa tortura no podía vivir más.

—¿Ah, sí? —indagó Atilano—. ¿Y qué hace ahora tu mujer?

—Se escapa, señor —respondió levantando el mentón y con la mirada enrojecida—. Se marcha días enteros y no da razones. Ni cuando se va, ni cuando vuelve.

—Acudirá al pueblo junto a su familia —explicó su jefe.

—¡No, señor! Sus padres están muertos y el resto no le habla.

—A lo mejor se han reconciliado; cuando maduramos nos gusta saldar las deudas pendientes.

El capataz movió la cabeza rechazando la idea.

—Y luego está la niñita, don Atilano. Mi Aurora creciendo sin hermanos, ni padres…, asilvestrada porque su madre tiene la cabeza en otro sitio.

Atilano extrajo una billetera de uno de los cajones.

—Si se trata de eso, la podríamos enviar a un buen colegio. Yo me ocuparía de todos los gastos.

—No, ella tiene que educarse con los suyos…

—Entonces, ¿qué diantres quieres de mí, Vicente? —saltó, crispado por tener que dirimir la intimidad de sus empleados—. ¿No pretenderás que medie en tus asuntos de alcoba?

—No, señor, perdón por mi atrevimiento. Yo solo quiero saber…

—¿Qué supones que hace tu mujer? —preguntó con manifiesta incomodidad.

—No creo en habladurías, pero en la taberna cuentan que quien ha sido ligera lo será siempre y que quizá la Antonia…

—En lugar de hablar de estas cosas con una copa de vino delante, deberías hacerlo con don Germán y en confesión —concilió Atilano.

—¡Ya lo he hecho, señor! El párroco me dice que la lleve a misa, pero ni por esas.

—Vicente, las mujeres son muy suyas y te lo digo por experiencia. ¡Déjala a su aire, que, cuando se le pase el enfado, regresará!

El guardés había escuchado al patrón servicialmente. Al final creyó entrever la misma amargura que a él le estaba minando e interpretó que también él sufría las ausencias de una esposa escurridiza. Al hombre se le escapó una mueca horizontal parecida a una sonrisa.

Atilano había abierto la cartera y elegía unos billetes.

—También les agrada que sus maridos les obsequien de vez en cuando —añadió poniéndose en pie y dando por zanjada la reunión—. Cómprale algo y verás como se aplaca. ¡Mira, puedes aprovechar en la feria de Manzanares!

Vicente se sorprendió tanto por el dadivoso gesto como por una noticia que no conocía, pero rehusó el ofrecimiento.

—¡Anda, no seas necio y acéptalo! —insistió, y el hombre tomó el dinero agradecido—. No te había comunicado que a partir de ahora quiero que te encargues tú de supervisar la compra de ganado.

—Señor, prefiero estar aquí. Ya sabe que no se me da bien lo de hablar.

—Confío en ti y si se trata de dinero, seré generoso. Ahora, cada uno a lo nuestro.

Ambos se despidieron con sensaciones contradictorias y no retomaron este asunto. Días después, el capataz lio una muda dentro de su maleta de cartón y partió camino de la feria de ganado. « Si te traigo un regalo, ¿me querrás más?» , preguntó a su mujer, ansioso ya por regresar. Ella se dejaba abrazar al despedirle en la puerta, junto a la pequeña Aurora.

Esa misma noche Antonia desapareció.

A la mañana siguiente la niña vio el catre impoluto donde solían descansar sus progenitores y ni se extrañó. Se lavó en la palangana y salió al gallinero en busca de un huevo de la última puesta, ingiriéndolo crudo una vez había horadado su cáscara. Ese fue su desayuno.

Aurora estaba por cumplir ocho años; a su edad sabía freír huevos, pelar patatas, buscar tomates maduros, elegir manzanas sin gusanos… Cuando sus padres se olvidaban de ella, comía frutas o verduras, arramblaba con algún bollo de la cocina o probaba los guisos de las cocineras antes de servirlos en la mesa.

A mediodía tuvieron una visita en Casa Gialla y la huésped anunció que se quedaría en la finca por un tiempo. Era la nuera de don Atilano.

Aquella mujer que parecía una estrella de cine, blanca y rectilínea, se pasaba el día recostada en las tumbonas del porche, moviéndose según mudaba la luz, mientras acariciaba su tripa.

Aurora miraba a hurtadillas a Berta, mientras esperaba la vuelta de su madre. Esta lo hizo dos días después sin aclarar nada. Abrazó a su hija, la besó, lavó y peinó sus cabellos, y le hizo prometer que pasara lo que pasara nunca diría nada a su padre.

—¿De qué, madre? —consultó Aurora.

—Del sitio al que te voy a llevar.

Madre e hija cruzaron Casa Gialla bordeando el lago, hasta la entrada del torreón. Aurora vio cómo su madre se echaba mano al escote y sacaba una llave anudada a un cordón, gracias a la que abrieron la puerta fácilmente.

—¿Me lo prometes? —suplicó Antonia.

La niña asintió con vigor, fascinada por colarse en la zona más evocadora de la casa. Subieron la escalera engarzadas y, una vez arriba, franquearon un santuario. Juntas saltaron sobre la mullida cama, abrieron los armarios y extrajeron unos trajes que Antonia solo vestía entre aquellas paredes. Pisaron descalzas la lustrosa tarima. Rieron y lloraron. La madre, tras revelar a su hija parte de su misterio, y Aurora, por puro contagio.

—Aún no has visto lo mejor, cariño —tomó su mano y la condujo a un estante en la pared—. Cierra los ojos, que mamá va a hacer magia.

Cuando Aurora despegó las manos del rostro la estantería había cambiado de sitio, pero ninguno de los objetos que contenía se había movido de lugar porque eran una mera artimaña y estaban soldados a ella. Al desplazarse dejaba ver un hueco en la pared: el acceso a otro cuarto más pequeño.

—¡Ah! —había exclamado Aurora admirada—. ¿Cómo lo has hecho, madre?

—Es un secreto. ¿Quieres verla por dentro?

A un adulto no le hubiera resultado fácil introducirse allí, sin embargo, ella fue aupada y entró en una estancia ataviada por una cama, un aparador y un par de lámparas de pie. Era una guarida dentro de otra.

—Espera un momento, Aurora —advirtió Antonia.

La madre acudió al escritorio y abrió uno de sus cajones, donde guardaba un par de muñecas de trapo. La pequeña empezó a aplaudir nada más verlas.

—Esto es para ti, de parte de Atilano —añadió Antonia.

La niña se transformó. No entendía el motivo por el que ese ser autoritario que daba tantas órdenes se las había regalado. El « ogro grandullón» no tenía derecho a obsequiarle nada.

—Es un hombre muy bueno, cariño —habló Antonia—. Y a tu madre la quiere mucho.

Aurora le arrancó las muñecas y las dispuso sobre la cama. Fue su forma de apropiarse de aquel refugio.

—De ahora en adelante podremos estar las dos juntas sin que nadie lo sepa. Cada una en nuestro cuarto, ¿te parece?

Ella habría de aceptar el trato porque así estaría siempre unida a su madre. De este modo ambas desaparecerían del mundo, para aflorar en él horas después como si tal cosa.

El guardés regresó de su viaje pertrechado de unos ejemplares formidables para la finca, demostrando que había sido una buena idea enviarle a la feria de ganado. Pero enseguida comprobaría que su ausencia había servido de poco, porque el pañuelo y el perfume regalados a su esposa no derrumbaron ninguna muralla.

Pasó el tiempo y junio inauguró el mes con la visita de Hugo y la postrera huida de Antonia. Una mañana salió temprano y no regresó a dormir.

—¿Has visto a tu madre? —preguntó a su hija al caer la tarde un Vicente enloquecido.

Aurora no tuvo que mentirle porque no había reparado en su familia desde la mañana. Y él marchó hacia la casa principal.

—¿Usted la ha visto? —increpó a Berta, quien reposaba en el porche.

—¿Qué te pasa, Vicente? —se oyó decir a Hugo—. Estás muy alterado.

—Nada, señorito. Cosas mías. —Y desapareció entre los matorrales.

—Qué raro, nunca le he visto así. Siempre ha sido un tipo calmado.

—A los más serenos el amor los desbarata —sentenció Berta.

Aunque su mujer apareciera pronto, el daño estaba hecho. Antonia llegó al día siguiente cargando un capazo con carne y conservas, según ella adquiridas en un pueblo vecino. Pero había perdido el crédito, y su esposo tuvo que reprimirse para no estampar toda su ira sobre su rostro.

En las siguientes jornadas Hugo se despidió. Berta saboreó la vida en su interior. Aurora se acostumbró a su escondrijo mientras, al lado, su madre amaba a un hombre como jamás pensó hacerlo. Y Vicente mascaba los celos.

Se echó encima San Juan y algunas fiestas populares en las que también se comerciaban reses, por lo que el capataz recibiría un nuevo encargo.

—Vicente, aproveche y disfrute también del festejo —sugirió Atilano—. Quizá podría llevarse a su familia…, aunque no sé si tanta bullanga sería bueno para una niña.

—A lo mejor.

—Piénselo, pero también una hija debe estar con su madre —concluyó, temeroso de que lo que había sido una sugerencia amigable se convirtiera en realidad.

No obstante, Vicente tenía sus propios planes. El día de su marcha desayunó temprano y partió en bicicleta. Sin embargo, en cuanto le perdieron de vista, desanduvo sus pasos para atrincherarse en una ruinosa cabaña desde donde enfocaba los movimientos de Casa Gialla hasta que le abatió la noche.

Saldó la labor de vigilancia consumido y desconcertado. Antonia no había realizado ninguna tarea ajena a sus labores domésticas: entró y salió varias veces de la mansión, trajinó con ropas blancas, paseó a Aurora arriba y abajo… A la mañana siguiente, vuelta a empezar. Aquello le confundió y a punto estuvo de abandonar su escondrijo para acudir al mercado.

Pero algo no encajaba. Si bien abordaba su trabajo con diligencia, era cierto que Antonia repetía una acción igual que un proyector emitiendo siempre el mismo plano: traer y llevar un cesto de ropa blanca. Idéntica ropa de cama. Como si en la Casa Gialla no se hiciera otra cosa que cambiar sábanas. Y entretanto, horas y horas dentro de ella.

También le había consternado que las luces remitieran tan pronto en ambas viviendas. De hecho, prácticamente no se encendían, puesto que las horas de sol

eran más que en cualquier otra época del año; al contrario, se sellaban las cortinas de las ventanas y las puertas eran clausuradas temprano. ¿Por qué retirarse en cuanto anochecía?

Al tercer día confinado, y con un hambre de mil demonios, abandonó la cabaña dirigiéndose a la casa de guardeses. No había valorado qué diría de ser desenmascarado, pero la inquietud y el apetito le roían las tripas. Tuvo cuidado de que sus botas no tropezaran antes de asomar la cabeza por la ventana de la cocina; le sorprendió que no hubiera platos en la pila. Y le contrarió que las contraventanas de los cuartos estuvieran trancadas con el calor de aquel 23 de junio.

Bastante desconcertado, acudió en busca de comida a la huerta ideando el siguiente paso. Mirar hacia la fachada de Casa Gialla sin luces exteriores le resultaba inquietante, hasta que descubrió el único lugar iluminado en ella.

A muy pocos metros de allí, una niña subía y bajaba escalones en un juego absurdo.

—Aurora, entra, que está a punto de llegar… —le recriminaba su madre.

—¿Ese ogro de pelo rizado que tanto te gusta? —decía ella revoltosa.

—¿Por qué te empeñas en llamarle así? Es el hombre que me hace feliz y también deberías sentirte feliz tú.

Cada anochecer Aurora y su madre abandonaban la cabaña entre sombras camino del paraíso, algo que sucedía cuando su padre se encontraba lejos. Pero si Aurora solía comportarse como una cría servicial, esa velada no atendió a razones. El universo parecía haberla contagiado.

Aquella era la noche en que las entrañas de la tierra se remueven para alumbrar tesoros; donde las puertas invisibles de los espejos se abren y asoman por ellos espíritus y duendes. La del fuego y las hogueras. Cuando braman los cuélebres y los dragones rastrean la estela lunar. Era la noche de San Juan, la que bendice a los amantes con rocío, mientras florecen la higuera y el helecho al compás de las doce campanadas.

En esa noche, igual que una pérfida lengua bífida, Aurora decía una cosa y hacía otra.

—¿No piensas entrar en tu escondite? —preguntaba su madre.

—Ahora voooooy.

Mientras Antonia se distraía en nimiedades, la niña subió a un taburete y empujó el estante hasta ocultar el acceso a su cuarto furtivo.

—¿Atilano? —preguntó Antonia asomándose al descansillo—. ¿Estás dentro ya, reina mía? —habló en un susurro a su hija.

—Sí, madre —respondió ella tapándose la boca y oculta bajo la cama.

Aurora quería conocer de cerca la fiesta que hacía a su madre tan dichosa.

Antonia aguardaba a su amante recostada sobre la cama, emulando esas

posturas femeninas que tantas veces había admirado en las postales que le enseñaba Atilano. «Como una artista», pensaba mientras coqueteaba con las transparencias de la lencería.

Andaba tan inmersa en complacerle que no reparó en un detalle: el sonido. El golpear sobre la madera del suelo no era el de siempre. Tosco, ordinario, agresivo. La presión de las botas de Vicente anunciaba su ascenso.

Aurora fue lo primero que identificó de su padre, incluso antes que la voz. Unas botas de campo, con el cuero ajado y varios nudos en los cordones para alargarles la vida. Después oyó un episodio espantoso de celos y venganza. Gritos. Súplicas trufadas de llanto. El mundo dividido entre el calzado del padre y un lecho que albergaba un sufrimiento atroz.

A continuación llegó un disparo. Dos. Otro más. Y el golpe seco de un rifle al rebotar contra la madera hasta mellarla. Por último, el silencio.

Nada se movió alrededor antes de que las pantuflas de Atilano entraran en el cuarto, y entonces todo empezó a rodar de nuevo.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —gritó abalanzándose sobre la cama—. Antonia, Antonia, amor mío… ¿Me oyes?

Toda la historia que habían tejido los amantes se le vino encima. Como en una película, fotograma a fotograma, Atilano fue recordando las primeras miradas de esa mujer que había llegado a la finca tras casarse con Vicente, para huir de su mezquino presente.

—¿Tú quieres a tu esposo? —le había preguntado en un exceso de confianza.

La mujer llevaba poco con Vicente y la pareja aparentaba placidez.

—Es un buen hombre, me ha dado un futuro. Y poder ser madre.

Pero esta respuesta no evitaría que sus ganas tomaran alas. Un roce al cruzarse. Su sonrisa sirviendo el caldo del almuerzo. Un quiebro, su escote rebosando sensualidad. Y al final a Atilano le sobraron razones para elegir a la mujer del guardés como su siguiente conquista, pero ninguno supo predecir hasta qué punto sus cuerpos rastrearían el vacío de sus almas.

—Cuando no sabemos qué va a pasar en el futuro, tenemos que agarrarnos al presente —argumentaba Atilano—. Piensa en la de noches y mañanas hermosas que disfrutamos en este lugar.

De esta forma bautizaron el torreón, su hogar secreto.

Esos años de amor furtivo se agolparon en su mente mientras tomaba entre los brazos a la mujer sin importarle la presencia amenazadora del guardés.

Agazapada, con el somier sobre su cabeza, Aurora temblaba. Había tenido que hacerse una composición acerca de lo que estaba sucediendo, solo por los movimientos de los pies. Hasta que a su derecha escuchó el silbido tenue de una gota al caer sobre otra y miró en esa dirección: era sangre. Entonces ya no hubo nada que idear.

Aurora descubrió la mano velluda de su padre recuperando la escopeta y a

esto siguió un bramido infernal, como nacido de las cavernas donde esa noche se guarecían los monstruos.

—¿Qué quieres hacer, animal? —clamaba Atilano—. ¿Matarme a mí? ¿Dejar a tu hija huérfana, condenándola por los siglos de los siglos?

Y se le escurrió la zapatilla mientras saltaba de la cama para enfrentarse a Vicente. Si Aurora hubiera extendido la mano, podría haber tocado la seda brocada de la babucha, esos hilos dorados refulgiendo bajo la luz de las lámparas. En eso pensaba para escaparse mentalmente de allí.

De pronto un golpe seco cautivó su atención. Apenas a un palmo de ella vio que había caído una pistola, como de juguete. Era negra, con un cañón corto, de reducido tamaño y poco peso. Se trataba de la Sauer chalequera que Atilano había adquirido para protegerse de los disturbios anarquistas, pero esto Aurora lo desconocía. Al principio solo la acarició, mientras los dos varones forcejeaban una danza macabra en el suelo.

A partir de aquí la acción se precipitó igual que en los finales trágicos de las películas: los celos y la ira rodando por el piso, la vida de una mujer que se escapaba gota a gota, una niña con una bomba entre las manos.

La presión de unos dedos dirimiendo entre la vida y la muerte.

Un trueno.

Su garganta desgañitándose para despertar de aquella pesadilla.

25

Aurora se había hecho un ovillo a los pies de la cama. Berta le acariciaba el pelo imaginándose que estaría llorando, porque la postura le privaba de ver su rostro.

—Tu disparo solo le hizo un pequeño rasguño —sentenció.

Ella había ido encajando su relato, tratando de discriminar lo importante de lo accesorio, pero al final su mente resultó tan testaruda como para hacerle pensar en algo anecdótico. En las muñecas. En cómo se había encontrado los restos de una de ellas meses atrás. Entonces no se lo dijo a Berta: que el día en que dejaron Casa Gialla, había subido al torreón porque necesitaba cerrar ese episodio.

Dentro del cuarto, descorrió la engañosa estantería y, no sin esfuerzo, entró en el escondrijo. Una vez en su interior, parecía un titán, dado que, puesta en pie, su cabeza casi palpaba el techo. Un par de oquedades en la pedregosa pared permitían la entrada de luz y reconoció la cama, la alfombra y un aparador. Bajo este último advirtió que asomaban unas lanas trenzadas: el pelo de mentirijillas y las flores del vestido eran de la muñeca rubia, una de las dos que Atilano le había regalado para congraciarse con ella.

La otra se habría extraviado la noche de la tragedia. O quizá estuviera allí, emboscada en cualquier doblez de la memoria. Entonces abrazó su tela un rato y la volvió a dejar donde la había hallado. Cuando cerraba los estantes, se preguntó si otras personas en Casa Gialla sabrían de la existencia de la guarida que había ideado la abuela de Hugo para apartarse del mundo, o era un secreto que conocían muy pocos.

Desde fuera llegaban los cláxones de los autos anunciando la partida, pero antes de marcharse abrió el armario; ventiló los trajes alcanforados que aún conservaba intactos siete años después; rozó el escritorio y las paredes con la punta de sus dedos. Y le habló.

—Madre, me marcho lejos. ¿Quieres venirte conmigo? —preguntó como si pudiera oírla allí donde estuviera—. Debes saber que no te odio, no lo hago ya. He dejado de odiar tu nombre, y tampoco desprecio tu rostro como antes. Antes sí, cuando la rabia me recomía solo de pensar que me abandonaste demasiado pronto, que antepusiste el amor de un hombre al mío. Que en tu egoísmo solo fui un inconveniente para que pudieras vivir con él a solas. Que tú y mi padre… me dejasteis desamparada… Pero, madre, perdóname también tú por no haberme

escondido aquella noche, dejando la puerta abierta…

—Estás muy callada, Aurora —interrumpió Berta—. ¿En qué piensas?

La sacó de su abstracción. Ella había acudido a su cuarto con la intención de desvelarle sus sospechas respecto a Isela y se había dado de bruces con su propia historia. No pensaba, sentía. Estaba en carne viva.

—Al día siguiente —continuó Berta—, traté de hablar con Atilano para ver qué hacíamos contigo. Con las pocas pertenencias de… tus padres. Pero él no atendía a razones. Se había enhebrado a tu madre y no quiso saber de nadie. Así que, ante la eventualidad de que aquel drama te bloqueara aún más, decidí hacerlo yo. Puse en orden la ropa de Antonia, salvé sus pocas pertenencias, extraje las cartas almacenadas en los cajones del escritorio… Después, traté de inventariar lo que hubiera de valor en la casa de los guardeses, aunque no encontré nada que mereciera convertirse en herencia. Apenas una fotografía de Vicente vestido de novio y unas pocas de un bebé gateando, que eras tú. Están dentro del baúl, Aurora, en un sobre amarillo. De tu madre no hallé nada, parecía que lo único importante de ella estuviera confinado entre las paredes del torreón. —Berta se tomó un respiro—. ¿No dices nada?

No podía. Aurora se enderezó sobre la cama y la miró, envuelta en una luz mortecina. Tampoco sus lágrimas la dejaban enfocarla al detalle.

—El baúl fue lo primero que encontré. Creo que había sido el envoltorio de un viejo juguete de Hugo, un coche o algo así. Lo vi en un cuarto, olvidado, y me dije: « Mira, es un bonito lugar para custodiar los secretos de Aurora» . Lamento que te doliera tanto su presencia, pero es tu vida. Es inútil darle la espalda. Qué te parece si seguimos, aún me quedan más cosas que contar.

—No —rechazó Aurora.

—Disculpa que insista, pero no sé si en otro momento seré capaz…

—¿Podemos abrirlo? —soltó a bocajarro.

—¿El qué? —preguntó Berta con el pulso acelerado—. ¿El cofre?

—Sí, ahora mismo. Con usted, ¿quiere? Voy a por él.

Sin esperar respuesta, fue corriendo a su alcoba.

Para revelar su interior, el Baúl de los Secretos necesitaba de una llave que Berta le había hecho llegar años atrás. La guardaba dentro de un monedero, al fondo de un cajón de su armario, junto a una cadenita de oro que le regalaron en algún cumpleaños y el anillo de su « admirador» ignoto. Antes de tomar la llave palpó una vez más el sello; entonces notó algo que hasta el momento le había pasado inadvertido: poseía una inscripción en su interior.

Aurora encendió la lámpara de la mesilla y, amparada bajo sus tibios haces, leyó: « Las mitades nunca estarán completas» . No entendía el significado de la frase. A esta críptica sentencia le acompañaban dos números, un 3 y un 8. En realidad podrían ser un 8 y un 3, o dos 8 o quizá dos 3. Los trazos no estaban

nítidos.

Cuántas incógnitas ante ella, por más que Berta se afanara en desvelarlas. Aurora permaneció un rato pensativa, mientras sujetaba el aro en una mano y apretaba la llave en la otra. El Baúl de los Secretos reposaba a sus pies; lo había depositado allí para acostumbrarse a su inquietante presencia. En ese momento, una idea se apoderó de su pétrea voluntad. ¿Por qué habría de esperar a encontrarse con Berta? ¿Por qué no abrirlo en aquel mismo momento?

Llevaba siete años tratando de olvidarlo, pero presintiéndolo, como dos mundos condenados a entenderse pese a odiarse, y bastaba con introducir la llave en su cerradura y liberar las pestañas laterales para airear su misterio.

Así sucedió. Tras girarla varias veces y levantar la tapa, Aurora ya podía desglosar su verdad a través de los abundantes objetos que el baúl contenía. Uno a uno, como garbanzos de un cuento, le mostrarían el camino.

El Baúl de los Secretos resultó ser un oráculo lleno de arcanas señales con las que componer la narración de un amor derrochado en infinidad de cosas chicas. No obstante, era imposible esclarecerlo de una sentada: fotos y fotos, pañuelos bordados, cartas y poemas, un sello con un zafiro igual al que le habían regalado a ella, brillos de azabache y plata de un broche, pendientes, postales con artistas y lugares remotos, varios collares enredados como lenguas en un beso, lencería femenina, el cordón de una bota y el terror de sus pisadas, un barquito esculpido en una concha, horquillas para el pelo y un mechón en sortijilla, el aroma de la colonia evaporada dentro de su frasco… Más y más escritos, en los que se traducían dos almas.

El baúl albergaba todo eso, pero también su propia historia a poco que se esforzara en leerla. Cuánto temblaron sus manos percibiendo a la madre en cada pieza allí guardada, cotizadas como tesoros, y qué necia había sido dándole la espalda, negándole el afecto y sus recuerdos, necesitándola tanto sin haberlo reconocido antes.

Aurora había vaciado el contenido del baúl sobre la cama y el efecto visual, entre baratijas y objetos de valía irregular, era el de un mercadillo. Hubo de reconocer que necesitaría varios días para estudiar línea a línea cada una de las cartas o analizar los motivos de las joyas, pero no quiso quitarle a Berta la emoción de poder compartir con ella sus descubrimientos.

Introdujo todo otra vez en el arca y, cuando trataba de cerrarla, le cruzó un fogonazo por la cabeza. Juraría que al coger el sello femenino había apreciado una rugosidad, el rastro de una grabación similar a la que tenía el masculino. No recordaba haber visto a su madre lucir aquella joya, tampoco las demás, pero parecía poseer un significado especial.

Intrigada, rebuscó en el baúl hasta dar con la sortija y la cotejó bajo la luz con el sello que había tomado de su faltriquera.

¡Ahí estaban, juntas! Eran no solo idénticas, sino la prueba material de una

ligazón. En realidad ignoraba por qué le llamaban tanto la atención, pues era habitual que los amantes poseyeran joyas iguales. Las comparó: se trataba de dos aros gemelos, el mismo diseño y pureza del zafiro, idénticos garfios asegurándolos al oro. Al pasar el dedo por su interior, confirmó que estaba grabado; tuvo que tragar saliva antes de leer la frase escrita en cursiva: «Lo mejor de dos mitades», e identificó también con extraordinaria claridad los números que, en su pareja, se hallaban desleídos: se trataba de un 3 y un 8. ¿Qué significaban esos dígitos? ¿Qué fecha podría marcar en su madre un antes y un después? ¿Quizá el primer beso, la primera noche juntos?

Aurora repitió en voz alta los números y su efecto resultó igual a pulsar el interruptor de un cuarto, colmándolo de luz. El tres del ocho. De repente fue un caballo en desbandada, echó a correr en busca de Berta e irrumpió en su dormitorio abriendo los puños para mostrarle las sortijas; dos luceros, uno en cada palma. Su garganta sabía a lágrima y a espuma de mar su boca.

—¿Soy yo? —musitó a Berta—. Lo mejor de dos mitades, ¿soy yo?

26

El día en que el Baúl reveló sus Secretos, Aurora se abrazó a la tripa de Berta sintiéndola suya. En realidad lo era. Dentro de esa redondez estaba su « sobrino» .

Lo primero fueron los sustantivos. Esas palabras que la ataban a los Vigil de Quiñones con lazos de sangre, con ortodoxas filiaciones que nunca se habría atrevido a pronunciar. Ni en sueños las imaginó tan cercanas. Padre, hermano, sobrinos, cuñada; el Baúl y sus certezas, había reubicado a la joven en la familia y en el mundo.

Todo lo fue detallando Berta mientras caía la noche. La fortaleza del amor entre Atilano y su madre, su agonía hasta morir después de haber recibido varios impactos de bala, después de que Vicente detonara su escopeta; el modo en que este falleció, quién apretó el gatillo, y de qué forma pasó inadvertido su deceso en Valdelomar.

Aquel día en que Berta orinó sangre por primera vez y Aurora conoció que la hija de Isela compartía nombre con ella, la naturaleza se reveló como un caprichoso juego de azar donde las reglas de la pasión doblegaban a los individuos hasta hacerles sucumbir a la locura.

—Si alguna vez yo no estuviera —dijo Berta como colofón—, necesito saber que « ellos» te tendrán. Así que, Aurora, por mucho que te depare el destino, nunca olvides a los tuyos.

Después entraron en juego los pronombres. El mayestático *nosotros*, que englobaba a un grupo de personas, hasta ese momento unidas bajo una imprecisa amalgama. Nada de lo que dijo Berta fue una puntada sin hilo; al contrario, enhebraba sus frases como un testamento, porque algo la obligaba a responsar a Aurora, por si en el futuro le faltaba tiempo. Cuando concluyó estaba exhausta. Ni aliento tuvo para saludar a Hugo, que apareció en el umbral extrañado por no encontrar a Aurora con sus hijos.

—Ve con ellos —le conminó, mientras atendía a su marido.

Durante las siguientes jornadas la salud de Berta empeoró. En su última visita, el médico entró en la casona con tal gravedad que Hugo subió las escaleras de dos en dos persiguiendo sus pasos.

—¡Déjeme entrar! —gritaba, pero el doctor cerró la puerta en sus narices—.

¿Qué ha sucedido ahora, por qué le han llamado? —demandaba al servicio.

—¡Ay, señor! La patrona está bien malita. Tiene reborujo de tripas.

—¿Por qué no me avisaron antes?

—No sé decirlo. Doña Isela manda —confesó una india.

—Ni falta hizo —terció Isela—. Con la tisana ha aguantado el dolor, hasta hoy.

—Es mi esposa —respondió él—. Necesito saber qué sucede con ella. Ustedes, ¿no tienen otra cosa mejor que hacer?

Las empleadas se marcharon y apareció Aurora, desolada, acechándoles en la distancia. El jaleo la había sorprendido acostando a los niños y se había acercado a la carrera. Enseguida reconoció la sombra de la turbación en Hugo y en la mexicana su gran insolencia, pues a la mínima desbarataba a su antojo la vida de la casa.

—¡Mire, ahí la tiene! —dijo Isela señalándola—. Aurora pasa el día con la patrona. ¿A poco no le dio el recado de que estaba peor? —Entonces maceró su venganza—. Hablo de la señorita, Hugo, no de nuestra niña. Me da harto coraje que usted se enoje. Ojalá mejore pronto. Permiso.

Al descender la escalera, Isela y ella se clavaron estiletes con la mirada.

Esa noche una contumaz lluvia anegó las alcantarillas de Puebla, que se mostraron insuficientes para absorber el agua que patinaba por las hojas de las palmas. El médico permaneció dos horas enclaustrado antes de salir de la alcoba, muy serio, desenrollándose las mangas de la camisa.

—¿Podemos platicar usted y yo a solas? —Así se dirigió a Hugo, tratando de evitar que pasara a la habitación. Pero fue imposible.

Nada más entrar le abofeteó el mismo olor dulzón del sanatorio portugués, cuya persistencia aún recordaba. Encontró a Berta desfallecida en la cama. Parecía dormir plácidamente. Notó que habían cambiado las sábanas y la extrañeza ante este hecho le hizo buscar las sucias por el cuarto; las encontró apiladas en una esquina, en un vano intento de ocultar lo imposible. Había manchas de sangre en los lienzos usados, en el hermoso camisón de Berta y en los uniformes médicos. Constituían las pruebas de una hemorragia que Hugo no alcanzaba a justificar.

—¿Mi hijo dónde está? —preguntó nervioso a la enfermera.

No obstante, al observar detenidamente el cuerpo de Berta, comprendió que el feto continuaba dentro de ella.

—¡Ándele, márchese! —sugirió la enfermera, según estiraba la sábana para cubrirla—. Aquí no se le ofrece nada.

—¡Quieta! —gritó agarrándola del brazo y dándole un empellón.

La lencería elegida por la auxiliar en mitad del apremio apenas le cubría los muslos, dejando al aire los moretones más ostensibles. Eran negros como el

océano que atravesaron antes de desembarcar en México; negros como el espanto que atenazaba su garganta. Hugo observó dos máculas ascendiendo por la cara interna del muslo, desde la rótula hacia el pubis, pero enseguida descubrió que otras muchas enlutaban la piel de los brazos y las corvas, del abdomen e incluso del nacimiento del cuello.

Alargó la mano para acariciar a su mujer, sin llegar a tocar el vientre, porque en un primer impulso culpó al feto de su extraño mal.

—¿Le duelen? —preguntó a la enfermera, que lo negó.

—Ya era tiempo de que lo supiera —manifestó el médico—. Berta me había prohibido hablárselo, pero fue contra mi voluntad.

—¿Hablarme de qué, doctor?

—No hay más que hacer. Le hemos puesto una transfusión, pero según entra la sangre por un sitio se marcha por otro.

—¿Qué demonios dice, matasanos de mierda? —vociferó tomándole por las solapas.

—¡Está bien, trine de rabia! ¡Escúpala, compadre! ¿Qué caso tiene ahora que no podemos hacer nada? Pero déjeme que salve al encargo, porque tal es el gusto de su esposa.

—No te había visto, Aurora —dijo Hugo sobresaltado—. ¿Llevas mucho ahí sentada?

Cuando Hugo se derrumbó al constatar la evidencia de una enfermedad que hasta entonces había esquivado, ella salió corriendo escaleras abajo presa de un sentimiento contradictorio: por un lado, el dolor de la pérdida de Berta, y por otro, la rabia por la traición que él había cometido. También trataba de discernir hasta qué punto « su hermano» podría intuir que lo era. Aurora se remontó hasta su infancia en Casa Gialla, antes de la muerte de sus padres. ¿Sabría Hugo algo de la relación entre Antonia y Atilano? ¿Por eso se distanció de ella? En los últimos días, Aurora se había instalado en un gélido silencio que le quemaba por dentro. Era hora de romperlo.

—Bastante —aclaró Aurora—. Hoy la he visto. Otra vez más, porque hace semanas que sé de ella.

—No sé de qué me hablas y no tengo ganas de acertijos —respondió él—. Estoy destrozado, quiero estar solo.

—He visto a Aurora —pronunció con lentitud—. ¿Por qué se llama así, Hugo? ¿Su nombre es una broma o un insulto?

Él levantó la cabeza empalidecido. De pronto se sintió cansado, agotado, y se desplomó sobre el butacón.

—Ella no se lo merece —continuó Aurora—. Jamás, ni aunque hubiera pecado igual que usted. Berta no le podrá perdonar cuando se entere.

Hugo extrajo un pañuelo del bolsillo para enjugarse un copioso sudor.

—No es lo que tú crees —fueron sus disculpas con una voz que no reconocía—. La vida de los hombres es muy compleja.

—¿Para eso querías traernos aquí, para estar con tu querida? —Era consciente de tutearle—. ¿En la misma casa?

—¡Basta ya, niñata! —protestó él irguiéndose—. No voy a consentir juicios que no te incumben.

—¿Ah, sí? Pues hablemos de eso…, de lo que nos incumbe a los dos.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así, faltándome al respeto? —El abogado se dirigió a la puerta y le mostró la salida—. ¡Fuera de aquí!

—No, no me iré —contestó resuelta acercándose a él y cerrando la puerta de un golpe—. Tengo todo el derecho del mundo para dirigirme a ti de este modo. Me lo concede la razón de la sangre…, hermano.

Hugo entreabrió los labios por si se escapaba de ellos una negación, pero no habló. En cambio, le sostuvo la mirada, y qué duro fue reconocer el nudo que estuvo ahí sin verlo, sin traducirlo a palabras o a señales tangibles.

—Dime, ¿sabías que eras mi hermano cuando me tomabas en brazos siendo una niña? —inquirió Aurora dando muestras de una madurez admirable—. Eras consciente de que Atilano y mi madre se querían, ¿verdad? Todos lo sabíais menos el pobre Vicente.

—Te equivocas, Aurora —rechazaba él—. Es la primera noticia que tengo.

—¡Mentira! Me lo has ocultado siempre, y de no ser por la complicidad de Berta, aún seguiría atormentándome el secreto. ¡Ella me lo ha confesado, lo que le contó Atilano antes de dejar Casa Gialla! ¿Desde cuándo conocías mi historia?

—No, no, nunca… supe. ¿Tu madre y mi padre fueron…?

—¡Mientes! Es más, ¿qué sabes de lo que pasó la noche en que murieron?

La vigilia de San Juan de hacía tantos años era para él un recuerdo turbio. Tras su regreso de Madrid a Casa Gialla, el drama le había golpeado como un mazazo. No obstante, nunca preguntó y se aferró a lo sustancial. Quería erradicar aquellos crímenes de su familia lo antes posible. ¿Qué sentido hubiera tenido acorralar a su padre en busca de una confesión adúltera con el consiguiente escarnio de Zita?

—Sé menos que tú, créeme. —Hasta el momento había aguantado, pero ya no pudo reprimirse y dejó brotar el llanto sin rubor. Después de haber tenido a Berta entre sus brazos, este dolor era lo que menos se esperaba—. Mi única culpa ha sido eludir mi responsabilidad como hijo y huir de la realidad. No querer saber es una cobardía, lo reconozco, pero la ignorancia nos vacuna contra el sufrimiento.

—¿Aunque eso te privara de un afecto? —estalló Aurora furiosa.

—Siempre te lo he tenido, Aurora.

Costaba creerle. Le hería su sinceridad o la mentira que se atrincheraba en ella. Aquella noche nada de lo que dijera le hubiera reconfortado, así que giró

sobre sí misma, abrió la puerta y salió del despacho.

Aurora dejó tras ella una huella tan devastadora como esos tornados que en minutos cercenan pueblos enteros.

La confusión bombeaba la cabeza de Hugo. Se acababa de desmoronar su vida. Aunque siempre receló de la frivolidad de su padre, imaginaba lejos a las otras mujeres, en prostíbulos o en lechos guarecidos de las habladurías; pero mantener a su amante tan cerca era una provocación.

« A lo mejor pretendía ser descubierto —habló en voz alta—, para abandonar de una vez la farsa en la que se había convertido su matrimonio. ¿Pero cómo padre se pudo enamorar de una simple campesina, por hermosa que fuese? Madre es una mujer de mundo que, abnegada, lo dejó todo por él» .

¿Y ella? ¿Hasta qué punto Zita estaba al tanto de lo que había sucedido en su hogar? Hugo se negaba a admitir otra decepción, pero de repente recordó la última frase de su madre cuando se despidieron.

« Llévate a tu hermana, no la quiero ver más aquí» , había protestado Zita. Aquellas palabras encajaban ahora como un puzle. « Siempre lo supo —prosiguió horrorizado—. Seguro que consintió, haciendo la vida imposible a mi padre y destrozándosela ella misma. Entonces, ¿qué clase de comparsa éramos Aurora y yo en esto? ¿Qué fui, aparte del tributo que paga toda mujer en el matrimonio?» .

Hugo odió a su madre. Aún peor, como reflejado en un espejo, entendió que él había sucumbido a la misma falta que había arruinado el matrimonio de sus padres, y quiso morir solo de pensar que pudiera infligir más daño a su mujer. Le hubiera gustado hablarle de esto a Aurora cuando, al principio de la conversación, le había pedido cuentas por su comportamiento. Pero la realidad era que ella había volteado el pasado patas arriba.

¿Qué sucedió realmente aquel 23 de junio? ¿Quién había detonado el arma que acabó con la vida del guardés? ¿Se suicidó o lo asesinó su padre por venganza?

Aunque Aurora no confiara en él, lo cierto es que carecía de las respuestas.

27

Berta se mantenía en un letargo del que cada vez le costaba más salir, y, cuando lo hacía, llamaba a sus hijos. El resto del tiempo, Aurora se apoyaba sobre su tripa para respaldar entre tía y sobrino la alianza que habrían de urdir en vida.

—No me ha dicho usted cómo se llama —dijo Berta en una ocasión con apuro al médico, que desafiaba a la biología administrándole uno de sus ensayos.

—Bien lo sabe, soy el doctor Mansera.

—El nombre de pila.

—¡Ah, bien simple! Juan.

—Pues así se llamará mi hijo —pronunció—. Como su padrino.

—Calle y no hable más, querida.

No pudo recordárselo cuando le sorprendió la cesárea. Las fuerzas de Berta aflojaban tanto que él no sabía dónde reponerlas. « Si no lo hacemos ahora, a lo peor luego es tarde» , aseguró a su marido, y el doctor realizó la intervención como quien juega a la ruleta rusa.

Hugo pulía con sus pisadas el suelo de la veranda esperando a que naciera su hijo.

—Mírelo, tan débil como un chamaco de brazos —advirtió Tula a Aurora—. Los hombres resultan batalladores o malcriados según el recado que envíen los santitos. Téngalo presente, niña. Algún día le tocará el suyo.

Isela le había cogido ojeriza. La joven se había dado cuenta de que la india era el blanco de sus iras y poco tardaría en tratar de quitársela de en medio, pero esta vez no se saldría con la suya. Que no hubiera retomado la conversación con Hugo sobre ella no significaba que hubiese aparcado sus rencillas. Cuando cerraba con llave el cuarto del patio, Aurora sabía que su hija se hallaba dentro. Así la ocultaba del resto del servicio. Sin embargo, todo el mundo estaba al tanto de las andanzas de la mexicana y, solo de pensar en la humillación que le hubiera causado a Berta, le hervía la sangre.

Algún día reclamaría a Hugo las explicaciones pertinentes, pero ahora no. Ahora había que prepararse para el inminente duelo.

—¡Párate cuando te hable! —gritó Isela la misma mañana del parto a Tula.

—¿Aun si estoy limpiando las baldosas? —consultó ella.

—No me repliques, lenguaraz. Eres peor que una rata de coladera.

—¿Qué les sucede? —medió Aurora.

Se había asomado a la cocina al oír las voces.

—Ay, niña, me tiene mala voluntad —lamentó Tula.

—Aquí no pasa nada que incumba a una niñera.

—Puede, pero sí a un miembro de la familia. Tula, desde ahora, quiero que te ocupes exclusivamente de Tirso y Hugo.

—¿Desde cuándo precisa mucama la niñera? —replicó Isela de mala manera.

—Ella no sé. La tía de los niños, sí —cortó Aurora saboreando la noticia que acababa de darle—. Mis sobrinos se encuentran en el patio, Tula.

A partir de ese momento, Aurora supo que su lealtad estaba comprometida por los restos y Tula acompañaría a la familia allá donde fuese.

—¡Hasta la faja se le arrugó de la sorpresa! —dijo jocosa la india al salir de la cocina—. Niña, ¿es de veras la tía de los chamacos o fue por fastidiar?

Juanito nació ochomesino y con hambre. Su madre quedaría sin aliento y, en horas, sin vida. La poca sangre que logró retener su anatomía tras las transfusiones se fue detrás del hijo. Y si bien todos conocían el pronóstico de su enfermedad, tal cosa no les eximía de sufrir un dolor tan hondo que ni cien llantos de bebé hubieran podido aminorarlo.

Berta se marchó lentamente.

Un suspiro de aire. El vuelo de un mechón deslizándose de un recogido. La gota de saliva escapada de la risa. Sus pestañas, danza que te danza.

Las miniaturas gestuales que la caracterizaron se fueron disolviendo y ella se despidió sin conmociones. Con elegancia. Dulcemente. El doctor, que vigilaba su evolución mientras se hundía en este sopor, hubo de tomarle el pulso varias veces antes de atestiguar su muerte, porque dudaba si en realidad dormía o moría. Berta habría de dejar el mundo flanqueada por Hugo y Aurora no tanto porque fuesen quienes más la amaron, sino porque ellos iban a ser sus verdaderos huérfanos. Cuánta soledad lejos de España. En un país acogedor, sí, próspero y bienhechor, también, pero en cuyos aromas costaba tanto identificar alguno familiar.

La paz con la que se había marchado les terminó contagiando y la pareja de hermanos lloraron en silencio. Hugo se había trenzado obstinadamente a su cadáver y Aurora le dejó solo en la alcoba, en una intimidad que nadie tenía derecho a hurtar. De hecho, hasta el final de sus días envidiaría esa clase de amor capaz de presentir al ser querido en un lugar lejos del habitado. Pronunciar frases enunciadas antes por el otro. Pensar aquello que reside en otra mente y dolerse de su mal como si fuera propio.

—Déjenle, doctor —advirtió—. Necesita estar con ella.

—Esa de ahí no es su mujer —replicó él—. Es solo un bulto recosido que

puede reventar en cualquier momento. Le aviso.

—Pues no sabe cómo ha querido él a ese saquito de huesos.

En aquel momento, Aurora entendió qué significaba velar por el otro, por su hermano, y las palabras de Berta cobraron sentido: « Por mucho que te depare el destino, nunca olvides a los tuyos» .

28

—Ven aquí —dijo Aurora—. ¿No ves que te has abrochado mal la camisa?

Durante semanas, Aurora se volcó por completo en Hugo. El duelo por la muerte de su madre era un paso obligado, pero no iba a consentir que se viniera abajo por completo, como sucedió cuando murió Berta.

Cada día, siguiendo el mismo ritual, le despertaba, le afeitaba, elegía su ropa, le peinaba, jugaba con él a las damas, leía párrafo a párrafo sus libros favoritos o encendía sus puros e inspiraba el humo que le llenaba la boca de su sabor.

Fueron unas semanas en las que Aurora apenas frecuentó la calle, y en su cabeza no cabía más hombre que su hermano. En cambio, en otro punto de Veracruz, Pablo Aliaga no dejaba de pensar en ella, de dar vueltas a sus piernas. A esa cintura que podría abarcar entre sus manos. A la boca que estaba por besar desde el principio.

—Tú lo que necesitas es una mujer —insistía Morayta, constatando cuánto le costaba conciliar el sueño al joven.

—La necesito a ella —admitía él.

—¡Qué obsesión te ha entrado con Aurora! Guapa es, un rato.

—No me ha entrado, Miguel. Venía con ella. Así me conociste tú.

—Cierto, pero mientras tanto hiciste de las tuyas. ¿Acaso ando yo detrás de alguna falda? Pues eso. En el amor hay que guardar ausencias.

—¡¿Se quieren callar?! Ya están dándole a la mojada los mismos de siempre, joder —protestaban sistemáticamente en las literas vecinas.

—Muchacho, yo espero a mi mujer y mientras tanto me la anudo al gaznate —susurraba Morayta—. Pero tú has corrido tus fiestas y ni te has acordado de la susodicha. Sí, venga a mirar fotos y fotos, pero a la hora de la verdad la metías donde podías.

—Como todos, no te digo —contestó el joven, mientras se daba la vuelta entre las sábanas.

Los días en los que Pablo Aliaga no frecuentó a Aurora, Miguel y él se iniciaron en las pasiones mexicanas acudiendo al cine. Las salas olían a humedad y a sudor, y proyectaban pocas películas de estreno; sin embargo, ellos oían las recomendaciones de las trabajadoras de la Escuela Cantonal y, a mayor

emoción en las mujeres, más claro tenían que esos dramones consistían en el mejor exponente del cine azteca.

—¡Esto quiero hacer! —exclamó entusiasmado Morayta al terminar *La mujer del puerto*—. Películas como esta: de mujeres perversas y hombres alienados por su destino.

De este modo, Miguel aplaudió la actuación de Andrea Palma como Rosario, joven que, tras fallecer su padre y desengañada por un novio infiel, huye a Veracruz, donde ejercerá la prostitución. Allí se enamora de un rudo marinero que, cruel cambalache del destino, resulta ser su hermano. Lo que descubre después de mantener relaciones con él y, por tanto, cometer incesto, de ahí que la historia acabe con su suicidio. Andrea, gran diva del celuloide, era prima de Dolores del Río y había trabajado en Hollywood con Marlene Dietrich. En realidad las dos tenían un gran parecido físico.

Al salir del cine fueron a cenar a la cantina La Noche Buena.

—Así no se educa al pueblo, Miguel —protestó Pablo sorbiendo una cerveza.

—¿Y quién ha dicho que yo quiero esa responsabilidad?

—Cuánto has cambiado. No decías eso en Argelès-sur-Mer —se quejó él.

—Uno no cambia. Lo hacen las circunstancias, muchacho.

—El cine tiene que reflejar la vida para hacerla mejor.

—El cine, el cine —repitió Morayta en una letanía—. México es una segunda oportunidad. Aprovéchala como tal.

Una mezcla de voces de paseantes y vendedores se colaba por las ventanas abiertas, junto a las notas sueltas de marimbas, tresillos, guitarras y bongós. Era la alegría contagiosa de Veracruz. *Jelengue*, lo llamaban allí.

—¿Tú has visto a las muchachitas que teníamos en las butacas de delante? —apuntó Miguel Morayta.

—Eran guapas —dijo Pablo.

—¡No es eso, chaval! No paraban de gimotear. ¿Acaso crees que les interesa algo que no sea el amor y el desamor? Déjate de revoluciones. Este es un país de dramas, y de eso los españoles sabemos un rato.

—No sé…, he visto tanto dolor…

—¡Escríbelo, Pablo! —dijo zarandeándolo—. Agarra una libreta y enjareta tus guiones. Mira alrededor, observa toda esta gente y lo que les emociona.

Les interrumpió un camarero dejando una botella sobre la mesa. «Invita la casa por ser hermanos españoles», les aseguró. Acto seguido rellenaría dos copitas de un licor ambarino. «Habanero 1930. Lo hace un compatriota de forma artesanal. Prueben, pero no se me *aborrachen*, compadres».

—¡Cambia esa cara! Mmm…, rico este coñac, ¿eh? —Morayta lo paladeó antes de soltar una carcajada—. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú lo que necesitas es una mujer, Pablo!

—Sí, una —asintió—. Y hasta que no la tenga no voy a parar.

Ni siquiera ellos sabían precisar cuándo se cruzó por primera vez el cine en sus charlas. De lo que estaban seguros era de que había sido su válvula de escape para menguar el derrotismo después del frente, la huida a Francia y el exilio. Además de la laceración de vivir en esa brumosa playa francesa donde se improvisó el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, en el que fueron tratados como forajidos. Penuria y más penuria.

Entonces lo único que reconfortaba a Pablo era el recuerdo de Aurora. Y aquellas fotos reveladas según España empezaba a caer por un desfiladero. En ese barrizal, reino de chinches, pulgas y piojos, las sacaba del fondo de su mochila, limpiándolas con su mugrosa manga para que nada las dañara. Entonces las sorbía con los ojos y se evadía de aquel infierno.

—Ven, te voy a mostrar lo que llevo siempre conmigo —le había confesado a Aurora. Y le enseñó sus fotografías.

Sucedió la segunda vez que se vieron porque el destino traveseó con ellos y volvieron a encontrarse. Aurora había ido a Valdelomar para despedirse de sus hermanos antes de iniciar su viaje y allí, en la plaza del pueblo, junto a la fuente de los Cinco Caños donde se tejía el cortejo de los novios generación tras generación, reconoció al cineasta de *Carne de fieras*. Un diablo que agitaba sus mechones de pelo mientras filmaba a un grupo de ancianos desdentados con ganas de hablar. Y soldado a él, Pablo Aliaga.

—¡Dios! ¿Qué haces tú aquí, preciosa? —exclamó este sorprendido. Sin pensarlo dos veces, la cogió de la mano y salió corriendo hasta las afueras del pueblo.

—¿Y si te buscan? —preguntó Aurora sin aliento.

—Que lo hagan. He subido al cielo.

La besó. Sin más. La guerra había arrancado las retóricas de los discursos y las cortesías de los comportamientos. Ya no había manijas en los relojes, sino corazones que palpitaban o corazones parados. Vísceras que brincaban de amor o necesidad. Y como si ella hubiera interpretado los rigores de este nuevo tiempo, se dejó hacer, porque no imaginaba otro sitio mejor que su boca para perder la cabeza.

Entre besos y mordiscos, Pablo Aliaga le fue contando que, tras concluir ese adefesio llamado *Carne de fieras*, el director Armand Guerra, otros técnicos de la CNT y él se habían enrolado en el documental *Gestas proletarias*. Por este motivo habían acudido a Valdelomar y, del pueblo, se irían a Toledo, a filmar la toma del Alcázar.

—¿Tú no querías dirigir cine? —increpó ella—. No sé qué clase de película es esta.

—Hacemos la revolución para que las desigualdades desaparezcan —justificó Pablo con orgullo.

—Eso es imposible. La vida está hecha de diferencias: altos y bajos, gordos y

delgados. Ricos y pobres.

Le pareció más madura de lo que él recordaba, y más hermosa.

Volvió a pasar la lengua por sus labios, mientras ella se apoyaba en el tronco de una encina a punto de desfallecer. Sin pensarlo, Pablo ascendió sus manos de la cintura a las axilas y, de ahí, a tocar unos senos bien formados. Como manzanas redondas que hubiera querido probar de no ser porque Aurora se escabulló azorada.

—¡Eso no! —le reprochó, porque las chicas sabían por ciencia infusa hasta dónde llegar. Cuándo parar—. Además es tarde. Mañana nos vamos de viaje.

—¿Vuelves a Madrid?

—No, bueno…, sí. —Dudó si era conveniente confesar la verdad—. Nos vamos a México.

El destino retumbó en los oídos de Pablo Aliaga. ¿México? Tan lejos de todo. Él nunca visitaría aquel país, no estaba en sus planes, por tanto, nunca volverían a encontrarse. Pero sus fotografías serían el mejor reconstituyente en sus flaquezas. Vivir también era eso. Disfrutar de momentos fugaces de efímera felicidad.

—¿Te acordarás alguna vez de mí? —preguntó él, queriendo eliminar sin éxito el romanticismo de la interrogación—. De un estúpido españolito que ambiciona ser director de cine.

—Depende —replicó Aurora.

—¿De qué?

—De lo que escribieras dentro de la bola de la suerte.

—Niña, un hombre solo puede desear tener entre sus brazos una chica como tú. ¡No hay mayor fortuna!

Cuando Pablo conoció a Miguel, las fotografías de Aurora se habían convertido en su talismán. Argelès-sur-Mer era un marco inhumano.

Al principio, la pareja habló sobre el frente, sobre Aurora y sus recuerdos, insultaron a Franco y a sus tropas, y se relataron el uno al otro sus miserias huyendo de España. Hasta que Pablo aludió a *Carne de fieras* y ya no existió otro tema de conversación que el cine.

Miguel Morayta fue la primera persona que atendió las sospechas de Pablo. «Esa película oculta algo y no cejaré hasta averiguarlo». Las atribuyó a su bisoñez, pero a medida que conocía más detalles hubo de darle la razón.

—Está maldita, Miguel —remachaba el joven—. A Tina la fusilan una noche, la francesa es devorada por sus propios leones. ¡Al director le estalla el cerebro en mitad de la calle! ¿Tú has oído una cosa tan dantesca en tu vida?

—La verdad es que no —reconocía quien, siendo director de publicidad de Renacimiento Films, tuvo responsabilidad sobre historias más amables.

—Pero por mi madre que España entera va a conocer qué hay detrás de ella.

29

—Llevo días sin verte —la sobresaltó Pablo arrastrándola hacia los soportales de la plaza de Armas—. ¿Acaso me rehúyes?

—¿Estás loco? —dijo Aurora—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Si respondieras a mis notas no tendría que hacerlo.

Aurora acudía al encuentro con Edwina, pues era día de mercado. Veracruz estaba más excitada que otras veces preparando la inminente Navidad y ella se había animado a salir. Tenía razón Pablo: había desatendido sus recados reiteradamente. Tula le había entregado unos trozos de papel de estraza en los cuales él, en lugar de embalar los encargos de la tlapalería La Antigua donde trabajaba como mozo para todo, le proponía algunas citas.

—¿No te las dio la criada esa con cara de morcón? —insistió.

Le divertía su fogosidad, pero Aurora prefirió hacerse la ofendida.

—Las cosas no están para cartitas. Debo ocuparme de Hugo.

—¿Ahora necesita niñera? Estos burgueses, cuanto más viejos, más pellejos.

—No hables de lo que no sabes.

Cómo le aturdía sentirla cerca desprendiendo aquel olor a vainilla. Apenas rozó la piel de su antebrazo, una corriente eléctrica le agitó de arriba abajo.

—¿Qué pasa, hoy no trabajas? —preguntó Aurora.

—He acabado una entrega. Ya no me pierdo —reconoció, aireando un mapa —. Esta ciudad es fácil comparada con el laberinto de Madrid.

—¿Me invitas a una nieve? —preguntó ella coqueta—. Son helados hechos de agua de lluvia. Tengo un rato antes de recoger a Edwina.

—¿Esa quién es?

—Mi mejor amiga. Empresaria y muy rica.

—¿Ah, sí? Con ese nombre no parece de aquí. ¿Qué ofrece su empresa?

Aurora se mordió el labio inferior mientras se acercaba al oído de Pablo.

—Vende amor —silabeó antes de salir corriendo.

—¿Se lo has dicho a la brava? —comentó escandalizada la alemana.

Aurora echó la cabeza hacia atrás mientras carcajeaba. Edwina pensó que estaba demasiado radiante para mezclarse en el mercado con todos esos hombres salivando a su paso. Ella captaba sus sucias pulsiones por adelantado, no

en vano llevaba una vida administrándolas.

También tenía olfato para anticiparse al riesgo, aunque se resistía a recorrer las calles rodeada de blindaje. En todo caso, ser mujer en un negocio como el suyo resultaba temerario y las amenazas se acumulaban en la mesa de su despacho. Y en su mente, antes de dormir.

Sin embargo, ese día decidió que la acompañaran un par de indias. Demasiada gente en la plaza para andar con guardaespaldas.

—Así que sois como un pleito que seguirá por siempre. ¿Cuánto cuestan? —Edwina se interesó por unos adornos navideños.

—Por dos pesos le doy una docena, güera —dijo la vendedora.

—¿Recuerdas que hace tres años nos reencontramos aquí? —apuntó Aurora.

—Estabas más fea, pero más tranquila andaba yo.

En efecto, concluía el mes de noviembre de 1938 y un viento del norte, que solo amainaba por la noche, amenazaba la estabilidad de los tenderetes. El empeño de Aurora en acondicionar como hogar la casona azul —donde se había instalado la familia hacía un mes, tras regresar de Puebla— y el de la alemana a la hora de buscar objetos extravagantes con los que adornar sus burdeles las llevó a coincidir en plena ventolera.

—¿Se le ofrece algo? —preguntaría a la germana un vendedor.

—Esa caja labrada del fondo.

—Ya tiene dueño, mamacita.

—Le pago el doble por ella.

—Me pueden correr… —se negaba él.

—¿Qué pretende? —remachó, no dándose por vencida—. ¿Ponerme de malas y que no pise más por aquí?

—Lo que disponga, pues, doña.

—Al final creeré a quienes dicen que los mexicanos no tienen palabra —arguyó Aurora—. Explíquele a la señora que esa caja es mía.

Un golpe de ventisca arrancó el tendal haciendo volar, junto al toldo, a la disputada caja y a un buen número de bagatelas del puesto. Y las dos pujantes se encontraron frente a frente. No podían creerlo, eran ellas. ¡Las accidentales amigas del Île de France! Se abrazaron entre lágrimas y después, frente a un café de puchero, resumieron sus vidas hasta la fecha. Así empezó un apego poco convencional.

—« Una jovencita no debería hablar de furcias» —entonó Aurora con sorna—, diría cualquier santurrona.

—¿Ah, sí? —sonrió Edwina—. ¿Conoces a muchas?

—¿Putas o santas? Ja, ja, ja —preguntó riéndose—. En Puebla todas eran beatas.

—¿Qué tal si se hubiera enojado al platicarle que eres amiga de la dueña de un burdel?

—¡No! —negó ella en rotundo—. Él no es como los otros chicos, no cae en los tópicos. También es tozudo y díscolo, ¿eh? A veces creo que le va a costar encajar en México, pero no tiene otro sitio donde ir. Me gusta.

A Edwina dejó de agradarle este juego dialéctico. No quería a Pablo Aliaga para Aurora. Tenía sus motivos, aunque no hablara de ellos.

—Es un pelagatos y, si sigues por ese camino, vas a sufrir. Mira que tengo boca de profeta.

Aurora hacía como que no la atendía mientras curioseaba las frutas. Tomó una vaina de tamarindo de un montón y empezó a pelarla. Se creía una olla hirviendo. Acalorada y burbujeante. Si Edwina hubiera podido merodear por sus tripas, las habría visto arrojar las mismas sacudidas que un animal enjaulado. Los culpables eran sus nervios, pero no tenía ninguna intención de decírselo. Cómo había acabado su encuentro con Pablo tras tomarse una nieve de mamey sentados en el Malecón, se lo guardaba para ella.

—Miguel dice que es mejor marcharnos a la capital —le había soltado él a bocajarro.

—¿Mejor para qué? —replicó Aurora.

—Para trabajar en el cine. Ahora los americanos vienen a hacer sus películas aquí por la guerra, y hay empleo.

Pablo echó mano al bolsillo. Extrajo un mapa del Distrito Federal y sacó de él un trozo de papel garabateado.

—Lee —le dijo pasándole el recorte.

Aurora revisaría sin rechistar un listado de nombres y sus correspondientes direcciones: eran estudios cinematográficos que atestiguaban la existencia de una industria en auge. Le retornó la nota con fingida despreocupación.

—En México se protege el cine como nunca se hizo en nuestro país —apuntó Pablo.

—Ahora mi país es este —sentenció ella áspera.

—Perdón, señorita « mexicana» . No te enfades, anda.

—¿Y cuándo piensas irte? —preguntó después de tragar saliva.

Pablo pensó que ese era el momento. Arrastró su silla para pegarla a la de Aurora y con cierta cursilería le apretó las manos. A diez centímetros de su boca propuso lo que iba macerando desde que llegara a México.

—Vente conmigo. Haré de ti una estrella —dijo rotundo.

Aurora tuvo que aguantarse la risa. ¿Ya estaba otra vez con esa tontería tan antigua? Ella no quería nada parecido, le complacía su vida. Unirse a Hugo como piel a tejido, como músculo a hueso. Ver crecer a sus sobrinos, a los que amaba igual que si en otro tiempo los hubiera parido ella misma.

—¿Quieres seguir siendo una simple niñera? —fue la respuesta de Pablo ante su negativa—. ¡Por favor, no seas estúpida!

Notó calor en las mejillas y las imaginó cambiando de color, igual que la piel

del mango al madurar. Había ocultado a Pablo la clase de vínculo que la unía a los suyos y ahora se arrepentía. Seguro que si le confesaba que no trabajaba como niñera, él pensaría que se trataba de un engaño premeditado, la burla de una señorita bien hacia un « pelagatos» , según Edwina.

—Di que sí o no te suelto, preciosa. Di: « Sí, seré arcilla en tus manos» .

—¡No! —rehusó ella.

—Sí, harás lo que yo diga. Sonreirás a la cámara como me sonríes a mí. La seducirás hasta enamorar al operador.

—No —repetía temblando, preguntándose con qué afán mantenía su boca tan cerca de la suya si no era para besarla—. Me agobias.

—Pues acepta y no seas mojigata. —Pablo se deshizo de sus manos, recostándose en la silla metálica de la terraza.

—¡Vete al carajo ahorita mismo! —soltó ella dejando unas monedas sobre la mesa y levantándose.

—¡Bravo! —gritó él aplaudiendo—. Una interpretación melodramática, Aurora… ¿Qué digo Aurora? Ese no es nombre para una estrella. Hay que buscar uno más sensual. ¿Evocador… quizá? ¡Vera! ¡Sí, eso es! Un nombre de mujer pérfida y traidora. Igual que esta ciudad, que muestra una cara de día y otra por la noche.

—¡¡Eres imbécil!!

—A mandar, señorita Vera —replicó sarcástico—. ¿Ha decidido usted cuándo puedo volver a verla?

—¡Si sigues así, nunca! Me marcho, me está esperando Edwina.

Aurora aceleró el paso en la intención de dejarle atrás, pero Pablo corrió hasta adelantarla, lo que la obligó a pararse.

—¿Qué pone ahí? —preguntó él ansioso indicando un letrero.

—Es el nombre de una tienda, ¿quieres un antojito o qué? —dijo hastiada porque su travesura empezaba a cansarla—. ¡Buf, eres imposible! Abarrotes Velier.

—¿No lo ves? —añadió él sacudiendo sus hombros—. Ahí está el nombre con el que alcanzarás el firmamento: te bautizo en este acto, Vera Velier. ¡Y te inoculo el pecado del cine, princesa!

Entonces sí rubricó su bautizo con un beso, que le supo a emoción desatada y a albaricoque. A instantes pretéritos y a futuro por hacer.

De esta descabellada propuesta de convertirse en actriz no mencionaría ni una palabra a su amiga, no obstante, cómo disfrutaba al recordarla, mientras separaba con la lengua la pulpa del tamarindo de sus semillas. Lo hacía con habilidad quirúrgica, pero tan absorta en sus ideas que no reparó en algunos movimientos anómalos en torno a ella.

En realidad, solo alguien muy observador hubiera sospechado algo de esos gestos irrelevantes; como que un indio empacara sus artículos velozmente u otro

rebuscara algo por lo bajo del puesto. Entonces de la nada aparecieron cuatro sujetos que les bloquearon el paso. No había nadie más alrededor. El mercado se había quedado vacío.

—¡Vaya *cuacha* de congal el tuyo, vieja[5]! —gritó uno de ellos.

Edwina abrazó a Aurora, mientras eran flanqueadas por los asaltantes, pero uno le arrancó a la joven de cuajo. Sumaban un total de cinco individuos de rasgos orientales y aspecto mugriento. Edwina acechó sus manos. Siempre sostenía este hábito cuando conocía a un hombre. En alguno se extrañaba un dedo, o había quebrado la uña y en su lugar crecía un muñón renegrido de piel putrefacta. Cinco forajidos a cual más repugnante, con cuya fuerza era imposible competir.

—Dejadla a ella y llevadme a mí donde os plazca. Tranquila, Aurora, ladran pero no muerden —atemperó.

—¿Es nueva la chava? —siguió el hombre—. Con una así se saca lana, eh.

El asaltante abarcaba con un brazo su cintura, fundiendo pelvis y espalda, y con el apéndice contrario le taponaba la boca para que no gritara. Aurora trataba de zafarse inútilmente mientras sentía el coxis masculino frotándose contra ella. Le repugnaba el olor a orín y sexo de la mano de aquel hombre.

—Te va a llevar la fregada —soltó a Edwina un segundo agresor—. Todito por no escuchar a nuestro patrón.

—Mal jefe el que no remienda sus asuntos y manda secuaces. Díselo de mi parte a quien te haya mandado. ¡Suéltala, desdichado! —gritó al ver cómo el oriental exprimía el pecho a Aurora como si fuera fruta. Ella pataleaba sin poder librarse de él.

Ahí Edwina sintió un golpe seco en la espalda, al tiempo que le apresaban el brazo retorciéndoselo hasta desfallecer de dolor. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue un amasijo de miembros ascendiendo por los muslos de Aurora y dos luceros muertos de miedo implorando su ayuda.

30

—¿Qué ha pasado? —preguntó Edwina, despertándose con un diabólico dolor en el brazo izquierdo—. ¿Acaso llegó la guerra a Veracruz?

Estaba reciente el drama de Pearl Harbor y, aunque el México que miraba al Caribe fuera una balsa, la orilla del Pacífico se estremecía considerando lo cercana que anduvo la barbarie cometida por los japoneses. El escenario bélico sobrevolaba sus cabezas a diario.

Edwina estaba embotada y le costaba moverse de cintura para arriba.

—No se incorpore, todavía andará mareada por los calmantes —recomendó el médico—. ¡Le han dado una buena! Tiene contusiones en todo el cuerpo y el brazo roto. Se lo hemos enyesado. ¡Se han cebado con usted!

El médico del sanatorio de la Beneficencia Española acercó una silla al cabezal. E hizo un ademán a la enfermera rogando intimidad.

—Me he visto en la obligación de avisar a la policía —confesó él sin rodeos —. Todos saben quién es usted y en qué negocios anda.

—¿Los frecuenta usted? —escupió ella.

—Voy a ignorar su comentario, señora.

—¡Vaya, un españolito digno!

—Solo quería informarla de que hay unos gendarmes esperándola. Por mi parte he cumplido. —Empujó la silla hacia atrás con las pantorrillas.

Pero Edwina le agarró de la bata y le impidió que se levantara.

—¿Dónde está? —preguntó vehemente.

—¿Dónde está quién?

—Aurora, la joven que venía conmigo.

—En otra sala. Han tenido que aplicarle un narcótico, estaba histérica.

—¿Qué le han hecho esos desgraciados? —bramó ella.

—Se han salvado porque aparecieron unos marineros suecos en el mercado y las defendieron. Pero la chica llegó con el vestido hecho harapos.

El médico rebajó su dureza y suavizó el tono.

—Ándese con tiento porque la próxima a lo peor no es un aviso. Una mujer no debería…

—¿Es de los que advierte a las mujeres qué debemos hacer y qué no? Para maestros ya está la escuela.

—Ni lo pretendo, pero no sé si le hemos dañado los hombres o ese país suyo que ha metido al mundo en un desvarío de muerte y destrucción.

Mientras el médico la amonestaba, Edwina deslizaba los dedos por su torso hasta dar con una abertura en el uniforme. Él simuló no apreciarlos.

—¿Me invita a uno? —pidió la alemana extrayendo la cajetilla del bolsillo.

Como embrujado encendió un pitillo y se lo puso en los labios.

—En cualquier caso, quizá debería pedir ayuda —murmuró el médico.

El humo reconfortó a Edwina. Al expulsarlo hizo una voluta perfecta.

—No se empeñe, doctor. Hay maderas que no agarran el barniz.

Aurora abrió los ojos con la sensación de tener engomados los párpados.

Al principio no reconocía el lugar. Tampoco el olor. Al rato, identificó el aroma dulzón de los hospitales, y se dio cuenta de que estaba en la cama de una clínica. Intentaba recordar cómo había llegado allí, sin embargo, su mente no discurría con la agilidad de siempre. Se sentía deslavazada, igual que una marioneta de trapo a la que hubieran soltado los hilos y nadie pudiera izar sus extremidades.

Entonces, instantáneas de una mancilla, se abrieron paso entre sus cercanos recuerdos los rostros de sus agresores; el hedor de sus pieles, el sabor acre de su saliva al querer besarla. El tacto de sus dedos aprisionando su sexo a través de la ropa interior. No reprimió unos vómitos y el amargor de la bilis cayó sobre la misma colcha que la cubría.

Ahora descifraba la atrocidad que había estado a un paso de padecer. No en vano conocía el obsceno camino que, fuera de control, podían emprender los impulsos masculinos. Edwina se los había pormenorizado sin tapujos, pues su amiga se había otorgado la responsabilidad de educarla en materias en las que casi nadie solía instruir.

—¿Ves esto? —dibujó un día en una de esas cuartillas en las que no pintaba ya paisajes ni retratos—. Es el glande del pene.

—¡Qué asquerosidad! —profirió Aurora.

—Pues les encanta que besemos ahí.

—¿Donde orinan? —se asombró, con una mueca de asco—. ¿Con la boca?

—¿Y con qué si no, bobalicona? Verás, hay más. Es mejor que el *Manual de Carreño*.

Edwina aludía en aquella ocasión al tratado de urbanidad gracias al cual las mexicanas aprendían buenas costumbres. Habló de él mientras abría uno de los libros de su despacho.

—Mira —indicó—. Este dibujo es más provechoso.

Así gastaba tardes, descubriéndole textos preñados de ilustraciones eróticas que había adquirido, según ella, en sus viajes. Un atajo para acercarla a un arte que, eso sí, Aurora solo debía emplear en un amor sacralizado.

La verdad es que Edwina aplicaba la pedagogía al grueso de sus mujeres, a las que adoctrinaba en la sabiduría amorosa a fin de obtener las enjundiosas propinas que se granjeaban las meretrices. Muchas de ellas terminaban enloqueciendo a los clientes, quienes no tenían otro camino que desposarlas para sofocar su enganche.

« Capaz si ahora que la tienen dentro, la buscan fuera» , así les bendecía la *madame*.

Como Edwina echaba imaginación al negocio, entre sus proveedores había jarochos heterodoxos. Es decir, un abanico de profesiones que sorprendería al más beato: desde el cerero de la catedral hasta las costureras más ilustres de Veracruz; pasando por cocineros, ilustradores, o carpinteros que nunca habrían imaginado tener que construir unas banquetas tan enrevesadas, ni para usos tan impúdicos. Lo primero que hizo antes de inaugurar La Orgía Dorada fue amasar un buen número de falos en todas las formas y tamaños. El cerero recibió el encargo estupefacto.

—Mil novenas le rezaría a la Virgen por no haberla oído —repetía sin cesar.

—Elija el precio y yo, la fecha de la entrega —resolvía ella—. No vayamos a discutir en casa del Señor.

Acordaron los detalles y el artesano se puso manos a la obra, hasta que cien reproducciones fálicas —con sus pieles, venas y orificios— terminaron en las lenguas de las putas, que hubieron de lamerlas como sabrosas golosinas.

—Del perineo al prepucio sin paradas ni para respirar —ordenaba Edwina en una de esas clases que impartía con disciplina castrense.

—¿Hay que andar tan abajo, doña? —preguntaba a veces alguna al aproximar la lengua al resquicio rectal.

—¡No busques ruido al chicharrón y chupa, mija! Ya te agradecerá el cliente tu oficio.

Una vez las furcias dominaban la felación, entendía que podían pasar al resto del cuerpo. Así, en cueros, se hacían unas a otras lo que deberían practicar después con privacidad y empeño. En este caso, y para facilitar su comprensión, Edwina les mostraba unos cuadros previamente bordados por minuciosas recamadoras, con la quintaesencia del *Kama-sutra*.

—Esta postura se llama *La sirena voladora* —detallaba ella—. Además de estimular el clítoris, endurece las cachas. —Después colocaba a las mujeres sobre una de esas butacas construidas *ad hoc* por los ebanistas de Veracruz—. Esta otra es *La tarántula* y enerva los brazos, además de la verga.

—¿Qué caso tiene *El barco de vela* si entre nos no podemos chingar?

—Trae, que no es momento para remilgos ni para andar apretadita —decía a la puta que salía respondona.

Ella les ataba un velón a la cintura y arreglaba el problema.

Con todo lo peor del catálogo de Edwina, estuvieron a punto de violentarla los

repugnantes chinos. Presa de este miedo andaba Aurora, cuando comenzaron a surtirle efecto los sedantes y se fue quedando dormida.

31

—Mire, comisario…, ¿cómo se llamaba? Bueno, no importa —dijo Edwina—. El jefe Cigarroa y yo siempre nos entendimos a la perfección…

—¿Olvida que él ya no está? —interrumpió él displicente.

En una consulta del sanatorio, prestada para proceder al interrogatorio, ella y el policía parecían incapaces de lograr un consenso. Además, no entendía que tuviera que perder el tiempo con él, si lo que quería era ir al encuentro de Aurora. Necesitaba comprobar cómo estaba.

—¿Cuánto le pagan los de mi competencia para que los proteja? Brindo el doble —replicó Edwina.

—No me falte, no vaya a terminar donde no pretende. La ley vela por la ciudadana, no por la proxeneta y sus tejemanejes. Bastante vista gorda se ha hecho con usted hasta ahora.

—¡Quienes me han atacado llevan meses extorsionándome y sus hombres no me han socorrido! —gritó.

—No hace falta que hable a voz en cuello. Aquí solo estamos usted y yo.

Edwina buscaba asegurarse una protección extraoficial, pero la obstinación del comisario aventuraba que iba a ser espinosa. Por si acaso le reveló el contenido de las amenazas que había ido recibiendo durante semanas. Siempre mal escritas y sin remite. Quienes rubricaban el chantaje ansiaban quedarse con el negocio de la prostitución en exclusiva. Eran los chinos.

—Todo viene de cuando lo del callejón de Reforma. Yo no denuncié que se realizaban allí timbas prohibidas, ni instigué al gobernador del Estado para que detuviera a nadie. Pero los chinos me culpan; creen que lo hice porque era mala competencia para mi negocio.

—¿Por qué este litigio si siempre se han repartido el pastel? —objetó, tras escucharla, el comisario—. No la creo.

—Sus prostíbulos son la peor escoria y no dejan la plata que mis clubes.

—¡Pues que ofrezcan mejor mercancía! A ver si ahora va a tener que dirimir la policía qué coños vende cada uno.

—Cuidado, yo hago arte. Transcurren meses antes de que una señorita pueda alternar en el salón y, cuando esto sucede, lo hace convertida en una artista. ¡Ni en un millón de reencarnaciones en las que creen esos miserables serían capaces

de formar hembras como las mías!

—¿Y? ¡Ponga usted una academia! Estoy de la patada, así que abrevie.

—Es un grupo liderado por Cham Lim, un cantonés que regentaba el Casino Chino en Tampico y, al clausurarlo, se instaló en Veracruz. Sus prostíbulos están en el poniente, en los barrios de extramuros. ¡Yo ya hice el trabajo, ahora complételo usted!

La comunidad china llevaba enraizando en Veracruz desde el último tercio del XIX, cuando el culi oriental se convirtió en una mano de obra barata y demandada por su entrega y disciplina. Con el tiempo, sus habilidades en la cocina les facilitaron la entrada en las tiendas de abarrotes —como eran conocidos los ultramarinos en México—, siendo una fuerte competencia por su calidad y ajustados márgenes. El Águila de Oro, Cantón Comercial, la perfumería El Asia, el restaurante Colón, la lavandería de Woo Woong se habían convertido en negocios blancos frecuentados por toda clase de público, a plena luz del día y con decencia.

Luego estaban los otros. Los que prostituían a las mexicanas más humildes enmarañándolas en las redes del opio y la morfina.

—Si en algo le doy razón es que de un chino uno no se puede fiar —apuntó el policía, compartiendo la creencia xenófoba de algunos—. Son comerratas y se la pasan dando trancazos. Droga, violencia, juegos de azar, es lo menos que traen consigo.

—¿Me va a ayudar, pues?

—Por lo legal. Denuncie y actuaremos, pero allá donde se infrinja la norma.

Incluso aunque ese responsable del orden público formara parte del temido Comité Antichino Asiático, que llevaba más de una década instigando a la población contra ellos, estaba visto que no pensaba salirse de la rectitud.

—¡Váyase a la chingada! —espetó ella.

—La próxima bulla la prendo y la meto en la cárcel. ¡Es brava, eh! —El comisario empezó a dar vueltas, observando distraído en las vitrinas botes con nombres de fármacos—. ¿Le piden plata?

—Peor, me exigen un club con mis señoritas dentro —aclaró Edwina—. Los mejores clientes prefieren el centro. Es el riesgo de cumplir y echar buena fama. Pero ¿quién consentiría eso como mero agachón? ¡Ni estando del ala les cedo mi pan!

—« Guajolote que se sale del corral, termina en mole» —sentenció el policía—. Es lo que tiene ir contracorriente.

Edwina comprendió que ese hombre no se acomodaba en los parámetros con los que medía a los demás. Ni el soborno ni los requiebros femeninos habían franqueado una entereza, que no obstante tendría fisuras, como todo lo humano. Con lo sencillo que hubiera sido entenderse con Noel Cigarroa, a quien encandiló al llegar a Veracruz y cuya amistad abrió sus puertas. Sí, ahora convertido en un

alto cargo de la Secretaría de Gobernación, pero para qué le quería ella en la capital.

El comisario la condenaba a contratar un ejército de guardaespaldas porque los chinos no se iban a parar en la fractura de un brazo. Más terrible aún era que hubiesen descubierto su relación con Aurora. Ello le infundía pánico.

Extraña Veracruz, vestida de día y travestida de noche. Tenía muchas caras, y no todas buenas.

Viendo que no había más camino que patear, Edwina tomó el pomo de la puerta y desde el umbral se despidió del policía a su manera.

—¿Sabe? A mí se me hace que sí nos podríamos ayudar. —Esbozó una media sonrisa—. A usted le gustan las vergas tanto como a mis chicas, ¿verdad?

Renqueando, Edwina surcó los corredores del sanatorio de la Beneficencia hacia donde le habían asegurado que se hallaba Aurora. Al llegar a la sala, frente a una puerta cerrada, se topó con un hombre de pelo canoso, rizado, bien parecido y gesto grave. Se trataba de Hugo. No se conocían, y la impresión que pudiera causarle resultaba impredecible. Pero se acarició la escayola del brazo en cabestrillo, como símbolo de su derrota, y se plantó ante él dispuesta a confesarle todo.

—¡¿Me cuenta que han atacado a Aurora unos chinos que la chantajean a usted a cambio de una casa de citas?! —concluyó Hugo cuando ella terminó.

—¿Así me brotó lo que dije? Pues ya ni modo —replicó, sorprendida de que su resumen resultase tan esperpéntico.

—¿Y que Aurora no solo frecuenta su compañía, sino que es su mejor amiga? ¿Amiga de una alcahueta? —Hugo se llevaba las manos a la cabeza; se levantaba, se sentaba y volvía a apretarse la cabeza en un ay perenne—. O sea, que ha pisado el antro en el que usted trabaja.

—Varios.

—¡¿Que ha estado en varios prostíbulos?! —gritaba—. ¡Es una niña!

—Soy dueña de un buen puñado. No se enoje, pero tiene veinte años.

—¡Una zorra no me da lecciones de moral! Y todo esto, ¿desde cuándo?

Edwina tuvo que repetir la tabla del cinco mentalmente, no fuera a escapársele lo que no debía. Entonces una enfermera salió del interior de la sala haciendo aspavientos y rogando silencio.

—¡La han despertado! —reconoció ella—. Pueden pasar un momento, pero compórtense. Físicamente se encuentra bien, lo peor ha sido la impresión.

Entre las brumas de los narcóticos, Aurora se fijó en los ojos enrojecidos de su hermano. De qué forma se habían trucado sus aprensiones. Ella había sido una adolescente huérfana y descarriada y, en ese momento, Hugo era quien necesitaba un sustento emocional donde anclarse. Detrás distinguió a la maltrecha Edwina, pero, lejos de emocionarse, se echó a reír. Para rebajar la

tensión y quitar hierro; para ensalzar lo tragicómico de la vida.

—Veo que ya os conocéis —habló con lengua pastosa—. Pues podíais tomaros un agüita de Jamaica juntos.

Edwina también arrancó unas carcajadas. A pesar de la animadversión que advertía entre los dos, Aurora les pronosticó una amistad inquebrantable.

Al salir del sanatorio, Edwina se despidió de los dos hermanos y prefirió marcharse sola. Tenía la impresión de que los días de paz y bonanza en la ciudad, por desgracia, se habían acabado. Y empezó a idear en qué otras esquinas mexicanas se podría eyacular con tanto arte como en Veracruz.

32

Aurora no volvió a hablar de la agresión. Con nadie. Se blindó, como hacía cuando la acosaban sus tormentos de niña y la inquietante presencia del Baúl de los Secretos.

Decidió no mantener ninguna conversación escabrosa: ni con su hermano, en el sentido de aclarar la amistad entre ella y la *madame*, ni con Edwina, cuyas indagaciones ella derivaba a otros incómodos hermetismos.

—¿Acaso me cuentas tú por qué no has vuelto a pintar? —devolvía Aurora sus ataques—. ¿O qué guardas en tus baúles?

—Perdí la inspiración, ya te lo he dicho. —Edwina se quitaba las preguntas de encima—. Eso pertenece a otra época.

—¿Y por qué no cuelgas tus cuadros antiguos?

—Me avergüenzo de ellos.

—Por lo menos enséñamelos. Están en los baúles, ¿verdad?

Edwina callaba sobre aquel equipaje tan sinuoso, como en su día lo fuera el Baúl de los Secretos de Aurora. Ella aún lo conservaba a modo de talismán, e incluso guardaba en él algunas joyas de su madre que usaba en ocasiones señaladas. Ya no había remordimientos ni misterios en torno a él.

Tampoco a Pablo dio excesivos detalles. ¿Para qué hablar de eso en lugar de cómo su proyecto de convertirla en actriz le quitaba el sueño? Que su insomnio tenía su nombre.

Llegó la Navidad de 1941 sin que nadie se diera cuenta.

—¡Conferencia de España! —gritó Tula el día 25 de diciembre anunciando la llamada de Atilano.

Por el auricular pasó la familia al completo. Hugo y Tirso contentos de hablar con su abuelo; el pequeño Juanito, un tanto aturdido porque no entendía por qué debía decir « te quiero» a una voz; y Hugo entristecido por saber que su padre estaba completamente solo.

—Venid, hijo —rogaba a la desesperada—. Esto está tranquilo; empobrecido el país, pero seguro y en orden. Además, tengo amigos en el Régimen.

—Hay días en que me levanto con esa convicción y otros… Me pregunto qué autoridad tengo para arrancar a mis hijos de donde son felices.

—España es su tierra y dinero no les va a faltar. Con la herencia de tu madre podríais comprar otra casa. Mejor que la que teníais.

—¿Y los negocios? ¿Qué hago con La Continental, que cada vez tiene más encargos?

—Un buen administrador y te quitas problemas.

De pronto la línea se silenció unos segundos.

—¿Padre? ¿Sigue ahí, padre? —preguntó golpeando el aparato—. ¿Operadora?

—No me queda tiempo —habló Atilano tan bajito que parecía la ultratumba —. No quiero morirme como tu madre. Menos aún solo.

La frase dejó tan deshecho a Hugo que le pasó el teléfono a su hermana sin mediar palabra.

—¡Feliz Navidad, Atilano! —dijo ella acopiando la poca alegría que encontró. Intercambió alguna frase más de cortesía y colgó.

Era infructuoso cualquier esfuerzo por llamar al anciano de otro modo. Aunque ahora sabía quién era su padre, en su corazón no había espacio para el afecto que él anhelaba.

Además, aquellos eran unos días turbios no solo porque se sintieran más las ausencias, sino porque una parte de Hugo andaba lejos. Junto a otra familia que había crecido sin su presencia.

Aurora no preguntaba. Pero no ignoraba que él se ocupaba de esa hija de la que casi nunca hablaban. Puede que fuese un simple sostén económico o un lazo emocional, que liaba cada vez que sus responsabilidades le abocaban a viajar a Puebla; algo que sucedía periódicamente en su agenda.

No obstante, desde el instante en que había ganado el pulso y se habían ido a Veracruz, Aurora tomó la resolución de no interferir. Bastantes tensiones había vivido con Isela mientras residieron en Puebla.

—¿Qué te ha dicho? —indagó Hugo cuando Aurora colgó.

—¿Qué quieres que diga? Está desolado.

—Acaba de quedarse viudo.

—Viudo lo estaba hace mucho tiempo —resolvió ella.

—Todos los días me pregunto qué hacemos aquí. —Asió su brazo y la condujo hacia el despacho—. ¿Me enciendes un habano?

Aurora mordisqueó la punta del cigarro y, presumida, saboreó el humo al expulsarlo. Después sirvió dos vasitos de tequila añejo y se sentó a los pies de Hugo. Él hundía los dedos en su melena.

—¡Deja, me vas a despeinar! —protestó.

—¿Te importa? Si no vas a salir, ¿o acaso vas a dejarme hoy también?

—¡Vaya! Hasta ahora eso no te había importunado.

—¿Que hicieras tu vida? —Hugo apuró el licor de un trago—. Mmm, que me ocultaras cosas, sí. ¿Tu amiga tiene familia?

—No. Quizá en Alemania. Nunca habla de ello.

—¿Hoy está sola? —sondeó él.

—Ella siempre está rodeada de gente, pero… Si la cuestión es si deberíamos haberla invitado al almuerzo… ¡Le habría encantado!

A Hugo le gustaba acariciar ese cabello rebelde, distinto a como recordaba el de su mujer. Alzó el rostro femenino, irguiendo su barbilla.

—¿Te recuerda a Berta? —preguntó.

—¿Edwina? No, son…, era, ella era muy distinta.

—¿Y a tu madre?

Pretendía sonar como una frase más, pero no lo fue. En su día, abordaron el vínculo fraternal con las pocas estrategias que tenían a mano y, sobre todo, evitando los reproches. Ni uno ni otra, tras aquella primera catarsis, se echaron en cara nada relativo a su padre, ni a la actitud ambigua de Zita. Ni a la adúltera de Antonia. De ahí que entre los dos quedaran aspectos por esclarecer.

Pero sobre todo uno. Una sombra inquietante que atormentaba a Hugo, por más que nunca la insinuara: sus dudas en torno a la autoría del disparo que acabó con la vida de Vicente, el guardés. No había vuelto a sacar el tema con Aurora porque, quizá, ella ignoraba la respuesta. Casi estaba seguro.

Por otra parte, Atilano no se merecía un interrogatorio así a su edad. Quién sabe, rumiaba Hugo, a lo mejor su padre se llevaría a la tumba el secreto y los dos hermanos nunca sabrían quién lo hizo. Tal vez descubrirlo les hubiera condenado a odiar a quien no debían.

Él no escarbaba y ella acataba el silencio.

—A veces no la recuerdo bien. Es como si no hubiera existido —confesó Aurora—. Otras, en cambio, me miro al espejo y la veo a ella…

—¡Tú eres más guapa! —interrumpió Hugo sirviéndose otro tequila—. Tú eres la mujer… más hermosa que he conocido.

Recostó su cabeza en las rodillas de su hermano y las besó. La tela del traje olía a humo.

—¿Crees que mi forma de ser es la suya? Me obsesiona que pudiera hacer las mismas cosas o dejarme arrollar por las mismas pasiones.

—No debería preocuparte. Incluso aunque los seres humanos fuéramos clónicos, las circunstancias que vivimos hacen que nos comportemos de un modo diferente. Si ella hubiera sido feliz con Vicente, quizá nunca habría sucedido nada entre…

—¡Y yo no existiría! —dijo golpeándole cariñosamente con los puños.

—Languidecería de pena entonces —apuntó Hugo en un suspiro.

—¡Mientes! Mientes en todo, hermanito. Esas cosas pasan incluso si se está muy enamorado. Me lo explicaste un día, ¿te acuerdas?

—Algunos hombres somos muy imperfectos. Sí, demasiado.

—¿Algunos o todos? Creo que la tentación es más fuerte para vosotros —

apostilló Aurora pensando en él.

—A lo mejor el motivo es que el pecado no tiene idéntica penitencia.

—Edwina dice que el baño de asiento os borra la memoria —apuntó ella, mientras acariciaba su barba—. Sois infieles con putas o vírgenes, al poco os laváis y ya no sabéis ni su nombre.

—¿Esas son las cosas de las que habláis la alemana y tú?

—Y muchas más que te sonrojarían. ¡Ja, ja, ja! Tienes que afeitarte, antes estabas mejor.

—¿Cuándo es antes? —interrogó él clavándole la mirada.

Aurora bajó la cabeza y se abrazó a sus piernas.

—Antes de tanta tristeza, Hugo.

Permanecieron en silencio, el uno junto al otro, reflexionando sobre los mismos temas. Hugo había mencionado una « penitencia» , adscrita a la mácula de la infidelidad, y tras este eufemismo encubría a su hija.

Desliz, lacra, fallo, error, flaqueza. Eso era una niña rebelde con quien Aurora compartía nombre y sangre.

—¿Por qué no volvemos? Quiero llevar las cenizas de Berta. —Era la primera vez que manifestaba este deseo, y con tal vehemencia que Aurora no supo qué objetar—. Por favor, no me obligues a elegir entre México y España. No puedo perderte.

33

Veracruz se había convertido en una enorme piñata rebosante de dulces.

Desde mediados de diciembre, las calles se llenaban de «posadas» o paradas vecinales, donde las jarochas rezaban el rosario, pidiendo a los santitos el mejor de los años. Mientras, sus hombres bebían ponches y entonaban villancicos, encendiendo luces de bengala, y los niños zurraban a los siete picos de las piñatas. Los siete pecados capitales, como los picos de las piñatas, hubiera transgredido Pablo con tal de tener a Aurora donde él deseaba. Entre sus brazos. Sometiendo sus labios a su boca.

—El pañuelo tiene que estar más apretado —jugaba ella—. Ven aquí, anda.

—¿Y ahora qué hago?

—¡Golpea con fuerza! El palo simboliza tu fe ciega en Dios.

—Creer en eso es de papanatas, quítame la venda de los ojos.

—Nooo —le negó, mientras le hacía girar sobre sí mismo—. Debes destruir el mal. México está lleno de simbolismo, respira y absórbelo.

—Estas cosas tan ridículas no se hacen en España —protestaba él.

—¡Porque no saben vivir! Debemos aprender de aquellos a los que una vez enseñamos. Es lo que toca, Pablo.

Casi a diario la pareja se fundió en la algarabía navideña que arrebataba las calles: comió, cantó, bailó —bien ella, torpemente él— y exhortó al deseo. De hecho, la primera noche en que enredaron sus pies a ritmo de danzón, Pablo recorrió varias veces la espalda femenina de nuca a nalgas. «Estate quieto», rogaba ella con nula convicción. La segunda, apoyaron sus rostros en esa deliciosa sima que era el cuello del otro. Y la tercera, se besaron.

Sobre sus cabezas pendían decenas de culebrillas de hilos de heno, faroles y un cielo bendecido por los fuegos artificiales. Entre ellos la nada.

Ni un suspiro hubiera cabido entre dos cuerpos que llevaban media vida buscándose.

Puede que los primeros besos de amantes nazcan a escondidas, náufragos a la deriva en confusos callejones al amparo de chismosos; sin embargo, ellos los hicieron públicos mientras tecleaban las marimbas al fondo. El saldo fue un encaje maestro que los niños aplaudieron y envidiaron las señoras.

—No he dejado de pensar en ti estos años —le confesó sin soltar su cintura—.

Qué caprichoso es el destino.

—Embustero —contestó ella—. Y atiende al paso, así no aprenderás nunca.

—¡Ven conmigo, preciosa!

—Ya estoy contigo.

—Al Distrito Federal. Vamos, Vera —pronunció según mordisqueaba el lóbulo de su oreja—, cumplamos el sueño juntos.

—Es tu sueño, no el mío.

—Pero cuando dos se quieren lo comparten todo.

—¿Cómo? —Aurora apretó sus antebrazos contra su pecho—. ¿Esto es amor, engreído embrión de director cinematográfico?

—El más grande.

Aquello sonó como una declaración en regla. « Naranjas y limas, limas y limones, más linda es la Virgen que todas las flores» , un grupo de niños los rodeó, ofreciéndoles una rama.

—Decid a este señor tan serio quiénes sois, y después, el aguinaldo.

—Manuelito, Dieguito, Camilo —se presentaron ellos como en el colegio.

—Es una tradición colonial —aclaró Aurora, mientras les entregaba unas monedas—. Esto que ves es una rama de flor de maguey y naranjas secas; ten cuidado, que dentro hay velas. ¡Huy, ahora vuelvo! —exclamó, porque un mulato verbenero la invitaba a bailar.

Pablo la estuvo mirando mientras bailaba, pero ocupaba su cabeza en idear cómo convencerla para que se fuera con él a Ciudad de México. « Cuando acabe Navidad, a la capital. Sin dilación, las oportunidades las pintan calvas» , así de resolutivo se había manifestado Miguel Morayta, después de enviar una carta a unos compatriotas. Gente del espectáculo que había llegado con ellos en el Quanza.

—Les he pedido que nos allanen el camino, Pablo —trasladó la decisión muy esperanzado—. Tomamos los 300 pesos que nos da el gobierno mexicano y, aunque no sirvan para mucho, por lo menos sobrevivimos hasta que salga algo. ¿Contento?

—¿Donde comen dos, comen tres? —se interesó Pablo.

—¡Buf! Hasta que no me establezca, mi familia no vendrá y para entonces tú volarás solo. O… ¿Estás urdiendo algo? ¡Ni se te ocurra, insensato!

—¡Ahh! ¡Está rechula! —loaba la india—. Las demás van a trinar de rabia.

—No se trata de eso, sino de tener un fin de año bonito.

—¿Cómo cree? Usted no puede hacer cuenta como que no es hermosa. A ver, ya se me puede voltear.

Aurora se miró en el espejo y un escalofrío le hizo frotarse los brazos.

—Igualita que las artistas —dejó caer Tula emocionada.

—¿Y ahora por qué lloras, tonta?

—No sé qué tanto vaya a vivir y… me gustaría verla casada, niña.

—¡Pues no te quedan años! —exclamó ella.

—Pocos me restan. Enero y febrero, el desviejadero.

Aurora estrenaba un vestido largo de raso y chiflón azul, de vaporosa falda drapeada en la cintura; sus hombros y la espalda se entreveían a través de la tela. En el escote había prendido un broche cuajado de aguamarinas, que hubo pertenecido a Berta, y Tula le había recogido la melena. Parecía una estrella de cine.

Hugo la esperaba ya. Se despidieron de los niños y subieron al coche.

—Dime que eres un poquito feliz —dijo tomando a su hermano del brazo, según apoyaba la cabeza en su hombro.

—Llevando al lado a la mujer más bella de México, ¿quién no?

Enfilaron el puerto y de ahí la carretera que, paralela a la playa, desembocaba en el municipio porteño Boca del Río y, a cuyo margen, los balnearios sembraban la arena de sueños tropicales. La lengua de costa de doce kilómetros hasta el pueblo de pescadores formaba la región de sotavento. Desde final del XIX había cotizado al alza entre los veraneantes, que acudían en busca de cangrejos, camarones y exotismo.

Una línea de tranvías pintados de rabiosos colores unía los dos puntos en un ir y venir rugidor. Esa noche circulaban llenos de viajeros vestidos con trajes oscuros y suaves sedas. Después de 1920, año en que la fiebre amarilla asoló la ciudad, Veracruz quedó libre de plagas y empezaron a proliferar los clubes a la orilla del mar. Aquella noche, Aurora y Hugo iban al Siboney, en Playa Sur, el más chic de todo Veracruz.

En realidad, no era un club frecuentado por españoles, pero justo por eso les gustaba. Aquella noche preferían evitar a sus nostálgicos compatriotas, convocados en La Lonja Mercantil y el Casino Español.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —sondeó Pablo intrigado.

—No, muchacho. Será mi regalo —comentó Morayta.

En otro punto de la ciudad, una pareja atajaba las calles del centro hasta dar con un callejón bastante escondido.

—¿Qué sitio es este? —preguntó el joven.

—El mejor.

—El mejor, ¿qué?

—¡Tú entra y calla!

Y de un empellón coló a Pablo Aliaga en La Orgía Dorada.

Quien pensara que la última noche del año el burdel no estaría lleno hasta la bandera estaba muy equivocado. Edwina había decorado el salón exigiendo al público etiqueta para disfrutar no solo de la carne de sus pupilas, que en lugar de desnudarse se vistieron cual señoras, sino de un baile animado por dos grupos

soneros: Los Pregoneros del Recuerdo y el Quinteto Mocambo.

Morayta pisaba por primera vez un local así. Pero le compensaba creer que podría arrancar a Aurora del nudo de las obsesiones de Pablo. En cambio, él estaba celoso, imaginándola en un club tan selecto como el Siboney.

—Dos coñacs —pidió Miguel—. ¡Alegra esa cara, hombre, mira qué chica!

—Con mucho gusto y fina voluntad —respondió la camarera.

—Anda, ¿por qué no sacas a bailar a alguna mientras me doy un garbeo?

—Estas músicas no las entiendo —se quejó él.

—Pues que te lleven ellas. El baile es como el amor: no importa quién mande mientras se haga. ¡Ahora vuelvo!

Miguel se limpió los goterones de sudor, mientras buscaba al responsable del garito. Una joven excesivamente maquillada le condujo a un cuarto algo apartado, de cuyo interior escapaban los reflejos de un flexo. « La doña le aguarda» , dijo.

—¿Gusta sentarse? —preguntó Edwina nada más abrir—. ¿Qué se le ofrece?

—A ver por dónde empiezo, porque estas cosas no sé cómo se hacen.

—Querrá joder, como todos.

El hombre se sonrojó todavía más. Entre balbuceo y balbuceo urdió la historia de Pablo y su pasión hacia una joven que lastraba sus decisiones, y su determinación de quitársela de la cabeza. Miguel creyó advertir una sonrisa de complacencia en la *madame*.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntó Edwina.

—Pablo Aliaga. Por favor, elíjame usted entre sus chicas una que le sorba el seso… y lo otro. Seguro que así la olvida —arguyó, muerto de pudor—. En España decimos que una mancha de mora con otra verde se quita.

—¿Una puta para desdeñar a una virgen? Mal trueque.

—¡Sin que se note que lo es, claro! Tiene que enamorarle. Yo le pago lo que me diga. Y si no me llega, lo adeudo y se lo…

—No fío coños —atajó Edwina.

La alemana abandonó su butaca. Cómo le gustaba el juego. Minutos antes los había espiado al entrar en el burdel, igual de perdidos que dos seminaristas. Había advertido el modo en que el tiempo y el dolor habían ajado el rostro de Pablo. Suerte que era una buena fisonomista, de lo contrario a lo mejor no le hubiese reconocido. Por supuesto, seguía teniendo ese atractivo canalla que había desequilibrado a Aurora y a alguna otra, imaginaba.

Edwina miró el reloj y vio que quedaban cincuenta minutos para despedir el año, por lo que no había mucho margen para el cortejo.

—Quiero platicar con él —le dijo a Morayta.

—¡Entonces advertirá el engaño!

Edwina corría el riesgo de que la identificara, pero su afán era proteger a Aurora y eso implicaba no dejar un solo cabo suelto.

—Si no me lo trae, yo me quedo en las mismas y usted con la preocupación. Aproveche, invita la casa.

Este fue argumento suficiente para que Morayta saliera en busca de Pablo. « ¿Han visto a un joven español, alto y bien parecido? Lleva un traje rayado» . Preguntó hasta la extenuación a hombres con esmoquin y putas engalanadas, sin encontrar pista alguna sobre su compañero, al que parecía habérselo tragado la tierra. Pablo Aliaga había desaparecido.

Lejos de allí, él se apretaba el cinto, no fuera a perder el pantalón, y lo hacía moviéndose a duras penas porque se sentía como sardina en lata.

—¡Órale, compadre! —le anunció el conductor—. Esta es la suya, lo que busca anda tras esa barda.

En un minuto había bajado del tranvía, cruzado la carretera, saltado la valla y pegado su cara a un ventanal del Siboney.

34

Mientras un grupo de personas felices celebraba la llegada de 1942 en La Orgía Dorada de la calle Clavijero, unos chinos dinamitaban otro de los lenocinios de Edwina, con un odio tan arraigado que parecía una venganza muy antigua. Accedieron al local emboscados en la confusión que genera en las personas recibir un año nuevo, según uno abraza y felicita a todo el que anda cerca. Una vez dentro, los matones desenvainaron unas tremendas barras de hierro y numerosos palos de madera, con los que fueron destruyendo lo que encontraron a su paso. Muebles, jarrones, figuras, espejos, gramófonos, licoreras y copas de cristal estallaron en mil pedazos.

Tras destrozar el salón donde se solazaban los clientes y dejar a la mayoría mal parados, los sicarios franquearon las puertas de los reservados, sacando a los hombres y arrastrando del pelo a las furcias, que terminaron violadas en su mayoría. Resultaba infame verlos pasándoselas entre sí, ensartadas de miembro en miembro mientras alardeaban de sus erecciones. Aunque lo peor llegó cuando una meretriz fue empalada por la vagina usando un candelero, en un despliegue de violencia espeluznante.

Ninguno de los que se dieron cita esa noche en el prostíbulo serían capaces de olvidarla ni en cien años. Ni en cien vidas dichosas.

La masacre se saldaría con una docena de hombres lisiados, otro tanto de putas maltratadas, una asesinada a golpes y otra raptada del burdel, a cuyas paredes aferró sus uñas hasta sangrar. El rapto apuntaba ser más grave que un magnicidio. Cruento balance tras la pesadilla oriental.

Pablo tardó en identificar a Aurora entre todas las chicas que bailaban en la pista del Siboney, quizá porque quien giraba en los brazos de Hugo parecía una diosa. Lejana, altiva, casi inalcanzable.

De pronto se arrepintió de su arrebato. Había abandonado al único amigo, de cuya lealtad jamás desconfiaría, sin mencionarle el destino de su huida. Lo hizo porque necesitaba conocer qué clase de relación mantenía ella con el padre de los niños, y ahora esa estampa hablaba por sí sola. ¿Qué necio juego urdían las mujeres haciendo malabares con la voluntad masculina?

—¿Me obsequiarían uno? —preguntó a una pareja que fumaba en la terraza.

El hombre encendió el cigarrillo entre las manos de Pablo. El arrullo de las olas se mezclaba con la música de la orquesta del Siboney, completando un original pentagrama.

—¿Qué tal si se queda la cajetilla? Hoy es año viejo y capaz que usted tiene por delante una vida nueva. ¡Festéjela!

Tras agradecer su generosidad, se recostó sobre una tumbona. A su espalda los invitados salían del salón a tomar el aire fresco de la terraza. Voces con acentos diversos. Risas femeninas. Tintineo de copas al brindar. El olor a vainilla de una piel que adoraba.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces tú aquí? —exclamó Aurora al descubrirle.

Se había aproximado a la pradera de césped que el club sembraba en torno al edificio principal y se había quedado absorta mirando la orilla, hasta que una presencia a su lado la sobresaltó.

—Desearte feliz año —contestó Pablo.

—¡Ah…, igualmente! —Estaba desconcertada, tanto que no era capaz de reconocer si se alegraba o no del encuentro—. ¿Te has colado aquí?

—Ese no es mi mundo —dijo señalando al salón—. Ni tengo interés en estar dentro. Tú, en cambio, sí.

—¿Es un reproche?

—Una obviedad, preciosa. Está claro que lo tuyo son los hombres como él.

—¿Él?

—Hugo se llama, ¿no? El padre de sus pupilos, señorita niñera.

Sintió el impulso irrefrenable de abofetearle.

—Schh, ¿qué ibas a hacer? —preguntó Pablo sujetándole el brazo—. Se desata tu ira solo porque duele la verdad, ¿eh?

—¡Es mi hermano, idiota! —confesó crispada—. ¿Acaso has venido a espiarme? Eres un… un estúpido y si pusieras el mismo empeño en enderezar tu vida te iría muchísimo mejor, Pablo Aliaga.

—¿Tu hermano? —se sorprendió incrédulo—. ¿De qué estás hablando?

Al primer momento de confusión siguieron unos apresurados perdones y la necesidad de abrazarla. De convertir sus brazos en una prisión de donde ella no pudiera escapar.

—Hay cosas que no sabes —advirtió Aurora llorando—. Ignoras tanto de mí.

—Pues acláramelo —susurró él—. Tenemos una noche entera para ello.

A veces una frase, una simple frase, es una llave. O la bisagra que abre una puerta. La contraseña de una caja fuerte gracias a la que se escucha un clip y las reservas, los seguros y los mil cerrojos se repliegan sin esfuerzo. Fue así. «Una noche entera» era tanto como decir «todo el tiempo del mundo», o «no hay nada más importante que tú». Entonces Pablo, con estas palabras, desveló su absoluta disposición a escuchar y a entender.

Hundiendo sus pies en la arena, y arropada por unas mantas que encontraron antes de iniciar el paseo, Aurora habría de desgranar una vida que según la verbalizaba le resultaba más cercana a la ficción. Le habló de Antonia, su madre, cuya sola imagen rechazaba siendo una niña y con quien ya se había reconciliado. Le contó cómo su matrimonio con el cándido de Vicente fue para ella una tabla de salvación, hasta que un tornado la arrasó. Atilano era el nombre de esa pasión que alumbró en ella otra mujer distinta.

Le habló también de Casa Gialla y sus fantasmas. De la habitación secreta en el torreón que solo llegaron a conocer mujeres singulares. De la pasión infantil hacia un chaval, que con el tiempo supo que era su hermano, y del cariño generoso de Berta. Del enorme dolor, de ese pozo sin fondo que había significado su muerte. De sus sobrinos. Del Baúl de los Secretos y su loco peregrinaje por el mundo.

E incluso exteriorizó las revelaciones de Berta que jamás había contado a nadie. Nunca. Ni siquiera a Edwina, a quien estimaba su hermana mayor. Pero entendía que era tan estrecho el nudo que se había urdido entre los dos que en él sí podía confiar. No en vano el azar les había unido a través del espacio y el tiempo.

—Por mucho que él se empeñe —confesó Aurora sentándose en la arena—, yo no puedo verle como un padre. Todavía guardo mucho rencor hacia Atilano y no solo porque no haya sido sincero, sino… —calló un momento y observó a Pablo—. En este mundo solo él y yo sabemos quién mató a Vicente. Pero ahora necesito compartirlo contigo.

De ese modo depositó en Pablo un secreto que se había jurado no revelar a nadie. Sin embargo, a él sí. Y ese era el más fuerte de los compromisos que ella podía refrendar con el joven.

Cómo no iba él a corresponder a sus confidencias. En cuanto Aurora calló, Pablo empezó a desmenuzar su biografía. Habló de su madre, de la que apenas sabía más que por unas cartas recibidas como agua de mayo, a pesar de que ella era incapaz, por sí sola, de unir las letras. También aludió a su paso por el frente; al infame recuerdo del chasquido de los fusiles, que aún le despertaba por las noches. Al olor a muerte alrededor. A la desazón en Argelès-sur-Mer o en Casablanca, subsistiendo entre ratas en el campo de concentración, y después acosado por las chinches en inmundas pensiones.

Se desnudaron tanto que no necesitaron quitarse la ropa para quedarse en la esencia de lo que eran. A partir de ahí todo sucedió de un modo tan natural, como si llevasen años ensayándolo, que en el primer beso se acoplaron uno al otro y ya no pararon.

Pablo desabotonó el traje de Aurora. Corchete a corchete deshojó las capas de tela hasta depositarlas sobre la arena formando una escultura. Igual que pieles trabadas una sobre otra, cayeron las medias, la enagua, el sostén y el culote.

Dibujó su piel con los dedos, y sintió cómo se excitaba cada uno de sus poros. Estuvo besando a Aurora un buen rato, con dulzura, antes de que sus labios incendiaran ambos senos, el vientre y la línea del pubis. Entonces su lengua empezó a rastrear el punto donde se pierde la razón y se alcanza la gloria.

Ella aceptaba el regalo, dejándose amar.

—¡Bésame! —ordenó en un suspiro—. Pero en la boca.

Y el baile acompasado cambió de ritmo y se volvió brutal. Él mordió sus labios. Desesperado. Entendiendo que, tras veinticinco años de rastrear un hogar, lo había encontrado en aquel cuerpo.

—¿Tienes miedo? —preguntó a Aurora al oído.

—¿Y tú? —respondió ella.

—¿A qué? —replicó aturdido.

—A que yo no sea como habías pensado. Como las demás.

Aurora notaba el pálpito de su sangre en el falo. Le encantó esa sensación, la de medir sus latidos sobre un vientre que arqueaba sin control. Anhelaba acoger su miembro dentro de ella. Por puro instinto.

—¿Cómo crees que es? —susurró Pablo.

—Edwina dice que igual que orinar cuando una tiene muchas ganas.

—Vaya con tu amiga. ¿Qué más cuenta?

—Que esto… —dijo pasando la lengua por sus labios y colando su mano entre los dos cuerpos— os hace perder la cabeza.

Se lo había oído repetir a la alemana —«la piel del perineo es muy sensible» — y, como si fuera una de sus lecciones, rozó la base del pene hasta reparar en que la respiración masculina se agitaba cada vez más. Le tembló el pulso al apreciar un tacto rugoso distinto al de su epidermis. Por un momento temió que él interpretara mal su osadía.

—Lo siento, me he dejado llevar —dijo al retirar su mano—. Me avergüenzo.

—Schh. Las mujeres tenéis derecho a sentir. Me gusta que seas así.

Sobraban las explicaciones. No querían que nada les distrajera del único sitio donde querían estar. El uno dentro del otro.

35

Aunque *El Dictamen* no estuviera en la calle el 1 de enero, los correveidiles vocearon la noticia del ataque al burdel mejor que el periódico.

Mediada la mañana, toda Veracruz se estremecía tras conocer una violencia impropia en ella. Menos Aurora. Ella tenía otras cosas de que ocuparse.

La noche anterior había pisado el cielo. Así que amar era eso: hacerse líquida en un punto incierto de su sexo y, a partir de ahí, licuarse entera.

Cuando la pareja quiso darse cuenta, la marea había subido y la inminencia del agua les alertó del tiempo que había transcurrido. Demasiado.

—¡Dios mío, Hugo debe de estar buscándome! —exclamó histérica, después de haberse dormido sobre el pecho de Pablo—. ¿Qué hora será?

Aurora llegaría al Siboney pasadas las tres de la madrugada; con el pelo enmarañado y, en sus ojos, signos inequívocos de haber sentido la pasión.

—¿De dónde vienes? —preguntó su hermano desencajado—. Te he buscado por todas partes. Pero… ¿te has mirado a un espejo?

—Fui a pasear por la playa y hacía viento.

—¿Con quién? —siguió él.

—Unos amigos, no los conoces. Venga, no pongas esa cara de susto. Es una noche de fiesta.

Hugo prefirió no insistir. Algunas verdades duelen más que la ignorancia y él conocía bien las debilidades de la carne. Qué miedo le daba perderla. Por eso, durante la vuelta a la casona azul, fue cimentando la idea de volver a España. Se lo debía a los muertos y a los vivos.

Los días siguientes, Aurora no tuvo otro afán que ver a Pablo cada vez que se escabullía de la inquisidora mirada de Tula. La india la observaba con más celo que nunca, y ella estaba convencida de que su hermano tenía algo que ver. « ¿Por qué sale tantito a la calle? No me cuenta, niña. ¿Acaso me perdió la confianza? ¿No será por ese chavo que anda de mirón?» . Por suerte, la ventura se alió con la pareja, que pudo coincidir, si no todo lo anhelado, sí lo suficiente como para comerse a besos por las esquinas.

—¿Cuándo vendrás a la capital? —le preguntó Pablo en su última cita.

—Aún no lo he decidido. No presiones.

Era miércoles, el día antes de que Pablo se marchase, y ella salía de la botica Cosmopolita, a donde acudió con la excusa de unos recados. A su espalda, una fachada decorada con varios reclamos médicos. Al frente, un futuro incierto.

—Quiero que me acompañes a un sitio —anunció Pablo tomando su mano.

Sin rechistar trotaron por el viejo Veracruz hasta desembocar en el callejón del Cristo. El número nueve resultó una deslucida casa de dos plantas y balcones cerrados. Las llaves que sacó Pablo del bolsillo franquearon varias puertas, hasta converger en una umbría habitación de la planta baja.

—La he alquilado dos horas —declaró él nervioso.

De repente Aurora se sintió sucia, igual que aquel cuarto.

—Debías haberme consultado —protestó incómoda.

—Lo siento, no quería herirte, solo que… es un infierno separarme de ti.

Aurora eligió una silla y se sentó con las piernas muy juntas. Sus manos formaban un nudo sobre sus rodillas. Parecía una señorita fuera de lugar. Vestía un traje de lino beis primorosamente planchado y Pablo, en cambio, llevaba una camisa remendada en las axilas, lo que denotaba su escasez de recursos.

—No sé si eres consciente del paso que he dado —arrancó ella a hablar.

—Perfectamente, amor mío.

Pablo se arrodilló, abrazándole las piernas.

—Entonces, ¿por qué me tratas como a una cualquiera?

—No tenemos por qué hacer nada si no quieres —interrumpió—. Simplemente hablemos, estemos juntos.

—¡Ay, Pablo! Hay cierta actitud en los hombres… —dijo Aurora acariciándole la cabeza—. No sé explicarlo, quizá no os deis cuenta o bien suceda por egoísmo, por no pararos a pensar en la otra persona.

—¡Pero si yo no dejo de pensar en ti! —se quejó él.

—¡Bah! No lo comprenderías —sonrió ella con tristeza—. Creo que hablamos dos lenguajes.

—Pues yo creo que tú das mil vueltas a algo sencillo: no sabemos cuánto tiempo estaremos sin vernos. ¿Es tan difícil concebir que necesito tu piel?

Aurora tomó sus manos y las dirigió a su escote tras abrir varios botones.

—Ya la tienes, ¿y bien? A lo mejor yo prefería pasear por el puerto.

—¡Así no la quiero! —rechazó él.

Entonces la joven recordó una vivencia del pasado que ahora resultaba clarividente. Pensó en lo que había escrito Pablo en la bola de plata, en lo que de verdad era su gran deseo que él, durante aquel segundo encuentro en Valdelomar, había tratado de regatear. Él le había confesado que nada sería más importante que tener a alguien como ella entre sus brazos, pero cuando, movida por la curiosidad, durante los grises días en Portugal, se animó a deshacer sus capas, se topó con las reales ambiciones de Pablo: « Triunfar como director de cine» .

Aurora se miraba las manos enredadas y prefirió no hablar de ello. Era su último día juntos, no podía estropearlo por una niñería, y le besó sin más.

—Pablo, ¿y si no encuentras trabajo? ¿Y si aquella película disparatada fuese la única en tu vida? —De este modo se escapó uno de los temores de Aurora.

Estaban sobre la cama. Las piernas y las manos cosidas.

—¡Qué bobada! —aplacó él—. Miguel Morayta es un genio y me apoyará. ¡Ya verás, preciosa! Además, algún día *Carne de fieras* será una realidad gracias a mí.

—No te entiendo.

—Aún me duele hablar de ella —confesó Pablo llevándose los dedos de la joven a la boca para besarlos uno a uno—. Nunca te lo he dicho, pero era una película maldita. Desde el principio. ¿A quién se le ocurriría rodar dos días antes de empezar una guerra?

—¿Quién iba a saber eso, Pablo?

—Supongo que nadie, pero hay que ser muy temerario para mezclar en la misma película a un director afiliado a la CNT, a una francesa que practica el desnudismo y a una colaboradora de los golpistas. Porque eso resultó ser Tina de Jarque. ¿Te acuerdas? ¿La canzonetista de la barca?

—¿Nunca se estrenó por motivos políticos?

Pablo se enderezó sobre la cama, apoyándose en los codos. Miró a Aurora con tal gravedad que esta se preocupó.

—No, es mucho peor que eso —dijo—. Cuando nos dispusimos a montarla, y yo estuve todo el tiempo junto al ayudante de dirección, faltaban tres rollos del metraje. No estaban en el despacho del director, donde se custodiaba el material. ¿Entiendes qué significa eso?

—Sí, que el equipo era negligente y con la confusión de la guerra se…

—¡No! —interrumpió nervioso—. Yo era la persona responsable. Inventarié cada cinta, anoté cada toma. Las válidas y las que no. Personalmente, dejé las cintas acumuladas una encima de otra dentro del Cine Doré. Alguien las sustrajo de allí.

—¿Para qué? —preguntó extrañada—. ¿Valían algo?

—Para que esa película nunca viera la luz. Para que nos olvidáramos de algo que aparecía en ella. Estaba claro, el hurto no era casual.

—Pero ¿no se podía entender la historia con el resto de las cintas?

—Los rollos recogían momentos cruciales, cuya desaparición complicaba el montaje hasta hacerlo inviable. Está claro, quien se las llevó sabía lo que hacía. Y por qué. El productor guardó un copión incompleto, obcecado en que se trataba de una *vendetta* política culpabilizando a Guerra, al director. Pero algo me dice que no es eso lo que hay detrás. Algún día lo demostraré.

—¿Él robó las cintas de su propia película? ¿Qué interés tendría en que no se

viera nunca?

—Según el productor, extorsionarle para lograr el abono que le adeudaba. Pero te aseguro que el director no tenía más hueco en su mente que para la revolución.

—Igual que tú —recriminó ella.

De repente se hizo un crudo silencio entre los dos. La frase fue una mota de polvo suspendida en un haz de luz.

—Se hace tarde —murmuró la joven, y se levantó de golpe.

—Espera, Aurora. —Pablo tiró de ella, tumbándola de nuevo en la cama—. Lo que hago es también por ti, no tengas duda. Algún día dirigiré una película. Grandiosa. De las que encogen el corazón desde el principio. Y tú serás mi estrella. Dalo por hecho. Algún día también cerraré el círculo de *Carne de fieras*; encontraré esos rollos y montaré el film tal y como lo concibió su guionista. Se lo debo a mis compañeros. A todos aquellos que soñaron un buen día que España podía ser Hollywood y se lo creyeron.

—Que así sea, Pablo Aliaga —susurró Aurora guardándose las lágrimas. De nuevo volvió a pensar en esa ridícula bola plateada, que años atrás él depositó entre sus manos—. Debemos irnos ya.

Pablo y Aurora procuraron decirse adiós sin dramas. Prometiéndose cartas diarias y alguna llamada, si los pesos lo permitían. Sin acordar la fecha de su siguiente encuentro, pero seguros de que no solo se produciría, sino que cambiaría sus destinos.

Al día siguiente, cuando Aurora imaginó lejos a Pablo y comprendió que había mantenido a Edwina fuera de su vida hasta ese momento, decidió que había llegado la hora de confesarse. Y se encaminó a Clavijeros.

—La doña no se halla —le aclaró una criada—. Salió de viaje.

—¿A dónde? —interrogó pasmada.

—No sé si platicarle. Le tengo harto miedo a la patrona.

—¡No seas necia! Edwina es como mi hermana.

—Pos fue a la capital, niña.

—¿Cuándo?

—Nomás el día después de la *achicalada*.

—¿El día después? —se asombró, cayendo en que había pasado por alto la agresión china—. ¿Y qué hace allí?

—¡Ay, no sé! La doña no da pasos sin huarache y porteó un baúl con ella.

—¿Dices uno de sus baúles? ¿De los que guarda en el altillo? —Conocer esto fue lo peor. Ella nunca movía su equipaje. Salvo que se hubiera marchado para no volver.

De repente se sintió abatida y dejó La Orgía Dorada sin mediar palabra. No era su inesperada marcha. Ni siquiera la partida de Pablo hacia el D. F. El motivo

de su tristeza procedía de la intuición de que las cosas alrededor no iban por el camino de siempre. La cómoda rutina en la que estaba instalada se había hecho añicos.

Su pesadumbre procedía de una inquietante certeza: pronto, ella misma tendría que tomar decisiones sobre su vida. Y nada sería igual que antes.

36

Pasaron enero, febrero, marzo y alumbró abril. Durante este tiempo Edwina había ido y venido de la costa al interior, tejiendo su nuevo proyecto. No había sentido remordimientos al suscribir su decisión, quizá precipitada. En absoluto. Cuando debía elegir, sabía cómo hacerlo; a pesar de los sacrificios.

Aurora fue coleccionando las cartas que esbozaban los pasos de Pablo por la capital, mientras él trataba de encajar en ella. La ciudad era cosmopolita, mestiza y elitista. « Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos» , oyó decir a alguien al poco de llegar. En verdad Ciudad de México se encaraba al norte, más que al cielo: cocktail party, *lunch*, *ladies* bar, drive-in, sombreros de fieltro Stetson y Kensington popularizados por los astros de Hollywood, Pepsi-Cola, Kelvinator, Palmolive, Seven-up.

Pablo no había visto antes una ciudad de aquel tamaño, desaforándose en cada barrio y creando en el rebose otro nuevo, presa de un cambio tan incesante que los capitalinos debían renovar sus mapas con frecuencia, porque no la reconocían en el transcurso de unos meses.

Una estatua de Cristóbal Colón, gemela a la barcelonesa, fue lo primero que vieron Pablo y Miguel al salir de la estación del F. C. Mexicano, en la plazuela de Buenavista. « El recibimiento del descubridor» , dijeron a dúo, y animosos se encaminaron hacia la calle Morelos, donde tenían apalabrado un cuarto. A la mañana siguiente ya pateaban los santuarios cinematográficos del Distrito Federal.

Aurora volvió a ver a Edwina en uno de los viajes de la alemana a Veracruz. La joven le hizo saber cómo la había echado de menos y cuánto necesitaba contarle todo lo que había sucedido desde la última Nochevieja.

—No te eduqué para esto —clamó Edwina tras conocer el curso del flirteo—. Por lo menos no le veas más.

—Creí que tú me entenderías —lamentó Aurora.

—¡Híjole, capaz que ahorita andes de encargo!

—Le pusimos cuidado. ¿Crees que no tengo cabeza?

—¡Ninguna! Te avisé: « No hagas cosas buenas que parezcan malas» . Y por el contrario pecaste contra el catecismo enterito. ¿Qué dice tu hermano?

—¡No lo sabe!

—Mejor. Estaría todo el tiempo con el Jesús en la boca. ¿Ahora qué?

—Hugo quiere volver. Cuando Atilano telefonea se muestra débil. Y Pablo me pide que vaya con él a la capital. No sé, Edwina, estoy hecha un lío.

La alemana recogía papeles en su despacho de La Orgía Dorada, dándole la espalda. Se volvió hacia ella y le habló con mucha dureza.

—Regrésate a España, niña. Yo ya tengo mis planes.

Los planes de Edwina habían empezado a tomar forma el 1 de enero de 1942, cuando los vecinos la arrancaron de la cama contándole el ultraje a su burdel. Actuó rápido: denunció el ataque a la policía, se ocupó de sus meretrices y dispuso lo necesario para viajar a la capital lo antes posible.

Una vez allí, citó en una habitación del hotel Imperial —sito en la avenida de Reforma— a la única persona capaz de salvarle el pellejo de nuevo.

—¿Siempre recibes así, güera? —dijo el hombre al encontrarla en ropa interior—. Siquiera no salgas, podrían apresarte.

El recién llegado era muy alto y sus espaldas se perfilaban con un traje bien armado. Tenía el rostro comido de viruela, una fila de hormigas, a modo de bigote, roía su labio superior y sus piernas parecían pedestales. Se quitó el sombrero, atusándose el cabello con un peine que apareció y desapareció de sus manos como si fuera un ilusionista.

—¿Prendiste contigo las esposas? —respondió ella sirviendo champán.

—En Gobernación no las preciso y aquí tampoco. ¿No piensas besarme?

—Esperaba que lo hicieras tú, Noel Cigarroa.

¿Para qué aguardar una nueva insinuación, si llevaba rumiando las ganas de montarla desde la lectura de su nota, donde le conminaba a visitarla con celeridad? El otrora comisario jefe de Veracruz y ahora gerifalte del gobierno agotó de un trago la bebida para después arrancarle la ropa, como si fuese una tara de la que debía librarse. Lo cumplió con tal arrebato que los tirantes de la combinación acabaron desperdigados por el suelo.

Casi cuarenta años de hembra y aún le excitaba hasta rabiar. No importaba que sus muslos hubieran perdido firmeza y asomaran los primeros estragos de la edad en su rostro. Edwina aumentaba su provocación a medida que bebía champán; se acariciaba el vientre y entreabría las piernas complacida del efecto que causaba en la bragadura masculina.

—Voltéate —le pidió Noel, y girándose le mostró el trasero que él gustaba de cachetear cuando la sentía atornillada al pene, a horcajadas, mientras voleaba las tetas delante de sus narices.

Los orgasmos de Edwina eran estruendosos; aguantaba tantos asaltos como Charro Aguayo, uno de los luchadores favoritos del mexicano. Este solía «resoplar de mala madre» entre las cuerdas del *ring* del Coliseo, mientras

Bobby Bonales, « la maravilla moreliana» , le retorcía el pescuezo y, aunque el público lo diera por perdido, volvía a resurgir por enésima vez. Sexo y lucha juntos, perfecto. Además, Edwina también era hedonista. Porque Noel odiaba la gazmoñería de esas mujeres que ahogaban entre suspiros el placer, mientras se mordisqueaban los puños, después de haber tenido que embestirlas hasta la extenuación. « Hasta que la picha se arruga como cacahuete y ni ganas quedan de correrse» , hubiera sostenido él.

—Aún estás rica, choncha. ¡Qué buena nalgada! —exclamó.

—Se me hace que no te joden bien en la capital, Cigarroa.

—Poco y a destiempo. Sirve otra copa, anda. ¿Piensas quedarte mucho?

—Depende de ti —dijo pasándole el champán—. ¿Una manta?

—Los machos no tenemos frío. Si andas de paso, ¿por qué trajiste el baúl?

—Necesito tu ayuda y preguntando no me la das —concilió ella.

—Larga entonces —le pidió el hombre—. ¿Para qué soy bueno, güera?

—Noel, si no me voy de Veracruz, me van a correr.

Edwina le resumió sus avatares con las mafias chinas, sumando en el relato un mal trago tras otro. Y después le anunció el propósito de trasladar su imperio al Distrito Federal.

—Al mal paso, mejor darle prisa: preciso un local libre de cargas y permisos en regla. En el baúl tengo cómo costearlo de sobra. Pero lo más importante es tu protección.

—¿Pretendes que legalice tus vicios, así nomás?

—Quiero levantar un negocio próspero que deje plata, mucha plata. Pero a ti no te cobraré. Tendrás a mis furcias de grapa.

—¡Mujer del demonio, cuanto milagrito ocurre te lo quieres colgar! —exclamó riendo a mandíbula batiente—. ¿Podré joderte cuando quiera? Hecho, pues.

Y rubricaron el acuerdo practicando lo que mejor sabían hacer.

En abril, la amenaza de una inminente entrada de México en la guerra tomó la forma de un denso nubarrón, que ni desaguaba ni se movía un centímetro del país. Calma chicha a la espera de una tempestad.

« Que si México se siente muy cerca de Europa, que si es más anglófono que francófono, que si lo es el D. F. por sostener cierta comprensión hacia su vecino del norte» , comadreos que se hilvanaban a diario en las cafeterías, entre titulares de periódico y noticias radiofónicas. En todo caso, era habitual achacar los males del mundo a los alemanes.

Aurora se mantenía ajena a la política, absorta como estaba en las cartas que enviaba y recibía de Pablo en días alternos. Aquella mañana, con el mar y el cielo tan azules que parecían haberse disuelto uno en el otro, y antes de volver a casa, se detuvo en el mercado. Allí adquirió un manojo de cilantro y guanábanas,

anotando mentalmente los próximos menús: botanas de bacalao, picadillo de carne de res, ceviche de sierra con pico de gallo, ejotes, moronga, caldo de jaiba…

—Llévalo a la cocina —ordenó a Tula, quien la asaltó al llegar, descompuesta, mientras ella le tendía sus compras—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nos cayó la fregada, niña —cuchicheó arrastrándola del brazo—. Entró a la casa y ya ni modo. Anda esperándola.

Sin ganas de misterios, Aurora avanzó por el zaguán hacia el patio, donde la aguardaban una madre y su hija.

—Supuse que usted sabía como yo que las visitas se anuncian —le increpó—. ¿Qué quiere, Isela?

—Ahí nomás la tienen —dijo la mexicana señalando a la niña.

37

Aurora e Isela no se habían vuelto a ver desde que se marcharon de Puebla. Tras la muerte de Berta, y considerando el estado de desconsuelo en el que cayó Hugo, fue ella quien asumió las decisiones de la familia. En todas se topaba con un muro de hormigón llamado Isela. Hasta que decidió trasladarse a Veracruz. « Este lugar trae mucho dolor. Es nuestra casa, pero no dejaremos de ver a Berta en cada rincón» : así quebró la voluntad de Hugo. E Isela supo que se mudaban cuando descubrió el equipaje.

La mañana en que Isela apareció arrastrando a su hija no vestía uno de sus trajes de china poblana, sino un dos piezas gris de corte masculino. Llevaba el pelo atado en una trenza, que corría espalda abajo, y gastaba unas medias muy tupidas, dándole el conjunto la apariencia de una adusta institutriz.

La niña se había quedado traspuesta. Isela la zarandeó enérgicamente y la empujó al frente. Siguieron unos segundos incomodísimos donde Aurora pedía una aclaración, pero la mexicana no parecía dispuesta a dársela.

—¿Qué significa esto? —arrancó la joven al fin.

—¿Que no ve? —soltó desafiante—. Le traigo la hija al padre.

Aurora buscó alrededor algún rastro de su hermano. Un gesto, una mirada suya, la frase que confirmara lo que acababa de oír, segura de que él estaba al tanto de la maniobra de Isela. Lo único que vio fue su sombra tras la jamba de la puerta del despacho.

—¡Hugo! —gritó ella—. ¿Puedes venir, por favor?

Sin embargo, la única respuesta fue el sonido de la puerta cerrándose.

—No le place tejer chambrita —apuntó Isela mordaz—. Le advertí la última vez que hay más vida y quería vivirla. Pero con una *escuincla* de diez años no.

—Usted se ha vuelto loca, ¿pretende abandonar a su hija? ¿Cómo podría una madre tener la conciencia tranquila?

—¡Igualita conciencia obliga al padre y él hace su regalada gana!

—Los hijos pertenecen a las madres, los hombres hacen lo que pueden —argumentó Aurora.

—¿Ahorita tú repelando por esto? Mejor que nadie sabes lo malo que es no tener padre.

—Si viene a insultar, ya sabe dónde está la puerta —repuso Aurora.

—Eso lo dejo para ustedes. Con el dinero que se cargan, dan lecciones que mejor no aprender nunca.

Isela empujó con el pie una maleta de cartón recomida por las esquinas y la dejó al lado de la pequeña. La niña guardaba silencio, abriendo los ojos azules, y enredándose los bucles del pelo entre los dedos.

—No es taradita porque no hable, tan solo rarita —apuntó irónica—. A poco lo fue usted, ¿no?

Dicho esto, la mexicana se dirigió a la salida. En su abstracción, Aurora no había advertido la presencia de sus sobrinos en el piso superior. Tampoco es que entendieran todo lo sucedido en el patio, pero sí tradujeron la escena a su manera, adivinando que la muchacha había llegado para quedarse. Por su parte, el servicio también había atendido la conversación a través de los resquicios de las puertas y las ventanas entreabiertas, con mayor morbo que el desatado por las radionovelas.

—No se enoje conmigo —rogó Isela en el vestíbulo—. «El que más temprano se moja, más tiempo tiene para secarse». A mí se me acaba, si no lo gasto como quiero. Marcho al norte, a Sonora. Él sabe dónde encontrarme.

Sus taconeos sonaron con un eco que se rompió de pronto por el timbre del teléfono.

—¿Es que nadie piensa cogerlo? —gritó Aurora, para terminar contestando ella—. ¿Bueno?

—¿Aurora, eres tú? —desde lejos, llegó la voz de Atilano—. Qué alegría oírte, ¿estás contenta? ¿Habéis recibido los billetes? ¿Qué dicen mis nietos? ¿No se alegran de volver a casa? El Nordlys es un buen barco, ya veréis.

Preguntas a las que respondía con monosílabos, ansiosa por terminar.

—La línea está mal, no le oigo —mintió—. Además es muy pronto para usted, le comunicamos nosotros en unas horas. —Y colgó.

Lo que bullía en su cabeza solo lo podría atemperar Hugo, por lo que entró agitada en su despacho.

—Estoy esperando tu explicación —espetó—. Mejor dicho: tus explicaciones.

Casi nunca se las había dado. Tampoco ella se las había reclamado. Para ser exactos, la única vez que habían hablado de Isela fue una tarde mientras esperaban a que el médico saliera de la habitación de Berta. Sucedió en 1937. Frente a la puerta cegada del dormitorio, desgranaron las razones de una infidelidad cuyas consecuencias dolían demasiado a ambos.

—Si no le hubieran absorbido tanto los niños, no habría pasado —soltó Hugo de repente—. Si no me hubiera descuidado, yo no habría tenido celos de mis propios hijos.

—¿Qué tontería acabas de decir? —reprendió ella—. Ni en broma lo repitas.

—¡Es cierto! Tú no imaginas lo que es sentir tan lejos al ser que más quieres

—arguyó entonces—. Cuando telefoneaba nunca parecía disponible para mí. Atendía cualquiera menos ella, ¿acaso no lo recuerdas?

—Ni sé de qué tiempo hablas —reconoció Aurora su olvido.

—Fue nada más nacer Tirso. Berta convaleciente, preocupada por su bebé. El revoltoso de Hugo haciendo de las suyas y yo… —Aurora comprendió enseguida que su hermano necesitaba desahogarse—. Yo era un ser transparente a quien nadie consultaba. Me embarqué para ocuparme de los negocios, que es lo que mejor sé hacer. Y aquí andaba ella.

—¡Pobre Hugo! Todos te echamos en sus brazos. ¿No es así?

¿Cómo podía explicar el cúmulo de sentimientos que hubo de afrontar años atrás, sin lastimar el honor de su mujer? La realidad era que entre Isela y él, trabajadora y patrón, se gestó una alianza al hilo de su « destierro» que siempre se había resistido a calificar.

—¿Te enamoraste? —sondeó Aurora con reservas. Quería y no quería saber —. ¿Lo hiciste aunque también lo estuvieras de Berta?

Hugo nunca despejó esa duda. ¿Para qué? Tal y como habían evolucionado los acontecimientos, carecía de importancia. No obstante, alguna vez llegó a sospechar que sí. Que los hombres eran capaces de escindir su corazón en dos sin poder dirimir entre las mitades, aunque fuese por poco tiempo.

Por otra parte, Hugo también omitió cualquier mención a ella. Sus continuas referencias a Aurora en las charlas con la mexicana, a una infancia cuyos detalles devanaba con gesto de felicidad. Lo que hizo pensar a Isela que la niñera de sus hijos era alguien muy especial para él.

—Regréseme con bien y salúdeme a la niñita de mi parte. —Así le despidió y el abogado tomó a broma el comentario. No entendía por qué había aludido a Aurora.

Semanas después, y por carta, le hizo saber que « andaba de encargo, ya que los dioses organizan la vida de los fieles a su antojo, y puesto que nomás pronostican la concepción de una niña, Aurora se llamará» . Tembló al leerlo. « Nunca he sido de remilgos, siempre he hecho lo que se me da la gana — concluía Isela—. Y no le quiero atrapar a como de lugar. Aquí quedan una mujer con su hija para cuando sea menester quererlas» .

Aurora se había situado frente a Hugo en jarras, esperando sus respuestas.

—Me había amenazado varias veces, pero no creí que lo fuera a cumplir — se justificó él—. Isela es impulsiva y cabezota. Ya ves, ha dejado el trabajo en La Continental por otro en Hermosillo que a saber cómo le irá.

—¿Qué nos importa dónde vaya a emplearse? —gritó ella—. Ha dejado ahí a la niña igual que un fardo. La veías, ¿verdad? Estos años has seguido con ella.

—Era la encargada de la factoría y…

—¿Por eso teníais que acostaros? ¿En la misma casa donde murió Berta?

Llevaba tiempo sospechándolo, pero no había querido reprocharle antes su conducta.

—No, al principio no. —Hugo sostuvo su cabeza entre las manos—. Estaba solo e Isela…, ella siempre sabe dar a un hombre lo que necesita cuando deja de sentirse… Mierda, ¿es tan difícil entenderlo?

—¿Qué buscaba?, di. ¿Casarse?

—¡No! Me pedía un cariño que yo no podía darle en la medida que deseaba. También le obsesiona que la niña no tenga lo mismo que sus hermanos.

—Pues bien te habrás ocupado de su educación, o de la ropa que lleva. ¡Qué sé yo, porque ni me cuentes!

Se cruzó de brazos y recorrió el despacho. Todo alrededor era su hermano: sus papeles, los libros, el tabaco habano.

—¿La quieres? —inquirió.

—¿A quién? —se sobresaltó Hugo.

—A la niña.

—Me inspira… ternura. Compasión.

—Lo mismo despertaba yo en Atilano. —Habló tan bajo que él no la oyó.

—¿Qué has dicho? —preguntó Hugo.

—Una tontería —respondió.

De espaldas a Hugo, dedujo que a los hombres les esclavizan sus pulsiones, por tanto, no tenía caso seguir irritándole con algo que le causaba bastante dolor. A partir de ahí Aurora trató de contemporizar.

—Creció la familia, pues. —Y aparcó el asunto. Pero quedaba otro—. ¿Cuándo me ibas a decir que tenías unos billetes para embarcarnos rumbo a España?

—¿Cómo lo sabes?

—Atilano acaba de anunciármelo. Lo has hecho sin contar conmigo.

—¡Mentira, tú no querías escuchar! —protestó Hugo—. Padre lo ha gestionado porque se daba cuenta de que no hacía más que alargar la decisión.

—¿En qué fecha?

—El 14 de mayo. Será una temporada, para que los niños vean a su abuelo. Regresaremos en cuanto tú lo digas. Además se lo debo a ellas, a Berta y a mi madre.

Como si ahora los muertos tuvieran que decidir el destino de los vivos, pensó ella.

—¿Y si yo no fuera? Te llevas a esa criatura contigo, a ver si la domas.

Solo tuvo que sostener su mirada unos segundos para deducir que no debía hacerlo. Que esa involución al pasado tenían que realizarla juntos, entre otras cosas porque sería la forma más eficaz de poner límite a su estancia.

—Vete buscando un billete para tu hija, anda —zanjó besándole en la frente.

Al salir del despacho vio que la niña seguía en el mismo lugar. Como una

columna de escayola o cualquiera de las macetas del patio, quietecita, mirándose el dobladillo del vestido tratando de encontrar oro en él. Ni siquiera podía ser tachada de estorbo. Estaba como podía no estarlo, vegetando. De la manera en que un tiesto adorna una esquina u otra.

Si el 13 de mayo no hubiera recibido aquella carta, todo habría sido distinto. La víspera del viaje fue una jornada de nervios, carreras, maletas y bártulos abriéndose y cerrándose.

—Al final del verano habremos vuelto, y pienso correrte si la casa está en mal estado —amenazó Aurora sarcástica.

—Venga parlotear, cuidando hijos que no son suyos y ahora… la chamaca.

—No te mortifiques por lo que no te concierne, Tula.

Los niños, exultantes, apenas comieron. La recién llegada gastó un humor de perros. Ni siquiera abrió la boca, dilapidando el esfuerzo de Aurora, que, los días anteriores, había sacado de ella alguna palabra unida a la siguiente, hasta pronunciar frases enteras.

Hugo firmó numerosos documentos con los administradores de sus empresas. Y ella leyó y releyó lo que Pablo le había escrito contestando a su nota, donde le anunciaba el viaje a España.

El Nordlys era un buque noruego fletado por Inglaterra. Uno de los que, tras la invasión alemana, había encontrado asilo en los astilleros británicos. Servía a la familia porque pararía en Lisboa antes de concluir su viaje en Southampton. A las 6.30 de la mañana, cruzaban la dársena mientras los chóferes facturaban el equipaje. Todo menos un baúl.

Aurora había estado a punto de hacerlo varias veces: mientras degustaba el café; antes de vestir el traje de hombreras marcadas y amplias solapas que la modista había cosido para la ocasión, copiándolo de una revista francesa; en el coche. Pero lo anunció en la misma fila del embarque.

—Hugo, yo no voy con vosotros.

38

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Hugo con los ojos desorbitados. Su hermana hablaba ese idioma en el que se dicen las cosas que nadie quiere escuchar.

—Me quedo. Sería inútil explicarte ahora el motivo, por eso… toma —dijo tendiéndole un sobre—. Léela cuando estés calmado. Sé que si no lo hiciera me arrepentiría siempre.

Hugo no sabía cómo reaccionar y Aurora aprovechó su desconcierto para despedirse de él y de los niños.

—Es el segundo toque de sirena, tenéis que marcharos —anunció llorando sin parar—. Créeme, no ha sido fácil.

Mientras arrastraba a sus hijos al buque, Hugo pareció despertarse de una borrachera. Entonces desanudó su garganta y le advirtió.

—Espero que sea lo más importante de tu vida —expuso muy herido—. Más aún que nosotros. De lo contrario, lo entenderé una frivolidad y no te perdonaré nunca.

—Tú te habrías sacrificado por Berta. Hay alguien que…

—¡Ni la menciones! —frenó él—. Está por ver que la persona por quien hieres impunemente a los tuyos le llegue a la suela de los zapatos.

La realidad fue más hiriente que cualquiera de los escenarios que Aurora había imaginado durante la noche: hubiera preferido una escena, la exasperación de sentirse abandonado gritándolo a los cuatro vientos. En cambio, su hermano le dio la espalda y desapareció entre los pasajeros, sin volver la cabeza.

Aquel hombre formaba parte de ella y ahora, tarde, se daba cuenta de que su amor por Hugo no era solo de sangre y parentesco.

—¿No quiere sentarse tantito? —sugirió una mujer a su vera—. No tiene buena cara, mija.

—¿Quién la tiene en una despedida? —adujo ella.

Se quedó anclada al suelo, mientras observaba las maniobras de zarpado del Nordlys hasta que se transformó en una miniatura colgada del horizonte. Dentro imaginaba a Hugo leyendo la carta en la que le hablaba de Pablo, de su voluntad de estar con él y de los avances del joven en D. F.: en su nota aseguraba que había escrito un guion, a punto de ser financiado por unos estudios cinematográficos, y cuyo papel protagonista interpretaría ella.

… en cuanto te conozcan les fascinarás, estoy convencido. No te sientas insegura: hay maestros de voz y actuación costeados por los productores que harían de ti una estrella en menos de lo que imaginas. Pero claro, si emprendes el viaje a España tendrían que buscar a otra y nosotros esperar un nuevo proyecto… No soy quién para decirte que no vayas, pero «unos meses» es demasiado tiempo para esta industria.

Valora lo que dejas, Vera. Entierra a Aurora de una vez. Sé que te resistes, pero tu futuro es una pantalla y el mío moldearte. Ninguna mujer puede negarse al Olimpo, preciosa.

Hay algo más. Cuesta hablarlo por carta, pero me reconcome desde que he llegado y te lo propongo, o exploto. Nunca he tenido nada tan claro como el hecho de pasar mi vida contigo. Envejecer juntos, formar una familia y esas cosas que se dicen cuando uno encuentra la mujer de su vida. ¿Tú querrías? ¿Estarías dispuesta?…

Demasiados caramelos como para no probarlos.

Aurora perdió la cuenta del tiempo que se mantuvo en el muelle. Salvo los estibadores, se había quedado vacío y el sol empezaba a ser cargante.

Ya de vuelta, dos medias de croché le hicieron frenar en seco. Miró unas piernas balanceándose en un caucho gigante y echó a correr hacia ellas.

—¡¿Qué haces tú aquí, maldita niña?! —Su grito reverberó en todo Veracruz—. ¡Por Dios Santo, estarán locos en el barco preguntándose dónde andas!

Casi todos los estudios cinematográficos se distribuían a un lado y otro de la Calzada de Tlalpan, al sur de Ciudad de México; una carretera congestionada, que los autobuses lineaban con paradas de sugerentes nombres. Hacia la izquierda el camino llevaba al vivero de la capital, Xochimilco, un pulmón verde que suministraba flores a los mexicanos, y a su derecha, los terrenos pedregosos de la vega del río Churubusco albergaban la colonia Country Club. Por entonces todavía en construcción, en torno a un campo de golf donde se solazaban los más pudientes, y en cuyo proyecto incluso se dispuso un hotel para alojar a los artistas. Durante días, Pablo y Miguel recorrieron unas naves en penumbra hasta que se encendían los focos y, entonces, el olor a celofán quemado y a la madera recién cortada de los decorados los retraía a otro tiempo. A aquel en el que se creyeron invencibles y genios. Como si el exilio fuera solo el paréntesis de un rodaje, cuyo curso volvía a retomarse.

Disciplinados, guardaban silencio tras el «cinco y acción», y una vez filmada la toma, pedían un empleo a todo el que les salía al paso. Cierto que solo en el mejor de los casos consiguieron algunas jornadas barriendo y acarreando utillaje, pero su ambición no dejaba de crecer al constatar lo mucho que podían

ofrecer al séptimo arte.

—Caer en la nostalgia sería un error —argumentaba Morayta—. Al público no le interesan nuestras cuitas en la pantalla. La utopía de volver a España para restaurar la libertad y la justicia hay que dejarla aquí, en charla de café.

Habían empezado a frecuentar el café Tupinamba, donde les dijeron que se juntaban los españoles para hablar de toros y fútbol, y más tarde se unieron a esas tertulias donde se entregaban los compatriotas a una retórica cargada de aspavientos y palabras malsonantes, que afeaban los propios mexicanos. Tenían lugar en cafés como La Parroquia, en la calle Venustiano Carranza, infestada de compatriotas, El Papagayo o El Campoamor.

—Aunque quisiéramos hacer política no podríamos —apostillaba Pablo, a quien le costaba abdicar de la ideología—. Os recuerdo que hemos firmado nuestro compromiso para no inmiscuirnos.

Aludía de este modo al documento que obligaba a los españoles a alejarse de la política mexicana, no militando en partidos ni lanzando soflamas.

—¡Deja, no contamines más! —chasqueaba la lengua Miguel—. El objetivo es trabajar en lo nuestro, en vez de ser peones. El exilio no puede convertirse en una enfermedad. Hay que rebelarse y salir adelante.

Pero, a veces, era una patología crónica que les inundaba de desesperanza. Un bucle melancólico sin cura. Cuando el exilio se enquistaba, más que la condición de un individuo se convertía en su forma de vida y no pertenecía ni al país de acogida, ni a esa nación que solo prevalecía como mito en su memoria. Entonces se convertían en fantasmas que acudían a la oficina o llevaban a sus hijos al colegio Madrid, en la vaga ambición de que ellos sí regresarían. ¿Pero a dónde? Si la tierra de la que salieron no existía.

Sin embargo, Pablo y Miguel estaban llenos de expectativas y muy alejados de este desarraigo. Disfrutaban del rico intercambio en unas tertulias en las que participaban intelectuales y gentes del cine que, con ingenio y tozudez, se abrían paso en la industria mexicana.

—Mirad, aquel de las gafas —señaló una mañana Salvador Bartolozzi—. ¿No es el general Miaja?

—A fe que sí —confirmaría su esposa—. Quién le iba a decir que después del sitio de Madrid podría tomarse una cerveza como si tal cosa.

Bartolozzi era un insigne ilustrador a quien acompañaba su mujer, la actriz y escritora Magda Donato, pareja con la que coincidieron los amigos en el Quanza y cuya historia sería por sí sola un guion cinematográfico. México les favorecía: habían logrado que la Dirección de Bellas Artes estrenara su obra de teatro infantil *Pinocho en el país de los cuentos*, con enorme éxito y notable crítica. Y ahora maduraban trasladarla al cine. Ese domingo 9 de mayo compartían cenáculo junto a, además de Pablo y Miguel, Carlos Velo, biólogo y aplaudido documentalista; el escenógrafo Manuel Fontanals; Eduardo Ugarte, escritor y

fundador con García Lorca del grupo teatral La Barraca, y los actores Luis Alcoriza, Pepita Meliá y su hijo Pepe Cibrián.

Alcoriza les aventajaba. Había llegado años antes con la compañía teatral familiar y, aunque fue imposible sostenerla, había participado ya en dos películas.

—El problema en España —decía con vehemencia este último— es que ningún productor mueve el culo con la ambición de B. Mayer o Zanuck. ¡Todos querían ser unos paniaguados del Estado!

—Estábamos como para filmar « comedietas» —replicaba Morayta.

—Además, los actores nos hemos acostumbrado a sobreactuar y eso, aquí, no funciona —insistía Alcoriza.

—El problema es que, actores cinematográficos, España ha dado pocos —contestó Magda Donato.

—¿Qué dices? —interrumpió él—. No estoy de acuerdo.

—Si me dejaras terminar, Luis. Muchos éxitos de taquilla eran musicales y esto abocaba a contratar cantantes que recitaran sus frases de « memorieta» . ¿Qué son si no Estrellita Castro o la misma Pastora?

« O Tina de Jarque» , pensó Pablo, pero no abrió la boca. Estaba harto de que le reprocharan su obsesión por *Carne de fieras*. ¿Y qué, si había sido la única película comercial en la que había participado y llevaba cada uno de sus fotogramas grabado a sangre en su memoria? Entre ellos se escondía el secreto de la desaparición de esos rollos del metraje sobre los que siempre especulaba. Se atrincheraba en alguna de sus escenas. Seguro que en un plano inadvertido al ojo poco curtido en descifrar enigmas.

Recordaba bien las secuencias que faltaban. Unas recogían la infidelidad de Aurora —personaje interpretado por Tina— a su marido, en el decorado que hacía las veces de casa familiar; otras se rodaron en la Playa de Madrid, y en ellas la actriz aparecía en traje de baño. Pero lo peor era no contar con su baile en el cabaré. El productor se había empeñado hasta las cejas para rodar un número musical que emulara a los americanos y, sin aquellas cintas, los contoneos de Tina de Jarque a lo Carmen Miranda pasarían al limbo donde se desterraban los celuloides desechados.

Jamás olvidaría la fecha en que se ejecutaron las tomas, porque la misma madrugada del 27 de agosto se produjo el primer bombardeo sobre Madrid. Escondido dentro del suburbano, rodeado de hombres y mujeres en pijama que amortiguaban el sollozo de sus hijos o las ganas de orinar, el hecho de recrear el exuberante cuerpo de Tina, tras haberla visto bailar durante toda la mañana, le resultaba obsceno. Pero era el único modo de evadirse de ese averno que ensordecía sus tímpanos. Horas antes, la canzonetista se había obcecado en encandilar braguetas con su traje caribeño. Lo hacía sin mayor esfuerzo. « Vas a saber cuánto te quiero, zalamero, cuando me dejes hablar» , cantaba afinando su

aflautada voz. Después de aquel día, la actriz había cambiado. Empezó a retrasarse. A faltar. A llegar con unas ojeras indisimulables, incluso bajo el maquillaje.

« Eso es que zorrea mucho» , criticaban sus compañeros, desquiciados por su falta de rigor. « Colabora con los rebeldes y es un polvorín que ande cerca» , vaticinaba el sindicalista director Armand Guerra, de premonitorio nombre. « Menuda vaga me he echado en suerte» , lamentó el productor, resignado a perder hasta la camisa con ese dislate de película llamada *Carne de fieras*.

—¿Dónde andas, muchacho? —inquirió Miguel Morayta zarandeándole—. ¡Te has quedado traspuesto! Nosotros no podemos imitar el cine de charros, es como si vinieran los mexicanos a contarnos el asesinato de Canalejas. ¿A que no, Pablo?

Negó con la cabeza, sin saber de qué hablaban.

39

Madrid, España. 16 de agosto de 1936

Ignoraba qué hora era. Echó un vistazo al reloj de su muñeca, el Cartier con el que alguno de sus amantes había premiado una de sus fogosas citas, pero se había parado.

Cruzó la avenida y vio la placa con el nombre de la calle. Había estado dando vueltas a la misma manzana sin darse cuenta. Se sentía exhausta. En su apresurada huida había perdido el tacón de uno de sus zapatos, y ahora, a salvo junto al portal de su casa, se apoyó en la pared y tiró del otro hasta que lo arrancó. ¿Qué sentido tenía andar coja? ¡Cómo le gustaban aquellos zapatos rojos! No eran fáciles de encontrar. Tampoco su ropa, que solían pespuntear las mejores modistas de Madrid. Qué ridículo lamentarse por un calzado arruinado cuando había visto cómo los ahorros de su vida se iban por un sumidero, como el hombre que hasta ayer se acostaba con ella y le aseguraba protección. « Ya no más, general. Ya no voy a sentir tus manos sudorosas rastreándome la piel entre las medias. No voy a paladear tu lengua de lija nunca más, cabrón. Hijo de perra. Malnacido. Vas a pagar con sangre cada una de las lágrimas que me has hecho derramar hoy. Lo harán tus hijos. O la santurrona que duerme contigo y a quien no habrás visto desnuda jamás. Todos sois iguales. Meapilas de misa diaria, pero con la polla tiesa en cuanto veis a una hembra en condiciones. Yo te maldigo, Fernando Asín-Badiola. Te juro por mis vivos y mis muertos que no pararé hasta vengarme» .

Había anochecido cuando Tina de Jarque alcanzó el edificio donde residía. Antes de penetrar en el portal, su desvencijada imagen quedó reflejada en el escaparate de una tienda aledaña. Debido a las restricciones había poca luz, pero suficiente para reconocer su derrota. Se vio avejentada. Entonces se acarició la cabeza. No solo había desechado unos zapatos, sino que había perdido el sombrero y no se había dado ni cuenta.

No le extrañaba. Ni siquiera recordaba la dirección que tomaron sus pasos, cuando descubrió el cartel a la entrada de su terreno. « Esto es propiedad del

pueblo» , habían pintarrajeado en un trozo de madera, sin más refrendo que unas iniciales a mano. Correspondían a las de la CNT. Tuvo un mal presentimiento en cuanto oyó la voz de aquella mujer cantando coplas y se ocultó tras unos troncos. Se encontraba en Arturo Soria, no en el lodazal de Las Injurias. Allí no se organizaban hogueras en pleno verano, ni berreaban a gritos los niños. Al contrario, los cachorros burgueses saludaban cortésmente mientras rodaban sus aros o lanzaban sus diábolos.

Todo había sucedido muy rápido. Una camioneta bloqueaba el acceso a su bucólica finca, sembrada de frutales y en la que criaba animales de granja. Era su garantía para una vejez desahogada. Vio cómo una tropa de chavales azuzaba a las gallinas, mientras unas mujeres asaban piezas de carne en la lumbre. Los máuseres y carabinas apoyadas en la valla de ladrillo. Su valla. Y lo peor, el frenazo que chirriaba, una y otra vez, en su mente. Igual que un coche derrapando dentro de un circuito sin principio ni fin.

En cuclillas, escondida entre las acacias, Tina de Jarque había identificado la figura de un militar bajito y regordete que salía de un vehículo oficial. No resultó difícil reconocer en esos rasgos la figura de su influyente amante, convertido de repente en un traidor. El general con quien había mantenido relaciones más o menos periódicas en el último año. Con quien se había dejado ver no solo en el teatro de La Zarzuela, donde actuaba cada noche, sino en restaurantes y cafeterías de moda.

—¿Qué van a pensar de un hombre tan respetable como tú en mi compañía? —Buscaba su explícito beneplácito y quería oírselo.

—Que me he vuelto loco por los mejores muslos de Madrid —respondía él ufano—. Óyeme bien: mientras tú estés conmigo, a ti no te va a pasar nada.

—¿Por qué dices eso? Me inquietas.

Sin embargo, nunca dio otra explicación que colarle la mano por debajo del vestido y arrancarle las ligas. Hasta que, en la madrugada del 18 de julio, Tina descubrió en qué «negocios» andaba aquel general. Desde entonces, su protección se volvió muy valiosa. Aunque no resultara gratis.

—Piénsalo como una canonjía. Con poco por tu parte, consigues mucho.

Se lo había planteado igual que una transacción comercial. *Quid pro quo*. Al fin y al cabo, la historia de la humanidad se reducía a un toma y daca permanente. El general Asín-Badiola se había comprometido a que nadie tocaría la inversión donde Tina había depositado su capital, si ella rastreaba las informaciones que le indicasen. En concreto le estaba proponiendo que trabajara para él como espía y Tina dedujo que podría saldar la experiencia incluso de un modo positivo.

Tina había nacido en Barcelona, en 1904. Entre putas y chulos de un barrio donde el arte corría por las cañerías, puesto que todos allí habían ejercido algún oficio teatral. Constantina de Jarque Santiago era hija de notables figuras del

circo, de quienes había aprendido, bien en España o Alemania —donde fue educada—, a encajar las dentelladas del destino como una equilibrista. Vivir no era más que un ejercicio pendular constante.

A sus treinta y tres años había arrastrado tantos trajes, lentejuelas y plumas, tal cantidad de partituras por el mundo que con sus pericias hubiera podido escribir varias semblanzas. Canzonetista, modelo, bailarina, actriz de cine y de espectáculos sicalípticos. A juicio de algunos, representaba la mujer más sensual del « artisteo» . Otros la veían como la diosa del deseo. La Venus Morena. De hecho, así la calificó el diario *Abc*, en 1928, tras elogiar con profusión la revista que protagonizaba en el Price. Durante su estreno había embrujado tanto a Alfonso XIII como a Primo de Rivera, demostrando que ella se pasaba la política por la entrepierna.

Qué le impedía a esta funambulista, cuya alma andaba entre el proscenio y la platea, añadir una labor más a su haber. La de afanada « informadora» .

—Quiero que conozcas a alguien —le sugirió el general, cuando Tina aceptó el trato.

Tras un surrealista recorrido por Madrid a bordo de un coche camuflado, desembocó en un piso del barrio de Atocha donde la aguardaba su amante. Allí le presentó a un alemán que, en adelante, sería su contacto.

—Tú y yo debemos estar un tiempo sin vernos —explicó el militar—. Es Bertram Fiedler, un reputado industrial. Sus negocios le han llevado a instalarse en España. Pero, por encima de todo, es un fiel colega capaz de ayudarnos en lo que sea preciso. ¿Verdad?

El alemán le causó buena impresión y le despertó simpatía su esfuerzo por expresarse en castellano.

—*Haben Sie den Abend genossen*[6]? —Dijo en su idioma.

—*Ja, ich habe einen wunderbaren Gastgeber*[7] —respondió Tina de Jarque —. ¿Le gusta la música, señor « violinista» [8]?

—Siempre supe que os llevaríais bien —concluyó satisfecho el general.

Fue la última vez que Tina y el general Asín-Badiola estuvieron juntos. Hasta aquella tarde en que había descubierto su felonía.

No entendía el motivo. Ella no significaba nada. Su finca carecía de valor, aparte del bienestar que implicara para su futuro.

De repente se dio cuenta de que si la descubrían su vida habría resultado inútil y salió corriendo para escapar.

Según reparaba en su aspecto, además de su ruina, descubrió el rastro de un moretón en el cuello. La sombra de unos labios ultrajando su piel morena. « Estúpida —se dijo—. ¿Cómo te has dejado marcar de ese modo?» .

Ella nunca se descuidaba. Siempre guardaba la reserva necesaria para que

ningún hombre recelara de que existiera algún otro. Qué fatalidad; además se negaba a pronunciar quién lo había provocado, dos noches atrás.

Acababa de concluir su número estrella, el de « Los bombones» , y dejó el escenario deseando evaporarse. No toleraba más ese titánico esfuerzo por aparentar convivencia con los nuevos garantes del teatro. Desde que fuese colectivizado por la CNT, cobraba lo mismo que un tramoyista —175 pesetas a la semana—. Humillante. Tina de Jarque era una estrella, no una operaria que ensamblaba cables mientras comía pipas.

Entró en el camerino. Atrancó el cerrojo y se deslizó a lo largo de la pared, hasta derrumbarse sobre el suelo de terrazo.

En aquella postura, observaba a su alrededor a través de otro ángulo y todo le mostraba ahora su cara oculta. Los bajos de los vestidos, que pendían de un perchero móvil, estaban ennegrecidos y sus dobladillos reclamaban a gritos unas nuevas puntadas. A algunos zapatos debería reponerles las tapas y los desportillados muebles necesitaban una mano de pintura. Esto exhibía el artificio del espectáculo. Su crudeza envuelta en papel de celofán.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó desganada, pues no esperaba visitas.

—Alguien a quien pareces haber olvidado —respondió una voz masculina.

En el pasillo de artistas, un hombre apretaba su sombrero contra el pecho sujetando un enorme ramo de rosas.

—Dime que te alegras de verme —enunció a modo de saludo, al abrirse paso entre la hoja de madera—. ¿Así recibes a los viejos amigos?

—¿Qué haces aquí? Estoy cansada y no tengo ganas de monsergas.

Era la última persona con quien Tina quería encontrarse. Una mácula en su biografía. Uno de los capítulos más aciagos de ella. Alguien por quien hubo sentido esa clase de borrachera que pudiera ser calificada de amor, minutos antes de convertirse en agua sucia de alcantarilla. Ni siquiera le llamaba por su nombre, para ella era solo J.

—¡Menuda gentuza os manda ahora! —dijo él quitándose la chaqueta.

—Si has venido a hablar de política, ya te puedes ir.

—¡No! He venido a olerte. —Y le echó la mano en la cintura—. Como los perros a sus hembras. Estoy aquí porque me despierto a media noche pensando en tu boca. Bésame, Tina. Lo estás deseando tanto como yo.

—¡Vete a la mierda! Gritaré si sigues por ese camino.

No lo hizo. Por lo menos no como aventuraba. Los dedos de J. desabrocharon los corchetes del traje con pericia de amante rápido, de los que deben satisfacer en poco tiempo para regresar pronto. En unos minutos le había quitado la ropa interior y deslizaba sus dedos por el pubis, para libarlo después. Y en otros pocos, bramaba como un animal, mientras ella encajaba sus febriles embestidas derrengada en el respaldo de una butaca.

Siempre le sucedía igual. Había algo en Tina, puede que fuese su piel o la saliva o su sexo, capaz de despertar esa bestia aletargada en cada hombre. Algunas mujeres aplacan y otras encabritan. Ella estaba entre estas últimas.

—Lo siento —reconoció él según se abotonaba la bragueta—, pero es que me enloqueces. No tomes estos arrebatos en cuenta, los hombres somos así.

Tina se negó a responder. Él, con el nudo de la corbata aún sin rehacer y la chaqueta en una mano, abrió la puerta del camerino, pero la volvió a cerrar.

—Si alguna vez me necesitas, si te sientes en peligro, llámame —le ofreció—. Tengo buenos amigos y vienen tiempos para no andarse con melindres.

—Da por sentado que esto me lo cobraré algún día —aseguró ella escupiendo los restos de su sabor en el suelo.

Dentro del portal, la artista se sacudió el polvo del vestido y se encaminó al ascensor a tientas porque no funcionaba la luz del descansillo.

—Si gritas, te reviento la tapa de los sesos —amenazó una voz masculina a su oído.

Tina sintió el frío del metal presionándole la sien y el sabor de la sangre en los dedos que amordazaban su boca.

40

Mientras Edwina no se hubo establecido definitivamente en la capital, Noel Cigarroa la ayudaba en sus gestiones, además de calentar su cama.

Llevaba dos años en Gobernación y era alguien allá donde se administraba el poder, a pesar de no haber renunciado a sus hechuras de sabueso policía. De modo que practicaba una dualidad, frecuentando los altos despachos y los bajos fondos por igual; además de aparentar ser un abnegado esposo de cara a la galería. A Edwina le halagaba que, tras haber reptado por clubes llenos de cabareteras, concluyera que sus nalgas eran las mejores.

Edwina poseía olfato para los negocios. Tenía desarrollado el instinto para observar, radiografiar y prescribir con acierto; por ello, enseguida dedujo que el D. F. no participaba del puritanismo del resto de la república y que su negocio debía tener un enfoque distinto al de Veracruz.

—Dime tú por qué pagar lo que tienes gratis —manifestaba ella.

—Por andar enviciado, güera.

—¡Encoñada anda media ciudad, Noel! —Y recurría a un ejemplo—: Cualquier mujer que atienda como dependienta en El Palacio de Hierro puede estar manteniendo un idilio con su jefe, aunque sea casada. Lo hacen a diario y nadie se asusta. ¿Por qué este iba a soltar plata por joder? Uno abona lo que no puede alcanzar. Pues eso he de ofertar yo: imposibles.

Sus furcias se consideraban elitistas para Veracruz, pero la ciudad de México era otra cosa. Por ello, aún con pena, regresó al puerto y se desprendió de ellas. «Ahorita toca andar vuestro camino», les anunció, y puesto que ellas habían ahorrado lo suyo, en pocas semanas estaban regentando negocios variados: desde una bonetería a un taller mecánico. Aunque las que quisieron continuar en el oficio también lo hicieron. «El de Clavijero no, porque es mi casa, pero disponed de uno de los burdeles. Los demás los vendo…». Fue una *madame* muy generosa.

Lo curioso es que las putas terminaron revolucionando la materia sindical y crearon una cooperativa del sexo en el club de la calle Benito Juárez. La Librería lo llamaron. No hubo chino en el estado, por facineroso que fuese, capaz de entrar a palos donde un grupo de «señoritas» leía en voz alta a sus clientes, eso

sí…, en cueros, claro está. Nada sorprendía más a un hombre que una ramera instruida.

De vuelta en la capital, cuando encontró su nueva ubicación y comenzó con la decoración, la alemana ultimó el plan para conseguir que el suyo fuera el mejor club de la ciudad. Ofertaría el universo cinematográfico.

—Las convertirás en putas nomás cuando las corran de los estudios —dedujo Noel—. Entonces serán meras fracasadas.

—A quien cuenta con un « no» y le ofreces un « sí» nunca lo es. Me doy mis buenas mañas para convencerlas.

Esas eran sus mujeres imposibles, las estrellas de cine con cuyos cuerpos soñaban todos los hombres de México. Quién no querría acostarse con Lupita Tobar, Andrea Palma, Vilma Vidal o Adriana Lamar. En La Orgía Dorada podrían materializar su fantasía.

Las dos Auroras corrieron hasta la oficina de la Dirección General de Correos y Telégrafos para cablegrafiar al barco y tranquilizar a Hugo, notificándole que la pequeña no andaba perdida.

—¡Diantre de ratón! —exclamó Tula al verlas aparecer—. ¿Qué hace ella aquí?

Tula la esperaba a ella, pues le había confesado su intención, pero no contaba con la escaramuza de la niña. Ahora suponía un lastre para Aurora si, como pretendía, quería viajar a la capital.

—¡Híjole, chamaquita, es usted más terca que una mula! —porfió Tula.

—¿Qué es ese jaleo en el despacho? —inquirió Aurora extrañada.

—¡Ay, doñita! Yo no quería asustarla, pero esas peladas no callan…

A través de la ventana que daba luz al gabinete, observó a las indias azuzar sus trapos contra muebles, cuadros y paredes. Se habían atado las faldas y el huipil como si hicieran una enérgica limpieza general.

—En la mañana temprano entró un zopilote, negro como el diablo.

—Todos los zopilotes son negros, Tula.

—Este más —exhortó la criada—. Se metió en el despacho y ya ni modo.

—No lo veo —dijo Aurora oteando a través de los cristales.

—Óigalo enredar. Nos trae de un ala encontrarlo. Pero mejor no entre, esas cosas malas hay que dejarlas su curso.

—No digas tonterías.

Aurora giró el pomo de la puerta y, de pronto, la envolvió un sonoro aleteo. Miró alrededor. El pájaro había dejado huellas de sangre en las paredes al golpearse contra ellas en su intento de huir; no obstante, le llamó la atención que no hubiera plumas por el suelo. Quizá ya las habían recogido.

Una de las indias llevaba una vela blanca entre las manos y la paseaba de un lado a otro, recitando una retahíla casi inaudible.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Mejor ya vámonos, niña. —Tula tiraba de ella hacia el exterior del cuarto —. « Cada chango a su mecate» .

Por un momento creyó que el pájaro se había esfumado sin verle salir; pero en minutos volvió a agitarse con tal fuerza que en vez de uno parecía una bandada de cuervos dentro de la habitación.

—¿Ustedes no lo oyen detrás de la librería? —curioseó Aurora.

—Pos a mí se me hace que no tiene cómo entrar —replicó una india—. Mire lo bien pegadito que anda.

—Jálenlo y córranlo lejos, mijas —resolvió Tula.

Transcurrió la mañana mientras las criadas aligeraban la estantería, dejando su esqueleto desnudo y los libros apilados sobre el suelo. Pero ninguna vio al pajarraco. Llegó la hora del almuerzo, y Aurora y la pequeña tomaron chilaquiles y después cocinaron acitrón, embadurnándose con piloncillo. El zopilote seguía sin aparecer. Hasta que, entrada la tarde, la joven encargó a Tula ir en busca del ebanista.

—No está, niña —anunció a su vuelta—. Marchó a Querétaro a cuidar a un primo enfermo.

—Pues trae otro, el que sea —ordenó ella.

Había oído antes esa excusa. Cuando escaseaba el trabajo en México, y en Estados Unidos pedían mano de obra porque la guerra se llevaba a sus hombres, los emigrantes apelaban a la salud de un familiar para no reconocer que se marchaban en busca de un mundo mejor.

Tula volvió con tres artesanos al anochecer. Fuera, una tormenta que nadie entendía de dónde había brotado bañaba la ciudad.

—Ahorita no se le oye, ¿no habrá volado? —preguntaron a coro.

—Aguarden nomás —dijo Tula palmeando—. ¡Apúrate, bicho del chamuco!

Un estruendo de alas batiéndose contra la madera les hizo brincar antes de ponerse a desmontar el mueble.

—Mala noche para trabajar —condescendió Aurora con los obreros.

—Peor fue la de ayer para los del barco —apuntó uno de ellos.

—¿Qué barco?

—El que destriparon los alemanes —aclaró el empleado—. Un petrolero, doña. Lo anunció la radio y ahí andaba el presidente platicando. Se está poniendo feo el pleito.

Aurora les dejó con la palabra en la boca; se fue a buscar un receptor y se encerró en un cuarto del piso superior, porque algo inexplicable le llevaba a estar sola. Había alcanzado a oír las últimas palabras del presidente Ávila Camacho: « … si para el próximo miércoles 21, México no ha recibido del país responsable de la agresión una satisfacción completa… adoptará inmediatamente las medidas que exige el honor nacional» .

Una semana de plazo. Le sudaron las manos, no tanto por la incertidumbre de una nueva guerra planeando sobre su vida, como por la ansiedad ante un suceso que trató de componer con retales. Un petrolero torpedeado. ¿Sería una provocación aislada o una ofensiva planificada en etapas?

Mientras buscaba alguna otra emisora donde aclarar sus dudas, Tula cruzó el umbral. La india estaba pálida.

—Desmontaron el mueble y no aparece pájaro ni pluma —aseguró—. Nos va a llevar la fregada, niña. Esto es obra del demonio.

Fue decirlo y una lengua de hielo entró en el cuarto. Las dos se miraron aterradas, intuyendo la noticia antes de oírla. Junto al hundimiento del Potrero del Llano, la noche del 13 de mayo cerca de Miami, dejando 14 mexicanos en sus aguas, a primera hora de la tarde del presente, frente a la costa de Yucatán, el submarino alemán U-129 había atacado a un buque de bandera inglesa partiéndolo en dos.

Era el Nordlys.

41

Desde la cama de Hugo las horas avanzaban en horizontal, se movían lentas y pesadas. Aurora no recordaba más que borrones de un mal sueño: ella corriendo hacia ningún sitio, derribando al paso consolas y lámparas; Tula apelando al santoral entre gritos. Una llamada de teléfono sin respuesta. Luego otras carentes de noticias. Saltos al vacío de oficina en oficina, de una institución a otra, hasta despuntar un poco de luz en medio de aquel abismo. « Los heridos están siendo evacuados a Mérida. Los muertos andarán en la morgue» .

Tampoco sabría decir cómo había llegado al dormitorio de Hugo, pero no quería estar en otro sitio de la casa. Vestía su pijama, el último, y tanto olía a él que sus brazos formaban un ovillo y cobijando la cabeza se imaginaba en su regazo. Sobre la mesilla humeaba un habano y, junto a la descalzadora, una botella vacía del tequila favorito de su hermano. Entonces le sobrevino otra arcada y volvió a vomitar.

Edwina pasó el jueves 14 de mayo supervisando obras en La Orgía Dorada. Le obsesionaba tanto que su burdel no lo pareciera que el lujo asomaba en cada rincón de aquel cabaré situado en la avenida Juárez, al lado del hotel Regis. Constaba de dos plantas y una gran fachada a la calle, donde los neones anunciaban un mundo de placer.

Respondía a lo que se esperaba de toda sala de fiestas: bellos ambientes a un lado y a otro de un majestuoso escenario para orquestas y la pista de baile a sus pies. En el segundo piso se repartían los reservados de los clientes. Para acceder a ellos se debía tomar un ascensor, camuflado tras una de las barras, y cuyas puertas de espejos deberían franquearse doblemente, siempre tras ser autorizado por alguien de confianza. De esa forma sus dos públicos —el virtuoso y el lascivo — cohabitarían sin problemas.

A media tarde recibió la visita de un Noel Cigarroa circunspecto.

—¿Me vas a platicar qué tienes? —solicitó ella.

—Anoche hundieron un petrolero y hoy otro; el presidente se ha clavado en la guerra y allí vamos. Haz de cuenta que no te dije nada.

—Esas cosas no se pueden esconder.

—¡Eres alemana! Nomás lo dices y riegas el tepache —le puso sobre aviso

—. Ándate a lo tuyo, que esta noche duermo contigo.

Edwina siguió eligiendo detalles para completar la decoración, comiéndose las ganas de maldecir porque sus espaldas no sobrellevarían otra guerra. Solo entrada la noche cayó en la cuenta del día que era.

Se había sentado frente al espejo de la consola que usaba como tocador y se cepillaba el pelo. Noel la observaba tumbado sobre la cama.

—¿Qué tal si me lo corto? —habló distraída, como si estuviera sola.

—Las buenas hembras gastan melena —respondió él.

—Pues hubo un tiempo que lo llevé corto y de mi color.

—¿Acaso no eres güera? —preguntó con sorna—. Usted es un fraude, pues.

—En verdad que realmente lo soy —sarcástica—. ¿Qué día es hoy, Noel?

—14 de mayo.

Lo había olvidado, por más que ella se lo repitiera la última vez —« Marcho a España y quisiera abrazarte antes» —. A esas horas Aurora andaría lejos y probablemente no le perdonaría no haberla despedido. ¿Dónde tenía la cabeza? El club le estaba comiendo la moral. De pronto, entre la nostalgia de su amiga se abrió paso una tremenda inquietud.

—¿Cómo se llamaba? —investigó nerviosa.

—¿Qué cosa?

—¡El barco! El que me has dicho que han torpedeado… ¿Era de pasajeros?

Refunfuñando, y sin entender tantísima agitación, Noel Cigarroa rescató un papel arrugado del bolsillo de su pantalón.

—Un barco inglés y porteaba un pasaje de 732 personas. El Nordlys.

El cepillo se deslizó de sus manos y cayó al suelo, y, tras él, sus potingues de belleza al ser golpeados de un manotazo.

—¿Te volviste loca?

—Sujétame, Noel, si no quieres que vaya yo también al suelo.

—¿Qué tienes, mujer? —inquirió él irguiéndose de un salto para abrazarla—. Estás helada.

—No preguntes, ahora no… Ahora móntame como un animal, hasta hartarte. De lo contrario, arrancaré a llorar y no habrá modo de pararme.

Morayta había empezado a trabajar en la adaptación de un texto teatral de temática religiosa llamado *Caminito alegre*, lleno de entusiasmo.

Por su parte, Pablo parecía ocuparse en muchas cosas, pero no avanzaba en ninguna. Salvo en la carta que había escrito a Aurora a la desesperada en el intento de abortar su vuelta a España. No sabía si había dado resultado o no, por ello andaba tan nervioso.

—Encuentra una buena historia y haz un guion de ella —aconsejaba Miguel, viéndole perder el tiempo—. Tienes ingenio y los estudios andan necesitados de autores.

Este no parecía mayor problema, pues lo difícil era hallar un productor sin mentalidad pequeñoburguesa que arriesgara su dinero. Años atrás hubiera resultado impensable —pues se dependía solo de recursos estatales para financiarse—, pero como lo malo entraña doble faz, la guerra, por suerte, había sembrado de esperanzas los campos del empeño cinematográfico.

En sus ratos libres seguían sumando conocidos a sus tertulias dominicales, que les abrirían más de una puerta.

—Ustedes los españoles yerran —comentó un día un guionista del país—. No existe un « cine mexicano» , sino algunas cintas copiando a los americanos.

—¡Jorge Negrete vestido de charro! —exclamó Morayta—. Esa es la personalidad de vuestro cine.

—Ni modo, compadre. Hollywood produce un *western* y nosotros subimos a Pedro Infante a caballo. Melodramas, y aquí los imita Juan Orol que da risa. —El nuevo amigo se echó una mano a la frente, recordando algo—. Miren, ahí hallarían trabajo: el gallego retornó de Cuba y amenaza con nueva película. Vayan a ver qué se cuece por Aspa Films.

A la mañana siguiente, Pablo esperaba en la antesala del despacho de Orol a ser atendido. Seguir sin noticias de Aurora le carcomía; pero la búsqueda de un empleo se había convertido en lo prioritario.

—¿Usted por qué papel viene? —inquirió una señorita con una carpeta llena de garabatos en las manos.

—Por ninguno. Yo… —dudó qué decir y pensó que la humildad le añadiría un plus—. Trabajo en lo que sea.

—Pues es bien reguapo, podría ser actor. ¿Su nombre?

—Pablo Aliaga. Dígale al señor Orol que soy español, igual que él.

—¡Ándale, cómo no! —sonrió coqueta—. Pero el patrón cada día es de un sitio, depende de por dónde soplen los pesos.

La chica se marchó y él quedó sitiado por la fauna que le había estremecido al llegar: hembras garbosas colocándose las medias mientras retocaban su peinado en el reflejo del cristal; galanes trajeados que fumaban continuamente; viejas con boas enhebradas al cuello —de las de inclemente veneno—; perros amaestrados; jovencitas de sonrisa perenne y restos de carmín entre los dientes. Todos esperaban una oportunidad en 35 milímetros.

—Párese, españolito, el señor Orol quiere hablarle —contó la secretaria a su vuelta—. ¡Es un suertudo, eh! ¿Por qué no telefonea luego y me invita a un refresco?

Pablo tuvo que esquivar sus pechos para acceder al despacho cuya puerta se acababa de abrir. Era su imaginación o la chica se había desabotonado la blusa hasta asomar la blonda del sostén.

—Son bravas las mexicanas, ¿eh? —anunció una voz quebrada desde detrás de una mesa que rebosaba papeles—. ¿Ha estado usted en Cuba? Pinche, qué

mujeres. Para perder la cabeza una tras otra. ¿De dónde es usted?

—Madrileño.

—Ya no existe —respondió Juan Orol—. En realidad nada existe allá.

Pablo observó atentamente a aquel individuo. Se preguntó si respondía a un genio o un patán. Un actor de método o un mercachifle.

Le resultó flaco en extremo, menudo de complexión y rondando cuarenta años. Tenía el rostro anguloso, labios finos, ojos diminutos pero muy vivos y unas orejas grandes. Cómicamente grandes. El conjunto derramaba histrionismo desde todos sus ángulos.

De haberle conocido mejor, hubiera comprobado cómo en su longeva vida Orol manipulaba las informaciones acerca de sí mismo, de modo que era difícil enjuiciarle merecidamente. Respecto a su trabajo, tan pronto los críticos le emparedaban sin piedad que su público le aplaudía o denostaba en función de su última creación. Juan Orol fue rico y pobre varias veces. Conquistador y despechado. Pero el cine le inspiraba tal pasión que era lo único que no estaba dispuesto a dejar nunca.

—¿Qué sabe hacer? —preguntó a un Pablo ansioso por trabajar.

—Lo que me manden.

—Empiece por traerme el café. Me gusta bien caliente…, como ellas.

Igual que un abanico de cartas, desplegó ante él una serie de fotografías de mujeres a cual más exuberante.

—¿Quién le agrada, muchacho? Mire que además de dirigirla he de besarla —sonrió abriendo los labios—. Los pendejos que esperan fuera vienen a por el papel estelar, pero ese me lo guardo yo.

—¿Así, sin verlas actuar? —balbuceó Pablo.

—Si alguien del público se para a oír tantito si habla y cómo lo hace en lugar de ver sus tetas, es un agachón —arguyó con mucha prepotencia—. Yo fabrico películas para espectadores hombres, no me interesa la opinión de un acomplejado puto.

—Sí, señor —respondió Pablo intimidado y posando el dedo sobre una de las fotos—. Pues la mejor es esta.

—Buena elección, por algo duerme conmigo. ¡Quítese la cara de susto! Soy de esa clase de hombres a los que les complace que sus hembras gusten. Se llama María Antonieta Pons y la traje de Cuba. No sabe actuar, pero para qué, si cuando sacude las caderas tiembla el mundo. Hemos rodado en La Habana *Siboney* y la voy a convertir en toditita una estrella. ¿Quiere ser mi asistente? Pocos pesos y mucho trabajo, verá si le conviene.

Le convino. Claro que le convino.

42

—¡Ay, niña, otra vez! —Tula la había espiado a ratitos durante la noche y con dolor la había dejado llorar y beber hasta la extenuación—. No tome más, ¿no ve que el tequila no aplaca, sino que ahoga? ¡Mire qué vomitera! Venga y le preparo el baño.

Hacía tiempo que la india había dejado de interrogarse por ese cariño entre los dos hermanos que, a veces, costaba interpretar. Cierto que instigaba a la joven por ver si algún día llegaba un hombre como ella merecía, pero había de reconocer que nadie es quién para decir a otro de qué modo debe amar.

—¿Cuándo amanece, Tula? —habló Aurora con lengua de trapo.

—Cuando toca, nunca la víspera.

—¿A qué hora nos dijeron que llamáramos? —perseveró.

—¿No recuerda? Se comunicó usted con el licenciado del patrón y él haría los trámites.

—¿Los trámites de qué, dime? —Se enderezó en la cama, respirando agitada —. ¿Es que nos confirmaron que han muerto?

—Por lo pronto nadie platicó nada…

—¡Embustera! —gritó dándole un empellón—. Tú lo sabes y no quieres hablar.

—¡Que se me haga el hocico chicharrón si le miento! —maldijo Tula dando un beso a sus dedos, que formaban una cruz—. Le enredó la desdicha y usted ya ni piensa, por eso no le tomaré en cuenta el aventón. Vamos, niña, yo le ayudo a pararse. Apóyese en mí.

Aurora estaba desmadejada, al borde del colapso.

—¡Ah! —Aurora ahogó un grito, tapándose la boca—. ¿Qué es eso?

La almohada también se había ido al suelo y dejaba al descubierto lo que se ocultaba bajo ella: cuatro muñecos del tamaño de un pulgar, elaborados con retazos de coloridos trapos.

—Son quitapenas —explicó Tula—. Haga cuenta de que no los vio.

—¡No soporto esas supercherías! Me dan miedo.

—Miedo dan los vivos, no los difuntos. ¿O no sabe que andan por aquí para asistirnos?

—Los representan, ¿no? —preguntó Aurora despavorida—. Son Hugo y mis

sobrinos…, como si fuesen fantasmas. ¡Quítalos de mi vista!

Estiró el brazo con la intención de apartarlos, pero Tula la agarró con fuerza; nunca había notado tanta vehemencia en la criada.

—Déjelos estar. A veces Dios necesita ayuda y ellos no hacen mal.

Aurora cerró los ojos apretando los párpados. Cuando los abrió empezaba a clarear. También lo hacía en D. F. para quien no había descansado en toda la noche.

—Marcho a Veracruz —determinó Edwina saltando de la cama.

—Ni duermes ni dejas —pronunció Noel Cigarroa a su vera—. Nomás espera a que me informen en el ministerio.

—¿De qué? Está viva. Lo sé, no hay más. La certeza me sale de dentro.

—¿Platicas con los espíritus, vieja?

El mes en que Pablo fue la mano derecha de Juan Orol aprendió del cine todo lo que él no deseaba emular.

El peripatético director se reveló el rey de la toma única, porque rodaba sin ensayos ni lectura previa del guion. También rechazaba todo lo que le parecía una pérdida de tiempo, como pararse a analizar la psicología de los personajes o buscar localizaciones idóneas. De hecho, los escenarios no casaban nunca con sus guiones y los forillos presentaban tantos remiendos que suscitaban risa aunque la película se tratase de un drama. No obstante, puesto que únicamente servían para que la rumbera de turno cimbreara sus curvas delante de ellos, al final daba igual.

Juan Orol carecía de escuela, técnica o metodología algunas, y supervisaba sus obras con tal drástica conciencia del ahorro que se multiplicaban las anécdotas hilarantes a diario.

—Un momento, Juan —advirtió Pablo antes de una escena—. María Antonieta debe tomar una copa en las manos y no tiene hecha la manicura.

—Píntaselas tú, muchacho —propuso el gallego.

—¿Y dónde encuentro un esmalte?

—¡Con tinta de pluma, chango! El cine es blanco y negro. No distingue.

O aquella otra donde, tras el tiroteo perpetrado por unas bandas de gánsteres, no se le ocurrió otra cosa a Pablo que advertir una obviedad para cualquier persona, menos para ese genio de la improvisación llamado Juan Orol.

—Perdone que me meta, pero ¿no tendría que haberse roto la cristalera tras los disparos? Han ametrallado a los malos delante de ella.

—¿Estás tarado? —replicó él molesto—. A poco crees que la gente va al cine a ver cristales rotos.

En esa época, Juan Orol estaba fascinado por el melodrama aunque después iría cambiando de género, según sus apetencias. « Al público —repetía a menudo al sufrido de Pablo— hay que agarrarle confianza, ahí es cuando suelta la lágrima. Yo les doy pañuelos a la entrada y, si me los devuelven secos al salir, les

retorno el precio del tiquete» .

Pronto desentrañó que convertirse en el ayudante de Orol era poco menos que ser su esclavo. El tiempo transcurrido con él también desveló la faceta íntima del cineasta, aunque Pablo nunca supo a ciencia cierta cuáles de sus afirmaciones serían verdad y cuáles infundidas por una imaginación tan desbordante que sus guiones se quedaban cortos a su lado.

Unas veces aseguraba que había nacido en Lalín y otras en El Ferrol, y entre estas ubicaciones mediaban cuatro años de diferencia. Su nombre completo era Juan Rogelio García García, de padre desconocido. Había emigrado a Cuba, después a México, y en ambos países había desarrollado un catálogo de profesiones que cortaban el hipo al conocerlas: boxeador, bateador de béisbol, periodista, torero bajo el seudónimo de *Esparterito*, piloto de carreras, agente de policía, actor de teatro…, hasta concluir que ambicionaba convertirse en el Humphrey Bogart hispano.

Las mujeres eran su perdición, y las perversas mucho más, acomodando su cine a mayor gloria de todas ellas. Así, por cada hembra que le hacía perder la sesera, nacía una nueva estrella en el edén cinematográfico. Su primera musa se llamó Consuelo Moreno, a la que plantó tras conocer a la bailarina María Antonieta Pons, con quien romanceaba por entonces. Pero a esta la seguirían otras, a cual mejor dotada, aunque no siempre de talento.

—¿Qué te parece el nombre de Johnny Carmenta? —sondeó a Pablo.

—¿Ahora va a cambiar el guion otra vez? —se asustó él.

Concluía el rodaje donde Orol interpretaba a un marido traicionado por su esposa, tras mantener esta un idilio con su jefe y urdir ambos el plan que le había condenado a prisión. Pablo recelaba de sus ocurrencias de última hora. De hecho, y aunque no viniera a cuento en la trama, había incluido una pelea de gánsteres que él no llegaba a entender.

—Estoy pensando en crear un mafioso bueno. Un justiciero, ¿cómo lo ves?

—Una genialidad como todas las suyas.

—Vaya, el muchacho se me ha vuelto flojo. Ya no peleas y me das la razón en todo. ¿No piensas seguir siendo mi sombra?

—Sí, Juan, cuando usted me necesite estaré dispuesto.

—Pero soltando lana primero, ¿no? Estos españoles, siempre interesados.

El saldo de pasar junto a Juan Orol un mes agotador fue provechoso. Pablo ganó autonomía por Ciudad de México, se imbuyó en los entresijos más descabellados de la producción y consiguió orillar a Aurora, porque ya no era el pensamiento obsesivo de antes. A veces hacía conjeturas y la imaginaba en España; llegando, incluso, a contemplar esta ausencia como algo favorable para su trabajo. Ya tendría tiempo a su vuelta de reanudar el idilio.

Ahora que no le nacían las cartas a Aurora, dedicaba su inspiración a llenar páginas con tramas y personajes que supervisaba el maestro Morayta.

—¡Bien, Pablo! —decía él al examinarle—. El espectador se identifica con los personajes de inocencia u honor mancillados que tienen gestos heroicos.

—¿Cómo ves que el protagonista sacrifique al amor de su vida? —sondeaba.

—Sacrificará una pasión. El verdadero amor redime y ese es el de la esposa. Este es el mensaje que debes trasladar en el guion: condenar el pecado y encumbrar a la familia, una fuente inagotable de inspiración. ¡En México los malos siempre mueren, chico!

Le resultó muy absorbente el trabajo de estereotipar las películas. Pero era parte de su adoctrinamiento si quería convertirse en un director de éxito.

Para ello se afanaba en ahorrar los 50 centavos que costaba el pase del cine Alameda o del Savoy, donde veía todas las películas que podía. Como cuando era niño, Pablo gastaría muchas horas en esas salas, deseando llegar después al departamento de la calle Morelos y desembuchar allí sus ideas bajo la consumida luz del flexo.

Así, anotaba « las pecadoras reciben su castigo; la mujer que gusta al público tiene buenas piernas, cabellera oscura, marcados pómulos… Hombres de bigote, pelo ondulado y voz viril. El humor de Tin Tan. Joven provinciana, cuyo escabroso destino la aboca a la prostitución. Triángulos amorosos. Melodías de Agustín Lara, sones de Toña la Negra y composiciones de Manuel Esperón. Cantinas, tequila y mariachis. Mezcal, nopales y sarapes: comedias rancheras…» . Eran bocetos suficientemente certeros para entender qué cine quería el país.

A veces se colaba en los salones de baile sin abonar entrada y observaba la liturgia entre las parejas: la laxitud femenina y la conquista activa de ellos, en un terreno acotado por los cuadros del danzón. En las pistas del Colonia, el salón Los Ángeles, el México, o el elegante Smyrna, halló la inspiración para sus personajes. Pablo consumió unas semanas muy creativas hasta que llegó aquella carta.

Se la encontró sobre la cama del cuarto que compartía con Miguel. Miró el remite y se le encogió el corazón.

43

El 15 de mayo fue un día radiante después de que la tormenta vomitara su hiel sobre Veracruz, sembrando las calles de balsas y arriando los sótanos y las plantas bajas. Allí siempre llovía a traición. Para cuando Aurora salió del baño arreglada, el licenciado llevaba rato cumplimentando diligencias. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostener la taza de café entre sus manos, porque la visión del abogado sentado en el sillón donde su hermano pasaba horas la sacudió como un calambrazo.

—Mejor no hable —dijo ella— y míreme a los ojos. Así sabré si miente.

—No sería caso mentir. Las cuentas claras dan amistades largas. El nombre de don Hugo no está en la lista de los finados. Tampoco los niños.

—¡Válgame Dios! —Y se desmoronó sobre el tresillo.

—Pero aún no puede aventar campanas, hay desaparecidos.

—¿A qué se refiere?

—No se mortifique antes de tiempo. Salgo para Mérida y le platico al llegar —disipó el abogado.

—Voy con usted.

—Ubíquese. Ni crea que la dejaré acompañarme, señorita Aurora.

—No se moleste, licenciado. Es la vida la que manda, ni usted ni yo. Encargo el coche y partimos sin demora.

Aurora fue a su alcoba para coger un par de trajes y sus productos de aseo, antes de descender ansiosa las escaleras. En la entrada de carruajes la asaltó Tula, introduciendo el hatillo que velaba entre sus manos dentro de la bolsa de viaje.

—¿Qué es esto? —preguntó aturdida—. No te hagas la disimulada, es otro de tus embrujos.

—Todo se va a componer —susurró Tula—. Ahorita me sale de dentro.

—¡Calla, no quiero oír tus brujerías! Cuida de la niña, ni siquiera sé si se ha enterado de algo. Pobre, no tiene ni madre ni padre cerca.

—Ella es bien difícil, pero atenderá a razones. No me tiene mala voluntad.

Al fondo silbaban las letanías de las indias implorando ante «su Virgencita rechula» por el bien de esa familia. Falta hacía.

Mérida era una hermosa ciudad colonial cuyos edificios del centro histórico atesoraban en sus estructuras el siglo XVI, donde tuvo lugar su fundación. Corazón administrativo de Yucatán, hasta allí habían remitido a los heridos. Llegaron la mañana del 16 de mayo y se dirigieron sin dilación al hospital O'Horán. El abogado pidió a Aurora que le dejara indagar por su cuenta, « las emociones no son buenas en estas circunstancias» , argumentó, y la joven se avino. Le vio desaparecer tras la fachada del sanatorio e inspiró varias veces porque le faltaba el aire.

—Perdón por la demora —anunció él pasado un rato—. Traigo esperanzadoras noticias: en la capilla han reunido a unos niños sin filiación conocida. Entre ellos pueden hallarse sus sobrinos.

No hablaron más. Aurora entró en el hospital y recorrió unas galerías llenas de olor a desinfectante, hasta que sus pasos confluyeron en la capilla. Había varios grupos diseminados en los bancos y otros enredados bajo las mantas, cerca del altar o junto al confesionario. A pesar de la temperatura exterior, dentro hacía frío. La luz era tenue y grisácea.

Aurora serpenteó entre los bancos, levantó más de una barbilla, acarició los apelmazados cabellos de varios chavales; pero en ninguno reconoció rasgos queridos. Apreciaba el sabor de las lágrimas en la boca.

Descorazonada, se paró frente al altar. Se trataba de un modesto retablo en pan de oro y madera, con dos imágenes de igual importancia: una de san Judas Tadeo y otra de la Virgen de Guadalupe. Dudó a quién rezar primero. El santo representaba una devoción universal, pero a la vez muy madrileña, a cuya iglesia en la calle Atocha había acudido acompañada de otras chicas del servicio. « Pídele imposibles, que te los cumplirá» , sostenían entonces ellas. En cambio, la Virgen era la patrona de esta tierra y encarnaba una fe superlativa. Savia que corría por los campos de México. La sangre de su gente.

Ante la duda los imploró mezclando las plegarias, segura de que Dios sería benevolente con estas licencias.

El tacto de unos dedos en su pantorrilla la sobresaltó.

—Tía Aurora, ¿eres tú? —Así hablaron esas manos.

—¡Sí, Juanito, soy yo, mi vida!

Aurora levantó la manta que cubría aquella vocecita, y bajo ella encontró a los tres hermanos. Solo el pequeño estaba despierto, porque Hugo y Tirso, agotados, habían desfallecido. Empezó a gritar sus nombres, sin importarle el silencio rogado en el templo, y entre besos y caricias los arrastró fuera de allí.

Al atardecer, los niños estaban aseados y se habían hartado de molletes y salsa de jitomate en la habitación de la posada donde se hospedarían esa noche. Aurora constató que casi no recordaban el suceso porque el trauma les había borrado su recuerdo. Mejor. Sí preguntaban por su padre y ella no se cansaba de

decirles que aparecería muy pronto. Estaba segura.

—Usted y los pequeños deberían regresar —concluyó el abogado después de confesar que no había rastro de Hugo en el hospital O'Horán—. La búsqueda puede llevarme días.

—¡Ni lo sueñe! Habrá otros sanatorios, consultorios de pueblo, qué sé yo.

El hombre agachó la cabeza limpiándose con disimulo unos restos de saliva resecos acumulados en las comisuras de la boca. Notaba la lengua inflamada.

—Es el único nosocomio en millas a la redonda —confesó él.

La cercanía a la costa había permitido salvar al setenta por ciento del pasaje, pero la lista de náufragos sin aparecer era una lanza en el corazón. Trataba de hacerle partícipe de la estadística, pero ella se resistía a escucharle.

—No le creo. ¿Acaso no hay más médicos en todo Yucatán? Si a una mujer se le complica el parto, ¿cuántas millas debería recorrer para ser atendida? ¿Doscientas? ¿Doscientas cincuenta?

—A poco no quiere entender.

—¡Sí quiero, licenciado! Voy a buscar a mi hermano debajo de las piedras, porque hasta que no vea su cadáver pensaré que sigue vivo.

En silencio el abogado abrió un cuaderno y con una pluma trazó un dibujo del lugar en donde se hallaban. Después deslizó una línea entre Mérida y la orilla opuesta de la península.

—Esto es playa del Carmen —señaló a Aurora—. Pueblitos de pescadores y sin plata. Volaron el barco una vez sorteado el cabo que le indico.

—No sé qué pretende.

—¿Cómo cree? Usted que es tan lista, ve que no hay donde esconderse.

—Pueblo a pueblo hasta sacarlo de la última casa, ¿me oyó? —Ella lo había vocalizado como si él no compartiera su idioma—. Así lo buscaré.

—¡Bien brava, querida! —El abogado guardó el cuaderno—. « Solo quien lleva el cajón sabe lo que pesa el muerto» .

—Los muertos ni mentarlos —le increpó Aurora.

—Cómo no. Me comunicaré con varias personas, luego le informo.

Aurora se quedó sola. Sus sobrinos dormían plácidamente y ella empezó a deshacer el equipaje. En el fondo de la bolsa de viaje encontró el envoltorio de arpillera. Quizá no habría debido tocarlo, pero cuando lo separaba de la enagua en la que se había enganchado se abrió. En su interior había tres muñecos quitapenas intactos. Faltaba uno, el que su intuición le decía que reproducía a Hugo.

Aurora vació la bolsa, sacudió la ropa, abrió y cerró los botes cosméticos, pero allí no estaba. Había desaparecido. Entonces la lanzó contra la pared.

Lloraba a pesar de negarse a admitir la eficacia de la magia, pero el miedo la podía. Abatida, se descalzó y deslió el lazo de una bolsita de raso donde guardaba sus zapatillas. Al meter el pie en la chinela notó algo dentro: era el muñeco que

faltaba. ¿Cómo había ido a parar allí si estuvo atada durante el trayecto y el calzado encajado uno sobre otro?

Tomó la figura con manos temblorosas y comprobó que el muñeco estaba mutilado. Entonces, de repente, sintió lo más parecido a una revelación. Sin lógica alguna, Aurora dedujo dónde estaba Hugo y qué le había sucedido.

44

—Mírela, apenas tiene tres meses aquí y ya hace su regalada gana. ¡Péinese, muchachita, no ve que hay visita!

En cuanto se bajó del tren, Edwina Schäfer se dirigió a la casona azul. Ni siquiera precisó las aclaraciones de Tula para saber que su amiga vivía. Ella ya lo sabía. Lo demás, la angustia sobre qué había sido de Hugo, llegó por añadidura.

—Déjela, Tula —atemperó—. Bastante desdicha es no pertenecer a nadie.

Se referían a la otra Aurora, muy inquieta aunque no abriera la boca porque mascaba la tragedia sin que nadie hablara de ella.

—¿Qué tal si se queda aquí en la noche, doña?

—« El muerto y el arrimado, a los tres días apestan» . Tengo mi casa y allá que marcho. Mándame recado si sabes noticias.

Edwina permaneció encerrada en la casa de Clavijero, orando lo que no había aprendido nunca porque se reconocía agnóstica, hasta que Tula llamó a su puerta y le trasladó los detalles de la conversación telefónica que acababa de mantener con Aurora. Entonces, discretamente, regresó a Ciudad de México.

Aurora recorrió la península de Yucatán en un absurdo cortejo dentro de un enorme Buick negro. En el asiento trasero viajaban ella y los tres niños. Se sentía culpable por no haberse embarcado con ellos y ahora no pensaba dejarles solos un segundo. Junto al chófer iba el abogado, que aprovechaba cualquier momento para amonestarla.

—¿Ha pensado dónde quiere parar esta locura? —repetía él.

—En una isla. Le dije que mi hermano se halla en una isla.

¿Por qué esa convicción? Ni ella podía explicarla. Solo sabía que la imagen de una zapatilla dentro de otra, esa forma de almendra alargada, le inspiró nada más verla una isla. El calzado había estado separado del resto de su equipaje por una funda. Mar alrededor. En su interior halló la figurilla que correspondía a su hermano; pues eso buscaba: un atolón.

—Solo queda Cozumel. Vio que ni en Holbox ni en isla Mujeres dan crédito a sus suposiciones —descreyó el abogado—. Va a resultar usted tan cándida como las indias, con sus rituales y toda la cosa.

—La fe no es asunto del demonio, sino de Dios.

—¿Qué caso tiene arrastrar a estos niños en su afán? —dijo viendo que

estaban dormidos—. Mejor ahórreles un disgusto y mándeles a casa.

—No puede ser más cargante, licenciado. Mi hermano está vivo.

—En el terreno de perseverar usted me saca ventaja, señorita Aurora.

Alcanzaron Puerto Morelos a través de un camino de arena paralelo al mar, que a cada tanto había que arrancar de la vía a palazos. En 1942 el pueblo lo formaban treinta casas, una tienda de abarrotes y apenas un centenar de almas tostadas por el sol y ebrias de Caribe. Allí cogerían el barco hasta la isla de Cozumel.

—El vapor no partirá hasta mañana —anunció contrariado el abogado—. ¿Qué nueva ocurrencia tiene?

—Páguele lo que pida, pero que encienda ya los motores.

El hombre comprendió la inutilidad de rebatirla. Mientras preparaban el barco, acomodaron a los hermanos en la única casa de huéspedes del pueblo y telefonearon a Veracruz, para informar a Tula de los pormenores en el caso de que la vuelta de Cozumel se demorara. « Su hermano está vivo, pero no sé qué vaya a encontrar. No es momento para remilgos» , le aconsejó.

Era noche cerrada cuando desembarcaron en la isla por donde primero asomaba el sol en México. Una isla paradisiaca de aguas turquesas, pero poca vegetación, en cuya costa norte no crecían ni las palmeras, porque los vendavales del Caribe las decapitaban. Durmieron en una posada, frente al embarcadero, y en cuanto amaneció empezaron a preguntar por médicos, náufragos, submarinos alemanes y barcos en el lugar equivocado.

—El doctor Prados vive al final de Punta Norte, en dirección al faro. Se ubica frente a la isla de la Pasión. El doctorcito acude con su motocicleta a ver a los enfermos y siempre acoge alguno en su casa. Pregúntele a él, mija.

Esta fue la recomendación que le hicieron en el dispensario de San Miguel, uno de los escasos lugares habitados con apariencia de núcleo urbano.

—¿Cómo pretende ir allí si no hay camino? —protestó el abogado, que cada vez le resultaba a Aurora más cargante—. ¿Andando entre piedras?

—Hincada sobre nopales si fuera preciso —le respondió ufana.

Regateó con un mulero hasta acordar el precio por llevarlos hasta el lugar. Nada más ver la casa pintada de azul y blanco, adivinó a su hermano en ella. Era la voz de la sangre, sin más explicaciones racionales que buscar.

En silencio saltó del carro, golpeó la puerta y, en cuanto el médico abrió, lo echó a un lado buscando a Hugo. Lo encontró sobre la cama de una alcoba soleada. Más delgado, con sus rizos ya canosos adheridos al cráneo como pegamento y la mirada incrédula de andar en un sueño.

El licenciado había registrado cada uno de sus movimientos preguntándose si aquella chica no imprimía algo mágico a sus impulsos. Eran gestos que había advertido antes en algunos indígenas, depositarios de la sabiduría ancestral de sus antepasados. Pero Aurora era una simple española. O no tan simple.

—Apareció junto a un grupo en una balsa —se adelantó el médico, que no necesitó palabras para entender qué sucedía—. Los otros estaban bien, pero él… Había que operar a como diese lugar.

—Ahórrese excusas, doctor —respondió el abogado—. Usted le salvó la vida.

Aurora y Hugo se fundieron en un emocionado abrazo, como si hubieran cruzado el mundo para unirse. Con dulzura, palpó la sábana que ocultaba el abismo que existía junto a la única pierna de Hugo y le acarició los labios.

—Te quiero a trocitos, hermano —dijo entre lágrimas—. Si están todos es una bendición, pero si me llegas por partes te amaré igual.

—No volveré a ser el mismo hombre.

—Ni yo la misma mujer. Qué bueno que aprendimos algo de esto.

Aurora se enhebró a él y no hablaron más.

Una semana después se habían instalado en Veracruz tras un tedioso viaje. Pero descubrieron que el rumbo tomado por el país no recomendaba seguir en la ciudad.

Oficialmente, México estaba en guerra desde el día 21. Antes las aguas del Golfo se habían infestado de submarinos alemanes que derribaban buques un día tras otro. Es verdad que se trataba de mercantes, pero la sangría en la flota de Petróleos Mexicanos resultó tan inclemente que el gobierno se vio forzado a salvaguardarla; por ello acondicionó el puerto, creando una base naval en San Juan de Ulúa; un muelle para la Armada y un edificio como calafateo, en el muro norte. Tanta obra hizo invivible Veracruz, convertida además en un objetivo bélico prioritario.

En todo ese tiempo, Aurora apenas pensó en otro hombre que no fuese Hugo. Curaba sus heridas, leía sus textos. Realizaba las llamadas que él requería para sostener los negocios familiares. Y le observaba languidecer mientras entreveía por la ventana esos negativos cambios sin pisar la calle. Mediado el mes de julio, ella volvió a tomar las riendas de la familia.

—Hugo, nos trasladamos a Puebla —determinó.

—Creí que no querrías volver nunca a esa casa. Para ti era una prisión.

—¿Mayor prisión que un lugar tomado por el ejército? No lo creo.

—De allí salió un hombre completo y regresa un lisiado —se quejó con gran amargura.

—Aquello que falta lo llenaremos de amor. —Se sentó en el suelo y acarició el muñón de su rodilla izquierda—. ¿Te duele?

—A veces me resiento de lo que no existe. ¿Cómo puedo sentirla, me estaré volviendo loco?

—Serán impresiones tuyas. —Aurora tomó sus manos—. Un día tendremos que hablar, ¿no? De mi carta, de todo lo que recuerdas del accidente. De lo que supone no haber recuperado las cenizas de Berta.

Algún día, pensó Hugo. Pero no ese. El ataque al Nordlys había mandado al infierno un trozo de él. Había arrastrado al fondo del océano la urna con el único vestigio material de su mujer. Fue en ella en lo primero que pensó al escuchar el zumbido de los torpedos emergiendo del agua. Antes que en sus hijos. Recreó su rostro cuando aquella plancha de acero llovió del cielo y le destrozó la pierna. Ahora no sabía dónde llorarla: no había mármoles bajo los que estuvieran sus restos; ni lápida ni tumba.

Pero no desmenuzó el dolor que maceraba dentro y se fue cosificando como una víscera más.

Aurora encontró Puebla envuelta en una nube de polvo amarillo que secaba la garganta. Apreció la casa más pequeña y la ciudad menos activa, entre otras cosas porque la guerra y el calor habían avinagrado el carácter a los poblanos, que apenas salían de sus verdeados patios.

Empleó semanas en la intendencia doméstica y una vez concluida abordó la emocional. Necesitaba explicarle a Pablo qué había sucedido aquellos meses y empezó a escribir una carta larguísima. La respuesta de Pablo no se hizo rogar. Como si los 129 kilómetros que separaban ambas ciudades los hubiera recorrido con el pensamiento, llegó un escrito donde retrataba su trabajo mediante una exaltación tan ambiciosa como vacua. Junto a la firma, Pablo dejó entrever también bastante añoranza. « Me falta el olor a vainilla de tu cuello, los ríos de tu pelo surcando el mar de tu espalda, tu labio superior mordiéndome la boca…» .

Aun sintiéndolas, estas florituras se debían a sus progresos en el lenguaje a fuerza de llenar páginas de guiones que, de momento, solo guardaba en una caja bajo su cama. Esta clase de romanticismos los administró en varias de sus cartas y terminaron prendiendo donde él deseaba.

Mediado el mes de octubre, México había superado la perturbación de sus fiestas, y Edwina ya había inaugurado con gran éxito La Orgía Dorada. Era el momento de tomar la decisión.

—Hugo, me marcho unos días a la capital —planteó Aurora resuelta.

45

Edwina abrió su club aprovechando las fiestas del Día de la Independencia, cuando los hoteles y los restaurantes de D. F. rebosaban y en las calles todo era algarabía y emoción.

Esa noche los faros de los vehículos sangraban la avenida Juárez, costando dilucidar a dónde dirigían los pasos sus ocupantes, si a los Salones Capri —cabaré favorito de la clase alta ubicado en la entreplanta del hotel Regis— o a La Orgía Dorada, puesto que ambos distaban unos metros.

Su inauguración se publicitaba en las páginas de sociedad con abundancia y los Salones Capri anunciaban actuaciones de Pedro Vargas y la orquesta de Agustín Lara. Pero Edwina aseguraba tanta estrella en su club que a él terminaron acudiendo los hombres pudientes para comprobar la certeza del rumor. De madrugada no se oía otra cosa por las calles de la ciudad: en La Orgía Dorada uno jode a cualquier artista, a precio de ramera.

Había trabajado muy duro para cimentar su primer triunfo. Ella y un par de cirujanos, para quienes el reto de transformar unos rostros más o menos agraciados en imitaciones del celuloide fue un estímulo. Antes, la *madame* convenció a unas cuantas figurantes desencantadas de que su estrellato debía brillar en otros escenarios. Localizó a los mejores plásticos de México y acudió a sus consultas con un sobre repleto de fotografías como señuelo.

—¿Cree usted que podría parecerme a ella? ¿O mejor a esta otra?

—La estructura ósea de ambos rostros es menuda y sería una labor difícil, pero sus ojos se asemejan a una estrella llamada María Elena Marqués. Si a usted le extraemos las muelas del juicio y elevamos las cejas…

No necesitaba mayores aclaraciones. Así confirmaba que en ese «doctorcito» moraba un vanidoso doctor Frankenstein, subyugado por los experimentos con los que Hollywood embellecía a sus mujeres.

Estudiando fisonomías terminó asemejando cada una de las pupilas a una artista. Tras meses de injertos, rinoplastias, electrólisis en el nacimiento del cabello, arreglos de dentadura y demás, cualquier estudio cinematográfico hubiera envidiado el catálogo de La Orgía Dorada.

E igual que en Veracruz, adiestró bien a sus nuevas putas: clases de danza y

música, de buenos modales, urbanidad y psicología, deporte en el gimnasio y en la cama. Aprendieron a maquillarse y a domar sus cabellos. A diario iban al cine para copiar la gestualidad de unas actrices cuyos ademanes mimetizaban de forma exquisita.

—Platiquen con sus admiradores. —La alemana se resistía a llamarles clientes a fin de suavizar el terreno a las primerizas—. No me agarren las prisas por ir al reservado. Antes les escuchan sus tristezas.

Allí estaban en su primera noche, aireando unos trajes en raso, seda o satén, Andrea Palma, Susana Guízar, Adriana Lamar, Vilma Vidal, Lupe Vélez o Isabela Corona, nombres inmortalizados por la gran pantalla que excitaban a los señores nada más pronunciarlos. En La Orgía Dorada no faltaban ni la americanizada Dolores del Río, que acababa de retornar a D. F., ni una actriz a quien Edwina había descubierto en su debut —*El peñón de las ánimas*— y en cuyos penetrantes ojos advirtió futuro como para rastrear también su doble. Se llamaba María Félix.

—Eres talentosa, güera —halagó Noel Cigarroa ese estreno. Se había trajeado en mil rayas y parecía alguien importante—. Ya era tiempo de que las viera así, parecen las de veras.

—De carne y hueso son, por tanto, tan reales como tú y yo.

—Cuentan que Dolores del Río anda hoy en el Regis.

—No tiene caso. Por lo pronto, la mía luce bien curiosita.

—¿La pruebo o me quedo en las mismas? —trató de encizañar.

Edwina, pendiente de que todo fuera a la perfección, dirigió un vistazo de reprobación al consentidor de sus negocios.

—¡Ah, saliste prejuiciosa! —dijo él carcajeándose—. Suerte que tus nalgas me tienen prendido. ¿Serás tú la única valiente de aventarse al ruedo conmigo?

—Sin pesos por medio, seguro —zanjó Edwina.

Mientras ellos polemizaban, la orquesta cambiaba de ritmos y los hombres, obnubilados, de pareja. Por supuesto, no eran tan ignorantes ni andaban tan borrachos como para creerse que ceñían a la original; pero la fidelidad de las copias resultaba tan alta que asumían felices el engaño de acostarse con una afamada actriz aun sin serlo.

La clientela de La Orgía Dorada no paró de engrosar en los días siguientes. Entre sus visitas había altos cargos políticos, prohombres de la judicatura y la empresa, que antes frecuentaban el cabaré Ciro's o los salones Capri y ahora habían cambiado sus gustos de repente. Ningún español, por cierto. Puede que algún comerciante de la antigua colonia, pero desde luego no los refugiados. Ni aunque hubieran arraigado lo suficiente como para participar también de la vida lúdica de Ciudad de México.

Eran dos mundos. Una ciudad vitalista a pesar de la guerra y, dentro de ella, una isla llamada España escindida en dos mitades.

El entretenimiento de una de ellas gravitaba en torno al Casino Español. La otra se recreaba en las tertulias, testigos de una memoria que les vertebraba a modo de comunidad. En ellas encontraba su diversión Pablo hasta que la carta de Aurora volvió a ocupar la mitad de su cabeza y regresó a las andadas: a fabular sobre el tipo de vida que le hubiera gustado ofrecerle.

—¿La avenida Morelos queda cerca? —preguntó Aurora al taxista.

—Nomás a unas cuadras volteando en Reforma.

—¡¡Lléveme hasta allí!! —ordenó.

Así brotó el impulso, pues su primera intención había sido acudir al hotel Imperial donde se hospedaba Edwina. Y donde se alojaría ella.

El conductor callejeó por la colonia Guerrero, hasta entrar en una vía cuyo número 36 resultó como lo hubo descrito Pablo en sus misivas. Esas que llegaban a Puebla casi a diario. En ellas hablaba de un coqueto apartamento donde daba forma a unos guiones que, según informaba, había empezado a rodar. « Me han contratado en Empire Productions y me auguran un gran futuro. ¿Lo querrás compartir conmigo?» . Aurora ignoraba qué le depararía el suyo, pero no cabía duda de que este paso les acercaba muchísimo.

« Planta 3.ª, puerta izquierda» . Ahí se dirigió ella, maleta en mano. Subió las escaleras de dos en dos y su corazón desatado pulsó el timbre.

—Supongo que Pablo Aliaga no estará en casa —soltó a la mujer que abrió la puerta—. ¿Y el señor Morayta?

—No sé por quién pregunta usted —declaró ella un tanto desconfiada.

—¿No es esta su residencia?

—No, señorita, ¿qué caso tendría mentirle? Tengo años aquí y nunca oí esos nombres.

—Quizá me equivoqué de piso —dijo Aurora echando mano al bolso, en busca de una nota donde comprobar la dirección.

—¿Qué tal si prueba en el bajo? —sugirió la mujer—. Admiten huéspedes.

El bajo olía a humedad. Era una vivienda interior con escasos muebles en la que aletargaban media docena de hombres, mientras unas mujeres trataban de mantenerse activas para entrar en calor. Hacía frío y el lugar la estremeció.

—Adelante —anunció la patrona indicándole un cuarto en el que cabían dos catres, un par de sillas y un tablero adosado a la pared—. ¿Quiere guardar su maleta?

—¿Esta es su alcoba? —preguntó Aurora.

—¿No pregunta usted por Pablo y Miguel? —respondió la patrona.

—¿Viven aquí… con los demás?

La mujer se cruzó de brazos. Tuvo la impresión de que, siendo española, no formaba parte de ellos.

—Son refugiados —aclaró la mujer—. Su estancia no es una visita de

cortesía.

—¿No trabajan? Lo digo porque los veo ociosos…

—¿Sabe cuánto les entrega su gobierno para que puedan subsistir? Un peso y medio al día. Las autoridades les restan las mantas, el plato y la cuchara. Cualquier medicina vale dos y si enfermaran, nadie les atendería porque no podrían costearse los diez que cobra el peor de los matasanos. Salvo que conocieran a algún compatriota médico que consintiera tratarles gratis —soltaba su cruda retahíla de tirón—. Por cierto, ellos sí encuentran trabajos, pero si estos pobres no buscan empleo es porque ni ropa tienen. Se intercambian los zapatos y los trajes, y abandonan la casa por turnos. Claro que usted los juzga « ociosos» .

—Perdón, no imaginaba… —se disculpó Aurora.

—¿Va a dejar su maleta o no?

Salió del edificio avergonzada. Incapaz de precisar qué le turbaba más, si la mentira de Pablo ocultando la humildad en que vivía o su propia indolencia a la hora de valorar unas existencias míseras y desarraigadas.

Aurora tomó un taxi a las Lomas de Chapultepec. Necesitaba hablar con él. Preguntarle por qué no se había sincerado. Entendía que labrarse un futuro no representaba una tarea fácil y Pablo había logrado lo más difícil: abrirse paso. Por tanto, la alegría en sus sueldos llegaría tarde o temprano.

De camino se detuvo en el hotel, consignó su equipaje y escribió una nota a Edwina anunciándole su presencia. Un rato después el vehículo cruzaba los estudios Empire Productions, adentrándose en un universo paralelo al real.

—¿A poco es usted actriz, señorita? —interrogó el taxista.

—¡No! Yo solo… Oh, no…, ¿cómo cree?

Abonó el importe y trató de ubicarse en aquel laberinto de decorados.

« ¿Los foros? Están al final» , fue la respuesta de un operario a su pregunta. Tomó ese camino y reconoció en él algunos artilugios que, en proporciones distintas, había visto en el rodaje de *Carne de fieras*. Le sorprendió el contraste entre el envoltorio relumbrante del cine y aquellas tripas de cartón piedra. Superó los almacenes de vestuario y los camerinos; en cada estudio que encontraba preguntaba por Pablo, pero sus interlocutores se encogían sistemáticamente de hombros, asegurando que allí nadie conocía a nadie. Que los empleados entraban y salían, pues tal era la tónica del trabajo.

Empezaba a dudar si no habría sido una temeridad venir desde Puebla sin avisarle, cuando alguien golpeó su hombro.

—Perdón —se disculpó el chico anterior—. Ahorita recuerdo que en el foro 8 trabajan unos españoles. Nomás les dicen chichicuilotes, porque no cesan de hablar entre ellos.

Allá que se encaminó Aurora, convencida de que aquellos parlanchines no podían ser más que Pablo y Miguel Morayta. Ni siquiera sabía cuál era el título de la película que estaba dirigiendo, pero qué importaba cuando iba a

reencontrarse con él. Hacía nueve meses que no se veían. Demasiados días desiertos de besos, seguidos unos de otros.

—Apúrese —susurraron nada más entrar—. De mirona no puede estar. ¿En qué escena sale usted?

Le hablaba una mujer madura, con gafas graduadas y el pelo recogido en un moño. Abrazaba un guion del que apenas apartaba la vista.

—No, yo… creo que… —Aurora nunca había balbuceado tanto.

—¿Qué tal si se mueve? —interrumpió la script—. Porque aprender a hablar le tomará más tiempo. ¡Híjole! ¿Y ustedes quieren ser actrices?

La mujer le cacheteó el trasero con los papeles y se esfumó en dirección al set. Aurora decidió acercarse hacia donde se dirigía ella, aprovechando que podía guarecerse entre los claroscuros de la nave. Los parámetros laterales eran negros y el techo, un entramado de rieles de donde pendían focos y otros ingenios cuya utilidad no supo descifrar. Al fondo distinguió la recreación de un salón de lujo, presidido por una imponente escalera. En lo alto, una mujer envuelta en lamé plateado se erguía rectilínea. A sus pies había un grupo de actores que simulaban disfrutar de una fiesta.

—*Are you right, miss* Vélez[9]—?, gritó una voz desde la silla del director.

—*Bored of waiting!! Hollywood directors are faster… and smarter*[10].

—Lupe, relájate —recriminó otra voz masculina—. Estás hermosísima.

—Déjense de pendejadas o tráiganme una tragadera. ¡Tengo hambre!

—*Could someone get me a coffee*[11]?

—¿Que no oísteis? Un café al *boss*. Ahora, que para luego es tarde.

Los peones se movieron deprisa, pero uno de ellos entrampó sus pies entre el cableado eléctrico y cayó al suelo, arrastrando con él varias bandejas de copas de atrezo.

—¡Valientes pendejos! Para eso no os preciso —gruñó el productor—. ¿Dónde está el limpia?

Un joven entró cargando un cubo. El trabajador se estudió las palmas de las manos antes de empapar la mopa. Lo hacía de forma instintiva, sin pensar que le estaban esperando, interesado en comprobar si seguían creciendo las callosidades de las últimas semanas. Le desagradaban. Constituían el peaje de un trabajo manual que, por muy digno que fuera, él no merecía.

—¿Quieres baldear de una vez, españolito? —insistió el productor—. No sé en qué andarías en tu tierra, pero aquí eres peor que nada. ¡Aligera!

Aurora clavó sus ojos en el mechón de pelo que acababa de retirarse de la frente. Y en ese mono azul sobre un cuerpo que creía conocer bien. Ni siquiera sintió compasión cuando le humillaron, pues le pudo el escarnio de saberse estafada. ¿Cómo había tenido la desfachatez de inventarse las cartas donde detallaba su trabajo como director de cine, para ocultar que en verdad era un

limpiador de pacotilla? ¿Por qué la había engañado? Qué sentido tenía cuando ella hubiera aceptado con dignidad todo empleo que él tuviera; no la conocía si pensaba que era preciso embaucarla mediante esas ínfulas infantiles. Pero lo infame fue darse cuenta de la de cosas en su vida que había estado a punto de sacrificar por quien no lo merecía.

De repente, se vio ridícula en mitad de aquel estudio y deseó salir de allí sin ser reconocida. Hacerse invisible.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó un hombre en la entrada. Ella se limpiaba las lágrimas con los guantes.

—Algo mareada —se excusó ruborizada—. Discúlpeme, tengo prisa.

Había visto a Aurora nada más entrar y le había extrañado la sobriedad de su traje azul. Las aspirantes a actrices solían lucir ropa más llamativa, pero ella parecía una dama fuera de contexto. De espaldas la consideró bella; de frente, era imposible dejar de mirarla.

A pocos metros, el suelo había quedado impoluto. Mientras tiraba del cubo, Pablo apreció cierto olor a vainilla y le sacudió un escalofrío.

—¿Me dispensaría acercarle a algún sitio? —preguntó el mismo hombre en la puerta principal de los estudios.

—No se moleste, ya me las arreglo yo —rechazó Aurora.

—Aquí no alcanzan los transportes públicos —insistió él—. Créame, los automóviles llegan como las oportunidades y no repiten.

Ignoró por qué, pero su persistencia le arrancó una sonrisa y Aurora subió a su Pontiac blanco. Descendieron las Lomas serpenteando una ladera repleta de formidables mansiones de estilo californiano. Durante el viaje ella apenas habló, más que para apostillar las apreciaciones que realizaba quien se había presentado como Diego Espejel Briz.

—Nací en Monterrey —confesó el hombre—, pero me siento capitalino. ¿Cree que existe un palacio en todo México más lindo que el de Bellas Artes? Dé por seguro que no.

Era la primera vez que veía la ciudad desde las afueras y Aurora constató cuán distinta se mostraba respecto de su Veracruz. Aquí las mujeres no lucían la cadencia de la costa, ni las coloridas sedas del trópico. No había flores en sus cabezas, sino coquetos sombreros a juego con unos estructurados trajes sastre a los que paseaban imprimiéndoles aires masculinos. La capital había ido embebiendo la vocación igualitaria entre los sexos y estas mujeres ya no eran las abnegadas y sumisas del porfiriato; ahora buscaban equipararse a los hombres, no solo en su aspecto.

Aurora también saboreó durante el paseo en coche los contrastes de una sociedad consumista, que lo mismo ofertaba la última tecnología en sus escaparates como, en plena calle, pregonaban su mercancía los talabarteros, los

zapateros remendones o los cilindreros. A pocos metros, los vendedores de tripas, café negro, alfajores de coco, buñuelos y aguas frescas de piña, chía o tamarindo congelaban las costumbres de comienzos de siglo.

—¿Le placería un café en Sanborns? —La voz profunda de su acompañante la sobresaltó—. Si no conoce el establecimiento de los azulejos, merece la pena.

A punto estuvo de aceptar, pero valoró la conveniencia de encerrarse en el hotel, darse un baño y recuperarse.

—Otra vez será —fue su respuesta, tan cortés como distante.

Diego Espejel Briz aparcó en la puerta del hotel Imperial, descendió y ceremoniosamente abrió la portezuela del auto. Entonces ella se dio cuenta de su estatura. Aventuró que sería de una edad parecida a la de Hugo; con bigote, labios carnosos y un cabello canoso, peinado hacia atrás. Sus ojos oscuros no tenían rasgos mestizos; parecía más europeo que mexicano. Corpulento, fornido y en conjunto elegante. Ahora comprendía que había compartido la intimidad del vehículo con un desconocido y eso le hizo ruborizarse.

—¿Me permite una cuestión? —indagó, y ella asintió—. ¿Qué estaba haciendo en Empire Productions?

—¡Ah, nada! En realidad… me equivoqué yendo allí.

—Pero la respuesta es sí.

—¿Cómo dice?

—¿Reconoció a la actriz de la escalera? —continuó Espejel—. Es Lupe Vélez. Todo Hollywood cae rendido a sus pies, aunque aquí apenas sea recordada por sus trabajos en el teatro. Se encuentra en los estudios porque rueda un film de la RKO, ya que América está desabastecida a causa de la guerra. Le parece bella, ¿verdad? Usted la aventaja.

—No le entiendo —se sinceró Aurora.

—Si acudió buscando una oportunidad…, nada me daría más gusto que ofrecérsela.

—Creo que se equivoca conmigo —replicó muy digna.

El hombre tomó la cartera del bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una tarjeta que guardó entre las manos de Aurora, después de besarlas.

—Cada cual hace de su vida un papalote. ¿Por qué no suelta cuerda al suyo a ver hasta dónde llega, señorita…? No me ha dicho su nombre.

Aurora inspiró una bocanada de aire que la dejó exhausta y ella misma se sorprendió de lo que surgió después.

—Señorita Velier —susurró—. Vera Velier.

46

—Nomás acabes el jugo nos marchamos —propuso Edwina a Aurora—. Y haz de rogona, que yo soltaré la lana.

—¿Para aliviarme el mal de amores?

Aquella madrugada, cuando leyó la nota que Aurora le había dejado, aporreó la puerta de su habitación. Aún no había tenido ocasión de ojear sus últimas cartas, porque se le acumulaba el trabajo en La Orgía Dorada, de modo que encontrársela resultó un regalo. No obstante, Aurora estaba deshecha y tuvo que relatar el motivo de su desilusión para que Edwina la entendiera. « Te advertí que ese muerto de hambre no era para ti. ¡Olvídate de él!» , repetía mientras la joven se quedaba dormida en su regazo.

Dejaron el hotel rumbo a El Palacio de Hierro, unos grandes almacenes de la capital, porque la vida también se sustentaba de retazos frívolos, como elegir un par de zapatos o unas medias de la mejor seda.

—¡Tiene un enorme escote en la espalda! —exclamó Aurora al descubrir el traje que traía Edwina entre las manos—. Me daría vergüenza usarlo.

—Salir desnuda a la calle y que no volteen a mirarte. Eso sí es vergüenza.

Durante el día hablaron y rieron; Edwina tenía la virtud de darle la vuelta a todo como un calcetín. Aurora no sabía dónde había acopiado las fuerzas para enfrentarse a los últimos avatares sin tenerla cerca, y supo que ya no podría apartarse de ella a no ser por obligación y por poco tiempo. Cerca de las primeras tiendas que pisaron se levantaban, magníficos, los edificios de la competencia: el Centro Mercantil —una soberbia construcción art nouveau, cuyas cristaleras Tiffany eran referente del centro histórico— y el Puerto de Veracruz. Y hasta ellos acudieron también, aprovechando que al bolsillo de Edwina se le había abierto un agujero por el que se escurrían sus ahorros con ligereza.

En aquellos templos uno encontraba cualquier cosa que imaginara, desde aspiradores supersónicos, batidoras, picadoras de carne y cojines eléctricos, hasta perfumes franceses y ropa de importación. Después de mucho mirar, compraron una línea de maquillaje Max Factor y lencería fina, ya que la alemana se había empeñado en transformar a Aurora en una mujer hecha y derecha. « Se le va largando el españolito de la cabeza, como hay Dios» ,

rumiaba para sus adentros. Por último, adquirieron obsequios para los niños y un sombrero elegantísimo, con el que Hugo mitigara las frías madrugadas de Puebla.

—Apenas sale de casa —lamentó Aurora—. Le abochorna ser cojo.

—Todo se va a componer, mija. Por lo pronto, habrá que buscar una pierna postiza —dijo Edwina tratando de apaciguarla.

—¿Tú crees que aceptará usarla?

—¿Pues qué caso tiene trinar de rabia? Vamos a almorzar y ahí platicamos.

Así fue. Dentro del bar La Ópera aderezaron su compromiso de localizar la mejor ortopedia de D. F. con unos tamales y un plato de caracoles en salsa de chipotle para chuparse los dedos.

Seguidas por un propio que cargaba decenas de paquetes, aparecieron en el *hall* del Imperial entrada la tarde. Orgullosa Edwina y bastante apaciguada Aurora, porque su amiga había sido capaz de adormecer el mal recuerdo de Pablo.

Nada más entrar, le reconoció. Estaba pagando la consumición, mientras se colgaba la gabardina del brazo. No dejaba de ser caprichosa la coincidencia, pero puesto que no le apetecía saludarle, Aurora se encaminó al ascensor.

—Llegué a pensar que usted había sido un espectro —dijo tras darle alcance.

—¡Ah! ¡Es usted, qué sorpresa! —declaró falsamente Aurora.

—La misma que manifestaron aquí en la mañana cuando solicité el número de habitación de la señorita Velier.

—Oh, yo… siento…

—Aquí entre nos —dijo acariciándole el antebrazo—. Puede llamarse como se le dé su regalada gana si acepta cenar conmigo.

La alemana los observaba y, aunque se moría por acercarse, decidió dejarla hacer.

—La recogeré a las siete y media —oyó zanjar al mexicano, según se dirigía a un botones chasqueando los dedos. Entonces cruzaron la consigna una decena de centros florales—. Una lástima que se marchitaran, ¿no cree? ¿Sería tan amable de indicarles su habitación, señorita Velier?

Con igual ironía Diego Espejel Briz le besó la mano y la saludó rozando el ala del sombrero.

—¿¿Dijo Velier?? —preguntó Edwina anonadada.

—En efecto. Olvidé decirte algo ayer —se excusó Aurora muy sonrojada.

—Platícamelo de volada, niña.

—No sé qué tanto te vaya a gustar.

—Seguro que nada —sentenció Edwina.

Mientras las dos amigas desgranaban los detalles del encuentro con Diego Espejel la tarde anterior, Pablo no daba una a derechas.

Se sentía incapaz de capitanear tanto sus pensamientos como sus manos. La resulta de este caos fue una de sus peores jornadas en Empire Productions, y eso que su única responsabilidad era mantener el suelo limpio de pisadas cuyo reflejo, de producirse, arruinaba la toma en cuestión.

« O espabilas o el patrón te va a correr, bajándote del cerro a tamborazos» , le alertaban sus compañeros. Pero él no tenía más cabeza que para Aurora.

Allí se había metido su olor a vainilla veinticuatro horas antes. Agazapado en algún escondrijo fue tomando carta de naturaleza, hasta que el aroma le golpeó en plena mandíbula. Sucedió al abrir la puerta del bajo de Morelos.

Pablo había cogido la llave que guardaban en una escuálida planta, junto a la entrada, para no molestar con sus idas y venidas a los de dentro, y al cruzar el umbral entendió que no andaba fantaseando.

—¿Quién ha venido? —preguntó a la patrona, que espulgaba lentejas.

—¿Te refieres a la chica, muchacho? No dijo cómo se llamaba.

Ni falta hacía. Enseguida dedujo que Aurora había estado en el mugriento cuarto que compartía con Miguel Morayta.

—¿Se lo ha mostrado? —insistió Pablo.

—¿Qué iba a hacer? —replicó ella—. Pensé que venía a hospedarse. Aunque debería haberme dado cuenta de que nadie con su ropa viviría aquí.

—¿Y qué dijo?

—Nada, se marchó.

—¿Dónde?

—¡Qué sé yo!

—¿No dejó una nota? —preguntaba nervioso—. ¿Una dirección?

—¿Te crees que somos todos como tú? —zanjó la mujer, y echó la legumbre a la olla—. ¡Rellenando folios que a saber a qué basura irán a parar!

Después de esto, Pablo carecía de fuerzas para asearse y menos para ingerir bocado. Borracho de vainilla, aguardó a que Miguel Morayta volviera para desahogarse con él. Por suerte, a este le crecían los proyectos y, tal y como aseguraba a su pupilo, pronto tiraría de él en alguno de ellos.

—A ver quién te asegura que fuera ella —le dijo al conocer sus sospechas.

—Lo sé —habló Pablo con rotundidad.

—Será un pálpito, pero no una certeza. Los enamorados veis al otro en todas partes.

—Era ella. Ya sabe que la he engañado.

—¡No haberlo hecho, mequetrefe! Se puede ser más estúpido, pero entonces no hubieras nacido. ¡Bah! Si te quiere le dará lo mismo que pases el mocho o que andes con una claqueta entre las manos.

Los días siguientes Pablo apenas pudo dormir y, al terminar su tarea en los estudios, se dirigía sistemáticamente al café Tupinamba a desglosar la vida con otros refugiados para borrar el recuerdo de Aurora, según resucitaba el de

España. Lo hacía gritando en la tertulia hasta desgañitarse. Hasta quedar afónico de tanto clamar por una patria que ya ni conocía.

No solía hablar con Morayta de esas cosas, porque sentía que su amigo se iba alejando, al tiempo que enraizaba en México. Lo contrario a él.

Bien es cierto que cuando contemplaba lejano el reagrupamiento familiar y la posibilidad de labrarse un porvenir aún oscuro, también Morayta tuvo la tentación de huir. Incluso pensó en incorporarse a la milicia guatemalteca, a través de un contacto del Ejército de la República que había alcanzado un elevado escalafón en el país. Sin embargo, una caprichosa *baraka* le hizo desistir. Fue al principio de la primavera.

—Tendrás que soportarme por algo más de tiempo —le confirmó a Pablo al regresar de la embajada, donde había ido en busca de visado—. Mi contacto en Guatemala ha muerto ajusticiado al promover un golpe de Estado.

—Extraños amigos los tuyos —valoró Pablo.

—Ya sabes: colegas hasta en el infierno.

Poco después, Miguel cuajó su primer trabajo como supervisor general en *Dulce madre mía*, un rodaje de escaso dinero en el que no pudo contar con Pablo. Por suerte para este, llegó su colaboración con Juan Orol, y ya no se sintió tan solo en aquel México que le parecía demasiado grande.

—Esta noche vamos a Ambassadeurs a cenar, Pablo —le sorprendió al llegar del trabajo—. ¡A ver si te quitas esa cara de una vez!

Salvador Bartolozzi y Magda Donato los estaban esperando.

Los artistas se habían conocido en 1914, cuando Salvador festejaba el parto del tercero de sus hijos. Veinte años se llevaban y, por entonces, el ilustrador estaba casado. Era uno de los pinceles más reconocidos del país, creador de personajes inolvidables, en especial, para el público infantil.

Al principio, aquel hombre de aspecto severo ignoraba cómo catalogar el sentimiento inspirado por esa joven —casi adolescente— rebelde, entusiasta, delgada y guapa a rabiar. Le gustaba, sí. Pero solo pensarlo se le hacía un sacrilegio. Una emoción contra natura.

Magda pertenecía a una acomodada familia judía que le había reportado la más exquisita educación. Su nombre auténtico era Carmen Eva Nelken, hermana menor de Margarita —una de las primeras diputadas a Cortes— y a quien la madre de ambas, por cierto, solía ponderar en demérito de Magda. Esto la apremió a adoptar un seudónimo que la distanciara de su terca sombra. Siempre tuvo una existencia bohemia, aderezada por su talento prodigioso para el humor y el absurdo: participaba en compañías teatrales de vanguardia, ejercía como ideóloga militante feminista, además de firmar unos reportajes novedosísimos y muy provocadores en *El Imparcial*. La unión entre ella y Bartolozzi propició una de las parejas más creativas en la España de preguerra.

Esa noche estaban sentados en Ambassadeurs, cogiéndose las manos como adolescentes. Como si acabaran de conocerse.

—Deja ese mohín en la puerta, Pablito —advirtió Bartolozzi levantando la copa—. Hoy es día de alegrías porque nuestro *Pinocho* camina a buen ritmo.

Le costaba mucho hablar. En las últimas semanas le habían aparecido unas llagas en la lengua y, por más que se esforzara en vocalizar, sus palabras no sonaban todo lo fluidas que él hubiera deseado.

Magda le limpió un hilillo de baba. Después besó su mejilla. Se negaba a mencionar los miedos que le despertaba su dolencia. Por otra parte, el gran éxito que estaba alcanzando la película basada en el dibujo de *Pinocho*, creado por Bartolozzi en 1924, era tal que no deseaba empañar su triunfo. Él estaba pletórico y cargado de planes. No sospechaba que un cáncer en la boca le roía la salud.

—Deberíamos desarrollarlo en dibujos animados —anotó decidido.

—Walt Disney ya hizo una película sobre *Pinocho* hace un par de años —dijo Magda Donato—. Claro que el tuyo es inmejorable.

Ella también trabajaba a buen ritmo: había asumido el guion de la película, escribía en *La Mañana* una sección infantil y su retorno a los escenarios como actriz la tenía muy ilusionada.

—¿Qué le pasa a Romeo? —increpó a Pablo—. ¿Mal de amores?

Bastante avergonzado, pero espoleado por los tequilas, Pablo le relató sus tribulaciones. Solo una mujer podía entender lo que turbaba a otra.

—El engaño y la mentira son viles y rebajan a quien los practica —sentenció ella—. Sea hombre o mujer.

—¿Y?

—¿Se puede ser más patán, Miguel, que este protegido tuyo?

47

El sábado 10 de octubre Aurora cenó con Diego Espejel Briz. El domingo almorzaron en San Angel Inn, y disfrutaron de los corridos en la plaza Garibaldi. El lunes tomaron chocolatito y *petit fours* en La Flor de México y un tournedó el martes, en Sylvain. A bordo del Pontiac blanco recorrieron una urbe que a veces parecía París, otras Viena y de vez en cuando Berlín. Como un puzle hecho de trozos de otras.

Durante los paseos, el mexicano fue desgranando la procedencia gremial de algunas colonias: Santa María de la Ribera, habitada por comerciantes y abogados; Roma y Condesa, con sus artistas bohemios; el estilo modernista de la Juárez. En la colonia de los Arquitectos visitaron la cantina del frontón Jai-Alai y, en la Bolsa, avistaron las prostitutas que la poblaban en los últimos años. Aunque peor fama arrastraba Santa Julia, en cuyas calles se había escondido tiempo atrás uno de los malhechores más temidos de México, El Tigre, quien se había revelado tan escurridizo que la policía solo pudo detenerle cuando le sorprendió defecando en plena vía.

Espejel relataba como un sabio y a ella le admiraba que le dedicara tanto tiempo sin saber bien por qué. Tan pronto hablaba de lo magnífico que era el edificio de Correos o de la plaza de toros El Toreo —en Condesa—, con esa voz redonda de galán de cine, como le mostraba la pulquería El Templo del Amor o la fachada del club nocturno Río Rosa. Su pedagogía emulaba a esos guías a quienes una mano invisible da cuerda para ponderar lindezas.

Le contó que D. F. amanecía temprano. A las seis de la mañana, las mujeres indígenas ya vendían flores y legumbres en canastos, a las puertas de los mercados, tras moler y amasar el maíz de sus tortillas. « ¡Tamales calentitos! Se mercan patos y henequén. Jabón de Puebla. Se lustran zapatos. ¡Última edición de *El Nacional*! ¿Sillas que entubar?», oyó corear Aurora antes de que los ahuehuetes del Bosque de Chapultepec sacudieran las ramas sobre su cabeza a media tarde del martes.

—¿Tiene frío? —preguntó Espejel quitándose la chaqueta y ofreciéndosela—. Dispénseme, pero si lo pido por adelantado sé que iba a rehusarse. Por ello tomé la libertad de traerme esto.

Todo el día había arrastrado consigo una pequeña bolsa y ahora extraía de su interior lo que le permitiría contemplarla como llevaba tiempo deseando.

—No sea prejuiciosa y pose para mí —le rogó.

Ella no supo qué decir. La situación le recordaba a otra años atrás. En otro parque. Distinta capital. Y frente a ella un hombre con una cámara de fotos en sus manos, igual que entonces. El secreto insondable de un objetivo que la observaba como si, aparte de retratarla, escondiera otra función. La de robar parte de ella y guardarla entre sus minúsculas tripas de metal.

Por supuesto, no pudo negarse. Las fotografías de Diego Espejel la captaron vestida con un suéter verde hierba sobre una falda *evasé*. La melena sacudida por un viento intempestivo y el rostro bastante ruborizado, dado lo extraño del contexto. Él agradeció muchísimo su colaboración y, al caer el día, la dejó frente a la puerta giratoria del hotel Imperial.

No pudo dejar de pensar en él esa noche. Lo hizo desde el desconcierto de no interpretar para qué quería sus fotos. ¿Era un simple acto de fetichismo o albergaba algún afán que se le escapaba?

Al día siguiente Aurora no tuvo noticias del mexicano. Su presencia había sido tan absorbente que su desaparición la lastimó. Pero no tanto porque extrañara a quien sin duda se había comportado como un caballero, sino porque se sospechaba manipulada. ¿Qué había tratado de obtener con sus atenciones? Unas simples fotos. ¿Y para qué?

Menos de una semana y Aurora sumaba las decepciones a pares. A punto estaba de retornar a Puebla cuando recibió aquel sobre.

La sala olía a sudor y a cerrado por más que una de las trabajadoras aireara el ambientador a cada tanto. « Ahorita huele buenísimo» , festejaba.

Ella ni se movía, después de encajar la cabeza sobre la butaca tal y como le habían recomendado, para que el trabajo fuese impecable. De pronto sintió un aliento sobre su rostro y abrió los ojos asustada.

—¿Usted quién es, muchachita? —le preguntó una mujer bellísima.

Aurora trató de responder, pero no le salían las palabras.

—Le parezco una metiche, ¿verdad? Pero si no… no sería Lupe Vélez. Al público le gusto maleducada. Tengo años fuera de México y no reconozco a nadie. Es nueva, ¿a que sí?

—Me llamo… Vera Velier —respondió.

—¡¿Ya agarró nombre postizo?! Hace bien, no está el cine para flojas.

—Solo vengo a una audición —se excusó. Le daba vergüenza reconocer que era una más de las meritorias que pasaban por la sala de maquillaje.

—¿Sabe? Hoy me cogió de buenas, vamos a platicar usted y yo.

Con una subida de cejas, la actriz rogó a la maquilladora que se apartase.

—Por lo pronto, esa que acaba de irse debe de ser su mejor amiga —aseguró

—. Venir la primera y salir la última, eso tiene que hacer usted. Nadie retrata linda sin un *nice makeup*.

A solo veinte centímetros, Aurora podía distinguir unas arruguitas en torno a sus ojos, pero en un primerísimo plano seguía siendo muy hermosa. Lupe Vélez tenía treinta y cuatro años y había vivido mucho: llevaba desde los dieciséis subida a un escenario y se notaba.

—Le enredó este veneno, ¡eh! Pues ya ni modo. ¿Qué tan vieja es?

¿A quién se le puede exigir gran sensatez a los veintiún años?, pensó ella de pronto. Si la pregunta era para descubrir qué hacía allí, entonces la actriz había logrado perturbarla. En el fondo se estaba permitiendo una ligereza. Eso era colocarse delante de una cámara, una frivolidad. Ponerse a prueba no ante los mandamases de un estudio, sino ante sí misma. Asomaba también en el hecho de prestarse a ello cierta vanidad. Por supuesto. Un ego que se había inflado al abrir el sobre que le había remitido el *general manager* de Empire Productions donde incluía, junto a la copia de sus fotografías, una nota y un cuadernillo mecanografiado. Cuando lo recibió estaba con Edwina, que la miraba de reojo recelosa.

—¿Esa eres tú? —le preguntó su amiga al ver las fotos.

Solo con mirarla, Aurora interpretó no solo su disconformidad con las imágenes, sino el disgusto de lo que a la larga pudieran acarrear.

No debía preocuparse. Al fin y al cabo, los rostros de los carteles no eran de mujeres, sino de divas, y ella era solo una mujer. « Su papalote ha emprendido vuelo. Por favor, no tire del hilo, déjese llevar —apuntaba Diego Espejel en su escrito—. Un chófer la recogerá en la mañana. Lea estos textos y trate de memorizarlos» . Diálogos de un guion con algunas frases destacadas que ahora, en silencio, repetía mentalmente en un bucle. Puede que por eso le costara concentrarse en la verborrea de Lupe Vélez.

—Tiene que saberse bella y mostrar personalidad —le hablaba la actriz—. La cámara es lista y ve la duda y el miedo. Agárrele confianza. Hágase como que no mira y no podrá quitar los ojos de usted. ¿Está enamorada?

—¿Cómo dice? —se sorprendió Aurora.

—Siempre es más fácil. Menos cuando una se ha casado con un asqueroso gusano llamado Johnny Weissmuller, que tantito nombrarlo me pone de malas. Nos la pasábamos peleando todo el día, porque él vive para su físico y solo quiere ser venerado. Soy brava y, por suerte, me divorcié. Como dije a la mamá de mi anterior novio: « Quédese con su niño, porque a mí lo que me sobran son hombres» . ¿Sabe quién era, mija? Gary Cooper. No había salido de las faldas de su madre y yo no andaba para criar. Todavía le amo, pero qué caso tiene decirlo ahora. ¡Eh! —llamó a la maquilladora—. No te quedes como una estatua, habrá que terminar a esta princesa, ¿no?

Un pequeño set al resguardo de curiosos. Una banqueta frente a la cámara y el equipo más reducido con el que pudieron contar, para no intimidar a la joven. Aurora bautizada Vera gracias a un traje negro.

Un foco acariciaba sus pómulos formidables y el plano se iba abreviando hasta convertirse en un diálogo entre ella y el objetivo.

—¿Qué opina de ojitos color de cielo? —susurró Diego Espejel al director de fotografía.

—¿Qué gusta oír? —replicó el trabajador.

—Su verdad.

—Ahí tiene la estrella que buscaba —aseguró convencido.

48

Cuando Aurora regresó a Puebla, se había instalado el otoño y las calles olían a pan de muerto. Faltaba poco para el 1 de noviembre y las confiterías se inspiraban en las formas del osario, disfrazándolas de azúcar y almendras.

Besos de miel. Los labios de sus sobrinos le compensaron su ausencia. Los de Hugo también fueron unos abrazos dulces, después de esos turbios días en que ella permaneció lejos. Cómo la había extrañado. La noticia de su partida le pilló tan desprevenido que rebatir su propósito le pareció imposible. En cierto modo entendía que debía dejarle ampliar su espacio, si no quería perderla.

Aurora desplegó sobre la mesa del salón los regalos, y los niños, incluyendo la pequeña, se abalanzaron sobre ellos. Le complació comprobar que la cría iba integrándose en la familia. Durante la cena dudó mucho de la conveniencia de ser explícita o no con Hugo, y narrarle todo lo que había sucedido en D. F.

Si detallaba el desengaño provocado por Pablo, habría de admitir su error al no embarcarse en el Nordlys. Lo que implicaba hablar del ataque. De Berta. De Atilano y España. En suma, volver a desempolvar el pasado. El cercano y ese otro, disipado en el tiempo. Así que determinó colmar su discurso con las locuras de Edwina, sus salidas y entradas, y la que había realizado junto a un caballero que « conoció por casualidad en el *hall* del hotel» .

—¿Dices que es propietario de un estudio cinematográfico? —se atragantó Hugo al oírlo—. ¿Y para qué quería invitarte a cenar?

—¡No sé, es amigo de Edwina! —mintió Aurora—. Ella conoce a tanta gente.

Y no le contó más. Omitió a propósito su prueba de cámara. Qué necesidad había de discutir con Hugo si, además, carecía de trascendencia.

Pero la tarde en que se había enfundado el traje negro que le hacía parecer una mujer enigmática, llena de recovecos, y había pronunciado con convicción unas frases aprendidas de memoria, alguien, aparte del equipo, escuchó su audición. Mientras ella copaba su confianza, él se fue achicando hasta transformarse en una sombra entre los forillos. Esforzado en guardar silencio, vomitó bilis en el cubo de agua sucia, colérico por no haber sido él quien modelara ese proyecto de actriz que era Aurora. Porque no eran sus ojos quienes la escrutaban tras la Kodak 16 mm que captaba su alma.

« Dirígete al estudio y haz lo que manden, compadre» , le ordenaron, y Pablo Aliaga, cubo en ristre, cumplía su trabajo: agazapado, esperaba el momento en que Aurora terminara su prueba para limpiar las pisadas de una diosa.

Todos los Santos respetaron el culto a la carne; pero pocos días tardaron los capitalinos en volver a honrarla en La Orgía Dorada.

—Trajeron esto, doña —avisó el portero a Edwina, antes de abrir el primer sábado después de la fiesta.

Un gigante de dos metros, vestido como los pachucos que abarrotaban los salones populares, depositó una sombrerera negra entre sus brazos. A ella le inspiraba simpatía ese niño grande que cada noche, en el acceso del club, guardaba la compostura, pero era incapaz de frenar unos pies que se le iban a la sala. « Los bailes, para tu día libre» , le reprendía la *madame* como a un chaval enredador. Al portero de La Orgía Dorada le fascinaba el danzón.

—¿Qué es? —inquirió Edwina.

—Qué sé yo, patrona. Un hombre lo sacó de un auto y acá está.

El paquete que recibió esa desapacible tarde de noviembre traía una cama de hebras de sisal desmenuzadas y un par de adefesios yaciendo encima.

El primero de los dos mediría unos treinta centímetros. Estaba arrodillado. Tenía los tobillos y las muñecas anudadas a la espalda y sus orificios —ojos, boca, oídos, sexo— estaban trepanados por unos pinchos de hierro oxidado. El corazón, también. El otro esperpento, de mayor tamaño, representaba a unos siameses que compartían un cuerpo de tela de saco a la altura de los hombros. Edwina evaluó el atuendo: vio que estaba a punto de romperse y se sostenía por unos alfileres *bonis*, unidos entre sí con una cuerda. Igual que jíbaros, a los cráneos les cubría una piel consumida y arrugada; sobre ella, el cadáver de lo que algún día fuera cabello. Las cuencas de los ojos y la boca estaban vacíos.

Asqueada, cerró la caja y se dirigió al piso superior, donde las meretrices ultimaban sus arreglos. Palmeando las convocó a su despacho.

—¿Alguien puede aclararme el significado de esto? —las interrogó.

Acto seguido alzó la tapa. Las que alcanzaban a ver los muñecos se taparon la boca horrorizadas. Las demás estiraron el cuello, pero se les revolvieron las tripas tras ver el interior. Un par llegaron a desplomarse.

—¡Híjole! —porfió Edwina—. Para esta representación no las necesitaba.

—Aquí tenemos respeto a los fantasmas —protestó una airada.

—A mí los fantasmas me hacen los mandados.

Las putas de una gran metrópoli carecían de costumbres incivilizadas como las de campo, por ello casi ninguna entendió aquel mensaje. Solo una, que había nacido en un pueblecito de la sierra de Oaxaca, interpretó enseguida qué eran esos espantajos. Se trataba de vudú.

—Me brinca que alguien la busca, doñita —presagió.

—¿Así nomás? ¿Asustando? —declaró, quejosa, Edwina.

—Permiso —apuntó la meretriz, cogiendo entre sus manos la figura bicéfala. La puta deslizó sus dedos por los cráneos, tiernamente, mientras sus esmaltadas uñas tanteaban la cavidad ocular. A primera vista esos terroríficos muñecos eran idénticos, por lo que, a su juicio, quien fuese buscaba hermanarse con Edwina. Después introdujo la mano bajo la vestimenta. Resultaba difícil hurgar dentro, pero fue abriendo las capas de la tela, rasgándolas cuando se hacía preciso. Su interior mostraba lo que parecía un trozo de columna vertebral de un animal y, pegados a él, dos objetos: uno consistía en una astilla de madera atada con mínimos cordones de sisal que recordaba toscamente a un arma, en concreto a un rifle. El segundo era una cosa panzuda, que la de Oaxaca no supo interpretar.

—¿Y eso? —interrogó Edwina sin atreverse a tocarlo—. ¿Otra arma?

—Ni modo, doña —respondió—. ¿Ustedes qué ven ahí?

Sus compañeras empezaron a especular lo que podría representar « eso» que escondía el infame muñeco de vudú. Hasta que una furcia tuvo una iluminación. « ¡Parece un ukelele!» , exclamó.

—¡Síííi! Entonces creo que sé quién le hace el envío —anunció satisfecha la pueblerina.

—¿Que no me ves que estoy de la patada? —le increpó la *madame*—. ¡Habla!

—Tiene su oficio y se le ofrece compartir la mercadería.

Edwina se afianzó en la silla, mientras la puta le explicaba que otra persona quería repartirse el negocio del vicio con ella. Claro que no concebía un nuevo duelo como el que padeció en Veracruz contra los chinos, pero tampoco estaba dispuesta a claudicar.

—¿Y el segundo muñeco? —Edwina se refería a la figura perforada.

—Ahí anda el aviso, patrona —alertó la de Oaxaca—. Es una amenaza.

Si Pablo pretendía amarrar a Aurora, dejarse abatir no parecía el modo.

Un día le duró el desconsuelo. Después, y como si descubrirla alejada fuese un certero revulsivo, reclamó a su superior una oportunidad, exponiéndole que él no había venido a este nuevo mundo a lustrar suelos. El mexicano se quedó pensativo.

—¿A poco prefieres pasarles el texto a las actrices? —dijo el hombre—. Ya vi cómo te miran; más vale que capeen a uno que ande « buenote» . El gringo necesita un achichincle, ¿quieres tú?

Así le propuso trabajar junto al director de la película que protagonizaba Lupe Vélez.

—¡Pues te me vas largando al foro, órale!

Pablo corrió por las calles de Empire Productions agradeciendo al cielo la carambola, aunque el recuerdo de Aurora no dejara de dolerle.

El año 1942 se saldaría en positivo para el grupo de refugiados españoles que urdían con el joven lazos de amistad. Miguel Morayta había alcanzado materializar uno de los sueños: la creación de una Ciudad Cinematográfica donde rodar en una veintena de estudios simultáneamente. Poco había hablado del proyecto hasta el momento. Le asustaba que pudiera truncarse, al igual que la llegada de su familia, convertida más en presagio que en realidad. Pero puesto que los planes del «joven director de películas», como le calificaban en la prensa, se recogían en ella, ya podía jactarse de impulsar más de ciento cincuenta cintas al año en un complejo que aglutinaría todas las tareas de la producción.

—Seis millones de pesos, a construir en tres etapas —anunció Miguel.

Esa noche se habían citado en el piso de Insurgentes Sur, donde residía Miguel desde que plantara a Pablo y el bajo de Morelos, algunos pasajeros del Quanza que, mientras en el barco hubieron soñado con la posibilidad de filmar cine como una forma de resistencia, ahora suscribían el simple afán de entretener, pues la ideología se marchitaba sin remisión.

Entre ellos estaban Magda Donato y Salvador Bartolozzi, cada vez más castigado por el cáncer, aunque tratase de no despertar compasión; otro superviviente de Argèles-sur-Mer, el pintor e ilustrador Josep Renau, que diseñaba los carteles de estreno; la actriz mexicana Isabela Corona, a quien Morayta deseaba en el papel de bella madre superiora en *Caminito alegre*, puesto que, resuelto el trámite de la financiación, iniciaría en breve su rodaje. Y también Manuel Fontanals, feliz porque no hacía ni una semana desde que recibiera la propuesta del director Emilio «Indio» Fernández para rubricar los decorados de *María Candelaria*, su nueva gran producción protagonizada por Dolores del Río.

La vida de este último mudó tras una larga espera. Siempre hablaba de ello. En realidad lo contaba como si fuesen retazos de una ficción alumbrada por los dedos del autor. De su amigo ausente. Quizá porque así amortiguaba la angustia que supuso mirar largamente el reloj aquel 19 de agosto de 1936. Entonces los ojos de Fontanals saltaban de la hora que marcaba a su mesa de trabajo, donde había desperdigado las cartulinas con la escenografía de una nueva obra de teatro. «Es incluso mejor que *Bodas de sangre* y que *La zapatera prodigiosa*. ¡Ya verás, Federico! Te va a entusiasmar. ¿Vienes a casa mañana?». Pero García Lorca nunca apareció para valorarlas.

Con la muerte del poeta llegó para él un invierno prematuro. Y una certeza. La de que su país no sería el mismo jamás.

A los pocos días, Fontanals emprendió viaje a Buenos Aires de gira con una compañía de teatro, como tantas otras veces. Sus aplaudidos decorados de siempre, donde se reinventaba el art nouveau y el *art déco*. Pero esta vez estaba determinado a no regresar. Eso sí, antes de embarcarse, borró cualquier rastro

suyo en España. Los papeles y las cartas, sus dibujos, esos libros anotados en los márgenes hasta no distinguir sus letras, las fotografías. Mapas de lo que fue, consumidos como cenizas.

Fontanals estuvo recorriendo América en un particular exilio artístico hasta que en 1938 recibió una llamada desde México. Le proponían reformar el restaurante del hotel Reforma e ideó para el bar Ciro's la barra circular más grande del mundo. Ya nunca dejaría esa tierra. Allí le adoraban.

En su ingenio, llegaba a los rodajes con una lámpara que traía de su propia casa o realizaba fondos pintando de colores los envases de vidrio vacíos. O ideaba paisajes corpóreos sobre un ciclorama que resultaban más reales que la misma calle. De la escasez siempre alumbraba virtud.

Comparado con estos talentos, Pablo se juzgaba un aprendiz de nada.

Esa velada, con la Navidad encima, todos empezaron a ventilar la nostalgia de los suyos. De hecho, quedaban más a menudo para «apapacharse», tal y como aludían los mexicanos a la necesidad de sentir el tacto de una piel amiga. Aunque también se juntaban para saber qué se fraguaba en la oficialidad del régimen y qué en su clandestinidad.

—¡Escucha esto, que te va a gustar! —Morayta llamó la atención de Pablo—. Creo que el productor de *Carne de fieras* quiere estrenarla y busca a quien sea capaz de tapar, fotograma a fotograma, el pecho de la francesa.

—¿Qué tontería dices? —exclamó él—. Eso es imposible, faltan…

—¡Sí, ya sé! —interrumpió Miguel burlándose—. Tres rollos. Nos lo sabemos, chico. La cuestión es que no hay dinero que pague ese trabajo de chinos y la censura no permite exhibir una cinta con desnudos. Y menos hablando del divorcio con tanta ligereza.

—¡Qué mujer de rompe y rasga era Tina de Jarque! —apostilló Fontanals.

—Pero, según contaban, una arpía —apuntó Magda Donato—. No se amilanaba ante nada con tal de conseguir lo que quería. ¿Es verdad que era amante del general Asín-Badiola, Pablo?

—Eso decían —afirmó Pablo—. E incluso que fue espía y terminó liada con uno de la FAI.

—Mirad, ese tipo de personas no las entiendo —aseveró Magda—. Uno siempre se posiciona en un bando aunque se suba a un escenario. ¿Era tan frívola?

Pablo visualizó a la mujerona vestida de blanco, con los volantes de su traje caribeño al viento, tras repetir por quinta vez la toma musical de la película.

«¿Cansada?», le había preguntado él acercándole un vaso de agua. Recordaba que ella le miró como quien observa a una cucaracha, a un insecto al que se podría aplastar o perdonar la vida. «¿Yo? —contestó ella—. No. Me gusta mi guerra. Es esta, no la de ahí fuera. Las plumas y las lentejuelas son mi uniforme. Y en este cuerpo, que no se agota nunca, reside mi única arma».

—No le interesaba la política —resumió Pablo—. Solo era una superviviente.

49

Madrid, España. 27 de agosto de 1936

—Señorita Tina, es el traje más bonito que he visto en mi vida —sentenció la sastra mientras le ajustaba el turbante en la cabeza—. Está usted imponente.

—Y eso que no ha visto los del teatro —respondió Tina de Jarque.

—¡Claro que con este cuerpo! Fácil lo tiene usted.

—Pare con las lisonjas, mujer, que me están esperando.

Era la escena estrella. No precisaba ninguna aclaración para saber que, por muchos diálogos suyos en el guion, lo que se esperaba de ella se reducía a desatar un seísmo con sus caderas en aquel número musical.

Qué ganas de acabar la película; los planes de producción se retrasaban y esto implicaba dilaciones con los cobros. Además, tampoco andaban ágiles en el teatro, donde habían mermado sus funciones en la medida en que utilizaban los escenarios para urdir festivales de apoyo a la República.

La actriz también debía sumar a su calamitoso presente su vida personal, aunque clausurara sus secretos bajo llave. En concreto, esos quehaceres «extraordinarios» que, tras haber verificado la incautación de su propiedad, se habían vuelto asfixiantes. Tina se sentía en un laberinto del que ignoraba el modo de escapar.

¿Cómo dejar su colaboración con la inteligencia golpista sin sufrir ninguna represalia? Cada día, amanecía planteándose esta misma cuestión. A la cual añadía otra inquietud más: qué hacía cobijando a un ácrata sindicalista malherido.

Así sucedía desde que fuera arrastrada hasta su casa a punta de pistola.

—¿Qué haces, animal? —gritó cuando el secuestrador abalanzó su cuerpo sobre el aparador del salón nada más cerrar la puerta.

Un estruendo de cristales rotos rompió la paz del edificio.

—¿Vives sola? —preguntó un hombre de considerable envergadura. Se había sentado en el suelo, apoyando la espalda contra la pared, y le sangraba una pierna.

—¿Quién eres? —Tina trataba de enfocar su rostro entre tinieblas.

Buscaba algún rasgo familiar, útil para adivinar quién le habría enviado. Y su sibilino motivo. Quizá venganza. O una extorsión, encaminada a obtener información sobre el general Asín-Badiola. Puede que pretendieran usarla como moneda de cambio, en cuyo caso ignoraban lo poco que valía para su amante. Desde luego, ella no iba a aclarárselo.

—¡A ti qué te importa! —exclamó el hombre con una mueca lastimera—. ¿Qué miras?

—Tienes una herida en la pierna y parece grave. Debería verte un médico.

—¿Qué pasa, eres enfermera o qué?

El sentido de la frase no fue gratuito y, en una reacción instintiva, rebajó su ansiedad. ¿Y si desconocía quién era ella? Entonces a lo mejor había estado en el momento y en el lugar inadecuados. ¡Maldita suerte la suya! Primero, haber enterrado el futuro en un terruño y ahora eso. De repente, que pudiera detonar la pistola le parecía una liberación. Por lo menos así dejaría de elucubrar. Entonces su voz la sobresaltó de nuevo.

—La bala está dentro —dijo él rasgándose el pantalón—. Hay que sacarla. ¿Lo has hecho alguna vez?

Solo faltaba que aquel cerdo muriera y ella tuviera que borrar la sangría del suelo con arpillera, para que su casero no se diera cuenta.

—¡Valiente melindre! —arrojó el herido, junto a un escupitajo—. Tendrás que asistirme. Soy cazador, he extraído muchos perdigones a mis perros.

El hombre la obligó a arrancar el cable del teléfono para impedirle su uso si él desfallecía. Cuando estaba a punto de entrar en el baño en busca de alcohol y vendas, le oyó gritar a su espalda.

—¡Oye, zorra! ¿Y tú por qué tienes tantas fotos tuyas? ¿Quién eres?, di.

Eso hubiera querido saber ella. Quién era. Probablemente una trapisondista que coleccionaba secretos porque sus días de gloria caducaban. No obstante, su orgullo la obligó a retratarse y, rabiosa, se dirigió al salón.

—Soy artista —se le encaró—. Y de las mejores de España.

—No tendría que haber venido hasta aquí —declaró a su contacto alemán tras acercarse a su mesa y aceptarle un cigarrillo—. No parece prudente.

—*Machen Sie sich keine Sorgen. Wir brauchen aber diese Informationen sehr dringend*[12] —susurró Bertram Fiedler, depositando la cajetilla al alcance de Tina.

El rodaje asumía un breve receso y la artista aprovechaba para saludar a las personas que simulaban ser parte del público de un cabaré nocturno, donde se desarrollaba el número musical. Nunca hubiera esperado encontrárselo allí, pero interpretó que su inminente misión le exigía celeridad. Por ello se arriesgaba. No obstante, habría medio centenar de figurantes, por tanto, era relativamente fácil

pasar inadvertido. Fiedler no estaba solo. En el velador que había elegido, medio escondido por una de las abigarradas columnas del club, se citaban también un hombre y una mujer. Ella era una chica joven; atractiva. Con el cabello dorado a la altura de las orejas y sin maquillaje. La hubiera tildado de extranjera. A su lado distinguió a un hombre de pelo a ronchas y gafas redondas. Desconfió del modo en que inspeccionaba todo alrededor. Quizá también era un agente colaborador, pero no quiso indagar en ello.

Tina tomó la cajetilla y procedió a ajustarse con disimulo el turbante. Había dejado, en unos segundos, guardado el tabaco en su interior.

—Debo volver —le advirtió al alemán—. Tendrá noticias mías pronto.

Al despedirse inspiró profundamente el cigarrillo y expulsó el humo en una voluta perfecta. Después aplastó la colilla sobre el suelo de mármol. ¿Qué pensaría aquel hombre si supiera que cobijaba a uno de sus enemigos en su casa?

Eduardo Bayón, trabajador de la metalurgia y delegado de la CNT. Herido por uno de los suyos, porque « en esta guerra nadie es trigo limpio» .

Dos noches antes, los cimientos del bloque habían castañeado a causa de los mezquinos disparos. Tina sintió una sacudida y, enseguida, el tacto de una mano en su hombro.

—Anda, ve a tu cama. Ya duermo yo aquí —dijo él refiriéndose al sofá.

Sin embargo, en lugar de dormir, terminaron hablando hasta la madrugada. Él le explicó que tenía treinta años y era padre de tres hijos, cuyo orgullo sería que perpetuaran su lucha obrera. También que se había iniciado en el oficio de la mina siendo un niño. Después fue saltando de fábrica en fábrica, y de libro en libro, hasta concebir que cualquier mejora en el trabajo pasaba por la acción sindical. Entendido esto, meditó que la política podría cambiar el mundo y se había plantado en Madrid con esa obsesión en su equipaje.

—¿Y tu mujer y tus hijos? —inquirió la actriz.

—En Asturias, esperando que haga la revolución por ellos.

—¿En serio te han herido los tuyos? —tanteó ella.

—Los míos tienen muchas caras, Constantina, y no todas son buenas.

—Ha sido una traición, entonces —coligió Tina.

—La he evitado, pero, una vez liquidado el felón, no sé si existen más. —Era lo único que estaba dispuesto a decir—. Por eso me oculto hasta recuperarme.

Nunca había conocido a un hombre como aquel, en cierto modo primario, pero dotado de un gran sentido de la bondad y la nobleza. Un justiciero que creía en sus ideas, defendiéndolas sin medir el riesgo. E instintivamente le comparó con quienes la rodeaban. Él ganaba de sobra en el cotejo.

En ese intercambio de cromos que resultaron sus confesiones, Tina habló de sus ambiciones de niña y su esfuerzo por triunfar. De su familia circense y del asedio al que la sometían los varones. Ignoraba por qué, pero hubiera dado cualquier cosa por contar con su protección toda la vida.

La madrugada del 27 al 28 de agosto, un infierno dantesco quebró Madrid. A esa noche demoniaca le siguió otra. Y luego otra. Y otra más. Los dedos de las bombas dibujaron el mapa de la capital hasta reventarlo.

Tina se asomó a la ventana del salón. Estaba tan acostumbrada a los focos y neones que semejante oscuridad la inquietaba. Al poco las sirenas de las alarmas antiaéreas sacudieron sus pies como espectros invisibles.

—No puedes estar aquí —la sorprendió Bayón, levantándola en volandas—. Este cuarto da a la calle.

Tina inspiró su sudor al abrazarle. Por la escalera se oía corretear a los vecinos, gritando la consigna de que nadie tomara el ascensor.

—Deberíamos imitarlos —sugirió ella.

—Yo no, baja tú. No es seguro para mí.

—Entonces no lo haré yo tampoco.

No fue preciso explicar más. La pareja se confinó en un cuarto interior para esperar a las bombas como mejor supieron. Tina le besó primero. Una vez comida su boca, forzó al sindicalista a girarse contra la pared para recorrer su espina dorsal vértebra a vértebra, lengüetazo a lengüetazo, hasta tirar de la cinturilla del pantalón con los dientes. Pobre Bayón, no había un poro de su cuerpo que no estuviera enhiesto, mientras la mujer recorría sus nalgas y franqueaba un camino que antes habría imaginado prohibido.

—Déjame mirarte —rogó él.

—Calla y disfruta —ordenaba ella—. ¿Te han hecho esto alguna vez?

—No es de hombres.

—El placer sale de dentro, idiota. No tiene género.

Estaba tan obsesionado con ella que se sentía incapaz de dominar sus erecciones. Solo deseaba cabalgarla hasta la extenuación.

—Gírate y enséñame lo que te provoco —pidió ella.

Bayón se dio la vuelta, cuando la calle reverberaba por las detonaciones. Se topó con Tina de rodillas, buscándole a ciegas. Hambrienta. Entonces, entre luces y sombras, creyó reconocer como fantasmas los rostros de su familia. Y le pudo la culpa por traicionarles de un modo tan mezquino.

—No quería que sucediera, yo no quería… —balbuceaba.

—Schh, no estamos para expiar culpas ni remordimientos —cortó Tina—. Si el mundo se hace añicos, no seremos nosotros quienes los recojamos. ¿Cuánto hace que no estás encima de una mujer?

—No andaba mi cabeza para hembras —se excusó él.

—¿Ah, no? Pues demuéstrame las ganas.

Y esa noche los dos escribieron un cuplé cuya música les contorsionó hasta el dolor.

50

Edwina desterró la sombrerera y los muñecos de vudú al archivador de su despacho y, con ella, sus amenazas. No estaba por la labor de padecer un tortuoso viacrucis hasta que el remitente de la misma quisiera comparecer. Aparcadas estas inquietudes, se dedicó a planificar un fastuoso evento para despedir el año.

Horas antes de entrar 1943, corrió la voz de que las meretrices de La Orgía Dorada recorrían la avenida Juárez. Al poco se levantó tal alboroto que los encargados de las tiendas tuvieron que echar el cierre porque no entraba ni un alma. En cambio, las aceras se atestaron de gente.

« ¿Nos firma un autógrafo, señorita Palma?» . « ¡Pero qué relinda es usted, Lupita Tobar. Un beso a mi chamaquito!» . Con frases parecidas el público jaleaba a las copias de las actrices, quienes interiorizaron sus papeles con tanta credibilidad que la Metro-Goldwyn-Mayer podría haber lanzado sus redes sobre el burdel, en lugar de esquilmar los estudios de D. F. El triunfal paseo recordaba al desfile conmemorativo de la República. De repente se abrían balcones y ventanas agitándose las cortinas y, al poco, llovían serpentinas, pétalos de rosas y dulces a través de ellas. Mientras, las bellezas saludaban girando sus muñecas igual que miembros de la realeza europea.

—Anden como si tuvieran una cámara tras su culo —fustigaba la alemana.

Encabezando la voluptuosa manifestación, Edwina surcó el *hall* del hotel Regis y bordeó las columnas ovaladas, hasta el mostrador de recepción.

—¿Ve usted a estas señoritas? —dijo al subdirector—. Hoy van a estelarizar sus películas: así que baño turco, masajes y *toilette* para todas. Cuídenlas mejor que reinas.

—Así será, doña, como guste mandar. Reinas no…, serán diosas.

Aquellos eran los mejores baños de la capital, y las putas coincidieron con un buen número de señores distinguidos que habían resuelto dar culto a su cuerpo el último día del año. Bien encandiladas junto a ellos, en cueros o albornoz, terminaron degustando champán y sándwiches variados. Y en algún caso se citaron para más tarde. De modo que las furcias de La Orgía Dorada rompieron, en la Nochevieja de 1942, más de un plan conyugal.

También compartieron manicuras, e incluso un ungüento sobre la cabeza

extraído de chiles verdes —cuyo inventor fue un masajista michoacano, capaz de reconducir la más contumaz de las calvicies—, con Arturo de Córdova o Pedro Infante, que no salieron de su asombro ante la simpatía de unas divas tan parecidas a las reales.

La recepción del hotel se había convertido en un hervidero de gente y, curioso, decidió salir de la habitación. Llevaba dos días en la ciudad de México y el grupo de mujeres bellísimas que vio desde la barandilla de la entreplanta le pareció la mejor de las bienvenidas.

—¿Quiénes son, señorita? —preguntó a una camarera de planta.

La chica observó al cliente y se estremeció. Era intuitiva. Capaz de percibir la maldad atrincherada en una mirada, en la frialdad de una mano al apretar sin fuerzas. En una piel macilenta. O en ese párpado engrosado cubriendo a medias un ojo que parecía desnudarla. Su abuela le había trasladado su don en el lecho de muerte y ella lo administraba con prudencia.

—Son las señoritas de La Orgía Dorada —respondió amable, pero reculando un par de pasos.

—¿Eso qué es? —presionó él.

—Un club a pocas cuadras de aquí. Igualitas a las actrices, nomás que estas son… —se disculpó—. Permiso.

« Estúpida» , pensó para sí Tobias Leisser, y se giró de nuevo hacia el *hall.* El psicoanalista austriaco que había compartido viaje con Edwina y los Vigil de Quiñones en el Île de France acababa de llegar de Nueva York. Su trabajo allí había sido crucial para la inteligencia alemana. Ni uno de los barcos que vararon en el puerto se había escapado a sus informes. Gracias a su Leika desmontable, había fotografiado las cubiertas, las salas de máquinas…, todo, hasta el último rincón de los buques para encontrar cuál era su talón de Aquiles. Después procesaba los documentos y los cifraba, remitiéndolos a sus contactos. Encargos limpios, resultados sucios.

A Tobias Leisser le gustaba su nuevo destino, y más desde que había descubierto las mujeres de que podía disponer. De repente reparó en una de ellas porque le resultó familiar. Había coincidido con la mujer antes, pero a bote pronto le costaba definir el lugar. Entonces la mujer capitaneó al resto y desapareció de su vista. Ahora sí: esas nalgas eran inconfundibles.

Pasadas las ocho, Edwina se asomó a la cristalera desde su despacho, donde se preparaba para una larga velada. Le molestaba que sus gorilas no fuesen capaces de contener el alboroto de la entrada porque si La Orgía Dorada alardeaba de algo era de su seguridad. Pero esa noche no contaba con Noel Cigarroa cerca. Otro aprieto por andar a pespunte de un casado condenado a cumplir con su familia en Nochevieja.

Abrió un cajón y rescató la pistola antes de lanzarse escaleras abajo.

La *madame* irrumpió en las puertas de acceso a tiempo de impedir que dos grupos de guardaespaldas, los suyos y los ajenos, llegaran a las manos.

—Ya dejen de sudar, señores —soltó aparentando naturalidad—. Me da gusto que visiten mi casa, pero el baile no es aquí, sino en la pista.

—No tengo cuerpo para danzas —saludó, entre ellos, una voz rota—. Pero sí le acepto gustosa un trago.

Entre los matones apareció una mujer menuda de escaso pelo mal teñido, cara ni guapa ni fea, gesto ni hosco ni amable. Una de tantas con las que cualquiera podría toparse en el mercado de la Merced. Vestía un solemne traje largo de terciopelo granate sobre el que reposaba un echarpe de visón.

—Soy Graciela Olmos, *la Bandida* —se presentó, y tendió la mano a Edwina —. Para servirla a usted y a sus putas.

La última noche del año Aurora no pensaba salir. Había decidido pasarla en casa, junto a Hugo. Sentía que debía compensarle por el tiempo que había permanecido en la capital. Por otra parte, la guerra, siendo un bisbiseo del que sabían los poblanos por las noticias, también había entumecido el curso de los eventos y las fiestas en Puebla. De modo que entre ella y Tula habían ornamentado el patio y el salón; habían cocinado romeritos, buñuelos, ensalada de Navidad y pozole. Y habían colmado una vasija de cerámica de Talavera de un ponche que aliñaron con flor de jamaica, tamarindo, tejocotes, ciruelas y guayaba en dulce, para despedir un año del que mejor olvidarse.

—Con permisito. He visto algo ahí fuera —espetó Tula al entrar en su alcoba.

—Es propio —dijo Aurora—. ¿Qué cosa?

—El demonio.

La india se había quedado en el quicio de la puerta, entre penumbras. Daba miedo su expresión.

—¡Sal de aquí, Tula! —replicó—. No digas estupideces y tengamos la fiesta en paz.

—No, niña. La que no va a salir es usted ni a misa. Se lo advierto.

Aurora se quitó la toalla de la cabeza y se sacudió el cabello. Entonces se aproximó al ventanal y descorrió el visillo. En la acera de enfrente había un hombre fumando. Llevaba sombrero, lo que le impedía distinguir su rostro, y el cuello de un grueso abrigo de lana levantado.

—No se mueve de ahí —añadió la india.

—¡Bah! Se habrá citado con alguien —contestó ella—. ¿Ese tipo es lo que te atemoriza? Prende la luz de la entrada y le vemos mejor.

—No hace falta.

La miró, interrogándola, pero la india no abrió la boca, y reparó otra vez en el desconocido cuando este escupía el pitillo antes de librarse del sombrero.

Entonces irguió su rostro en dirección a la ventana.

—Se lo dije, niña —habló Tula pegando su cara al cristal—. El puritito diablo.

51

En pocos minutos se puso una falda de paño a cuadros y un jersey de lana, sin dejar que se le secara el cabello. Según bajaba las escaleras, sorprendió a Tula planchando el mantel con las manos. La india espantaba, al tiempo, las arrugas y el temor a que ella cruzara la puerta.

—No vaya —rogó tirándole de las prendas—. Por mi Virgencita se lo pido.

—¿Estás loca? —protestó Aurora—. Vuelvo enseguida.

—Mire qué mesa tan linda y lo rechulos que estarán sus sobrinos. Hasta la muchachita Aurora se va a vestir de estreno.

—¿Qué pasa, que no quieres oírme? Salgo un momento, arreglo un asunto y regreso. Ni mientes donde estoy.

—Se va a malograr su vida y la de esta familia —porfió Tula—. Solo hablando ese hombre le va a apandar el sentido.

—Sabrás tú quién es.

—¡Usted, una mula empecinada! —La india parecía un perro faldero—. Tengo el don de presentir y lo que viene no es bueno.

—¡Basta! No soporto tus cuentos. Ve con los niños, y asegúrate de que se van vistiendo.

Ni siquiera tomó un juego de llaves, convencida de que lo que debía decir se apuraba en unos minutos.

—¿Siempre se presenta con «obsequios» como los que me envió? —sondeó Edwina a su invitada.

—Cualquiera hubiera mandado a alguien a reventarme el negocio, ¿por qué no lo hizo? —fue la respuesta de la mujer—. No parece una achicopalada.

—Yo no quiero bronca, señora. Trabajo honesto y pago bien.

Edwina y quien se apodaba *la Bandida* se habían sentado en un reservado. Primero tomaron un par de tequilas y después siguieron con champán. La noche lo merecía.

—En México el oficio nunca fue cosa de mujeres, hasta que llegué yo —aclaró la Bandida—. Claro que aprendí sus costuras de los mejores sastres. ¿A poco no quiere saber mi historia?

La desconcertaba el afán de su visita. Al principio, Edwina había temido un

feroz enfrentamiento, como el causado hacía un año por los chinos; sin embargo, la extraña señora mostraba más ganas de hablar que de litigar.

—Si le place, platíquemela. Pero le advierto que no tengo su tiempo —confesó la verdad. No era aquel un momento para perderlo.

—¿Conoce Chicago? —Edwina negó con la cabeza—. Se ha ahorrado el invierno más frío del mundo. Yo viajé allí en los años de la prohibición, cuando los yanquis compraban *whisky* a quien se lo vendiera. Y lo hice. Alcohol, joyas, póquer, qué más daba, pero solo como una mera aficionada; hasta que amerité mi valía una noche en el 7244 de Prairie Avenue. Era una casa de dos plantas tirando a modesta, sin embargo, dentro corría la lana por los tresillos. De pronto el patrón preguntó: « Does anybody know any Mexican song here?» [13]. Yo le puse ganas y canté *Cielo lindo*. ¡Pero el hijo de la gran chingada después va y pide *Adelita*! ¿Qué cree? Yo soy Adelita, güera —dijo la Bandida golpeándose el pecho con el puño—. ¿Ve usted estas manos? Cogieron cien fusiles antes de que los pelados aquellos cargaran un arma. ¡Sí! Fui soldadera y amé a un lugarteniente de Pancho Villa como a mi sangre. Con las mismas ganas que a la revolución.

—Agradezco que me tome confianza, mas no sé a qué viene…

El rostro de la Bandida empezó a enrojecerse de rabia y Edwina prefirió callar para ahorrarse una escena escandalosa.

—¿Le gusta la música? —pretendía ser una pregunta, aunque sonara como un disparo—. Seguro que no es capaz ni de afinar una estrofa. ¡Yo sí! Me puede mucho la gente que no estima una canción, porque yo las escribo. Corridos como puñales que se clavan en el corazón. Este país nace de la nobleza de sus gentes y del sacrificio de sus mujeres, esposas y madres abnegadas, que un día fueron un ejército libertador. ¡Y eso hay que cantarlo! Pero usted y los que vienen acá a hacer plata, qué sabrán de México si ni conocen *Adelita*.

La vieja pretendía herirla. Pero, en realidad, cualquier alusión a la música no hacía sino escribir un pentagrama en su cabeza. Lejos de enojarla, sus argumentos la inundaban de nostalgia y amargura.

—No se apriete y saque la rabia —aconsejó la Bandida, viendo que a Edwina se le humedecían los ojos—. Por llorar no somos menos hembras.

Graciela Olmos llenó su copa de nuevo. Aunque su lengua andaba ya ebria, milagrosamente, se repuso y siguió con su narración.

—¡Por supuesto que entoné *Adelita* a como dio lugar! Lo mismo que hizo el jefe de la banda y terminamos llorando juntos —susurró lo que sigue—. Usted le hubiera gustado al gordo. Tiene buena nalgada. Nomás que al pobrecito ni se le levanta y anda muriéndose. ¡Sifilítico, mija! A trozos se le cae la verga y todo porque le tocó la de malas eligiendo zorras. Donde hay buenas putas, no hay hambre. Valiente pendejo es Al Capone, ¿no cree?

—Dígamelo usted, que tiene más tiempo que yo en conocerle —soltó Edwina, asombrada por los contactos de la mexicana en el hampa.

—¿Salió con ironías? —sonrió la Bandida—. A usted le diré que no hay miedo que me pare, ni hombre que me lo inspire, pero mi Dios me guarde de las mujeres como yo. Escúcheme: admiro su ingenio maquillando la cara a sus «señoritas». Aunque los que pagan, lo hacen por su coño. Y todo agujero es igual a otro. Claro que tiene derecho a su pedazo de pastel, pero yo pedí el mío antes. Ni tanto mueva el pie se lo reviento.

La Bandida zanjó la charla y se puso en pie torpemente. La ayudaba un tipo apostado a su espalda. «Agárrame, güero», le dijo. Era el güero Batillas, un pistolero que la protegería hasta el fin de sus aprovechados días.

—Usted y yo podemos ser amigas. Igual que hermana mayor le enseñaría lo que sé. ¿Qué caso tiene llevarnos como perro y gato?

—Olvida usted que la condena de uno es la familia y las amistades se eligen —replicó Edwina—. Yo no la he elegido.

—Pero lo harás —avisó desafiante—. Un día vendrás a la puerta de mi casa a rogarme ayuda. Permiso.

Edwina no se dejaba amilanar por las amenazas, pero algo en aquella mujer la turbaba. La observó mientras salía renqueante y le conmovió su menudo cuerpo vencido sobre el brazo del matón. No podía precisar por qué, pero sintió hacia ella una empatía absurda. Peor aún, la Bandida había puesto frente a ella un crudo espejo donde reflejarse. La idea de seguir siendo una mujer soltera, apenas sostenida por ocasionales amantes, le generó mucha tristeza, y no pudo reprimir una pregunta.

—Y si así fuera, ¿la tendría? —soltó Edwina.

—¡Feliz y venturoso 1943! —fue su respuesta.

—Te advierto que no quiero monsergas —desafió Aurora nada más cruzar la calle—. Y no tengo tiempo, me espera mi familia.

—Creí que tú eras la mía —respondió Pablo.

—¡Déjate de frases hechas! Mejor movámonos unos metros, no nos vean desde casa. ¿Y este abrigo?

Le sorprendió su aspecto elegante. Pablo vestía prendas de buenos tejidos y se había cortado el pelo. Lo hacía por ella. Porque había planificado el viaje con la minuciosidad de aquellos montajes donde descuidar un fotograma se entendería una catástrofe.

—Ahora tengo un buen trabajo —declaró él con una media sonrisa.

Aurora le miraba desconfiada. Se sentía dolida, además de por su mentira —infantil al fin y al cabo—, porque hubiera desaparecido durante semanas sin una sola noticia.

—Te vi —anunció tras unos segundos de silencio.

—Lo sé —apuntó Pablo.

—¿Ah, sí? —preguntó con sorpresa—. ¿Por qué no me confesaste la verdad? Que vivías en un cuartucho, que limpiabas los foros, que no tenías…

—¡Por vergüenza! —atajó—. No me creía digno de ti.

—¿E inventándote ser quien no eras, sí? Valiente estúpido. Y pensar que no me subí a ese barco por…

—Yo también te vi —interrumpió él.

—No te entiendo —dijo ella desconcertada.

—Tu prueba —aclaró Pablo—. No la hubieras hecho si no te atrajera el cine, si no te pudiera la vanidad. Como a todas. Los dos nos engañamos; tampoco somos tan distintos, Aurora.

Una ráfaga de viento helado le llevó a apretarse más el cinturón del abrigo. Aún no se había secado su cabello y se sintió destemplada.

—Mi hotel está aquí al lado —propuso él—. Es una tontería seguir en la calle con el frío que hace.

Ella observó su perfil. No había cambiado el gesto adusto; en apariencia no se traslucía un mensaje oculto o una doble intención atrincherada detrás de estas palabras. Tan solo era eso: frío. Invierno. El mes de diciembre dentro y fuera de su corazón. Siendo así, por qué le daba tantísimo miedo aceptar su ofrecimiento.

—Es mejor que me marche —dijo por fin, clavando sus talones en el suelo.

—Lo que quieras. Pero creo que nos debemos una conversación.

Pablo tenía razón y ella fue incapaz de esgrimir otra excusa. El cuarto estaba caldeado, lo que agradecieron al despojarse de los abrigos. Aurora hilvanó algunas frases; era su modo de romper el hielo.

—Fui al estudio por curiosidad. Por ver qué se sentía hablando a una « cosa» extraña que no te responde. No tengo vocación de nada, ni de estrella ni de sesuda actriz. No, no me seduce ver mi rostro en una pantalla.

—¿Has acabado? —preguntó Pablo.

—Sí. Y además me tengo que marchar. Debo arreglarme y… ¿tú dónde vas a pasar la noche? —balbuceó.

—Contigo. —Habló con tal rotundidad que volvieron a fallar sus evasivas.

Pablo había empezado a desabotonar el jersey de lana, y palpaba bajo él la cremallera de la falda. Cuando intentó besarla, Aurora rechazó sus labios tratando de reforzar su voluntad.

—No lo hagas, por favor —rogó debilitada.

—Ya lo he hecho.

En efecto, había empezado a morder sus mejillas, el cuello y las orejas. Las prendas rodaron una a una por el suelo antes de que ellos lo hicieran sobre la cama.

—No lo hagas —advirtió ella.

—Ya lo he hecho —sentenció él.

No hubo un rincón de Aurora que no saboreara hasta oírla gemir, de placer o dolor. Porque ambas sensaciones se daban la mano y él lo sabía. A tientas apreció cómo se arqueaba su cadera y entrelazaba las piernas a las suyas. Y sintió cómo su miembro acariciaba vientres, espaldas, nalgas, sexos, órganos por duplicado, porque Aurora suspiraba con tanta fuerza que no parecía una mujer, sino varias. Pablo hizo serios esfuerzos conteniendo el deseo para no estallar antes de tiempo.

A veces todo él se agitaba y otras, era una estatua que desquiciaba a Aurora, quien se derretía en su boca. Dos seres tullidos buscando en el otro la parte que les faltaba. Así jugaron hasta que se acoplaron uno dentro del otro.

—No lo hagas.

—Ya lo he hecho.

En el último día del calendario se creyeron los últimos supervivientes de un planeta reducido a una cama. Ajenos a todo. Egoístas; ciegos y sordos, sin dejar que nada alterara su mundo.

Hugo y los niños esperaron pacientes a Aurora, hasta que cansados cenaron sin ella. Cada vez que sus hijos preguntaban por su tía, él no sabía qué responder y en cuanto tomó el postre se marchó a la cama. En su alcoba, Hugo buscó dentro de la mesilla de noche el bote de píldoras que le habían recetado cuando le comía el dolor tras el atentado. Se negaba a imaginarse la vida sin ella. Tomó un puñado y enseguida cayó desfallecido. Pero no había química que mitigara el calvario de empezar a perderla.

52

—¿Por qué no me platicaste de ella, Noel Cigarroa? —quiso sonsacar Edwina.

—No tiene caso hablarte de cada proxeneta de México.

—La Bandida no es cualquiera —gritó ella. Estaban en el hotel Imperial y el alto cargo de la Secretaría de Gobernación temió que la disputa se filtrara a las habitaciones contiguas—. Me he informado bien y tiene amigos en el gobierno. ¿Acaso vas tú a su club?

—Yo no la frecuento —trataba de apaciguarla él—. ¿Y quieres silenciar tanto grito? Te van a oír.

—¡Ah! ¿Nunca te importó hablar conmigo y ahora sí?

—¿Acaso olvidas que estamos en guerra y tú eres alemana, güera?

—¿Ahora soy el enemigo? —Se sentó sobre sus pantorrillas, cruzando los brazos enfadada—. ¿Y quién me va a proteger si me enfrento a una extorsión como la de los chinos en Veracruz? ¿Tú? No, porque te entraron remilgos.

—¡Ven aquí, chonga! —Cigarroa ya se había desnudado y la atrajo hacia sí —. Cállate, que aún no festejamos el nuevo año y es tiempo.

Si no conociera a los hombres, de buena gana se hubiera encerrado en el baño fortificándose en su enfado. Pero no existía argumento sobre la tierra capaz de rebatir el apetito masculino; esa lección la conocía al dedillo. De modo que guardó silencio y se plegó a los deseos de su amante.

A los pocos minutos, Edwina estaba anclada a cuatro patas mientras Noel la ensartaba sin descanso, hasta que se le entumecieron las piernas.

—¿Qué pasa que hoy no pones atención, güera? —protestó él. Para compensar su distracción, ella mantenía el pene entre los labios y exhibía el magnífico doctorado en *Kama-sutra* que se había ganado en su prolija vida sexual.

Noel disfrutó de una tanda de erecciones y un par de orgasmos; sin embargo, Edwina los fingió. Sus preocupaciones no daban tregua al placer. Mientras los amantes fumaban a medias un cigarrillo, se le escapó a Edwina una de ellas sin querer.

—¿Qué tal si te separaras un día de tu mujer?

—¿Perdiste la chola? —respondió Noel crispado—. Capaz que ahora quieres

joderme con preguntitas que nunca hay que hacer a los hombres.

—Olvídalo. Fue una tontería.

—Pero lo dijiste, ya ni modo. ¿A poco crees que me iba a casar contigo?

—¿A poco crees que quisiera yo, pendejo? —replicó ella elevando el tono.

Noel saltó de la cama exacerbado. A continuación le oyó abrir el grifo del lavabo, hacer gárgaras, cerrar la puerta y vestirse en un silencio sepulcral.

—¿Me quieres atrapar a como dé lugar? —dijo él calzándose los zapatos tras salir del aseo.

—¡Que te follen, Noel Cigarroa!

—Mujer del demonio, no jales tanto la cuerda si no quieres quedarte sin ella —advirtió cogiendo la chaqueta—. ¡Ah, otra cosa! Siempre te quise bien, por eso te digo que no te enfrentes a la Bandida. Esa, mejor de frente y como amiga. ¡Hazme caso, güera!

Noel Cigarroa salió dando un portazo y ella comprendió que el auxilio que había representado su amante hasta entonces empezaba a esfumarse, como los trazos de una fotografía antigua.

Edwina rebuscó en la mesilla el manojo de llaves que normalmente colgaba de su cuello. Abrió una puerta de la *suite* que ocupaba en el hotel Imperial y se dirigió hacia sus baúles. Los tres baúles con los que había cruzado el océano. Dos de gran tamaño y otro algo menor. Liberó la cerradura de uno de los grandes y volvió a admirar su interior. Cada objeto era una obra de arte. Bellos lienzos de trazos sublimes de los que le costaba desprenderse. A veces lo había hecho. Por necesidad, para sobornar, comprar, persuadir; de qué si no hubiera cimentado su cadena de prostíbulos desde la nada.

Sentada sobre la moqueta, desnuda, con la tripa exhibiendo un antiestético doblez que escondía su pubis y la piel delatando su edad, Edwina asumió que el único patrimonio del que disponía estaba ahí dentro. El económico y el emocional. Jamás habría hombre que la sostuviera sin ambages.

Se animó a destapar también el pequeño y reconoció los álbumes de fotos que desde hacía mucho no miraba, y los tres objetos cuyo significado solo ella conocía.

Los acarició y sintió fríos sus envoltorios. Parecía que guardasen tartas de cumpleaños. Cerró los baúles y se puso en pie.

Por lo menos Cigarroa le había dado un consejo y resolvió hacerle caso. Sin la garantía de su apoyo no quería más enemistades de las imprescindibles. Además, el pragmatismo siempre había guiado sus pasos con inteligencia. Y, si lo aplicaba a la discusión con Graciela Olmos, era fácil entender que, en una hipotética escalera, ella descendía y a Edwina le quedaba trecho por escalar. ¿Por qué no aspiraba a heredar la Casa de la Bandida?

Curiosamente, a finales de febrero recibió una invitación.

—Cómo me agrada que haya aceptado mi propuesta —anunció la Bandida—.

Deseo mostrarle mi Casa. Trasládeme su opinión allá donde crea usted que puede mejorar.

En la nota que le había acercado el propio güero Batillas la invitaba a tomar el té. A Edwina le pareció una ironía. ¿Un té? Mejor un tequila.

La propia Bandida le había franqueado la puerta. Vestía un austero traje negro, el pelo recogido en una cola y el rostro sin atisbo de ungüentos. Las habladurías vaticinaban el peor de los antros en el interior de esa vivienda, levantada a comienzos de siglo en la colonia Hipódromo-Condesa, donde, para empezar, se traficaba con cocaína y marihuana. Y para continuar, una buena parte de sus putas eran menores.

Desde la noche del 31 de diciembre las dos mujeres no habían coincidido, pero bien sabían la una de la otra por sus contactos.

La vivienda le pareció una hermosa construcción de estilo afrancesado. La carpintería blanca era responsable de su transparente luz.

—Aquí nada es oscuro, toditito se ve —apuntó la Bandida como si le leyera el pensamiento. El salón que ocupaba buena parte de la planta baja tenía varios ventanales cubiertos por visillos que flameaban ante una brisa casi primaveral. En una de las paredes destacaba una barra, atendida por los camareros vestidos de esmoquin, incluso a esa hora, y en la opuesta, había un trío de boleros amenizando el ambiente.

—Allí donde yo habito —apuntó la Bandida— no escasean las melodías.

—Aunque usted no me crea, yo tampoco podría vivir sin música —se sinceró la alemana.

—¡Entonces morirá feliz, güera! ¿Sabe que hay un mesero por cada una de mis chicas y tengo cien ahora? —declaró al notar que Edwina curioseaba en torno a la barra del salón—. No escatime con ellos. Es bueno que anden al pendiente de lo que gusten los clientes. Así no tienen que andar buscando trago encuerados. Venga que se las presente, porque ahorita almuerzan.

Edwina siguió a la Bandida escaleras abajo, hasta una amplia cocina. « ¡Estas son mis niñas! —las presentó con orgullo—. Salúdenme a la señora Edwina. La Rubia, Esther, Nely, la Bigotes, Urania, María del Pueblito, la Nancy… Al fondo, la Torera… Están lustrosas, ¿verdad? Darles de comer me cuesta 10 000 pesos diarios» . Aquella era su familia.

—Sé que usted las adoctrina bien, pero si quiere una magnífica profesora de urbanidad, yo le presto a la maestra Rosita, si gusta —habría de ofrecerle, mientras se encaminaron hacia un gabinete contiguo al salón principal—. No olvide que a los de la nariz levantada les complace la buena educación. Sí, los ricos dan plata pero no socorren. Por eso aquí vienen los gubernativos tan confiados que se olvidan hasta el sombrero.

Allí, en la Casa de la Bandida, Edwina degustó nopales, tortitas, enchiladas de carne, alitas de pollo, tacos de alambre y mole verde con los dedos, igual que

hizo Graciela Olmos. Hablaron de la vida y de la cama. Ese día no hubo amenazas. Tampoco proyectos sobre posibles alianzas. Apenas menudencias con las que aligeraron las obligaciones de ambas.

Cuando entendieron que se echaba la hora de hacerse la competencia, se dijeron adiós. Como si los muñecos de vudú en la sombrerera negra nunca hubieran existido y la Nochevieja fuese apenas la secuela de un mal sueño.

—¿Le puedo preguntar algo? —Edwina no pudo evitar una curiosidad que llevaba macerando desde que había llegado—. ¿Algún hombre de estos es el suyo?

—Ni de estos ni de otros. Cerré la fábrica al poco de cumplir cuarenta y ya nadie entró en ella. No sabe qué liberación cuando el coño se cierra, mija.

—¿No los ha necesitado? —En el fondo no preguntaba por la Bandida, sino por ella. Porque el miedo a envejecer sola la atenazaba más que nunca.

—Nací pobre, en Chihuahua. Me enrolé en la revolución. Me casé con dieciocho y enviudé a los veinte. ¿Para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo?

Y así se firmó una tregua entre Edwina y la Bandida.

Hugo no interrogó a Aurora sobre su ausencia el día de Nochevieja. No hizo falta, lo que necesitaba saber lo delataron sus ojeras. Cuando el sol despuntaba en la línea del horizonte, la joven arañaba la madera de la puerta, rogando que hubiera alguien despierto y la oyera, sin tener que aporrear el aldabón. « Qué manera de desgraciarse» , valoró Tula al abrir y contemplar la huella del amor en cada uno de sus poros.

El día de Reyes fue una buena excusa para mitigar las suspicacias entre los dos hermanos. La mesa del salón rebosaba regalos: juguetes infantiles, un reloj para el hijo mayor, que había cumplido catorce años; a Tula, una medalla de la Virgen de Guadalupe. Un paquete azul, tan bien envuelto que daba pena abrirlo, llevaba el nombre de Aurora y para Hugo, una enorme caja.

—Tú primero, Hugo —invitó Aurora. Quería limar asperezas.

—¡Sí! ¡Que abra, que abra! —corearon sus hijos.

El abogado desenvolvió la caja y, entre papeles de seda, vio la luz su nueva pierna. No supo cómo reaccionar. Ni siquiera la tocó. Ignoraba si quería usarla o no.

—No me mires —se excusó ella—. Es un regalo de Edwina.

—Pero yo nunca he dicho…, no sé si… estoy bien con las muletas.

—La pueden ajustar a tu medida —aclaró con una sonrisa.

El pequeño Juanito se había encaramado a una silla y acariciaba la pierna como si se tratara de su propio padre. El niño había decidido por él.

Con todas estas emociones, sus sobrinos lanzando al aire sus regalos, esparciendo el azúcar y las frutas escarchadas del roscón hasta toparse con el

haba, Aurora había olvidado su obsequio. Imaginó que se trataba de un detalle de Pablo y prefirió desvelarlo en la intimidad de su habitación. Allí desenvolvió el paquete con mimo esperando encontrar alguna prenda, tal vez una chalina de seda, pero halló unos folios atados mediante una cinta azul. *Color de cielo*, decía el primero. Tomó la nota adjunta: « Feliz día de Reyes. Léalo con afán. Mi regalo sería un “sí”» .

Fdo.: Diego Espejel Briz.

53

El espejo era una enorme plancha que tapizaba la pared completa. «Según se mire en él, tome conciencia de cómo se mueve», había advertido en su castellano cada vez más fluido el señor Sano, un japonés que no concebía cómo no le espiaban más en un país que estaba en guerra contra los suyos.

Llevaban citándose un mes, de lunes a viernes, durante dos horas: de tres a cinco de la tarde. Seki Sano fue de las primeras personas que conoció al llegar a los estudios.

—Yo también soy raro aquí —le confesó—. Pero de la rareza surge a veces la genialidad.

Había nacido en Tsientsin, crisol de nacionalidades en un territorio chino concedido a Japón tras la primera de las guerras chino-japonesas, por lo que su educación era una mezcla de las doctrinas de Confucio, con el artero horizonte de Occidente. Había llegado en la primavera de 1939 amparado en un visado de refugiado, tras declararse antifascista y antimilitarista. Por entonces desembarcó en Veracruz, procedente de Estados Unidos, acarreando con él un portafolio lleno de montajes teatrales.

—El actor es un compendio de cuerpo, emoción y psique. Usted solo me muestra su cuerpo, ¿dónde está lo demás?

Cuando hablaba así, la hacía llorar. De rabia, de impotencia. De deseos de huir. De dudas por creerse en el lugar equivocado. De soledad.

—Bien, ahora ya atisbo su emoción y, si apuramos —añadió, explorándola a través de sus redondas gafas—, podría asomarme hasta su profunda psique. Dígame, ¿por qué le tiembla el labio superior, señorita Velier?

—Váyase al carajo —reventaba ella.

En ese mismo espejo donde el profesor japonés le desvelaba los matices del ser humano, Aurora trataba de aprobarse sin éxito. Las vacilaciones sobre su trabajo y sus aptitudes llegaban a hacerla cuestionarse su propia imagen.

—¿Está preparada, señorita Velier? Preguntan por usted —avisaron al otro lado de la puerta.

—¿Podría venir la sastra, por favor? El dobladillo está descosido —dijo mientras estiraba del hilo hasta arrancarlo.

No parecía lógico tener miedo al set —se lo advirtió Sano: «El escenario no

es su enemigo» —. Pero la primera escena desataba esa clase de vértigo que la obligaba a posponer su comparecencia unos minutos antes de rodarla.

La costurera atinó las puntadas allí mismo, mientras la observaba vestida de azul. Ese era el color elegido para usar en las escenas más importantes de una película que se llamaba, lógico, *Color de cielo*.

—¿En un film en blanco y negro se aprecian los colores? —preguntaría ella en sus primeras lecciones al profesor japonés.

—Los aprecia el actor y eso modifica su estado de ánimo —aclararía él.

Cuántas cosas tenía que aprender y qué poco el tiempo dedicado a ellas.

—¡Terminé! —anunció la modista—. ¿Está nerviosa? Al principio todas lo están, pero luego de encenderse los focos se aplacan. —La mujer dudó un instante antes de seguir—. ¿Permite algo?

—Claro —contestó Aurora.

—Cuando dice sus frases pensando en su hermanito…, no sé…, dan ganas de abrazarla. ¡Capaz que ahorita se enfade conmigo por platicarle así! Pero las otras actrices no inspiran ternura. Usted sí. Permiso.

La sastra se marchó apresurada, tras sembrar en ella la fuerza precisa para comerse el plató. A lo mejor hablaba de corazón y sí tenía talento, aunque se resistiese a creerlo. Habían pasado tantas cosas desde que recibió el guion que no había tenido tiempo de reflexionar.

El vestido azul le sentaba como un guante. Atusó el oscurecido cabello —le había costado admitir aquel tinte, pero insistieron en que debería resaltar más sus ojos y ella se dejó hacer a regañadientes—, ahora recogido en una redecilla, y valoró el maquillaje, al que no terminaba de acostumbrarse. Al principio manchaba todas las servilletas y los hombros de las chaquetas. O se quedaba entre las palmas de sus manos.

Dos horas tardaba ese resultado: el de la piel como el melocotón y los ojos igual que un gato. Se miró la boca y sonrió. La maquilladora había tomado la costumbre de cubrirle el pico del labio superior, lo que le hacía un mohín de enfado, pero, puesto que le encantó al director, así siguieron dibujándolo día tras día. Treinta y cinco. Bien los contaba.

Treinta y cinco jornadas desde que a finales de marzo dijera adiós a la casa de frontis rojo y ventanas blancas de Puebla.

Que Hugo y ella hubieran acortado su distanciamiento el día de Reyes no significaba que la relación entre ambos fuera la balsa de antaño.

Lo sabían los dos y por motivos distintos. Aurora, porque su ánimo oscilaba del arraigo al desapego, de anclarse a volar, de la familia a la ambición. Por su parte, Hugo había descifrado el sesgo del amor en los ojos de su hermana y eso implicaba que tarde o temprano habría de competir con otro hombre.

A final de enero, realizaba ejercicios adaptándose a su ortopedia cuando

Aurora le abordó sin sutilezas.

—Quiero que conozcas a alguien —le anunció.

—En mi vida ya conozco a todo el que necesito.

—No me lo hagas más difícil, Hugo —argumentó ella—. Es importante para mí.

—¿Fue la causa de que no quisieras venir a España?

—Sí —afirmó—. Nuestra historia es… ¡Ay, Hugo! El amor se ha abierto paso a través del tiempo.

—¡No seas cursi! Tampoco quiero los detalles. Aceptaré lo que tú quieras.

Ella planificó el encuentro entre sus dos hombres, mientras Hugo supo que odiaría a quien le presentara. Aunque fuese el mismísimo presidente de la República.

En su primer día libre, Pablo tomó un tren a Puebla. Sostenía una enorme caja de bombones entre los brazos cuando hizo sonar la aldaba. « Me sienta mal el chocolate» , pronunció Hugo junto al apretón de manos. El resto se resumiría en una cortés merienda según trufaban la conversación de lugares comunes. No obstante, el español repitió tantas visitas como pudo, porque no estaba dispuesto a permitir ningún obstáculo entre él y Vera, pues así la llamaba ya.

En Puebla derrocharon amor por las esquinas; se besaron en los portales e hicieron volar sus manos bajo la ropa, camino de los muslos o los pezones con los que Pablo fantaseaba en las gélidas noches del bajo de Morelos. Mientras tanto, trabajó como ayudante de dirección en unos rodajes que no se dilataban mucho. Él sabía que Aurora leía un guion y el hecho de que no fuese suyo le provocaba cierto amargor. Pero la vida imponía sus ritmos y ya llegaría el momento de dirigirla.

Por lo pronto, Aurora se conmovía con las frases y situaciones de *Color de cielo*.

Los progenitores de una acomodada familia mueren tras ser arrollado su vehículo por un tren. Entonces el hijo pequeño queda bajo la responsabilidad no solo de su hermana mayor, sino de un tutor, con el que el padre mantenía negocios. No parecen tener problemas económicos, pero al transcurrir los años descubrimos que han ido vendiendo sus bienes y dejando la casa en el mero esqueleto. ¿Por qué esta ruina? Por la mala gestión del tutor. Un mal hombre que desea acostarse con la hermana mayor, de nombre Beatriz, convirtiendo la convivencia en algo insufrible. Tras varios ataques, los dos hermanos logran escapar una noche, sin contar con dinero o familia cercana. En su huida desembocan en una hacienda donde, por caridad, les terminan acogiendo. Pero, eso sí, a cambio de su sustento, Beatriz debe emplearse en los oficios más ingratos. Ella acepta cualquier cosa con tal de que su hermano pueda acudir a la escuela.

Tampoco parece fácil la vida en la hacienda: desprecios, malos modos, gritos e

improperios. Todo hace pensar que la posibilidad de un futuro feliz está vedada para ellos. Un día llega la noticia de la visita del hijo de los dueños, junto a un grupo de amigos. Nada más aparecer, todos tratan de seducir a Beatriz —una joven bellísima con unos increíbles ojos «color de cielo»—, creyéndose además en la superioridad de hacerlo, puesto que es poco menos que una mandada y debe encajar sus impertinencias con estoicismo. Menos uno: un brillante abogado, poseedor de ambiciones políticas y de una sed de justicia gracias a la que, a su juicio, ayudará a alumbrar un México mejor.

Enseguida nacerá en él la compasión hacia los dos hermanos y, en un paso más, brotará una fuerte atracción hacia Beatriz, aunque trate de reprimirla. Les alejan muchas cosas y esta relación no sería lo que esperan para él los suyos; de hecho, su familia ya ha pensado en la mujer perfecta: la hermana de su anfitrión, la hija de los dueños de la hacienda. Una joven coqueta y frívola que estaría dispuesta a todo para casarse con él.

Debatiéndose entre un sentimiento noble, pero inviable, y la mera simpatía que le despierta la hermana de su amigo, trata de alentar el flirteo con esta. Mas en el último momento es consciente de que su amor por Beatriz resulta demasiado fuerte y no podría estar junto a otra mujer. Por tanto, prefiere alejarse de la hacienda y de toda tentación.

Ya en la capital, sin la posibilidad de comprometer su afecto a Beatriz, pero sintiendo que puede ayudarla a esclarecer su tenebroso pasado, decide investigar qué fue de su fortuna familiar, dilapidada tan prematura e incomprensiblemente. Es él quien descubre no solo la malversación de su herencia por parte del tutor, sino la traición que el villano cometiera manipulando el coche de sus padres para propiciar el accidente. Al final, los hermanos recuperan la herencia y el amor triunfa sobre cualquier convencionalismo social.

La historia era un compendio de tópicos reproducidos hasta la saciedad, pero ¿acaso no eran esas las historias que buscaba el público para emocionarse y, sollozando, olvidar sus propias desdichas?

Aurora aceptó el papel y entró en una rueda de pruebas de luz y maquillaje, clases de dicción y expresión corporal, ensayos y más ensayos. Aunque Diego Espejel había contribuido en la toma de la decisión final, el «sí» de Aurora siempre estuvo condicionado a lo que pensara Hugo.

—¡¿Quieres ser actriz?! —dijo escandalizado. Vio los aviesos tentáculos de Pablo detrás y hubiera querido ahogarle con sus propias manos.

—Actriz, actriz… En realidad se trata solo de una película —se zafaba ella.

—¿Vas a salir en una película? —inquirió Tirso, asomando por la puerta al oír la conversación—. ¿Te veremos cuando vayamos al cine?

—¿Qué habláis de cine? —comentó Hugo hijo, que también andaba por allí.

—Aurora va a ser estrella de cine —aclaró su hermano.

—¿En serio? —preguntó entonces la pequeña Aurora, quien había pasado de ser muda a tener una lengua muy suelta—. ¿Y yo podría salir también?

—¿Te das cuenta de la que has liado? —farfulló su hermano—. Tu estupidez es lo último que le faltaba a esta familia.

Aurora se marchó y él se instaló en la sombría idea de que, lejos de cerrar etapas en su vida, no hacía más que abrir capítulos nuevos. Ahora poseía la responsabilidad de cuatro hijos; había arraigado en Puebla con tal solidez que volver a España se había convertido en una utopía; la niña Aurora sin madre ni referente femenino; su padre presionándole para que regresaran. Él solo, añorando a su mujer muerta en cada rincón de la casa, y Aurora abriéndose camino en el mundo del celuloide. A veces incluso pensaba que le hubiera gustado tener a Isela cerca.

Dos meses, a lo sumo tres, era el plazo estimado por Empire Productions para modelar a una joven estrella. Tiempo que Aurora estuvo confinada entre su camerino, el estudio y la habitación de un hotel. México se convirtió en un puñado de azoteas oteadas de lejos. Croquis de calles desde la ventanilla del auto. Apenas un rato en una cafetería, estudiando gestos, miradas, un balanceo de caderas.

—Crear un personaje es una tarea compleja y larga —adoctrinaba el profesor Seki Sano—. No es aprenderse su texto de memoria, señorita Velier. Sé que lo ha hecho. Lo repite como papagayo hasta reventarme los tímpanos.

—Estoy trabajando el vínculo con su hermano, como usted me sugirió.

—¿Qué relación tenía la protagonista con su familia? ¿Cómo era de niña? ¿Se ha preguntado si el accidente truncó algún sueño? ¿Y si en el fondo Beatriz odiara a su hermano porque le juzga responsable de fregar suelos? No lo ha pensado, ¿eh? Esa es su obligación. ¡Y cambie de cara! Enuncia cada frase empleando la misma tonta sonrisa.

—¿Qué quiere? —protestaba entre lágrimas—. ¡No tengo otra!

Azotada por la estricta pedagogía del japonés, fue capaz de enfrentarse a la Beatriz de *Color de cielo*, su primer papel protagonista. También aprendió a desmenuzar los personajes, al tiempo que se analizaba a sí misma.

En esto consistía el método del Actor's Studio —en cuya disciplina se había imbuido Seki Sano durante su estancia neoyorkina—, y, tutelada por la órbita de sus teorías, aprendería a actuar a marchas forzadas. Todo porque aquel incisivo maestro, cojo y de agrio carácter, se había propuesto sacar lo mejor de ella.

—Encuentre en usted el dolor, Vera. Tiene que haberlo. Beatriz ha perdido a sus padres, no hay suelo debajo de ella. Los dos a un tiempo, ese drama es aún mayor. Además, no les ha dicho adiós. No ha habido despedidas, por tanto, lo que ella guarda quedará para sí.

En las escenas dramáticas, Sano se apostaba en una esquina del set y, cada

vez que paraban para retocar el maquillaje o ajustar la luz, él la arengaba con unos incisivos preceptos que la perforaban como aguijones. Aurora-Vera se acercaba al maestro temblándole el labio. Después decía sus frases en una voz favorecida por su propio dolor. Nunca supo el japonés dónde hallaba tantísima fuente de inspiración, habiendo escarbado un poco.

—Magnífica —aplaudía cuando el director gritaba « ¡Ha sido buena!» .

Le resultaba más fácil llorar que reír. Solo tenía que imaginarse bajo una cama una noche de San Juan y le fluían las lágrimas y los miedos.

—No hable como un perro, module las palabras. ¿Para qué quiere la lengua aparte de besar? Lea, lea, lea, ningún actor puede pretender ser notable si es inculto. Conozca el alma humana y sabrá actuar. Los recuerdos son su patrimonio. Piense en algo triste cuando toque interpretar algo desdichado, y en un lugar idílico para simular placer. Todo está en la cabeza, lo tamiza el corazón y sale por la boca.

Sentencias sabias que Aurora anotaba en una libreta, y las releía antes de dormir. Fueron tantas que completó el cuaderno y empezó a apuntarlas en el marco del espejo de la sala de maquillaje, en las puertas de su ropero, sobre los azulejos del cuarto de baño, por temor a que un día el bastón del japonés no golpeara más el suelo y prefiriera quedarse con sus alumnos del Bellas Artes. Y le escatimara sus conocimientos.

Al día siguiente de acabar la filmación, Aurora salió a la calle. Estaba harta de flotar en ese limbo donde los estudios acrisolaban a las estrellas. Necesitaba reconciliarse con el mundo de lo sencillo.

Tomó un autobús en la avenida Juárez, abonó los 20 centavos y esquivó viajeros, bolsas y jaulas con gallos, antes de sentarse en un asiento de primera con derecho a cojín. Pretendía contemplar la rutina desde la ventanilla de aquel autobús. Pulquerías, puestos de fruta, novedades textiles, gacetilleros voceando el último crimen…, hasta que en el número 34 de la bulliciosa travesía vio algo que la congeló en el sitio.

54

La última semana de mayo, México era un hervidero de sonrisas y sudores, que al caer la noche colmaba sus plazas de corridos y boleros. Envuelta por sus melodías, oliendo a vainilla y vestida del color del durazno, Aurora salió a la puerta del hotel donde esperaba Pablo como un novio cualquiera. El joven había alquilado un traje claro de lino y cubría su cabeza con un sombrero panamá. Estaba guapo. En realidad, lo era. Mucho. Ojos miel, el cabello matizado de reflejos dorados y esa sonrisa como la de los galanes a quienes dirigía en el set. Habían transcurrido dos días desde que Aurora-Vera terminara el rodaje y empezaba a vivir. Hasta entonces, en un tiempo de ganas contenidas, apenas habían compartido unos besos robados y unas cuantas caricias furtivas. Así que era su primera cita oficial. Una especie de puesta de largo ante los amigos de Pablo, que, salvo Morayta, solo sabían de Aurora por los sinsabores del joven.

Tomaron un *Fordcito*, como se conocían los taxis en la capital, y se encaminaron a Insurgentes Sur, en dirección Cuernavaca.

—¿Seguro que estoy bien?

—Espléndida, ¿acaso lo dudas?

—¿Y si me consideran una cursi o una boba ignorante?

—Son gente normal, no un tribunal de oposición.

Pero Pablo había adornado a aquel grupo de refugiados con tal halo de intelectualidad que le imponían, quizá porque nunca había valorado el peso de la formación erudita. Hasta entonces a ella le habían servido sus estrategias. Era intuitiva y empática, para qué más. Por descontado, había aprendido lecciones, las de los niños y, antes que ellos, las que tutelaron su educación. Y había leído los libros que aconsejaba Berta. Pero no parecía suficiente. Por lo menos, en esto incidía el profesor Seki Sano y también se lo sugería doña Purita, a quien el director de producción había encomendado que le modulara la voz y mexicanizara su acento.

También lo insinuaba Pablo en cada uno de sus argumentos, sosteniendo que el cine era un arma reivindicativa.

La pareja entró, saludó, comió embutidos españoles y fajitas mexicanas. La vivienda se abría a la noche capitalina a través de sus amplios ventanales. Aurora

se asomó a Insurgentes. Desde las alturas se veía grandiosa, una vía larguísima que cruzaba México de norte a sur. Miraba ensimismada los coches y las luces centelleantes, y reconoció que lo que veía le gustaba mucho.

—¿Así que casi te desmayas al verte en una marquesina? —La sobresaltó la profundidad en la voz de esa mujer de rostro alargado y ojos hundidos, que acababa de conocer.

Magda Donato se refería a su anécdota del día anterior cuando, desde el autobús, descubriera a unos operarios colocando un cartel promocional de *Color de cielo* en la fachada del cine Alameda. Le causó tal impacto que le rodaron lágrimas como garbanzos y se pasó varias esquinas su parada.

—Ve preparándote, el cine no es el teatro —siguió ella—. Es puuuuro engaño: un papel de charol que, a veces, encierra una joya y otras, un bote de sopa caducada.

—¿Y el teatro? —preguntó curiosa.

—¡Ah! El arte de entender al ser humano y sus motivaciones en dos horas y veinte metros cuadrados. —La Donato tomó su barbilla y gritó—: ¡Pablo, esta novia tuya es bellísima! Porque sois novios, ¿no?

Qué fácil se lo hicieron y qué amigables se mostraron con Pablo, a quien valoraban como un hermano menor que reclamaba atención y tutela permanentes. Él buscaba la aprobación de Miguel y sus insignes amigos en cualquiera de sus trabajos. O que corrigieran sus fallos. Decenas de veces les trasladaba sus ideas, las derivas a las que iba sometiendo a esos guiones que, de momento, guardaba en una caja de cartón.

—No te quedes en un mero envoltorio —dijo Magda a Aurora. Sus consejos le parecieron de lo más valioso que había oído en tiempo—. Una actriz es un modelo donde se reflejan otras mujeres. Tu trabajo será trascendente.

—Me parece una gran responsabilidad verlo así —contestó.

—Entonces, ¿quieres ser una de esas caras bonitas sin nada dentro? Él no se habría enamorado de ti si pensara que estás hueca.

Magda la aleccionaba sobre el papel que las mujeres deberían alentar y donde asociarse entre ellas parecía crucial. Le recordaba a Berta y su sed de justicia social. Puede que fuese más didáctica, pero esgrimía sus mismos argumentos y atesoraba unas ideas que no se desinflaban en el exilio.

—Primero entre nosotras, en clubes formativos, y después integrándonos en los suyos —dijo señalando a unos hombres que devanaban proyectos sin parar—, pero no como comparsas: con decisión y voto. Ya hemos creado la Unión de Intelectuales Españoles en México y el Círculo Cultural Jaime Vera. Y no hablo de política, cuya participación aquí nos está vedada, sino de vehículos para que las cosas cambien a mejor.

Gracias a su detallada conversación conoció los riesgos que había asumido en su época de reportera y que la llevaron, por ejemplo, a vivir un tiempo en un

manicomio, haciéndose pasar por enferma mental para escribir *Un mes entre las locas*. Experiencias al límite en primera persona y no siempre entendidas por otros cronistas: *Cómo se vive en un albergue de mendigas* o *La vida en la cárcel de mujeres* fueron ejemplos a los que Magda aludió.

¿Cómo podía medirse Aurora con ella, si lo más que había logrado era recitar un guion con mediana credibilidad?

En paralelo, ellos trazaban planes. Estrellas, galanes e infinitas tramas. Y como telón de fondo, las ideas. De hecho, no cesaban de suscitar asuntos, en los que ella no hubiera podido terciar una palabra. Sí, leía los titulares de *El Nacional* o *El Universal* y a lo sumo diferenciaba —tras años de escuchar los matices en Hugo— la prensa gubernamental, proclive a la izquierda, o la conservadora; pero sin mayor interés. Su atención reparaba en los breves: una fiesta de sociedad o las viñetas de *El Buen Tono*.

En esa velada entendió que la ideología fomentaba en los individuos una adicción tan grande como la que provocaban las personas.

Jamás podría arrancar a Pablo de sus profundas convicciones. Más que eso, Aurora supo con tristeza que, si le hiciera elegir, ella siempre saldría perdiendo.

El mayor tesoro de Tobias Leisser, el extraño terapeuta del Île de France, el firme colaborador de la inteligencia nazi, era su memoria. Implacable. Con sorprendente precisión podía recordar la placa de una calle, el color de un traje, una a una las citas de sus pacientes. Los nombres de un periódico resaltados en negrita, un rostro, un trasero prieto. Con el paso de los años, evocaba cualquier detalle y no lo olvidaba. Menos aún los agravios.

De manera que se reconocía incapaz de perdonar a México, desde que el presidente Lázaro Cárdenas se posicionara a favor de la disuelta República española. Por este motivo no estaba allí de vacaciones, sino con el objetivo de hacer saltar por los aires el país.

Alguien como él fingía connivencia, hasta asestar la mortal puñalada de la venganza.

El psicoanalista dirimió las primeras semanas de 1943 entre las diligencias como agente del servicio secreto y sus lúbricos vicios. Ambas acciones quedaron en tablas. Para lo primero habló, investigó, negoció y espió; para lo segundo, trillaría tanto elegantes clubes como los rincones más sórdidos de México.

No obstante, había otras cosas en su cabeza. La mujer que había reconocido en el hotel Regis se abría paso con siniestra obstinación entre sus pensamientos e intrigas. Cierto que, al principio, le había desconcertado su oxigenada melena, porque durante la travesía del Île de France nunca llegó a sospechar la existencia de semejante pelo bajo sus turbantes. Pero igual que cabos de navegación, ató su trasero a los aires germanos y recordó la preocupación por sus baúles. He aquí la lazada. En cambio, el nombre se le resistía —Dora, Hilde, Krista, Elrike, Erna…

—, hasta que por fin una noche en duermevela despejó la incógnita: « Edwina… ¡Schäfer! Eso es» .

No hubiera tenido mayor importancia recordar su identidad de no ser por dos premisas: a) le había rechazado en su encuentro y no estaba dispuesto a que se repitiera, y b) había algo difuso en ella, una resbaladiza viscosidad, que le impulsaba a ir más lejos en sus averiguaciones.

Leisser tenía hambre de guerra. En un amplio sentido.

55

Madrid, España. 30 de agosto de 1936

La madrugada en que la actriz y el sindicalista enhebraron sus cuerpos, hilo y aguja pegados, parecía no terminar, girando y girando dentro de un bucle que no acababa. Tres días después, a través de la rendición de una mirilla o de una puerta a medio abrir, se vería cómo no declinaba su pasión.

Cuando se presentó en el rodaje de *Carne de fieras*, las ojeras le llegaban al suelo. Habían pasado tres días sin noticias de Tina de Jarque.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —la increparía Pablo Aliaga—. Nadie contestaba al teléfono y nos temíamos lo peor.

—He estado enferma. ¡Tú no eres nadie para hablarme así!

—Vale, pero el director no para de preguntar por « usted» .

—¿Habéis cobrado vosotros? —curioseó Tina.

—¿No vienes a trabajar y quieres pesetas? —masculló Pablo por lo bajini—. ¡Bueno está el productor contigo!

A trancas y barrancas concluyeron sus secuencias. La amargura al acreditar que los planes para ser una estrella en el cine se habían derrumbado le hizo derramar lágrimas de rabia. Por otra parte, a primeros de septiembre Bayón ya se había incorporado al sindicato para inventariar las requisas de las milicias. Parecía un notario. Espulgando joyas, cuadros, esculturas y obras de arte, empleaba la jornada hasta que tocaba oler el cuerpo de su hembra.

—Qué será de mí ahora —se lamentaba Tina—. Se me acaba la edad para seguir sobre un escenario y el general me ha robado mis ahorros. Todo porque me negaba a acostarme con él. —La piel de sus senos brillaba de sudor y Bayón la relamía—. El muy cerdo me acosaba, pero yo me mantuve firme. ¡Mira el pago que me hizo la vida! ¿Me vas a ayudar, Eduardo?

Ella se autoconvencía de que una mentira piadosa no tenía mayor recorrido. Ni siquiera se trataba de una manipulación, sino de escatimar el grueso de la verdad. Mientras tanto a él, un hombre parco en palabras y poco hábil en discursos que no derrocasen gobiernos, solo se le ocurría cabalgarla porque le

parecía el modo más certero de darle consuelo.

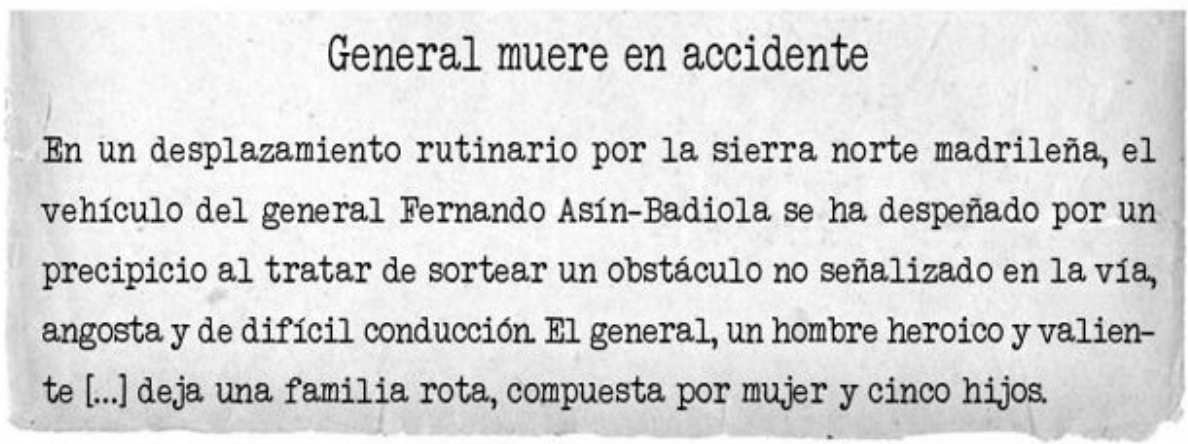
—Es imposible deshacer una expropiación como la tuya —le aseguró tras su insistencia.

—¡Entonces, si tienes huevos, véngame! —retó con rabia.

No fue necesario insistir más. De repente dejaron de acosar a Tina aquellas notas en las que le pedían información de los leales. Pero hubo más que eso: nunca volvió a tener una noticia de Bertram Fiedler, su contacto alemán, quien parecía haberse esfumado.

Sí las tuvo del infame general, que se consumió en un breve faldón de *El Sol*. Mediaba el mes de septiembre y Tina trataba de encajar su sustitución en La Zarzuela por Miguel de Molina y Amalia de Isaura, bajo la manida tesis de que socializar los teatros implicaba prorratear el trabajo.

Se sentía triste y repudiada, pero el titular la reconstituyó.



General muere en accidente

En un desplazamiento rutinario por la sierra norte madrileña, el vehículo del general Fernando Asín-Badiola se ha despeñado por un precipicio al tratar de sortear un obstáculo no señalizado en la vía, angosta y de difícil conducción. El general, un hombre heroico y valiente [...] deja una familia rota, compuesta por mujer y cinco hijos.

—Gran información —pronunció en voz alta como corolario.

Tina rompió la página del diario en mil pedazos, los echó al inodoro y se dirigió a la cocina para componer una humilde cena. En adelante no hablarían de ello. No hizo falta.

Durante aquel mes escasearon los víveres y el trabajo. En cambio, su arte resultó prolífero. Cada noche, cuando Bayón regresaba extenuado, ella le interpretaba sus mejores números. Para ello recuperó del trastero los baúles donde había desterrado los trajes de sus antiguas revistas, y los redimió en unos privadísimos pases.

Soldadito español,
soldadito valiente,
el orgullo del sol
fue besarte en la frente.

—¿A quién cantabas esto antes? —preguntaba celoso el sindicalista.

—A quien se preciara —aclaraba pícara—. Pero nunca con tanta intención.

Cierto. Jamás el pasodoble del maestro Guerrero había aplicado una letra a una vida con tanta precisión. Pero había algo más. Tina iba fraguando una trama que aún no se atrevía a compartir con el sindicalista, pero, ya sin sus enemigos cerca ni un sueño artístico a su alcance, era la única salida.

Pensaba mucho en cómo avanzárselo, porque temía que su integridad, sus fuertes convicciones, fueran el principal obstáculo. Sin embargo, existía en Eduardo una circunstancia humillante, a cuyas secuelas no pretendía aludir, aunque saltaran a la vista. Su tara. Cierto que él se obcecaba en disimularla, e incluso ponderaba su nuevo empleo como si no añorara sus anteriores tareas. Pero que no se llevara a engaño: si pasaba el día tras una mesa, se debía a que el disparo le había dejado cojo. Tarde o temprano habría de elegir entre un presente mediocre o un futuro con alguna pretensión. Y ella le ayudaría.

Iniciado octubre, Tina recibió una llamada del teatro. Dos, tres funciones. Quizá alguna más, si se adhería al cartel Estrellita Castro. Nada que la sostuviera a corto plazo. Más miseria. Fue el revulsivo para explotar.

—¡No se puede vivir en Madrid! —sentenció desprendiéndose de las medias antes de caer sobre la cama—. Estoy pensando en marcharme.

—¿Marcharte? —preguntó Bayón extrañado—. ¿A dónde?

—A cualquier sitio, fuera de España. En América me han valorado siempre. ¡Al Uruguay, por ejemplo! « Al Uruguay, guay, yo no voy, voy, porque temo naufragar…» —entonaba el charlestón que había popularizado tiempo atrás.

—No quiero que sigas actuando —dijo él con el corazón. Todo hombre enamorado trata de salvar a la mujer de lo que concibe un peligro y el mundo del espectáculo se lo parecía.

—Pues me dirás qué hago. Además, pronto volverás con tu mujer y…

—¡Eso no es así! Ya no puedo volver con ella. Pero tampoco se merece esta mentira, por lo que antes o después tendré que confesarle lo nuestro.

—¡Vámonos de aquí, Eduardo! Huyamos, no demos explicaciones a nadie.

—Para eso se precisa dinero —verbalizó un pensamiento fugaz.

—Tú tienes la respuesta a mano: sacas de joyas a tu disposición, controladas solo por ti. Piénsalo por un momento. Oro, ese sería nuestro seguro de vida. ¿Quién se daría cuenta si va desapareciendo poco a poco? Di.

Primero fue una cadena de eslabones como garras. Eduardo Bayón la dejó sobre una de las cicatrices de la mesa de madera. Tina tomó el collar entre los dedos y jugueteó con él en torno a su cuello. Feliz, porque había dado el primer paso. Después, llegó el alijo. El sindicalista echó mano a su bolsillo y sacó un puñado de baratijas, igual que si fueran cacahuetes: anillos de distintos tamaños, zarcillos y algunos gemelos.

—¿Qué? —preguntó a la espera de una respuesta entusiasta.

—Que con esto no vamos a ningún sitio. Lo empeñamos en el Monte y nos

alcanza a la renta de unos meses. Tú verás lo que haces, pero yo me pienso marchar… contigo o sin ti.

—No me dejes, Tina, no podría soportarlo. No sé qué me has hecho, pero ya no me importa esta guerra, la lucha obrera ni la revolución. —Dobló su pierna coja en una mueca de dolor—. ¡Haré lo que tú me digas!

—¡Entonces actúa, Eduardo, porque no tenemos tiempo!

A los dos días, Eduardo Bayón llegó con un macuto y de él extrajo un cáliz, lleno de piedras rojas ensangrentadas coronando la base en forma de cruz.

—¡Ah! —exclamó ella llevándose las manos a la cabeza—. ¿Es todo?

—Por qué será que las mujeres no os saciáis nunca.

Monedas y más monedas rodaron sobre el tresillo, arremetiéndose entre los cojines y los brazos. Medallas de oro macizo que la cantante mordisqueaba desconfiando de su brillo. Cuando se hartó de lamerlas, pasó a su amante y, sin despegar sus lenguas, terminaron haciendo el amor sobre el expolio.

Así sucedió a diario durante el mes de octubre. Salvando un par de noches, en que actuaría en el teatro Fuencarral, el resto, la *vedette* recibiría el botín en cueros. Sobre la cama, protagonizando un ritual de amor y codicia, antes de guardarlo en el equipaje que preparaba para la huida. El 29 de noviembre estaba todo pensado a falta de tachar el día en el calendario.

Esa tarde su nombre aparecía en tipografía diminuta en el periódico: un festival junto a Juan de Orduña, entre otras «bellezas» para arropar a una estrella infantil con ínfulas hollywoodienses llamada Ana Mary, la Shirley Temple española. Habían prescrito los destacados y las negritas sobre ella. No le consolaba que la guerra adelgazara la prensa, hasta dejarla escuálida. De sobra sabía que ya no era nadie. Peor aún, que nunca volvería a serlo.

La visita al productor de *Carne de fieras* así lo refrendaba. Aún le debía sus últimas sesiones y unos días antes de su marcha se personó en el cine Doré, donde se ubicaban las oficinas, para reclamárselas. Al otro lado de la mesa se topó con un cáustico individuo.

—Mira, Tina, estás vieja —la insultó él—. ¿Me oyes? ¡Monta una mercería y déjanos en paz!

—¡Le exijo que me dé mi dinero!

—Te lo has comido, ricura, por anticipado. Por cada uno de los retrasos que te hemos aguantado. ¡Vamos, aire, fuera de mi despacho!

—No me pienso mover de aquí hasta que no me pague lo que me adeuda.

—Si no sales traigo a la guardia, que andará con ganas de dar palos.

—¡Tráigala y les pongo al cabo de la calle! —se envalentonó ella.

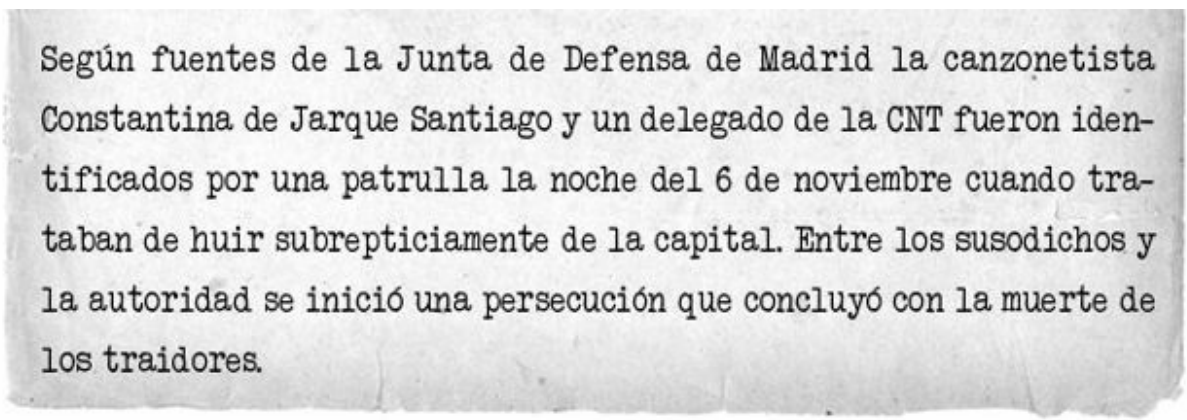
—¡Ahora verás! —mientras le escuchaba zapatear escaleras abajo. Tina miró el despacho y se confesó que, a lo peor, jamás volvería a frecuentar lugares como ese. Permaneció unos minutos más y desapareció de allí en silencio. En un mutis tan dramático como dañino para el productor.

La tarde en que previó su escapatoria, Tina de Jarque aún tuvo ocasión de despedirse de los escenarios como la gran estrella que fue.

Participó en dos sesiones vespertinas, 16.45 y 18.45, por las que recibiría el porcentaje correspondiente de las butacas vendidas a 2,50 pesetas, después de repartirse, eso sí, entre artistas, técnicos, eléctricos, tramoyistas… Pobreza. Al terminar la última, se dirigió al piso donde la esperaba Eduardo Bayón.

Hasta aquí, una trama previsible. Lo que se precipitó después en esas dos vidas apenas lo recogieron los periódicos veinticuatro horas más tarde, quedando confinado en el misterio.

En realidad, no merecería ningún destacado en la primera plana y sí breves apuntes disipados entre la maquetación. Arrancaban con este titular: « Cantante de revista y acompañante muertos en extrañas circunstancias» , al que seguían cuatro líneas. Un texto esquelético, quizá, porque el plumilla de *El Sol* no estaba para recrearse en sucesos de dudosa explicación.


Según fuentes de la Junta de Defensa de Madrid la canzonetista Constantina de Jarque Santiago y un delegado de la CNT fueron identificados por una patrulla la noche del 6 de noviembre cuando trataban de huir subrepticiamente de la capital. Entre los susodichos y la autoridad se inició una persecución que concluyó con la muerte de los traidores.

Ni una línea obsequiosa para con su arte, ni una mención a los aplausos o una película disparatada, pendiente de estreno. No lo merecía la actriz que deslumbraba a un público subyugado y al que dedicaría la última actuación, horas antes de su muerte. La sesión de las siete de la tarde en el Fuencarral no completó el aforo, y eso que el título prometía: *Cuando un hombre es un hombre*. El suyo había aguardado anhelante el momento de la deserción.

56

—¿Cuándo regresas? —le interrogó Hugo.

—En pocos días. Pero no puedes preguntármelo cada vez que telefoneo.

Puede que ella tuviera razón, no obstante, la nostalgia le hacía mendigar su vuelta. A veces, en aquella casona poblana que se le venía encima, Hugo se cuestionaba si no tendría que haber objetado con mayor firmeza su cretino deseo de convertirse en actriz. Ahora, imaginándola en la capital y bajo la influencia de Pablo, con qué armas contaba para hacerla regresar. El afecto filial parecía una quimera.

En cuanto a Aurora, claro que lo echaba de menos, pero también saboreaba cierto amargor de decepción, como a la niña que le quitan el caramelo de la boca. Su paso por los estudios había sido intenso y rápido: no había acabado de llegar, cuando ya se estaba marchando. Su último día vestía una blusa blanca de organza y una falda plisada a la moda, sandalias negras y un bolso bicolor. Durante la caminata hacia su camerino, tuvo que superar la fila de aspirantes que aguardaban su turno para una audición. Había sido una privilegiada. No había pasado por eso para obtener un papel que todas ellas anhelaban y, a lo peor, nunca lograrían.

« ¿Cómo hizo para alcanzar un protagónico tan pronto, señorita Velier?» , le había preguntado un plumilla impertinente, en la única entrevista que había concedido. Fue para la revista *Diversiones* y se quedó callada, sin saber cómo aclarar su camino hasta el momento. « A poco vean *Color de cielo* lo entenderán» , respondió el jefe de reparto, lo que no satisfizo al periodista, convencido de que tenía delante a la última protegida del productor de turno. Por lo menos la adjetivó *lindísima*.

Los camerinos eran pequeñas celdas de una colmena a rebosar. Nada más abrir el que había sido su refugio estas semanas, un olor dulzón le golpeó la nariz: un imponente ramo ocupaba el centro del espacio. Era un manojo de flores de cacalosúchil. Verlo la transportó a Veracruz, al mar y sus puestas de sol, al minarete y el jardín de la casona azul de Lagunilla. Apresurada, buscó entre sus ramas una nota: « Mañana la recogeré en el hotel a las nueve, sea puntual. Quiero mostrarle algo. Diego Espejel Briz» .

Que ella recordara, nunca le había confesado que se trataran de sus flores preferidas, por lo que no entendió la casualidad. Seguro que se trataba de un hombre sagaz que habría sondeado entre los suyos sus gustos. La halagaba, sí, pero había algo en sus confianzas que la turbaba.

Se desnudó y se puso una bata con las iniciales de *Empire Productions* y su nombre en una etiqueta de quita y pon en el reverso. Después fue a la sala de maquillaje. En un par de horas grababa un anuncio que se proyectaría en los cines. Sería su último trabajo allí.

—¿Vera? —preguntó un hombre bien parecido que la tomaba del brazo—. ¿Se acuerda de mí? Platicamos en casa de Miguel, soy Roberto Gavaldón.

No se acostumbraba a que aludieran a ella por su sobrenombre. Quien así lo hacía se trataba del ayudante de Morayta en *Caminito alegre*, con quien este había trabado amistad. Gavaldón, tras vagabundear por Hollywood, se había convertido en el preciado asistente de cualquier director, pero él poseía talento y quería demostrarlo. Detallista hasta la extenuación y preciosista en los encuadres, parecía natural querer concebir su propia película. « ¿Qué tal si busco entre las novelas españolas una gran historia?» , perseveraba con Morayta, y debió de mostrar tenacidad porque en unos meses adaptaría *La barraca*, de Vicente Blasco Ibáñez. Pero ahora era otro el motivo que le había trasladado hasta los estudios.

—Venga —anunció enseguida—. Le voy a presentar a toda una estrella.

En una de las butacas una pelirroja acababa de quitarse de encima a la maquilladora, asumiendo ella la tarea de delinear con fino trazo sus cejas.

—¡Vas a enseñar tú a la maestra cómo hacerlo! Chíngale y aprende, a mí me instruyeron las mejores —protestó—. ¿Se te ofrece algo?

—Por lo pronto, que conozcas a la señorita Velier. Vera, le presento a…

—¡Ah, corrió igual que gamo la muchachita! —interrumpió Lupe Vélez—. ¿A poco embaucó a algún productor?

—¿Se conocen? —se extrañó Gavaldón.

—Sí, a esta mosquita muerta le eché el ojo un día y mírenla, subió como la espuma. Déjanos, Roberto, esto es entre nos —guiñando el ojo a Aurora—. Si no fuera malhablada, nunca hubiera trabajado en Hollywood, para prejuiciosa ya estaba Dolores del Río. No soy ninguna dama como ella.

Lupe, la actriz cuya labia la había aturullado en el mismo lugar meses atrás, había retornado a México para protagonizar *Naná* —inspirada en la obra de Zola —, o de otro modo: el segundo film que rodaría en su país. La película iba a ser codirigida por Roberto Gavaldón.

Ahora bien, la amargura de la artista no era una impostura. Su contrato con la RKO, tras ocho películas consecutivas de enorme éxito, había concluido, y volver a México parecía su tabla de salvación porque la reinvención en el cine se convertía, a veces, en la única salida para una diva. En paralelo sus continuos devaneos sentimentales, aireados por la prensa amarilla, tan solo calentaban su

cama. Por el contrario, su corazón estaba vacío.

—¿Sabe cómo alumbró mi vocación? Tenía diecisiete años y jalé un tren sin dinero. Así nomás llegué a Los Ángeles. Tan bella que no había quien no volteara la cabeza al pasar. Yo sabía inglés, lo aprendí de niña. Mi papá era general de la revolución y mi mamá una cantante de ópera bien notable, pero vaya y les di disgustos —le fue soltando su historia como si recitara el guion de su película. Quizá estuviera ensayando—. Con dieciséis bailaba en el teatro Principal de México, ¡*Ra-ta-plan*!, se llamaba la obra, y seguí haciéndolo en Estados Unidos, hasta que aparecí en una audición vestida de charra gritando « ¡Órale, manito!» . Bajo el brazo llevaba un perro chihuahua. Me había enterado de que buscaban una actriz latina que hiciera la competencia a Dolores del Río y le dije a Douglas Fairbanks: « ¿No quieren una mexicana? Pues tomen una» . ¡Me contrató!

Aurora escuchaba su monólogo fascinada, con la cabeza entre las manos y sus codos abriéndose paso entre un arco iris de sombras, barras de labios, esmalte de uñas, bases de maquillaje, pinceles, rizadores de pestañas. Sintió también que Lupe no tenía ningún interés especial en ella y sí la necesidad de desahogarse. No le importó.

—¡Es platicar de Dolores y me lleva la fregada! —se quejó de pronto—. Nomás me dicen casquivana, cuando ella se la pasa jodiendo por detrás y nadie lo cuenta. En cambio, de mí saben hasta si meo. ¿Usted es de las mías o de las suyas, muchachita? Bah, qué más da.

—La verdad es que… no sé si me gustaría salir en las revistas y exponerme ante todo el mundo —respondió Aurora en una confesión tan improvisada y primeriza que hasta ella misma se sorprendió al oírla.

—¿Pues qué haces aquí, pendeja? La prensa te encumbra o te entierra; ojalá y los columnistas dijeran de mí las cosas de antes: me llamaban *Miss* Chile Picante o La Pantera Mexicana. Luego comunista, y me patearon el trasero. Después me subieron a la gloria siendo la *Mexican Spitfire* y ahora que se ha acabado…, cualquiera sabe.

Aurora ignoraba la biografía de Lupe Vélez y trató de componerla gracias a los bosquejos que iban cayendo de su charla. Imaginó pomposos titulares, pero también decepción y algún tipo de fracaso, como si su carrera ya no admitiera más atajos. No se figuraba lo decisivo que era el papel de Naná.

Lupe amaba México hasta el punto de que una vez había contratado grupos de mariachis para que actuaran en cada una de las estaciones donde paraba el tren que la estaba desplazando al D. F. Fue en 1938 y realizó semejante excentricidad solo por escuchar el arrullo musical de su país antes de rodar *La Zandunga*. Aurora no cesaba de cavilar en las cosas que contaba, según la estudiaba a través del espejo.

—¡No mires por encima del hombro! —gritó ella estrellando el pincel contra su reflejo.

—No lo he hecho —aseguró sonrojándose.

—¡Sí! —espetó—. Se te olvida que antes fui igual que tú. ¡Todas lo hacemos! Pensar que somos más jóvenes y más bellas y que merecemos el papel de las demás.

Lupe se levantó, pegándose a su asiento. Mediría un metro sesenta y estaba muy delgada. Era hermosa, aunque el maquillaje acentuaba sus arrugas.

—¿Ves aquella rubia? —Y le giró la cabeza hacia la ventana—. Trata de ser figurante en mi película, aunque mataría por el protagónico. Ándate con tiento. A poco te agarraron las prisas porque un productor se haya fijado en ti, pero no hay caldo que no se enfríe.

Aurora trató de disculparse, mientras ojeaba la cola de bellezas a la espera de un plano o una frase. Enseguida vio a la joven a la que despectivamente aludía Lupe Vélez. Varias veces había coincidido con ella e incluso habían intercambiado cortesías cuando reconoció su acento. «Soy española —había contado ella—. Salimos de Barcelona nada más caer la ciudad, y pasamos a Francia. Fue un infierno. Aquellos campos eran…». Bastó esta simple aseveración para que ambas simpatizaran, entreviendo que Pablo y ella habían intercalado sus destinos en el pasado.

—¿Conoces a Pablo Aliaga? Él también estuvo en Francia en un centro de refugiados. A lo mejor le has visto por aquí —comentó entonces Aurora.

—Éramos miles, nadie hubiera reparado en nadie. Aunque hubiéramos dado nuestra vida por el vecino que nos tendía la mano. ¿Sabes? A veces, en la desesperación, nos enamorábamos. O eso creíamos.

Cuánta tristeza asomaba a través de esa boca menuda que nunca dejaba de sonreír. Había calculado que tendrían la misma edad. Le resultó simpática, algo altiva, quizá. Tenía unos increíbles ojos azules, no rasgados como los suyos, sino redondos y grandes. El pelo rubio y muy rizado. Aurora hubiera ubicado su origen en cualquier punto del mundo, menos en España.

Otro día le acercó un sándwich y ella a cambio le regaló unas migajas de su vida, descubriéndole que en el mismo campo de refugiados se había casado y, poco después, trajo al mundo a su hijo Emmanuel, al cual criaba sola. Por ello recibía cualquier trabajo como una bendición. No le habló del marido y Aurora tampoco indagó más.

—Desde servir un café hasta aparecer de bulto —declaraba ella—. Por suerte, los directores españoles nos apoyan y nos cogen antes que a los mexicanos, pero los otros no. Me llamo Emilia Guiú. Para cuando sepas de algo y te acuerdes de mí.

Aurora siguió observándola un rato: la melena recogida con un lazo verde y los nervios a flor de piel. Rogó a esa «Virgencita», a la que imploraba Tula, que resultase elegida. En verdad lo fue. Esa y otras muchas más, hasta que México aprendió su nombre de memoria.

—¡Ahí muere usted! —gritó Lupe Vélez—. ¿Sabe qué? Me cansé de platicarle. ¡Que le vaya bonito!

La actriz salió de la sala dejando un rastro de colonia cara. Pocos segundos tardó la maquilladora en comentar la jugada.

—Es bien ceñuda, eh. Toditito porque don Arturo está bien amarrado por su doña y ella no tiene nada que hacer.

—¿Cómo dice? —respondió Aurora.

—¿A poco no lo sabe, señorita Velier? —replicó saboreando el chismorreo—. La Lupe anda en amoríos con Arturo de Córdova, el galán. Ya hace tiempo de eso. Pero él no quiere pedir el divorcio por sus hijos. Así nomás a la Lupe le llevan los demonios y en Hollywood se acuesta con todo hijo de vecino por ver si le olvida. Híjole, ¿no me cree? Pos lo cuentan las revistas.

57

El club estaba en plena intendencia. Aspiradores eléctricos rodando por la moqueta, abrillantadores puliendo la pista de madera de cedro. Una tropa de trabajadoras, plumero al aire, destapaba sus secretos nocturnos.

—¿Está la patrona? —oyó preguntar Edwina—. Avísela, por favor.

Las tripas de la alemana dieron un brinco. Hubiera reconocido su voz entre mil, pero ahora sonaba con más aristas. Vocalizaba las sílabas pulcramente, tal y como enseñaban los maestros de dicción. Le inquietaba el camino que había emprendido Aurora, por más que ella insistiera en que se trataba solo de una película. Edwina sabía que el veneno del arte consumía la sangre.

Desde que se trasladara a la capital no habían coincidido. No quiso. Prefirió ahorrarse las críticas y la posibilidad de darse de bruces con Pablo Aliaga.

Antes de entrar, Aurora reparó en la fachada de La Orgía Dorada. Apenas se diferenciaba de las contiguas, salvo por su rótulo de poderosas letras. En la vida no todo era lo que aparentaba ser.

—Si vienes a que apruebe lo que haces, ya te puedes ir largando. —Así saludó Edwina desde detrás de una barra—. Este no es sitio para ti.

—Hace tiempo tú misma me curaste de espanto.

—Andas con la lengua bien suelta. ¿Te cambió la capital? Vamos arriba. —Y tomaron el ascensor hasta su despacho, desde donde se divisaba el club.

—Es más fastuoso que cualquiera de los de Veracruz —admitió Aurora—. Me gustaría venir por la noche.

—Ni modo.

—¿Por qué?

—¿Quieres que te confundan con una de mis furcias? Siquiera mírate al espejo y quítate esos mejunjes.

Aurora se arrodilló a sus pies y le tomó las manos.

—No tiene caso que nos enfademos, Edwina. Ya ha acabado. Lo he probado como quien toma tequila por primera vez.

—Algunos siguen tomando toda su vida y terminan volados. Te dije que ese pelagatos no te traería nada bueno.

—Pablo no es responsable de nada. Dime, ¿por qué no quieres que te lo presente? Es admirable cómo trabaja: termina una película, empieza otra, y en

varios estudios. Hoy mismo está en Coyoacán, en los Cuauhtémoc. —Los pequeños estudios eran conocidos en la profesión como Vaca Films porque parecían un establo—. Y escribe. ¡Muchísimo! Él tenía razón: esta ciudad está llena de oportunidades para la gente del cine.

—¿Y tú perteneces a ellos? —soltó con inquina.

—¿No estarás celosa? Mañana marcharé a Puebla y a la vida de siempre. ¿A qué tienes miedo? No voy a cambiar.

—A que te hagas la taruga y no quieras ver lo que hay frente a tus ojos.

—Pues te tengo a ti y te veo bien clarita.

A Aurora le dolía que Edwina se resistiera tanto a compartir su experiencia, que no quisiera conocer a Pablo. Puede que no fuese el rico terrateniente con quien su amiga hubiera querido emparentarla, pero se trataba del hombre que había elegido después de que el destino los reencontrara. Si no tuviera esa convicción, no habría compartido su gran secreto con él.

A veces, cuando advertía en Hugo los sesgos de la soledad y el desaliento, presumía el dolor que le causaría conocer la autoría del disparo que mató a Vicente. No hubiese soportado una traición más. Entonces se decía que ella y el misterio se esfumarían al tiempo, pues Pablo nunca lo revelaría. Él era esas piernas que recorrían la ciudad mientras Aurora estaba inmóvil, los ojos con los que veía si los suyos se cerraban. Estaba persuadida de haber atrapado el amor sublime. Lo que tantas veces admiró en Hugo y Berta.

Empezaba a anochecer cuando se metió en un taxi. Al despedirse de ella, a Edwina le ensombreció la tristeza.

—Qué vueltas da la vida, como el carrete —susurraba viéndola marchar.

Esa era una noche importante, donde La Orgía Dorada recibiría a varios boleristas de gran fama. Entre ellos el compositor Rafael Hernández.

—¿Cuál elegiría usted? —había interrogado una vez Edwina al músico, según miraba distraído unos muestrarios de corbatas. Sucedió en la tienda High Life, donde los hombres adinerados engrosaban sus roperos.

—¿Acaso me va a regalar una? —respondió Rafael Hernández juguetón.

—Si me aconsejara bien, ¿por qué no?

Aquel varón maduro y bien vestido tomó una prenda a rayas azules y rojas. Sería un buen regalo para Noel Cigarroa; el músico tenía buen gusto.

—Espero que le agrade a su esposo —apostó él.

—¿Quién le dijo que sea para mi esposo?

—Entonces, a una mujer tan resuelta como usted, mejor que aceptarle una corbata le compondré una canción. ¿Le place el trato?

Fue hablarle de música y Edwina sintió como si se abrieran las ventanas de par en par. Rafael Hernández confesó sentirse halagado porque le gustaran los colores que había elegido, pues eran los de su Puerto Rico natal. De allí había

llegado siete años atrás, gracias a un contrato artístico, y su amor por una mujer de Puebla le había hecho afincarse en México. Los éxitos de canciones como *Capullito de alhelí* sobrevolaban el Caribe al compás de las olas, entre besos de tamarindo y guayaba. Cortejados por los mordiscos secos del maguey y su mezcal.

—¿Actuaría en La Orgía Dorada? —sugirió Edwina cruzando los dedos.

—Mejor que eso: déjeme completarle un cartel de lujo.

De modo que esa velada actuarían, junto a él, los cantantes Emilio Tuero —santanderino y emigrado de niño, quien había tenido algún éxito en el cine antes de que artistas como Pedro Infante le confinaran a los escenarios— y Alberto Domínguez, cuya propia orquesta triunfaba en la norteamericana NBC. Su versión de *Perfidia* era aplaudidísima.

Con semejante plantel, a Edwina le corroían los nervios de un estreno.

Según avanzaban las horas fueron fluyendo la estrofas de *Frenesí, Perfidia, Desvelos de amor*. Mientras tanto los señores se entusiasmaban al oírlas —« Para qué quiero tus besos si tus labios no me quieren ya besar» — y así se disparaban los importes de las meretrices. Todos bailaron pieza tras pieza, menos un cliente.

El hombre se había apostado con un jaibol en la mano, tras una cristalera del club, y no apartaba los ojos de Edwina. Entre sombras vio mecerse sus caderas, estrujándose las nalgas, arrulladas por el raso negro de su vestido. Bracear saludando a diestro y siniestro. Conducir sólidamente el local. Le parecía que llevaba toda la vida haciendo eso: deslizarse entre las mesas y las notas musicales; entonces sintió un pálpito.

Tobias Leisser salió del prostíbulo sin haber probado ni una pieza de esa carne anunciada como la más exquisita de Ciudad de México, aunque se sentía mejor que si hubiera disfrutado de un orgasmo. Si se cumplía su corazonada, podría cerrar varios círculos concéntricos de una vez.

Tomó un *Fordcito* en la puerta, concretando sin perífrasis lo que quería. El conductor miró hacia atrás. Al principio, su aspecto le había sugerido el de un estricto profesor huyendo del lugar equivocado. En cambio, al reparar en sus ojos —frío y afilado acero—, sospechó que había subido al coche a un depravado. Aun así le obedeció.

Antes de que se apeara su pasajero, el vehículo dio algunos rodeos. Primero en la colonia de La Merced, en la confluencia entre las calles San Pablo y Santo Tomás. Aquella era una zona de prostitución habitual, pero Tobias Leisser agitó la cabeza en señal de disconformidad, ordenándole continuar. No debieron de gustarle las furcias. Después circularon alrededor de Las Vizcaínas, dejando al auto moverse por inercia mientras él chequeaba una mercancía consumida bajo la luz de las farolas. Tampoco le complació.

Entonces el conductor se encaminó hacia esa otra ciudad, donde solo había sesgos de vida miserable. Allí donde el afán era hallar un mendrugo o unos pesos

para agenciárselo, nada más. Y no importaba cómo.

El automóvil cruzó el puente de Nonoalco y descendió al abismo que rebullía debajo. Era la Zona Roja.

Un amasijo de vías de tren hacía de frontera y en el lado salvaje hallaron lo peor del puterío: mujeres alcoholizadas o drogadas. Desvencijadas.

—Espéreme aquí —ordenó Tobias Leisser.

—¿No me abona antes?

—A la vuelta, así me aseguro que me aguarda. —Y poco tardó en designar su presa.

Leisser había elegido a una ramera de unos veinticinco años, aunque en su ruina aparentara el doble. Tenía un pronunciado abdomen, el pelo en una coleta y el maquillaje a tiznajos. Inspiraba compasión más que deseo.

De espaldas al ruido intermitente de los coches, cruzando la faraónica obra del viaducto, solidificado sobre sus piernas mientras ella le practicaba una felación, el agente secreto encendió un cigarrillo. El taxista se extrañó de su sangre fría. De pronto enganchó su coleta y la subió por la fuerza. Después la despojó del suéter y de la ropa interior.

El mexicano curioseaba por el espejo retrovisor y pensó que, por lo menos, su pecho era bonito. Tenía unos senos turgentes y colmados. Quizá habría alumbrado y estuviera amamantando. Entonces Leisser arrimó la brasa del pitillo a la piel de la mujer y el chófer arrancó a gritar, para tratar de abortar su ignominia. « ¡Hijo de la gran chingada, ve a hacer eso a tu madre!» .

Al oír voces, la mujer salió en estampida. Encolerizado, Leisser avanzó hacia el coche. Pero el mexicano metió una marcha y apretó el acelerador como alma que lleva el diablo.

—Está muy callada.

—Me da pena marcharme, pero extraño a los míos. Una contradicción, ¿no?

Diego Espejel Briz sonrió y se le dilató el bigote. Había recogido a Aurora cargada de equipaje y ahora circulaban a lo largo de la Calzada de Tlalpan, en el Pontiac blanco. La trasladaba personalmente a Puebla. Pero antes tenía interés en descubrirle cuál era su obsesión.

—¿Conoce Xochimilco? —espetó el mexicano—. No está lejos del lugar al que deseo llevarla. Si no tiene prisa, permítame que se lo muestre.

Corrigió el rumbo y tomó un desvío en el margen izquierdo. Xochimilco era un salutífero manantial que suministraba agua a la capital y custodiaba, a su vez, una técnica de agricultura ancestral: las chinampas.

Espejel alineó su auto junto a los de los turistas y mimetizó sus costumbres: compró sombreros de paja, agua de melón y mazorcas de maíz recién asadas, antes de poner rumbo al embarcadero. Un caprichoso albur les hizo elegir una canoa cuyo nombre parecía escrito en honor a Aurora: «Muñequita linda». Acomodados en ella, se perdieron por unos canales que los mexicanos surcaban de milagro, porque se debía ser muy habilidoso para no colisionar las trajineras entre sí.

—¿Ve aquellos montones de tierra? Ahí cultivaban los indígenas sus flores y verduras y así lo siguen haciendo sus descendientes.

En estos bancales comidos al agua vendían las indias petunias o geranios, a nueve pesos cada cien flores. «Compre y trasplántelas», animó él, y Aurora escogió los mejores ejemplares.

—Me hubiera dado harto coraje que no conociera este lugar.

—No me marcho para siempre —respondió ella, aguardando una propuesta —. Estaré presente en el estreno, ¿no?

—Claro —afirmó él con la vista pendida del horizonte.

¿Pero a quién pretendía engañar ella, pensando que *Color de cielo* había significado lo mismo que beberse un caballito de tequila para un neófito en licores? En realidad moría por oír una promesa que uniera su destino al de la productora. «Nada nos honraría más que protagonizara nuestra próxima

película» , necesitaba escuchar. Pero la frase no llegaba.

Por contra, Diego Espejel hablaba de sí mismo. De la hacienda familiar en Monterrey. De sus triunfantes negocios y de ese virus tan adictivo llamado *celuloide* que le había inoculado su progenitor, ya que bien temprano —antes de que México cayese rendido ante él—, el hombre sostenía que inaugurar salas de proyección y filmar películas eran actividades lucrativas, de un mercado emergente.

Entre el destilar del agua verdosa y el de su perorata, Diego Espejel le contó a Aurora que tenía treinta y ocho años y era el segundo hijo de cinco hermanos. El único varón, que se había responsabilizado de unos padres junto a quienes residía en un *penthouse* del paseo de la Reforma. También le dijo que los ancianos, bastante quejosos, añoraban el campo regiomontano y, para mitigar su lejanía, estaba construyendo una casa en Las Lomas de Chapultepec, remedando la arquitectura de la hacienda.

A ella le emocionaba el modo en que hablaba de México y los suyos, como si las raíces de la tierra estuvieran tan trabadas como las de la sangre. Diego Espejel le pareció un hombre íntegro. Leal en el sentido más amplio; de los que no respondería a una traición con otra. En cierto modo le recordaba a Hugo. Quizá fuese más sólido. Con mayor capacidad para enfrentarse a los envites del azar. También puede que no hubiese padecido tanto como su hermano.

—¿Conoce Acapulco? —preguntó él.

—Nunca hemos estado en el Pacífico. No he codiciado otro mar que no sea el de Veracruz. A lo mejor porque al otro lado está España, ¿qué cree?

—No hay otro azul como ese. Daña la vista. Tengo una casa allí, algún día me gustaría mostrársela.

Ella entendió que la oferta se trataba de una corrección de hombre educado. En cuanto a otros asuntos más íntimos, nada habló de una mujer al lado o traducida en su sombra. Ni una mención sobre posibles hijos.

Estas revelaciones atenuaron poco la ansiedad de Aurora por indagar qué le depararía su futuro. El ansia le siguió escoltando durante la posterior visita a San Ángel o el apresurado almuerzo, en una taberna de Coyoacán.

—Si no me simpatizara usted ni le hubiera cogido confianza, no le mostraría mi sueño —confesó él por fin el motivo por el que estaban allí.

Había estacionado el coche al lado de un descampado. A sus espaldas había casonas centenarias y viviendas elegidas por los astros del cine como sus residencias.

—La guerra parará algún día —continuó—, para que el mundo arranque otra vez. No obstante, la industria del cine avanza y los americanos precisan más capital. ¿Qué tanto conoce de Hollywood?

Su corazón dio un triple mortal. ¿Llegaba la promesa que tanto anhelaba? ¿Estaría él dispuesto a llevarla a la meca del cine?

—Mister Peter Rathvon es un buen amigo, presidente de la RKO e interesado en nuestro rapidísimo desarrollo. A partir de ahora, también será mi socio. En estos terrenos proyectamos un estudio similar a cualquier americano, de donde partirán cintas y cintas a toda América. —Cambió el tono y tomando sus manos se acercó hasta incomodarla—. ¿Me permite platicarle algo, señorita Velier? Hay una rara cualidad en usted que propicia las confidencias…, pero también intuyo tristeza. ¿Qué le aflige? ¿Por qué posee ese dolor que he visto en su interpretación? Sé que no es fingido.

Aurora llegó a Puebla cuando atardecía. Lo hizo sin ningún ofrecimiento en el bolsillo. Confesiones personales. Sentencias huecas. Pocos halagos a su interpretación y un adiós en la puerta de casa. Ese fue el saldo del viaje.

—Le comunicaré las fechas para la promoción de *Color de cielo* —dijo él—. Hasta entonces no dude de que me tiene a su entera disposición.

El productor besó su mano y se marchó por donde había venido. Había sembrado en ella la frustración de quien alienta unas expectativas que no solo no se cumplen, sino que abrigan la duda de si fueron bien interpretadas. Por suerte, le aguardaban toneladas de afecto.

Los niños se engancharon a su cuello durante minutos y minutos. Hugo la recibió entre lágrimas. « Júrame que has terminado. Que no habrá más locuras como esta. Que no pretendes convertirte en una de esas mujeres que llenan las revistas frívolas —así la saludaba—. Que no vas a dejarme por otro hombre. Me lo prometiste una vez, antes de salir al Malecón en busca de un barco, que bien podrían haber reventado en mitad del océano antes que el mío» . Esto último no lo confesó, se lo guardó para sí, como tantas otras veces. El verano de 1943 transcurrió rutinario. Muy monótono. En cambio, Pablo hubo de amoldarse al ritmo vertiginoso y caótico del cine. Cada día una nueva noticia. Un cielo por abrir o un propósito a punto de cimentarse.

Por fin se había decidido a extraer la caja de cartón de debajo de la cama y paseaba sus guiones de productor en productor.

—¿Funcionaría mejor si hubiera una historia de amor entre el sindicalista y…? —consultó Pablo a Miguel en una ocasión.

—¡Sindicalista no, joder! —interrumpió Miguel Morayta, desesperado ante la tozudez del pupilo—. A ver si entiendes qué es el cine: pasiones y emociones a flor de piel. ¿Qué le importa al espectador los problemas de los afiliados a un sindicato de conductores de autobús? ¡Deja la lucha obrera en paz!

—¿Y una mujer que quiere ser chófer? —sugirió Pablo.

—¿Cuántas has visto tú? La protagonista debe ser una pasajera que tome la ruta a diario. Ha de tener… un drama personal. ¡Eso es!

—¿Un novio camorrista?

—Puede, pero además… —pensaba Miguel.

—¡Es ciega!

—Bien, muchacho. ¿De nacimiento? ¿Ceguera irreversible? ¿Transitoria?

—Veamos…, podría recuperar la visión si se practicara una intervención que no puede costearse; sí, en cambio, su novio, pero prefiere gastarse el dinero en fiestas. Esto ella lo ignora, pero no el público, por lo que garantizamos su antipatía hacia el personaje.

—¡Claro! —exclamó Miguel—. Cuando quieres puedes ser muy brillante.

—Espera, que hay más —añadía Pablo entusiasmado—. Ella le cuenta lo de la operación al cobrador y él organiza una colecta en todos los autobuses de la línea para pagársela. ¿Qué te parece?

—Te sale el marxismo a la mínima, chaval —dijo dándole un pescozón.

Esa misma noche se dejaría los ojos en la máquina de escribir, cuyo uso prorrateaban los refugiados del bajo de Morelos, con el afán de rehacer el guion que propondría en Films Mundiales. Las tesis de Morayta entorpecían el flujo de sus diálogos: « México no es un melodrama de los de España; esto es un "puritito drama", que dirían ellos» . « Perfila tus personajes: en el límite de los opuestos y cargados de contradicciones» . « ¿Cómo debe ser toda pasión? ¡Excesiva!» . « La lágrima, muchacho, provoca siempre la lágrima» .

No es de extrañar que la cabeza de Pablo dispusiera de poco espacio para el amor, lo que se tradujo en una única visita a Puebla durante todo el verano. Tampoco su ingenio dio para otra escritura que no fuesen guiones y se ausentaron sus cartas. Aunque las de Aurora no.

—« Amor de lejos es de pendejos» —murmuraba Tula al verla salir, epístola en mano, camino del franqueo postal.

Ella, lejos de replicarla, apretaba el paso asfixiando el llanto en su garganta. A veces parecía que lo que había vivido semanas antes se tratara de la prehistoria de su vida. Tan lejos quedaba todo. ¿Y si esta relación se enfriaba hasta ser hielo? ¿Y si no había estreno, arropada por *flashes* y focos? ¿Y si nunca volviese a percibir el olor de la madera barnizada del decorado o el aroma a rosas de los polvos faciales?

En sus cartas, Aurora narraba a Pablo menudencias domésticas, al igual que hacía con Edwina al teléfono. Aunque la observaba distante o preocupada, a causa de algún motivo cuya natural cerrazón le impedía verbalizar.

Pablo, en sus poquísimas notas, le anticipaba asuntos de enjundia: comida con un productor; cena junto a compañeros con quienes compartir nuevos enfoques; más y más audiciones o la anhelada mudanza a una pequeña casa independiente, alquilada entre varios. Hablaba de lo que hacía, nunca de lo que sentía. Y aunque no lo mencionara, ella le suponía rodeado de mujeres. Chicas ávidas por agenciarse un « protector» como fuera: si el productor se resistía, estaba su ayudante, o el adaptador o el director de diálogos, un escenógrafo, hasta el script, perito en cualquier asunto que se cociera en un estudio.

Aurora contaba los días hasta un estreno que, quizá, no cambiaría en nada el curso de su vida. O quizá sí.

59

Tobias Leisser entró en la recepción del Regis según amanecía, con un aspecto lamentable. Hubiera rebanado el pescuezo a aquel malnacido de chófer que le había condenado a su suerte en mitad de un pedregal.

Pidió un temprano desayuno al servicio de habitaciones y, tras asearse, inició una carta de cuyo destino final responsabilizaría al jefe de recepción.

—Debo emprender un viaje de negocios que me ocupará unas semanas —sentenció—. Por ello le encomiendo que envíen esta misiva. Se trata de un asunto de gran trascendencia y le hago garante si hubiera alguna incidencia. ¿Ha entendido?

El trabajador comprendió con meridiana claridad. Leisser puso rumbo a la estación de Buenavista, no lejos de donde había tratado de comprar placer la noche anterior. De ella a Sinaloa, Sonora y Baja California. Allí debía sumar adeptos a su sediciosa causa.

Su periplo le llevó a un territorio inhóspito y abrasador, que hubo de regar afanosamente con citas secretas, sobornos y planes subversivos. Su estancia en los yermos territorios cercanos a la frontera americana dio sus frutos y encontró el apoyo preciso para ese plan con el que nazis y japoneses se frotaban las manos. Del viaje trajo incluso un nombre.

El 7 de junio ya estaba de vuelta en el hotel Regis.

Ahora, el austriaco debía afanarse en determinar dónde podría quebrarse la voluntad de ese mexicano al que tenía que corromper. No sospechaba lo allanado que el destino le había dejado el camino.

—Acomodamos su correspondencia sobre el escritorio, *Herr* Leisser —señaló el trabajador de la recepción. A él le faltó tiempo para subirse al ascensor.

En el mueble reposaban unas cartas de contenido profesional. Y un sobre remitido desde España. Discriminando a los demás, calibró su abultamiento y dedujo que contendría nutrida información. Entonces la desparramó sobre la cama.

Esto fue lo que encontró: media docena de fotografías, recortes de prensa en fechas y publicaciones diversas, una copia de un informe rubricado por el servicio de inteligencia militar de la extinta República y el consiguiente dosier

compendiado, mecanografiado y con algunos párrafos reseñados mediante lápices de colores por su minucioso contacto.

Cierto que se precisaba tiempo para desglosar toda la documentación, pero cualquiera de las imágenes hablaba mejor que los miles de palabras cabidas en los folios. Leisser acarició las fotografías, leyendo por encima las notas. A veces reía. Otras farfullaba cosas ininteligibles, mezclando los idiomas que sabía, hasta que la noche envolvió de sombras el cuarto y resolvió darse una ducha.

Nada más entrar en La Orgía Dorada se comportó de un modo que atrajera la atención de su dueña. Y la abordó cuando se quedó sola.

—*Wie habe ich auf diesen Moment gewartet*[14]!, —susurró junto a su oído.

La alemana dio un salto y se distanció de él. Miraba a aquel hombre y no lograba discernir el lugar en que hubieron coincidido antes. Fuera donde fuese, su aspecto le desagradaba sobremanera.

—*Entschuldigen Sie, kennen wir uns*[15]? —respondió ella aturdida.

—Île de France. *Was ist mit ihren Truhen passiert*[16]?

Los siete días de la travesía marítima desfilaron ante ella. Era el repelente individuo de quien, entonces, estuvo escondiéndose. Nunca supo el motivo de su rechazo, pero así se lo dictó su intuición.

—¿Qué tal si platicamos en español? Es tiempo que no hablo el alemán, a pesar de tratarse de mi idioma —dijo ella tan nerviosa que solo atinó a aducir una cortesía.

—Como guste. Quiero proponerle algo que le va a interesar.

—No acepto socios en mis negocios.

Había logrado dominar la respiración y volvía a ser la Edwina de siempre.

—En este le conviene.

—Lo dudo, y ahora discúlpeme… —replicó.

Leisser tomó su brazo, clavándole los dedos cuando iniciaba la retirada.

—¡Suélteme, me hace daño! —protestó Edwina.

—Olvidé decirle que usted y yo tenemos una amiga en común.

Entonces echó mano al bolsillo de la americana y rescató un sobre.

—Ábralo —escupió Leisser—. Le va a encantar saber de ella.

Edwina titubeó. Los guardaespaldas, que atendían sus movimientos, le hicieron una seña por si debían intervenir, pero la alemana lo rehusó. A continuación, lo abrió. Contenía una cuartilla doblada y, en su interior, la fotografía de un primer plano. Reconoció enseguida esa imagen en blanco y negro. Mientras la guardaba, a duras penas se sostuvo en pie.

—Continuemos en privado —ordenó Leisser.

Fue incapaz de responder, su lengua era un estropajo. Con esfuerzo arrancó a andar en dirección al despacho.

Quince minutos bastaron para que Tobias Leisser explicara qué quería de ella y por qué.

—Deme la fotografía —pidió Edwina.

—Suya es. Pero no creerá que soy tan necio como para no poseer más.

—¿Hasta cuándo?

—¿Hasta cuándo, qué? —dijo Leisser mientras se encendía un pitillo.

—Hasta cuándo pretende sojuzgarme.

—¡Ahhhh, qué nos depararán los hados! Mírese, ¿acaso pensaba usted haber coincidido conmigo de nuevo? Le exijo que sea dócil, Fräulen Schäfer, y yo sabré ser generoso con mi silencio. En cambio, si se revuelve lo pagará caro. Muy caro.

Después abandonó ufano el despacho y desapareció del club. Edwina aún escuchaba su voz metálica royéndole los tímpanos. Humillándola como solo hacen las personas que conocen las miserias de uno. Tenía frente a ella dos documentos: el primero se trataba de la fotografía que había desatado el cataclismo, y condensaba el pasado del que huía antes de pisar México. Aunque allí hubiera construido un imperio que ahora veía tambalearse.

El segundo, la anotación de quien debía obtener información. Lo crucial no residía en su nombre. Lo grave era que tras él vendrían otros igual o más sonoros, por lo que, de hacerlo, estaba consintiendo el chantaje de Leisser. «¿Aceptaría ser el cabecilla de la insurrección?». Esto es lo que el agente secreto había escrito al final de la nota. Como si la tomara por estúpida y acaso no le hubiera quedado claro lo que requería de ella.

Debía sonsacar información a ese caballero de aspecto bonachón que frecuentaba La Orgía Dorada y, más todavía, manipularle. Edwina recordó que se trataba del socio capitalista de varios estudios cinematográficos y que, por azar, había regentado la presidencia mexicana años atrás. Por ello, su inminente elección como gobernador de Sonora le condenaba a formar parte de un maquiavélico plan del que él, apenas un peón útil, permanecía al margen.

De qué modo papel y fotografía entrampaban su presente.

—¿Se le ofrece algo, doña? —golpearon al otro lado de la puerta—. Se demora mucho en salir.

Fue incapaz de responder. El pasado intoxicaba su futuro sin remisión.

60

El 12 de septiembre siempre refrescaba en la capital. La distinguida estola de armiño, procurada por las modistas, donde Aurora hundía sus manos, no era capaz de templar el frío.

—¿Nerviosa? —preguntó Hugo, sentado a su izquierda en la limusina.

—Es peor que eso. Creo que se me va a parar el corazón.

—En cuanto te envuelvan los focos te entrarán sudores —añadió Pablo desde el asiento delantero.

Resultaba un milagro tenerlos juntos, más aún que el logro de protagonizar todo aquel espectáculo que se había urdido a su alrededor. Hugo se había resistido a acompañarla. « No es mi mundo. No me agrada. Me sentiré torpe con la prótesis. No quiero ser un estorbo para ti» , pero cuando le miró vio un atisbo de debilidad, suficiente como para insistir.

A finales de agosto había recibido una llamada telefónica de Diego Espejel informándole del estreno, y la noticia ahuyentó sus suspicacias hacia Pablo. Le quería a su lado. No importaba qué había sucedido en ese tiempo en que le sintió tan ausente. Se resistía a saberlo.

Y ahora los dos hombres de su vida arropaban el tránsito de Aurora a Vera. Algo dentro de ella le dictaba que este cambio era irreversible.

El estreno tenía lugar en el cine Balmori, una sala de decoración porfiriana y 1878 asientos, situado en una calle estrecha, cuyo tráfico era criminal. Durante la demora en llegar, Aurora inventarió lo que había sucedido hasta entonces: el hotel Reforma; la habitación del piso duodécimo, desde la que divisaba los confines de México, atestada de trajes y complementos; la cara anonadada de su hermano; ella cosiéndose a su brazo en un mensaje claro —« Esto es una treta, lo único cierto somos tú y yo» .

La agenda que debía respetar si no quería incurrir en fatales retrasos, según le conminó el joven de acento americano, aterrizado de la mismísima MGM, porque en su país la guerra decomisaba el talento. Hebras de salmón ahumado tragado a trompicones en el restaurante Reina Maya. Las rosas de Edwina, diciendo « Allí estaré» . No podía ser de otro modo. Hacía tiempo que no se veían y la extrañaba. ¡Además, por fin conocería a Pablo!

Gasas, guipures, organzas, crepes, tules, preciosos vestidos de shantung, vual o

tisú, arrastrándose por el suelo, colgando igual que esculturas de las barras del closet. Mil cosméticos sobre una piel empalidecida, responsables de agrandar sus ojos o encender sus labios y mejillas. Manos componiendo a Vera Velier.

Por fin había llegado el día. Aurora se sentía prisionera dentro de un cuerpo que le costaba reconocer.

En cuanto descendió al *hall* del hotel, junto a Hugo vestido de esmoquin, descubrió a Pablo con igual atuendo y se estremeció. Nunca le había visto tan atractivo. Parecía uno de los galanes de *Color de cielo*.

Él y su hermano aparentaron saludarse afablemente, pero ella notó la lejanía. Se trataba de dos hombres unidos por un escenario hostil. No quiso darle importancia. Esa noche no habría reproches.

—¡Es la hora, preciosa! —anunció Pablo, y ella tuvo que agitar la cabeza para tornar a la realidad—. ¿Quién de los dos la acompaña, Hugo?

No era inocua la pregunta. Sin embargo, alguien decidió por ellos abriendo la puerta del señorial Cadillac Fleetwood y ofreciéndole su brazo.

—Adelante, Vera —habló Diego Espejel—. Cuando guste.

Hay momentos de los que se recuerda el mínimo detalle y otros, donde todo sucede tan rápido que solo quedan sus hilvanes. Esa noche fue una perversa mezcla de ambos.

Tan pronto rememoraba una nebulosa de caras y voces. —« ¿Viste de quién se trata?» . « Una nueva estrella, no sé qué tan buena actriz será; pero sí es bien relinda» — entre los *flashes*, como detallaba pormenores de forma obsesiva: un bordón de la tapicería del palco; los tumbos de su estómago, al no reconocerse en el rostro de la pantalla; el enganchón en una de las capas de muselina del vestido.

El estreno de *Color de cielo* fue un éxito. Así lo valoró, tras el continuado aplauso final. También gracias a unos cronistas, normalmente aburridos de premieres anodinas, que azuzaban a sus fotógrafos para conseguir su última instantánea. O por las felicitaciones no de los palmeros de un trabajo que se prestaba a ello, sino de aquellos cuya obligación era la crítica. Ella no creía poseer un especial talento, pero reconocía la habilidad del profesor Seki Sano dando caza a lo poco que tuviera.

Recibió elogios de los suyos, por supuesto. Y un abrazo eterno de Edwina, a quien encontró rara. Se había cubierto el cabello con un *bandó* y llevaba un extraño maquillaje que, en realidad, no le favorecía. Ni siquiera parecía ella. Estaba más delgada y tenía los ojos hundidos.

—Ando gandula para arreglarme —explicó, pues Aurora trataba de sondear qué le sucedía—. ¡Que el hocico se me haga chicharrón si no estás mañana otra vez filmando, niña! Buena la hiciste.

Ella no quiso incidir más. Estaba deseosa de que se produjera el encuentro con Pablo; fue en su busca y le arrastró hacia un rincón en el vestíbulo del cine.

—Si le haces llorar nomás una lágrima, te arranco el pellejo a cuerazos —le saludó la alemana—. Y después pisotearía tu cadáver.

A Pablo le divirtió su hiriente desparpajo. Aurora le había hablado tanto de Edwina que creyó frecuentarla desde siempre; aunque había algo opaco en ella, como si encubriera una parte de sí misma. Trató de observarla y aventuró que debía de haber sido guapa, una de esas teutonas de armas tomar. Desde luego, tenía algo familiar, pero adujo que se debería a la influencia de los juicios de Aurora. Casi no hablaron, porque enseguida se fue disolviendo el público camino de los cabarés y las salas de fiestas; además Edwina estaba inquieta porque el cóctel del estreno se celebraría en La Orgía Dorada, tras haber ganado la partida a locales de prestigio como el Ciro's o el Tap Room. Esa noche sus meretrices tenían la noche libre.

Cuando pisó la pista de La Orgía Dorada sonaban los acordes de un *swing* interpretado por una de las orquestas de moda, la de Everett Hoagland.

Uno y dos. Tres y cuatro. Hasta cumplir sus ocho tiempos, girando eufórica como una peonza encarnada. Aurora se hubiera reconocido una mujer feliz, pero también temerosa de que, una vez apurada la velada, el cuento de la *Cenicienta* se esfumara.

Hugo no había querido acompañarla a la fiesta. Dentro del coche le confesó cierto malestar en la pierna, junto a su deseo de regresar al hotel. En verdad lo que le lastimaba era tener que compartirla con los demás, en un ambiente donde él se sentía un ser mermado. Pero no había dejado de contemplarla, dentro y fuera de la película, y rebosaba orgullo. Aurora no quiso insistir y besó a su hermano en las mejillas, entre los dedos de sus manos, antes de pisar el asfalto de la avenida Juárez.

En el interior de la sala se encontraba ya Pablo, que saludaba como si fuese el anfitrión. El joven aprovechaba la mínima ocasión para adjudicarse el descubrimiento de Vera Velier: que si suyas eran sus primeras fotografías, que si trabajaba en el borrador de una historia para la nueva estrella por la que rivalizaban los estudios. Que si no había otro hombre en su mente ni otra boca capaz de tumbar sus resistencias. No perdería una oportunidad de promocionarse con quien debiera.

—¿Qué hace aquí? Está enmugrando mi local —escupió Edwina, mortificada al identificar a Tobias Leisser entre los asistentes—. Es una fiesta privada.

—¡Muérdase la lengua! Hago lo que se me viene en gana.

—Lárguese o le corre mi gente.

—Schhh. No estoy satisfecho de su trabajo, Fräulen Schäfer —replicó—. En cambio, sus putas me gustan. ¿Ve la del vestido rojo? —señalando a Aurora—. La quiero probar.

—Usted y yo siempre nos hemos entendido —trató Edwina de atemperarle.

Se hallaban en su despacho, después de haberse escabullido sin llamar la atención. Tenía que quitarle esa abominable idea de la cabeza. Por su parte, Leisser no se apartaba de la cristalera, oteando una pista donde Aurora bailaba sin descanso.

—No ha logrado nada con el mexicano —rumió él—. ¿De qué sirve que sea gobernador si no se suma a nuestro plan?

—Le avisé de que se trata de un hombre insobornable.

—No le ofrecerá lo bastante, todos tenemos un precio. Míreme a mí: hoy me calmaré si me trae a la del traje púrpura. Eso vale mi silencio.

—Le tocó la de malas: no es una furcia —protestó ella.

—Mejor, así la entrenamos.

—¡Ella no! —gritó enfurecida.

Leisser propinó un puñetazo a la pared. Después se abalanzó sobre ella y la agarró por el cuello.

—¡Esa palabra no la entiendo! —dijo escupiéndole en la cara—. El « no» no existe para mí. ¿Qué pasa, es tu amiguita? Puta igual que las demás.

Aflojó la tensión hasta soltarla y se puso a buscar un pitillo en los bolsillos.

—No me vengas con prejuicios: si sacrificaste una vez, puedes hacerlo otra.

—No sé de qué tanto habla —balbuceó ella tosiendo.

—No me minusvalores, zorrita. ¿O necesitas que te refresque la memoria? —El agente le echó el humo a la cara acercándole la colilla encendida a la boca—. ¿Prefieres probarla o largar tu historia? Elige.

Edwina se abatió sobre el sofá. No quería hablar de « aquello» . Mencionarlo implicaba espolvorear sal en una herida abierta.

61

Un olor a pollo quemado ascendía por su nariz. La brasa encendida chamuscaba el vello en torno a su boca y ella trató de escabullirse, pero el austriaco aprisionaba su nuca, impidiendo cualquier movimiento. Hasta que Edwina se revolvió con fiereza y logró echarse a un lado.

—¡Tienes un par de huevos, desgraciada! —chilló Leisser—. Más que muchos hombres. Hay que tenerlos para quitarse de encima a alguien, ¿verdad?

—¡Qué sabrá usted, cabrón, de lo que es sobrevivir! —exclamó tosiendo.

—Te diré una cosa: a los demás les habrás engañado, pero a mí no. Lo supe desde el principio. Que escondías algo, embustera.

—¡Cállese! ¿Qué quiere de mí? Le estoy ayudando a conseguir su traición, ¿qué más busca? Váyase al diablo y déjeme en paz.

—No entiendes nada —dijo elevando su cabeza y arrancándole el turbante—. Busco venganza. Resarcir a un amigo al que yo debía lealtad. ¿Le mataste tú o convenciste a tu amante? Al que te cepillaste cuando ya no servía. No te gusta que lo recuerde, ¿verdad, Edwina? O mejor nos quitamos la careta y nos dejamos de mentiras… Tina de Jarque.

Hacía años que no oía aquel nombre. Tres palabras que hicieron crujir las ramas de su esqueleto, hasta que dentro de ella creció un glaciar creado con recuerdos congelados en el tiempo.

Sin orden, atropellados, fueron borboteando en su mente los retazos de una vida: páginas de revistas, aplausos y lisonjas, plumas, lentejuelas, una obra de teatro en su honor. De repente, entre todos ellos, se abrió paso la figura de su padre, el archiconocido *clown* Tonitoff, mientras sacudía su rapada cabeza y giraba el único mechón de pelo que ella, siendo una niña, jugaba a atrapar al vuelo. Su boca dibujada cual esperpento, con las comisuras hacia abajo, en un gesto de desdén.

Y evocó que una vez, al regresar a su casa con el rostro embadurnado de la pintura con la que se caracterizaba, se desplomó en la silla sin ganas de desmaquillarse. Entonces Tina y su madre eliminaron ese ungüento que se incrustaba en los poros y las arrugas, y se adhería al vello. Mancharon varios trapos antes de borrarlo. Después lavaron su rostro con jabón de sosa, pero, al

quedar limpia la piel, se veía aún más pálida que el personaje que interpretaba.

—¿Te sientes bien, Antonio? —interrogó la madre de Tina.

—No —balbuceó el payaso antes de perder el conocimiento.

Nunca se llegó a recuperar del todo, sin embargo, perseveró en la mayor de las pantomimas para que nadie especulara sobre su miseria. El mejor payaso del mundo había enseñado a su hija a enmascarar la amargura y ella ratificó diestramente su precepto. Cuando la tuberculosis minaba su salud, él aparecía sin quejas en la pista, hasta que un día concluyó la mejor de sus funciones, sobre la arena del circo Tívoli, vomitando cuajos de sangre. El padre de Tina murió en noviembre de 1915.

A partir de entonces el olvido soterró a Tonitoff, quien un tiempo antes se había ocupado de la formación de su hija en Alemania. Por eso le fue fácil a Tina crear la idiosincrasia de Edwina. Solo tuvo que buscar dentro de ella y reutilizar los mimbres que atesorara en su infancia.

—¿Quieres responderme, guarra? O te arranco la confesión a golpes. ¿Quién mató a mi amigo? ¿Quién decidió que terminara en una cuneta con la tripa cosida a balazos?

Aurora buscaba a Edwina por el club, pero nadie sabía informarle acerca de ella. Parecía que se había volatilizado.

—Está muy hermosa y la elección del traje es adecuada —le había confesado Diego Espejel—. Pero tan importante es llegar como marcharse a tiempo. En mi opinión, debe retirarse ya.

Como si fuera una orden, se dispuso a marcharse, por eso le contrarió no hallar a su amiga. Edwina se comportaba de un modo extraño y esta desaparición lo corroboraba; aunque ella especuló que todavía censuraba su escarceo en el cine, lo que le hacía sentirse culpable.

—Nos vamos, ¿te parece? —susurró al oído de Pablo.

—¿Tan pronto? —se quejó él—. Hay gente interesantísima a la que aún no he saludado. ¿No te puede acompañar el productor?

—Sí, claro —asintió aturdida.

De camino al hotel guardó silencio y Diego Espejel también estuvo callado. Por una parte, le hubiese complacido escuchar no tanto el halago como esa propuesta que no llegaba nunca, y a la que daba ya por perdida. Le parecía extraño que, si todo el mundo alababa su trabajo, el productor no solo no se prodigara en elogios, sino que no deseara seguir avanzando en su carrera. A lo mejor el destino obraba así por su bien. También pensó en Pablo. Le habría encantado que se hubiese escabullido de La Orgía Dorada y se colara en su cuarto hasta saborearla entera. Su hermano dormía puerta con puerta, pero no tenía por qué oírles. Cuando bailaron juntos alguna pieza, al sentir cerca su pelvis, se había estremecido. Añoraba su boca. Esa lengua enredando la suya hasta

cortarle el aliento.

Al llegar al hotel Reforma, Diego Espejel Briz tomó los ramos que habían obsequiado a la joven estrella y se ofreció a acompañarla a la habitación. Aquel hombre le inspiraba un respeto casi reverencial, por eso no se atrevía a preguntar lo que hilvanaba en su cabeza. También le turbaba estar a solas con él. Y esto último no lo interpretaba bien.

—No tenía que haberse molestado —agradeció ella girando la manija de la puerta—. Quería…, yo quería… darle las gracias.

Aurora se plantó en el umbral de la puerta, sosteniéndole la mirada. A lo mejor debía pedir lo que por propia iniciativa no ofrecía. « Me gustaría saber si va a contar conmigo en otra película» , « Señor Espejel, sería mi deseo continuar en sus estudios» …, daba vueltas a frases como estas cuando él la interrumpió y rompió cualquier atisbo de osadía por su parte.

—Debería entrar, Vera. No es oportuno para una señorita estar en los pasillos a estas horas. ¿Permite que le deposite las flores en agua?

—¡Oh! Claro —tartamudeó ella.

Aurora accionó el contacto de la luz. Ahí los descubrió. Diseminados por encima de la colcha y cada uno atado con una cinta azul. Se acercó a la cama y con voz temblorosa repasó sus títulos: *Antes que tú, nada. Desde el amanecer. Salón Veracruz. Perdición. Ceguera de amor. La hacienda del fin del mundo*. Eran guiones cinematográficos, tantos que ni en los días de una semana junto a sus noches habría sido capaz de leerlos.

—Tómese su tiempo para valorarlos —apuntó Espejel—. Están a su disposición, si acepta ser mi estrella. Que sueñe bonito, señorita Velier.

Y desapareció cerrando tras de sí la puerta.

Esta identidad que Tobias Leisser se empeñaba en airear se urdía con dolor y traiciones. Tan solo pensar en ella, en Tina de Jarque, la desgarraba; por eso Edwina no dedicaba demasiado tiempo a machacarse con los dramas de su vida. Rastreaba rápidas y eficaces soluciones y seguía adelante.

Así le hubo sucedido con aquel asesinato que le fue creciendo dentro como una tenia. A veces, cuando durante el mes de octubre de 1936 Eduardo Bayón —el malherido delegado de la CNT, que la retuvo en su domicilio y terminó en su cama— volvía del trabajo y alardeaba ufano de su estraperlo, ella se sermoneaba, en silencio, que con esa pierna quebrada no llegarían a ningún sitio. Mientras él barruntaba un destino feliz juntos, Tina temía que cualquier miliciano, en un control de los muchos que habrían de toparse durante su fuga, reconociera al « sindicalista cojo» y a partir de ahí ambos carecerían de escapatoria.

En otras ocasiones lograba espantar la mala idea y entonces hacían el amor, acobardando a los temores. Hasta que un día su reconcome pudo más.

La decisión ineludible de desaparecer en solitario le reventó delante de sus

narices una semana antes de la fecha que habían consensuado entre los dos. Para huir limpiamente, Tina no podía dejar un rastro tras de sí y abandonar vivo a Bayón lo suponía. Por otra parte, se hacía imposible trasladar por su cuenta aquellos cebados baúles, de modo que sería preciso proseguir con el engaño y sostener la creencia de que escaparían a la par.

Aquellos baúles que surcaron el Atlántico, además de las joyas y los objetos espoliados por el cenetista, incluían los trajes más valiosos de los espectáculos de Tina de Jarque. Eran una segunda piel y ella se había negado a inmolarlos en su evasión. En su mayoría continuaban conservados como el día en que fueron guardados; pero unos pocos habían sido exhibidos por sus putas en algunas de sus bacanales.

Durante el ocaso de una tarde otoñal, después de una actuación en la obra *A batacazo limpio*, Tina dejó a su espalda el teatro Fuencarral y caminó un trecho hasta un ciego callejón cercano. Allí se plantó ante una cochera. Tenía el cierre echado, pero conocía el lugar y su clandestino uso, así que golpeó los nudillos contra la persiana metálica. En segundos estaba frente a una mesa, iluminada por el único reflejo de un flexo sobre ella.

Los hombres que se sentaban alrededor no se levantaron cortésmente, pero sí voltearon su abanico de cartas sobre el tapete. No ocultaron la molestia por que su presencia les interrumpiese el juego. Solo uno se puso en pie. El único jugador que sabía qué buscaba Tina: quería cobrarse una deuda.

—¿No te parece un precio demasiado elevado por el desliz en tu camerino? —preguntó tras escucharla en un aparte—. Además, bien lo disfrutaste.

Era tal su repulsa al tramitar esta exigencia que ni respondió. Solo incrustó en él las pupilas de esos ojos ahumados que desarbolaban a los varones y el jugador asumió que debería urdir un plan de inmediato, para quedar en paz con la artista.

Horas después, uno de los secuaces del granuja omnipotente al que no se le escapaba nada en el submundo madrileño abordó a Tina en plena calle y le entregó sus instrucciones manuscritas en una nota. «En fecha convenida abandona Madrid, siguiendo el curso de la Castellana hacia los Altos del Hipódromo. Antes de llegar pídele que se desvíe a la izquierda. En una esquina hay una pequeña iglesia de jesuitas siempre abierta. Dile que quieres rezar. No eres religiosa, pero una actriz debe ser creíble hasta en la más vil de las mentiras. Permanece allí y no mires hasta que no vayamos a tu encuentro. Es mejor. Tendrás un coche esperándote».

Siguió al dedillo las indicaciones.

—Estás muy callada —constató su amante, tras cumplir su deseo de dirigirse al templo de jesuitas—. Y encima te da por perder el tiempo en rezar. No hay quien os entienda a las mujeres; haces conmigo lo que quieres.

Ella le había observado de perfil, mientras él se concentraba en estacionar con dificultad aquel coche atestado de equipaje donde pretendían huir, y apretó

las lágrimas en la garganta.

—Dame un beso, anda —pidió Tina antes de bajarse.

—¿Delante de la iglesia, niña? ¡Hay que joderse! Seré rojo, pero tengo un respeto.

A vuela pluma besó sus labios. Fue el último recuerdo de él.

Dentro de la iglesia no pudo resistirse a mirar a través de un ventanuco. Todo lo que se desencadenó a raíz de su desaparición del coche resultaría tan espeluznante que al rememorarlo le volvían las náuseas.

Una hilera de vehículos, aparentemente aparcados y vacíos, encendieron las luces y maniobraron hasta taponar cualquier escapatoria al sindicalista. De inmediato él echó mano a la llave de contacto, pero tres individuos golpearon con una estaca el cristal delantero. A continuación una ráfaga de disparos hizo añicos la luna trasera, impactando en el torso de Eduardo Bayón hasta desangrarlo.

A la artista se le doblaron las piernas y ni la pila de agua bendita que tenía a su alcance fue sustento para no irse al suelo. Sobre las losas heladas lloró la muerte de un amor como no habría otro igual. Convencida no solo de que ese hombre la había querido como ninguno, sino que una historia del calibre de la suya no podrían recogerla más que los boleros.

De repente oyó unos quejidos y a duras penas se enderezó.

Se asomó de nuevo y vio otra escena dantesca: una mujer era arrastrada por varios hombres, pero su resistencia parecía tan sólida que, en el intento de desembarazarse de ellos, había perdido las medias, además del calzado. Ocultaban sus ojos bajo un pañuelo y le tapaban la boca. Pero en cuanto ella lograba liberarse lo más mínimo, mordía sus manos, demostrando un instinto de supervivencia sobrehumano.

Uno de los canallas, hastiado de tanta rebeldía, blandió la estaca contra su espalda hasta baldarla. Al menos otro tuvo la piedad de apretar el gatillo y volarle el rostro, para dejarlo irreconocible. Finalmente, la situaron junto al cadáver de Eduardo Bayón en el asiento contiguo.

El jugador de póquer conocido como J. encontró a Tina arrodillada sobre un banco. Implorando su perdón con inéditas oraciones a un Cristo en el que no creía.

—Fuera hay un coche para llevarte a la frontera —dijo—. Cómo te las apañes es tu problema. Entre tú y yo, ya no hay débitos.

Entonces, en aquella capilla se juró que nadie conocería esta aberración. Ni siquiera un detalle de su viaje hacia Portugal, con el pasaporte que se hubo agenciado su padre cuando ella estudiaba en Alemania. Al que solo había tenido que modificar un nombre y ante el que sus sobornos harían la vista gorda de surgir algún impedimento.

Tina levantó la vista. Sería mejor que la matase y así se ahorraría el infierno de vivir con las funestas consecuencias del horror que había suscrito. Por el

contrario, el jugador acarició su cabeza compasivo.

—Mucho miedo debes de tener para apadrinar esta masacre, pero más me daría a mí su condena. Yo ajusticio por dinero; no concibo matar a quien se ama. ¡Que Dios te proteja, Tina de Jarque!

62

Mientras Edwina inventariaba sus recuerdos, la voz de Tobias Leisser fue una estridente banda sonora que le crispaba por momentos.

—¿Quién lo hizo? Di —insistía a gritos—. ¿El estúpido de tu amante o algún comité de orden público?

—¡No sé de quién hablas, pendejo! —soltó ella desquiciada.

—¡De Bertram Fiedler, tu contacto! ¿O también eres olvidadiza en eso? Él no se lo merecía. Era un agente novato sin experiencia, un buen hombre. Pero el general aseguró que sería el idóneo para infundirte confianza.

—Ignoro qué fue de él, lo juro —respondió, descubriendo por fin de quién se trataba el dichoso amigo—. Un día dejé de tener noticias suyas y ya está. No sé más.

No mentía. Si bien hubo participado en la tela de araña en que se convirtió aquella red de espionaje doméstico, desconocía sus entresijos. Ella tan solo deslizó unos nombres ante Eduardo Bayón y el sindicalista asumió el resto. Nunca quiso percatarse de los detalles de sus muertes. Le bastaba el saberse vengada.

—En el barco deduje que te conocía, porque unas nalgas como las tuyas no se olvidan —espetó Leisser—, pero tardé tiempo en recordar el rodaje. El cine nunca me ha interesado, aunque esa mañana acompañé a Bertram. Según él, necesitaba hacerte llegar una información urgente; buscaba datos sobre uno de los nuestros porque, al parecer, lo habían apresado. « Ella es una confidente perfecta —aseguraba—, carente de escrúpulos y capaz de acostarse con cualquiera» . Es como si te estuviera viendo: vestías un traje blanco espectacular, comentaba todo el mundo, aunque yo, de espaldas, solo me fijaba en tu trasero.

Edwina le escuchaba con atención, sin dejar de elucubrar su siguiente paso. No se había olvidado de Aurora, pues a cada rato esa escoria humana volvía al ventanal, pero, tras fichar cierta lascivia mientras hablaba, pensó que a lo mejor ella se la podría arrancar de entre sus fijaciones. De repente, se subió el vestido por encima de las ingles.

—¿Las quieres probar? —le provocó, por más que la idea le asqueara.

—¡Hoy no, puta! Tráeme a la de rojo. ¿Acaso pretendes inmolarte por ella?

Su improvisada treta no había servido. Entonces debía ganar tiempo y su

cabeza funcionó a mil.

—¿Capaz que si la tomas una vez la dejarás en paz? —preguntó aviesa—. De plano dime que sí y hago que la llamen.

—Vaya, al final venderías a tu propio padre, ¿verdad, Tina de Jarque?

—Esa ha sido mi vocación siempre. Es lo que hacemos los supervivientes.

—¡Hecho, pues! —reconoció él—. Si eres dócil, siempre nos entenderemos.

—Cojo las llaves de un reservado y te me vas largando ahorita mismo. Buscaré el más discreto y la mando allí. Pero cuidado porque es prejuiciosa —apuntó desde su escritorio—. No quiero saber nada después, ¿entendido?

Él sonrió presuntuoso. Analizó la figura de Edwina según abría la gaveta y hacía tintinear unas llaves, hasta elegir la de la habitación idónea. Leisser discurrió que en otra oportunidad gozaría de ella, pero ahora su obsesión se había enrocado en una hembra distinta. Le satisfizo que hubiese entrado en razón; además en un futuro podrían urdir componendas juntos.

Mientras la mano derecha de Edwina zarandeaba los llaveros, la izquierda se había desplazado hasta quitar el seguro de la pistola, tal y como le había adiestrado Noel Cigarroa. Cómo le extrañaba, pero cada vez ostentaba más poder y menos tiempo para ella.

A continuación las llaves campanearon, mientras ella agarraba la pistola. Ambas manos jugando ante el austriaco. El gesto sucedió tan rápido que Leisser no comprendió el engaño visual con el que le estaba manipulando Edwina. Era un burdo truco de magia: dirige la vista hacia donde deseo, para actuar como yo quiero. Mientras Leisser ojeaba la argolla del llavero, la alemana apuntó a su entrepierna y le descerrajó un tiro que le dobló por la mitad. Una vez derribado sobre el suelo, le remató en la frente hasta vaciar el cargador.

—¡Regrésate al infierno y déjame tranquila, maldito demonio! —gritaba ella.

Edwina se llevó las manos al estómago. Entonces respiró con el diafragma, tal y como solía someter la ansiedad antes de salir a escena. Después miró alrededor y reconoció que el despacho parecía el quirófano de un matarife. Camufló la pistola dentro de un cajón y se dirigió al espejo, para valorar si aún podría sumarse a la fiesta. Pero la sangre la delataba. Sus rastros adoptaban forma de diminutas gotas sobre su cutis, de manchurrones entre las mechas de pelo y empapaban el bajo de su vestido. Se desplazó hacia la cristalera en busca de Aurora, pero no distinguió las velas de muselina roja de su traje por ningún sitio. En cambio, sí vio a Pablo Aliaga moverse como pez en el agua hablando, riendo y bebiendo.

Edwina repasaba sus gestos en la distancia, asqueada por la inmundicia que yacía en su despacho, y por el patán que podría arruinar la vida del ser que más quería en este mundo. Arrancaron los acordes de *El Cumbanchero* animando al reducido público que quedaba en el club. A ella le recordaron el pasado que acababa de liquidar.

Cuando La Orgía Dorada quedó vacía, Edwina salió de su despacho. Lo que había sucedido dentro de él aquella madrugada no lo sabría nadie, más que quienes debían ayudarla a partir de ahora.

Por el acceso trasero del club apareció la figura de una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo, una gabardina y zapato bajo. Edwina anduvo unos pasos hasta parar un coche que la trasladaría a una dirección de la colonia Condesa.

Empezaba a clarear cuando llamó al timbre de una vivienda iluminada aún en su interior. Le abrió la puerta el güero Batillas.

—¿La doña está? —preguntó ella.

—Depende de para qué —contestó el pistolero.

—En qué plática tan desparramada se entretienen ustedes —habló la Bandida saliendo del salón—. ¿Qué se le place? He visto muertas con mejor cara —dijo al verla—. ¡Déjanos, güero!

—Un día me amenazó con…

—¡Entre! —La Bandida cerró, indicándole el acceso a la cocina. En el salón se escuchaban boleros y risas—. Perdone el ruidero, pero vino un « sobrino» con pico de oro y ahí andamos escuchándole.

Al atravesar el recibidor Edwina vio junto al piano de la sala a un hombre con aspecto de pajarraco, flaco en extremo, el pelo engominado, unos ojos entre pícaros y tormentosos, y una cicatriz desgarrando su rostro a la altura de la boca. Era feo sin paliativos. Le rodeaban media docena de mujeres y sentaba en sus rodillas a una joven que le besaba el cuello. Se detuvo un instante porque aquella instantánea emanaba algo difícil de catalogar. En el fondo la imagen de la casi niña con el hombre maduro no era obscena, casi irradiaba ternura e infundía ganas de abrazar a los dos.

—No tiene arreglo el Flaco. —La Bandida pronunció el sobrenombre de Agustín Lara—. Embaraza a la escuincle de Raquel, con solo dieciséis años, y anda trabajándose a María Félix. La sangre joven no obedece.

—¿Ella es Raquel? No posee edad para estar aquí.

—¡Buf! Adviértaselo. Va a quitarse la larva, no quiere andar de encargo sin casarse. Al final Agustín se disgustará, pero él no quiere bodorrios. ¿Vino a chismorrear, mija?

¡Claro que no! Antes de pisar la Casa de la Bandida había reposado mucho la decisión. No podía involucrar a sus limpios contactos con un asunto tan sucio, ni tampoco confiaba en que Noel Cigarroa la librara del muerto.

Entraron en la cocina, hacía frío y a Edwina le costaba prescindir de las prendas de abrigo. En cambio, descubrió su cabeza quitándose el paliacate.

—¿Me eligió ya? —soltó de pronto la Bandida—. Capaz que ahorita sí me crea su amiga y me ruegue ayuda.

—No me lo haga más difícil —respondió ella, mientras trepidaba.

La Bandida acercó una silla y le tomó las manos en un gesto atípico en ella.

—¿De plano qué me quieres decir? ¿Para qué soy buena?

A partir de aquí habría de escuchar en silencio una exposición sucinta de lo que Edwina entendía preciso. Lo demás permanecería oculto, como el resto de su historia. No estaba dispuesta a que nadie en México supiera quién era o que en su día el nombre de Tina de Jarque llenó teatros y periódicos.

—¡Brava! —así se pronunció Graciela Olmos, *la Bandida*—. Ve con el güero, muéstrale el lugar y al fiambre. Déjale las llaves y olvídate.

—No quiero rastros que me incriminen, Bandida.

—¡Por la Santísima Muerte! Nadie limpia mejor que el güero Batillas.

—Vivía en el Regis, en su cuarto habrá documentación que…

—La escoba del güero entra en muchos rincones —zanjó poniéndose en pie —. ¿Un tecito de toronjil para la tembladera?

Edwina nunca supo dónde fueron a parar los huesos de Tobias Leisser. Con ellos no solo inhumaba a un ser infame y repugnante del que la humanidad se había librado, sino que enterraba su antigua identidad.

Además, y como efecto colateral, el gobernador de Sonora siguió su vida ignorante de lo que un día tramara el agente secreto contra él y su país. Que no era nada menos que promover un golpe de Estado en México e invadir Estados Unidos, escalones necesarios a la hora de ganar la guerra, a juicio de Leisser y sus aliados alemanes y japoneses. Todo quedó sepultado entre las costuras del último traje que vistiera el austriaco.

Al final de la mañana del día 13, y tras cabecear un poco, Edwina llamó al servicio de habitaciones del hotel Imperial pidiendo una peluquera. Llevaba tiempo sin teñirse y por la raíz asomaba Tina de Jarque. Pero había que soterrarla definitivamente para que esa fantasía llamada Edwina Schäfer saliera reforzada. De ese modo se quitó los turbantes y compareció en el club otra vez rubia.

De su pasado sí sobreviviría un nombre: La Orgía Dorada. Implicaba el homenaje a la mejor revista de su historia. Aquella gracias a la que el diario *Abc* la hubo bautizado la Venus Morena; la que aplaudieron extasiados Alfonso XIII y el general Primo de Rivera. Un guiño malabar que se había permitido retando al destino por ver si alguien era capaz de atar cabos sobre ella; aunque constatando que el único ruin que lo había logrado estaba bajo tierra, se quedó tranquila.

No obstante, había otra persona que hubiese podido identificarla, pero no lo hizo. Pablo Aliaga, el asistente del asistente en *Carne de fieras* ni siquiera había sospechado de ella la noche anterior. Edwina había temblado cuando Aurora tiraba de él para presentárselo, y el muy patán solo estaba pendiente de que no se le escapara nadie influyente, cuya ayuda pudiera emplear para ascender en su carrera. A Edwina nunca le gustó. Ni en aquel julio de 1936, cuando le observaba moverse ambicioso en el rodaje, ni ahora.

Algo debería urdir para que a esa niña se le quitara la obsesión por él.

—¡Oh, tenía tantas ganas de hablar contigo! —aplaudió Aurora cuando se reunieron en la cafetería del hotel dos días después—. Mira esto.

Sin rodeos, la joven abrió una bolsa de viaje y cogió de ella un bloque de folios encuadernados en pastas azules que tendió a su amiga.

—¡Tengo una maleta llena de guiones! Son historias apasionantes… escritas para mí, Edwina. El señor Espejel pretende convertirme en una estrella.

—Nomás empezaste a caminar y ya quieres echar a correr.

—Por favor, no arruines mi alegría. Necesito compartirla contigo. Hugo me está esperando en el coche con un genio de mil demonios. Vamos a Puebla, pero ya sabe que volveré aquí muy pronto. ¡Solo tú me entiendes!

Nunca sabría cuánto. Jamás se figuraría la empatía que despertaban en ella sus anhelos por alcanzar ese trocito de paraíso que una vez poseyó Edwina. Pero esto la facultaba para anticiparse a la fragilidad del terreno que pisaba.

63

Durante las siguientes semanas, Edwina, liberada de las servidumbres del espionaje, daba vueltas por La Orgía Dorada tan resuelta que parecía más lozana y delgada. A veces la visitaba Noel Cigarroa. Pocas. Otras tomaba un *tecito* tras almorzar con su nueva amiga. Primero conversaban, después reían, y la Bandida y ella terminaban entonando canciones juntas. De esa y de otra época.

—Chulita, ¿dónde aprendió a cantar? —preguntaba la mujer intrigada—. La creí perdida para esta causa.

—Tan solo de oírla a usted, doña —mentía Edwina.

—Bien se amigaron —mascaba el güero Batillas, quien apenas hablaba, pero cuando lo hacía atinaba tanto como con su pistola.

En esa Puebla que olía a Navidad meses antes de que llegara, Aurora leía y leía hasta que las páginas de un guion se fundían en el siguiente. Entonces, la humilde ranchera decía las frases de la viuda alegre, y en la mezcla de tantas historias no sabía si la protagonista cumplía dieciocho, veintidós o treinta y cinco años.

Hugo vigilaba a hurtadillas a través de la puerta entreabierta de la sala. Algunas veces la veía circunspecta, sumergida en los papeles, y otras declamando los diálogos mientras surcaba el cuarto de norte a sur.

Pronto comprendió la inutilidad de arrancarle la idea de ser actriz. Tampoco podía enclaustrarla bajo mil cerrojos, de modo que terminó pactando con ella la duración de las ausencias.

—Los rodajes no se demoran más de veinte días o un mes —aseguraba—. A la vuelta me tendréis mucho tiempo con vosotros.

—Pero cambiarás —se resistía Hugo—. Serás otra persona envuelta en oropeles y te olvidarás de los tuyos.

Ella, sentada a sus pies como tantas veces, le acariciaba la pierna lesionada, mientras Hugo hundía los dedos en su cabello, cuyo tacto producía en él un efecto curativo. Le costaba creer que fuese la misma mujer que viera en la pantalla; prefería esta fragilidad doméstica a la determinación de esos papeles que habían escrito para ella.

Cuando llegó el 1 de noviembre, Aurora se trasladó a la capital. Viviría en un apartamento alquilado en la avenida de Reforma, al comienzo de Las Lomas;

asistiría a clases con el profesor Sano; modularía su voz hasta transformarla en plastilina; acudiría a las pruebas de maquillaje, vestuario, entrevistas, reuniones, audiciones y citas promocionales donde fuese requerida. Todos eran planes trazados de antemano por los estudios.

Pero, además, debía trabajar su fortaleza mental. Por la noche, en la soledad de su apartamento, echaba mucho de menos a Hugo y a los niños. Hablaba con ellos por teléfono largamente, pero no era igual.

En cuanto a Pablo, iba y venía como un bumerán. Salía y entraba de su vida sin aviso y eso la desconcertaba. Cierto que él trataba de justificar sus mil quehaceres, pues se había situado dentro de una ambiciosa espiral donde las inquietudes de Aurora solían quedar soslayadas; pero, en verdad, casi nunca estaba cerca cuando le necesitaba. Por otra parte, el desmedido afán de perfeccionamiento no la ayudaba y se interrogaba continuamente acerca de dónde hallar su talento, en qué lugar podría rastrear la sabiduría para bordar sus personajes, a pesar de las muchas habilidades que exhortara en ella el profesor japonés.

—Salga, observe cómo conversa la gente, cómo aguarda el autobús en cada esquina —le sugirió Seki Sano durante una clase—. Estúdieles sus andares: si apoyan el talón y después la punta, son personalidades fuertes y seguras; en cambio, si alguien camina de puntillas denota inseguridad. Es el lenguaje del cuerpo, aprenda a desentrañarlo y solo entonces lo emulará.

Quizá por ello, los ratos en que salía a la calle con la cara lavada, calzado plano y ropa discreta para fundirse entre la gente representaban sus momentos de libertad. Pero si en esas escapadas Aurora se topaba con un cartel de *Color de cielo* o una revista que reprodujera su imagen, sentía un escalofrío mezcla de temor y placer que la inmovilizaba.

Aurora, pateando mercados, el Zócalo, la antigua calle Plateros, acechaba a los viandantes y los imitaba en un gesto, en un modo de sentarse o un alzado de cejas. Robaba a otros el alma para hacerla suya.

—No sé qué tanto me agrade que callejee sola —le confesó Diego Espejel al enterarse—. México es inocente en unas cosas y canalla en otras. Cuando los hombres toman trago, se enajenan.

El productor se había convertido en su sombra. Tutelaba su estancia y su adiestramiento. Y a Aurora le complacía sentirle cerca. Cuanto más intimaba con Diego Espejel Briz, más retazos de su hermano hallaba en su personalidad, lo que la ayudaba a no sentirse tan sola.

Una mañana llegó una enorme caja al apartamento, junto a una nota: «La recogeré a las ocho». Aurora imaginaba lo que guardaba dentro. No era la primera vez que Diego la sorprendía así, con propuestas tan decididas que no podía rechazar. Desconfiaba de que estas citas formasen parte de su

adoctrinamiento. Según el productor sí: «Debe dejarse ver. El triunfo es un compendio de aptitudes, suerte e impecables relaciones públicas».

Pero su timidez no se llevaba bien con aquel exhibicionismo.

Abrió la caja y en su interior halló un traje de satén blanco. Un guante sinuoso que se fundía con su cuerpo. Al fondo del envoltorio, encontró unos zapatos a juego y un bolso plateado. Antes de que anocheciera, Aurora había enrojecido sus labios y arreglado su melena, tal y como le habían enseñado las maquilladoras de los estudios. Frente al portal aguardaba el Pontiac blanco del productor.

—Iremos al Ciro's —le anticipó—. Quiero que conozca a algunas personas.

—Ahí van las estrellas —musitó ella.

—Vera, ¿a qué quiere jugar? —El hombre paró el motor del coche y se volvió hacia ella. Estaba tan hermosa que tuvo que retirarse porque sus ojos le turbaron—. No llegará a ningún sitio sin ambición. Y mi estudio no pierde el tiempo si usted no la tiene.

—No quiero que me malinterprete; me gusta actuar, pero todo lo demás es…

—«Todo lo demás» es la industria y forma parte de ella —habló él con rudeza—. ¿Quiere apearse del auto o proseguimos?

Aurora esbozó una tibia sonrisa y miró al frente en señal de asentimiento. No sería la última conversación que mantuvo con el productor en idénticos términos; el miedo estaba ahí. La necesidad de aferrarse a la niña que fue. A sus raíces. A sus afectos.

Nada más descender del vehículo una nube de fotógrafos se abalanzó sobre ella. «¿No es cierto, señorita Velier, que reclamó para sí el protagónico de *Doña Bárbara*, pero al final le ganó la mano María Félix?», preguntaban los cronistas de ampulosa lengua. «Acaba de llegar Andrea Palma, ¿se van a saludar ustedes o son como Lupe Vélez y Dolores del Río?», decía un gacetillero blandiendo su libreta.

—¿Lo ve? —musitaba Espejel en un tono casi inaudible—. Está compitiendo con las figuras del momento. Para la prensa es una de ellas.

No obstante, le costaba enfrentarse a aquellas lenguas afiladas. Sutilmente arrugó el gesto mientras temblaba su labio superior, y donde Diego Espejel transcribía cierta indecisión, los periodistas lo interpretaban como altivez.

—Andan errados —adujo él—. Isabela Corona culminó sus audiciones y tenía firmado el contrato, pero lo rescindió el propio director. Platíquenle a ella. Nosotros no aconsejamos a la señorita Velier papeles tan raciales.

Espejel iba más lejos en su defensa de lo que hubiera correspondido a cualquier productor. No quería verlo. Tan solo aseguraba que aquella joven estimulaba en él un sentimiento de protección y amparo al que no pretendía buscarle explicación. Mejor, porque descubrir lo que empezaba a crecerle dentro sería muy peligroso.

El Ciro's era uno de los locales más elitistas de México. Aurora había oído hablar de él muchas veces, en especial a Manuel Fontanals, el diseñador de aquella barra circular cuya fama había dado la vuelta al mundo.

—¡Ah, es grandiosa! —exclamó ella al verla.

—¿Un jaibol o un cóctel? —preguntó Espejel—. ¿Me deja sorprenderla?

No se atrevía a separarse ni un ápice del productor en un ambiente donde la mitad del público flirteaba con el otro medio. Donde las mujeres se desenvolvían con seguridad y los hombres seducían sin pudor.

—Acompáñeme —ordenó él—. Debe saber quién es uno de los pensadores más influyentes de la ciudad.

Espejel le puso entre las manos una copa de Tequila Sunrise. « No tema, no quiero emborracharla. Mójese los labios si no quiere tomar. Pero todo el mundo aquí muestra una sonrisa en la cara y una copa entre las manos» .

—Salvador —llamó a un individuo que conversaba animoso en un grupo—. Quiero que conozcas a la nueva estrella de Empire Productions, la señorita Vera Velier.

Quien se dio la vuelta era un hombre de mediana estatura, de aspecto agradable y pelo escrupulosamente engominado. Mostraba una mirada incisiva, de las que se clavan durante horas incluso cuando su dueño ya no está delante. También muy reflexiva.

—Salvador Novo es una mente privilegiada, Vera —aclaró Espejel—. Escritor, dramaturgo, ensayista, guionista.

—Y homosexual, querida. Por si acaso esos ojos suyos me miran con alguna intención, le diré que se olvide de llevarme a la cama —apuntó histriónico—. ¿Tiene usted talento?

—¿Cómo dice? —se sorprendió ella.

—Una cara bonita no sirve para nada. Aquí las hay a patadas, pero son todas unas pendejas. Sáquele el jugo a esa hermosa cabecita y entonces piense en triunfar —cambió de asunto; por su mente cruzaban ideas como coches por las autopistas—. Diego, tienes que venir a casa, he estrenado unos muebles tan lindos… De no ser porque tengo al lado un albergue de tarados que orinan por la ventana sin custodios que los vigilen, sería perfecta. Esta bella señorita también está invitada a mi mansioncita de Coyoacán. ¿Crees que mandaremos soldados al frente como piden los del subcomité americano? Dios quiera que no y el presidente los desoiga, porque como esto truene —e interrumpió de pronto, girando sobre sí mismo—. ¡Mmm, me puede esta música! ¿Saben quién es?

Aurora echó un vistazo hacia donde los músicos hilaban una melodía tras otra. No le resultó familiar quien los dirigía; a continuación Salvador Novo explicó que se trataba de Carlos Chávez, cuyo cuarteto había contribuido a la inauguración del teatro Bellas Artes; pero llevaba un tiempo en Londres alejado de la actualidad capitalina.

—Somos unos infames desmemoriados. Diego, ¿qué tal si conversamos un día sobre mi colaboración en la publicidad de tus películas? El negocio ha cambiado: ahora los artistas deben hacer *outdoor advertising*, tomar parte de eventos benéficos, ofrecerse al mundo… ¡Oh, mírenla! —profirió, designando al círculo donde alternaba minutos antes. En él, una mujer no le quitaba sus indagadores ojos de encima—. Dolores no soporta que esté con otra belleza que no sea ella. ¡La ha estudiado de arriba abajo al entrar, *darling*!

Entendió que aludía a Dolores del Río y, para Aurora, su sola mención eran palabras mayores.

—¿Les cuento un chisme? En la visita de los artistas cinematográficos al presidente Ávila Camacho de hace días, « la aristócrata» no quiso mezclarse con sus compañeros. De plano, cuando a uno, cuyo nombre omito, le fue presentada, él dijo: « ¿Dolores… del Río? Creo haber oído su nombre, usted canta en la radio, ¿no?» . Es lo que tiene ser tan desabrida. No importa, yo la adoro igual.

—¿Y si nos integramos con ella? —sugirió Espejel.

—¡Ni modo! —rechazó Salvador—. Hoy anda un poco febril y ni tullida deja de molestar. *María Candelaria* la ha dejado agotada; creo que la estrena en enero. Me ha platicado que desechó un traje igual al suyo por considerarlo una pieza menor. ¡Usted la ha puesto celosa y eso me encanta! Hace un par de semanas, ella y Lupez Vélez se tiraron los guantes dentro de un plato de sopa. ¡El pleito de esas dos durará por siempre! Quizá un día le escriba una historia —habló a Aurora; era agotadora su verborrea—, pero cuando deje de tener tanta bondad en su rostro. Me gustan malas. ¡Agrrr! —esgrimió, formando una garra con sus manos frente a ella.

—No haga caso a sus bromas, Vera —matizó Espejel, al verle marchar—. Pero es muy talentoso. ¡Y habitúese a las rencillas de las actrices!

Ella había observado antes ese juicio tan estricto. Como si la desnudaran. Igual que si arrancaran los pellejos de su piel hasta dejarla en los huesos. No se acostumbraba a la envidia, pero debía asumir que el suyo no era de aquellos físicos anodinos que se crecían ante una cámara. Aurora era un espectáculo desde el momento en que despertaba.

A lo largo de la noche saludó a diestro y siniestro; el productor aseguraba que aquella fiesta mundana e intrascendente también formaba parte de su trabajo. Entre las personas que le presentaría Espejel se hallaba un célebre director de fotografía, Gabriel Figueroa; así como un refinado modisto, de cuyas manos brotaban las leyes que indicaban qué podían vestir y qué no las mexicanas que quisieran estar a la última: Armando Valdés Peza. De allí surgió una cita para visitarle en su *atelier* dos jornadas después.

Mientras retornaban al apartamento, Aurora conjeturó que había muchos « cines» : el ambiente docto y sesudo, al que se había asomado gracias a Pablo; y este otro de mujeres bellísimas, dueñas de un intelecto vacío pero con un

egoísmo desmedido, o galanes borrachos de la mañana a la noche. Por desgracia, solo estos últimos interesaban a las revistas.

64

—México es un país inmaduro en la moda —se quejó Armando Valdés Peza cuando le visitó en su *atelier*.

Era un hombre muy hablador e irónico. Y vivía rodeado de telas con estampaciones indígenas, porque estaba obsesionado por alcanzar el mestizaje en la ropa.

—¡¿Quién hizo con usted esta obra de arte?! —comentó extasiado al tomarle las medidas—. La vestiré como a las francesas. Nada de colores discretos, usted debe lucir rojos, blancos y azules. Y hay que taparle el pelo lo justo: utilizaremos más tocados que sombreros. Plumas y tules; las flores son más vulgares, querida. Eso se lo dejamos a las mujeres de la costa, usted es una capitalina distinguida. ¡Oh! Tiene un pecho lindísimo, ¿permite? —Y Aurora se sobresaltó cuando el modisto elevó sus senos—. Bien pocas ballenas va a precisar.

Dedicaron varias mañanas a revisar los muestrarios de tejidos y las revistas de moda, antes de que Valdés Peza se animara a perfilar los diseños que luciría Aurora en su nueva identidad como Vera Velier.

—Aquí no hay tradición ni finura, querida. No tenemos una cultura elegante ni refinada, por eso es tan importante que ustedes sean ejemplo para tantas mujeres.

El modisto incluía en ese plural a María Félix. Él la vestía desde su primera película y su personalidad le había seducido como a tantos. Al oír hablar de ella con tal fascinación, Aurora no podía dejar de percibir ciertos celos. No porque la remuneración de sus contratos no alcanzara a los suyos —la diva cobraba 20 000 pesos por película y ella había firmado, como un generoso sueldo, 12 000 en su nuevo proyecto *Salón Veracruz*—, sino por la solvencia que transmitía en sus interpretaciones. De ello, de sus muchas inseguridades, hablaba con su profesor de interpretación.

—Usted denota fragilidad, sí, pero tal cualidad no es negativa, sino su rasgo diferenciador —atemperaba Seki Sano—. Ahora es tiempo de trabajar tantas dudas.

—Creí que lo que me separaba de las demás era mi aspecto físico. Dice que ni siquiera soy una mexicana fingida, de lo gringa que parezco.

—Una mexicana no tendría su cutis ni con crema blanqueadora, aunque esto le limita a papeles urbanos. ¿Y si sacamos de usted una rancherita?

Con el diseñador de vestuarios trabó una amistad entre alfileres, patrones, telas, pruebas y más pruebas. También Valdés Peza sería el responsable de diseñar sus trajes en la película que empezaría a rodar entrado enero.

Salón Veracruz fue su opción favorita, de entre todos aquellos guiones que traquetearon su cabeza, mientras los devoraba en Puebla. Le enternecía esa mujer sacrificada por amor.

Silvina llevaba poco tiempo casada cuando su apuesto marido subió al tejado de la casa familiar para restaurarlo. La pareja era un matrimonio humilde, pero muy unido y enamorado, capaz de afrontar juntos cualquier adversidad. Esa mañana no parecía el mejor día para encaramarse tan arriba, pues amenazaba mal tiempo; de pronto se cerró el cielo, cayendo sobre ellos una monumental tormenta que hizo resbalar al hombre. Así se produjo el accidente que cambió la vida a Silvina y su marido.

Desde entonces —han transcurrido dos años— está postrado en una silla de ruedas. Silvina trabaja en lo que puede, pero los recursos son cada vez más escasos, las medicinas caras y él aúlla de dolor un día tras otro, sin poder costearse una operación que le devolvería la movilidad. Silvina lleva meses pateando la ciudad en busca de un trabajo decente, pero solo consigue unos pocos pesos en míseros empleos. Hasta que el anuncio en un periódico le hace valorar una posibilidad: en Salón Veracruz buscan bailarinas. Caprichos del destino, esa era la afición que antes del accidente compartían ella y su marido.

Tras muchos quebraderos de cabeza deduce que solo podría llegar a fin de mes si acepta «alquilarse» por piezas de danzón. Cada tarde, Silvina se viste de fiesta en casa de una vecina, que actúa como cómplice y cuida del marido cuando ella no está, y baila hasta que los pies no la sostienen en el Salón Veracruz y solo después lo hace descalza, sorteando las colillas que siembran el suelo. Allí conoce a hombres de toda calaña, pero siempre encuentra la sonrisa de un varón maduro que le entrega buenas propinas y la salva de los patanes.

Un día, después de compartir con él sus confidencias, el caballero maduro le confiesa que siente por ella un sentimiento que no puede frenar y le propone algo ventajoso para los dos: está soltero, tiene recursos y quiere mantener relaciones con ella a cambio de un sueldo mensual generosísimo. «Piénselo: dejaría el Salón, los canallas que se propasan con usted, las estrecheces, y podría costear la operación a su marido. Solo por una cita adúltera a la semana». Su primera reacción es salir corriendo y despreciarle. Mas él sigue sus pasos y en plena calle, con firmeza aunque con cariño, le aduce que la vida contiene ingratitudes, pero también en ellas hay provechos. «No malgaste mi oportunidad. Usted endulzaría mi presente, casi convertido en pasado, y yo ilumino su futuro. Hágalo por el

hombre a quien ama. Solo le pago por una milésima parte de su afecto».

Silvina se recluye en su hogar los siguientes días, aquejada de un extraño virus; pero en realidad está enferma por debatirse entre guardar su honor o salvar a su marido. Con este mal dañando su cuerpo, pasan semanas sin alivio, y el dinero que les quedaba se agota. Tras una noche imaginando en sueños el futuro que le espera a su esposo si ella sigue enferma, Silvina se recupera casi milagrosamente. Todo porque en su mente ya se ha forjado una decisión: regresará al Salón Veracruz dispuesta a sacrificarse, aceptando la propuesta de su pareja de baile.

Al llegar, la chica del guardarropa llama su atención y le entrega una carta que tiene la rúbrica del hombre maduro. Dentro le pide que se persone en una dirección, donde estará aguardando su llegada. Así lo hace, pero de camino le vuelven a asaltar las dudas y entra en una iglesia. Allí, entre sollozos y culpas, comprende que no puede traicionar a su esposo y juntos deben aceptar el futuro que para ellos determine Dios.

De ese modo resuelve comunicar al varón su resolución, pero cuando llega al lugar citado comprueba que se trata de un despacho de abogados: ese hombre ha fallecido, legándole su fortuna, por tratarse de la mujer más limpia de corazón que haya conocido nunca. Su marido podrá operarse y ambos recuperar la felicidad que un mal día se precipitó desde un tejado.

Silvina le despertaba empatía porque descubría en ella rasgos de su propio carácter. La idea de un amor capaz de exonerar a quien lo siente o la inmolación como camino hacia un bienestar posterior eran emociones que comprendía muy bien.

Para esta filmación, tanto ella como Diego Espejel se habían obcecado en contar con ese prodigio de la luz, cuya agenda estaba tan apretada y sus compromisos cerrados con tal antelación que al oír su « sí» creyeron que se trataba de un milagro. A Gabriel Figueroa, acostumbrado a trabajar como *stillman* o fotofija antes que operador, sus ángulos le resultaron un lienzo, y probó luces y tiros de cámaras hasta aburrirla. Para Aurora era curioso coincidir en tantas cosas con el productor; a veces, el mismo menú, el color de unas flores o una idea sobre el guion. Tal vez se había contagiado de su criterio, por el hecho de admirarle tanto. No sabía qué pensar. En todo caso, su compañía le hacía mucho bien, más si Pablo le avocaba a sufrir.

Aurora y Pablo se veían en el apartamento de Reforma, pero ella percibía que algo se había roto y no sabía recomponerlo. Se trataba de una infausta intuición, pero estaba ahí. En apariencia se querían, leían diálogos juntos, preparaban la cena; no obstante, en el fondo, no habían vuelto a ser la pareja que hizo el amor hasta perder el horario el último día de 1941. O el postrero de 1942. La rutina

devoraba sus momentos como hojas y hojas en una máquina de escribir.

A ratos, Aurora dejaba escurrir algún reproche entre los papeles de Pablo o bajo los cubiertos. Al encontrárselos, él siempre negaba la mayor.

—Las mujeres sois « preocuponas» por naturaleza, como dicen aquí. No me pasa nada —se justificaba él—. ¿Qué ganas tienes de insistir?

—Dime entonces que me quieres y todas esas cosas del principio. Ya no me cuentas lo que significo para ti, o lo que te inspiro.

—Te querré toda mi vida y algunas reencarnaciones más, muñeca.

Su retórica empezaba a ser tan recurrente que Aurora se preguntaba si las frases que le obsequiaba serían propias o una elucubración de sus guiones. Por mucho que él capitulase, ella no espantaba la desoladora idea de que sus afectos andaban descompensados.

Había otro matiz que la inquietaba: una soterrada competencia cuando ella comentaba los halagos que merecían sus progresos, frente a la insistencia poco fructífera de Pablo en su trabajo. Era como si él quisiera ocultar unos celos sobre sus cenas o los personajes a quienes había conocido. De hecho, remataba las discusiones alegando que él también frecuentaba hermosas mujeres y mentes privilegiadas.

—Lagartas hay en todos los sitios —se enfurruñaba Aurora—. Y rogonas un montón. ¡Por mí, haz lo que se te venga en gana!

—Pero si solo me encandilas tú. Júrame que no mirarás a otro hombre y yo no miraré a otra mujer.

En este infantil tira y afloja podían transcurrir horas.

Aurora pasó la Navidad en Puebla, junto a su familia y alejada de Pablo. Hugo estaba especialmente incisivo con sus ausencias y su trabajo.

—No es el mes de rodaje, te pasas la vida en la capital —martilleaba.

—Porque estoy preparándome. No siempre va a ser así.

Asomarse al futuro les daba vértigo a los dos. Y separarse, un dolor imposible. A lo mejor, fabulaba Aurora, su hermano se animaba algún día a mudar su residencia a la capital y podrían estar todos juntos. ¡Allí los críos tendrían tantas posibilidades!

Nada más regresar al D. F., se citó con Edwina en el Sanbors de los azulejos. Frente a unos tamales y unas aguas de limón, devanaron asuntos insustanciales, hasta que soltó la inquietud que le roía desde hacía tiempo.

—Edwina, algo no va bien con Pablo —confidenció Aurora.

—¿El ojo alegre de tu novio? Algunos hombres al cumplir años no se atontan, se apendejan. El tuyo es de esos.

—Necesito quererle sin que duela. Y no sé cómo hacerlo.

—Me da flojera esta plática, niña. Los amores que duelen no merecen ni dos palabras.

65

El lunes 17 de enero de 1944 empezó la filmación de *Salón Veracruz* y se prolongó por espacio de cuatro semanas.

Durante este tiempo Pablo estuvo muy inquieto. Pensaba mucho. En su profesión, estancada, pues aunque le consideraran un trabajador reputado, los estudios no terminaban de confiar en su capacidad para mayores empresas. En Aurora, a la que veía volar lejos. En su madre, cuya salud había empeorado por lo que deducía de sus cartas, y debía ir preparándose para un duelo en la distancia.

Y en sus truncadas ambiciones por rematar *Carne de fieras*. Entendía que Morayta le dijera que esa obsesión de asumir su montaje —lo que implicaba regresar a España, salvo que recibiera el material en México— no dejaba de ser una quimera inviable. Luego estaba el metraje de película desaparecido, cuyos rollos daba por perdidos.

En suma, su orgullo masculino estaba mancillado porque su pareja era más exitosa que él y no había sumado un solo logro en toda su vida.

También padecía simples celos eróticos de ella. Resultaba que él, quien se había sacado de la chistera la identidad de Vera Velier, era el último que la disfrutaba después de aguardar el turno correspondiente tras el productor, director, guionista, operador… Que otros se beneficiaran de su aprendizaje le volvía loco.

—¡Chico, son celos estúpidos! —le azuzaba Morayta—. A ver si ahora te va a atormentar que la bese un actor.

Puede, pero él también necesitaba el halago. Sentirse deseado. Y si no lo obtenía de Aurora, lo buscaba en otro sitio. En un baile ceñido, en un beso cazado al vuelo.

—¿Por qué está la cama deshecha a estas horas? —inquirió ella, la tarde en que visitó la casa que compartía con varios compañeros. Había terminado pronto la prueba de vestuario de Valdés Peza para *Salón Veracruz* y rogó al conductor que se desviara antes de ir a su apartamento. Quería sorprender a Pablo y lo hizo. Puso la mano sobre las sábanas y las notó calientes—. ¿Qué está pasando aquí, me lo quieres explicar?

El joven cerró la puerta lívido.

—¡Estás histérica! ¿Se te olvida que vivo con más gente, o qué? No me encuentro bien. Llevo acostado todo el día. Anteayer rodamos de noche y creo que he cogido frío. ¿A qué viene esto?

Aurora se sentó en el borde del lecho y se quitó los guantes. « ¿Hay otra?» , interrogó. Ella misma se sorprendió de haber verbalizado sus dudas.

—¿Es eso, princesa? —dijo abrazándola—. Pero cómo puedes imaginarlo.

Otra no, otras. Juegos de seducción que, en opinión de Pablo, no tenían trascendencia. Al fin y al cabo, a sus veintisiete años era un puñado de hormonas y un profesional hambriento de adulación; una mezcla explosiva, sin duda. Si no terciaban los sentimientos, ¿qué daño hacía?, creía él.

—Ubíquenme un poco de relleno detrás de la cámara —ordenó el director de fotografía—. ¡Y más brillo en el contraluz!

Antes de iniciar el rodaje de *Salón Veracruz*, cuyos decorados resultaron de los más grandiosos construidos en Empire Productions, Gabriel Figueroa y Aurora trabajaron a conciencia la imagen que proyectaría en la pantalla.

Tras largas pruebas de cámara y centenares de imágenes que examinaban con lupa, decidieron que Silvina debería ensombrecer sus rasgos mientras se alquilara en la sala de baile y suavizarlos en las escenas junto a su esposo, para contrastar los matices del personaje. Sobre la gran mesa de un salón, tapizado por los retratos de las estrellas del estudio, analizaron su rostro como un objeto más. A Aurora la turbaba que alguien la estudiara con tanta minucia.

—¿Ve lo que sucede si presiona la mano sobre su barbilla? —aludiendo a una minúscula arruga—. Apenas debe rozarse la piel. Y en esta otra foto, ¿le gustan sus cejas?

—No sé —vacilaba ella—. Casi no me las depilo. Si quieren yo…

—¿A poco no tiene cara de susto? —aclaraba Figueroa—. Está sobreactuada.

De Gabriel Figueroa aprendió los trucos que las primeras espadas guardaban mejor que secretos: a parpadear en tres tiempos hasta que la luz se reflejara en sus pupilas; a mirarse en el espejo que los operarios movían frente a ella cuando declamaba sus frases, y así identificar qué plano vería el público. A señalar tres puntos de luz en su cara para que resplandeciera.

También asimiló las palabras que remachaba Figueroa hasta incorporarlas a su vocabulario. *Full-shot, top-shot, close up, reverse shots. Spot lights, key light, fill in light, back light.*

Una vez empezó el rodaje, las escenas más difíciles resultaron las que se desarrollaban dentro de la sala de fiestas. A ella le gustaba bailar. Le habían enseñado Edwina y sus putas, y poseía mucho ritmo; pero exhibirse ante tanta gente era un vértigo atroz.

Presa de los nervios que la asaltaban en las primeras tomas, aprovechó que el

productor conversaba con Figueroa para acudir al baño. Encerrada en un aseo, Aurora procuraba respirar profundamente y así calmarse. Fuera, oía abrir y cerrar la puerta e imaginaba a las figurantes entrando y saliendo.

—¡Órale y deja de trinar de rabia! —escuchó decir a una, mientras activaba el grifo del lavabo.

—¿Cómo no? Ojalá y se me vaya el mal genio de volada —respondió otra—. Pero ¿qué carajo quieres si cuando la veo me incendio? Tú y yo hacemos millones de pruebas y esta pendeja… ¡con un protagónico a la primera!

—No tiene caso hablarlo. ¡Cómprate una buena arrastrada en la cama de un productor, como hace ella, y que se te quite el odio, mija!

—¿Viste cómo le mira él? Arrobado —dijo en tono burlón—. « ¿De qué murió el quemado? De puritito ardor» .

—¡Ay, ya, vámonos! Nos tenemos que regresar.

Aurora se deslizó a través de la pared de azulejos hasta quedar en cuclillas. Hablaban de ella. Criticaban su meteórico ascenso e insinuaban que entre ella y Diego Espejel Briz existían lazos rastreros, lejos del apadrinamiento profesional. La idea que se había forjado de su trabajo no era esta. A ella le gustaba metamorfosearse en otras identidades, como cuando de niña se evadía de sus problemas soñando. Pero la lucha despiadada no la gratificaba. La maledicencia gratuita, tampoco.

Su mejor actuación ese día fue salir del cuarto de baño envuelta en un halo de seguridad, cuando se sentía tan fracturada por dentro.

—Es talentosa, ¿verdad? Quiero convertirla en un mito —reconoció Espejel al director de fotografía al verla interpretar—. Retrátela para que el público no la desee, sino que la ame.

—La rodearemos de misterio, pues. Vera Velier será una caja de secretos.

Esa fue la conclusión de Gabriel Figueroa, y sus juicios no eran baladís. En 1935 fue enviado por Clasa Films a Hollywood, para proveer a los estudios de los mejores materiales. Regresó con una novísima reveladora, una moviola con proyector, una impresora óptica, una *lapping machine*… y toneladas de sabiduría que aquilataron su fama como el mejor camarógrafo de México. Pero también sentenció a Aurora de un modo que obligó a reflexionar a Diego Espejel a partir de ese momento.

—Entre Dolores del Río y María Félix se han repartido el cielo y el infierno. No sé qué tanto le va a durar una estrella tan bondadosa —vaticinó—. Hágala mala. El público prefiere las perversas a las remilgadas.

Casi sin darse cuenta, su vida devino en un tornado vertiginoso sin tiempo para recapacitar en lo que no fuese la dedicación artística. Después de las agotadoras jornadas de *Salón Veracruz*, tanto física como emocionalmente, Aurora apareció en Puebla con los días contados.

—¿No necesita el público un periodo entre cada película? Se van a cansar de ti —declaró Hugo solo para dilatar su estancia—. Esta agenda es criminal.

Los dos hermanos habían repasado juntos los planes remitidos por correo desde Empire Productions. En efecto, en el horizonte más inmediato estaba la premier de la película y el siguiente rodaje en ciernes. Ahora lo entendía: en eso consistía ser Vera Velier.

—¿Y Pablo? —preguntó Hugo intencionadamente.

—Escribiendo su gran guion.

—Le va a brotar una enciclopedia —adujo con sorna.

—Tampoco a ti te gusta, ¿verdad? —reconoció Aurora—. Edwina dice que no me conviene. Curioso, ¿no? Las dos personas que más me influís pensáis lo mismo.

—Haz lo que te dicte el corazón. —Y la besó en la cabeza. Llevaba una coleta y parecía una niña—. Carezco de autoridad para emitir juicios sentimentales.

—¿Puedo pedirte algo? —Él atendió con un interrogante—. Quiero que vengas conmigo a la capital. Que me acompañes un par de semanas antes del estreno. El apartamento es grande, los niños estarán bien atendidos con Tula y… me siento tan sola, Hugo. ¡Te necesito a mi lado, por favor!

No hubo que explicar más. El día de la proyección de *Salón Veracruz* en el cine Alameda, Hugo condujo del brazo a una Aurora radiante. Pablo llegó tarde, la besó algo distraído y, al terminar, se fundió entre los invitados de la *cocktail party* posterior. Aurora se negó a darle importancia.

La joven vestía el traje de gasa rosa empolvado que había creado Valdés Peza para ella: un pronunciado escote en uve con una cimbreante falda, que reproducía en tela una flor de cacalosúchil a la altura de la ingle. Al moverse se entreabría, dejando libres sus piernas. Arrebatadora y elegante.

Las críticas del día siguiente también se saldaron con éxito. Los hermanos las leyeron durante el desayuno, maravillados ante todo lo que reconocían de Aurora.

—¡Atención a la de *Tiempo*! —declamaba ella, como en una obra de teatro —. « Jamás habíamos oído una voz tan bella ni una actitud tan noble. Alabar la fotogenia de la señorita Velier sería quedarnos cortos, pues el derroche de maestría de Gabriel Figueroa…» .

—Pues *México al día* te llama « animal cinematográfico» —apostilló Hugo —. De lo primero doy fe, hermanita.

—¡Idiota! —espetó, y le abrazó al cuello. Podría haber pasado su vida así.

La hacienda del fin del mundo fue su tercera película. La mayor parte de la filmación se realizaba en exteriores y Diego Espejel decidió que las localizaciones fuesen en Monterrey, en la propiedad familiar. Siguió así la política de contención de gastos que anatemizó al cine mexicano, frente al pródigo

Hollywood.

El guion apareció en el apartamento de Reforma, junto a una sombrerera. «Remito una de las prendas que usará Eleonora, el resto espera en mi *atelier* para cuando guste probarlas. Firmado, A. Valdés Peza». De esa manera Aurora supo cuál sería su nuevo trabajo.

Cierto que estaba al tanto de la historia de la frívola mujer que heredaba la hacienda de un tío cascarrabias, a quien casi no conocía, y sus peripecias en un lugar alejado de los lujos y modernidades de la capital. Pero ella no hubiera escogido ese papel. Por lo menos, no tan pronto. Exigía un salto de registro demasiado drástico y no se sentía preparada. Sin embargo, los que decidían en los estudios la precipitaban a él.

—En sus roles interpretativos hay que sacarle la mexicanidad —comentaron un día los asesores del productor—. Note cómo ha crecido Dolores en *María Candelaria*. ¿Qué tal si la llevamos al mundo rural, señor Espejel?

A su juicio, y dado su paralelismo con divas como Veronica Lake o Gene Tierney, un paseo rupestre la popularizaría.

Pero había algo más: la transición de Eleonora a Norita en la película, así se llamaba el personaje —de no saber montar a caballo a terminar rodeada de puercos—, se parecía también al cambio interior que debía afrontar la mismísima actriz. Estaba planteándose su futuro, pero aún no se atrevía a hablar con nadie de ello.

66

Aurora asomó la cabeza por la ventanilla del coche. Qué espectáculo cómo el sol coloreaba la fachada de una construcción majestuosa, cuyos límites escapaban a la retina. Diego Espejel salió a recibirles.

—Me da gusto que estén aquí —saludó—. Vengan, les mostraré la hacienda antes de acomodarles en sus cuartos.

Los primeros en llegar fueron los actores principales y el equipo directivo. Recorrieron la inmensa finca en unos carruajes, mientras Diego les explicaba que originariamente se trataba de una hacienda pulquera —aunque las instalaciones donde se hubo destilado el aguamiel del pulque estaban en desuso— adquirida por su abuelo ochenta años atrás, donde habían nacido tanto su padre como él.

En su exposición, iba trufando detalles históricos con anécdotas acaecidas entre sus muros, conformando un discurso que entretenía a todos. Sin embargo, solo miraba a Aurora. A veces parecía desentrañar un secreto en ella.

—¿Ven aquellos prados? Son cepas de una uva dulcísima con la que pronto elaboraremos vino. Ese será el futuro negocio de la hacienda, además de la explotación ganadera. Pero no les aburro más con mis pláticas.

Jardines anárquicos regidos por árboles bicentenarios. Albercas y piscinas a cada tanto. Cenadores bajo unas arcadas altísimas. Dos capillas —una para los trabajadores y otra para la familia—. Edificios de usos indescifrables; en realidad reflejaba la estructura de un pueblo más que una hacienda.

—¿Le agrada, Vera? —preguntó ayudándola a descender de la calesa.

—Ahora entiendo que sus padres la echen de menos en la capital.

El detalle de que mencionara a sus progenitores le conmovió, y apretó su mano un instante. A ella no le pasó inadvertido ese gesto y se ruborizó. No entendía por qué, pero cada vez la azoraba más su presencia. El modo en el que sostenía sus ojos oscuros sobre los suyos o cómo se atusaba el cabello canoso con las manos.

Al amanecer ya rodaban unas escenas en las que Aurora debía bregar con animales, vestir ropa de montar, y simular un amor apasionado hacia un capataz áspero y distante, en cuyas redes caía su personaje Eleonora, la mujer urbana.

El papel del mayoral resultó lo más opuesto a ese intérprete blandengue, encargado de darle la réplica. Desde que aparecía en el set, el actor lo recorría, cronómetro en mano, para computar el metraje que el director destinaba a la actriz, y así reclamar el mismo número de primeros planos. Mientras contaba segundos, sobaba el culo a los meritorios haciéndose el distraído. Aurora se asombraba de que la pantalla pudiera destilar alguna química entre ambos, cuando entre el melifluo y cualquier gorrino de la hacienda se hubiera concitado más tensión sexual.

La última noche, el productor los homenajeó con una cena en un comedor donde hubiera cabido el Congreso mexicano al completo.

—Ha sido muy generoso hospedándonos —agradeció ella al iniciar un paseo juntos tras el ágape.

—Sentido común al servicio de los presupuestos —contestó Espejel—. Con usted soy amable, pero el productor siempre es el más odiado del rodaje.

—¿Y por qué lo es, Diego? —enseguida se arrepintió de la pregunta.

Cruzaban un puente que, desde la fachada trasera, sorteaba un estanque. Su trazado le recordaba al lago de Casa Gialla. Sin pretenderlo, un montón de recuerdos comparecieron en su mente: la figura de la difunta Zita adentrándose en el agua; los visillos del torreón agitados por la suave brisa del verano; Atilano acechando sus pasos, guardando ese secreto que solo ella compartía. Sintió lástima por él. Quizá nunca fuera capaz de consolidar un afecto paternal hacia el anciano, pero, a lo peor, su juicio se había enrocado en lo negativo cuando él llevaba años sufriendo.

—¿A dónde se ha marchado, Vera? ¿En qué lugar están sus pensamientos? —la interrogó Espejel—. Me pregunta por qué la protejo y le respondo que hay algo en usted que lo pide a gritos. Perdón, disculpe si…

El hombre se autocensuró enseguida. Era consciente de haberse propasado en sus confesiones; pero también que ella le inspiraba un afecto que le costaba mantener como simple galantería.

—Es mejor regresar, Diego —dijo Aurora, anticipándose a su intención—. Me dan miedo los metiches que tertulian lo que no deben.

—¿A qué se refiere?

—A los rumores. A los chismes malintencionados. —Había dudado sobre la conveniencia de relatarle lo que había oído en el aseo y, al final, decidió callarlo. Era el peaje de un trabajo en el que ignoraba si quería o no seguir—. Soy una mujer decente.

Como si hubiese sido necesaria esta aclaración. Se habían parado en mitad del puente. Hacía fresco y el productor se quitó la chaqueta para arroparle los hombros con ella. Él olía a jabón. A limpio. De repente, toda ella era un manojito de nervios desquiciado.

—¿Está enamorada de él? —arrancó de golpe—. Sé que mantiene una

relación con ese joven, pero nuestra sociedad es conservadora y no vería con buenos ojos si no fuese así.

—¡Por supuesto! ¿A poco está insinuando que es negativo para mi trabajo?

Espejel echó a andar con amplias zancadas. A Aurora le costaba seguirle.

—Cásese con él, pues —pronunció sin alzar la vista de sus pies—. No es bueno ese enredo que se llevan. Aunque le diré algo: quien no la considere lo más importante de su vida… no la merece.

Al día siguiente, Aurora no perdió tiempo en bajarse del avión de Aerovías Centrales y salir del Puerto Aéreo Central de la capital, directa a la colonia Santa María. Justo en la trasera del quiosco morisco de la Alameda, entre las calles Pino y Salvador Díaz Mirón, se levantaba una casita blanca con una acristalada galería en el bajo. Allí escribía Pablo.

Estaba ilusionada. Durante el trayecto, daba vueltas al compromiso que había suscrito Diego Espejel. Sabía que lo cumpliría. Sus hechos serían tan firmes como su palabra. La noche anterior, a punto de entrar en el edificio central de la hacienda, ella se lo pidió después de haberlo sopesado un rato. « ¡Ayúdele, por favor! Se lo suplico —aguantaba la mirada y sus ojos azules hablaban más que su boca—. Pablo tiene muchas ideas, pero no ve el modo de que fructifiquen. Lea sus guiones y confíe en alguno. Estoy convencida de que será un magnífico director. Algún día, si a usted le place, le contaré nuestra historia y entenderá que…» . El productor no la dejó proseguir. Su primera respuesta sonó muy dura. « ¡No se humille más!» , y Aurora se agitó temiendo haberse excedido en su confianza. « Cualquier hombre hipotecaría todo porque le quisieran tanto. ¿Ve esta hacienda? No es nada comparada con las posesiones del joven. Dígale que venga a verme. Tendrá su película y a usted en ella» .

Aurora pulsó el timbre. Nerviosa, se atusó unas prendas arrugadas por el viaje. Llevaba una blusa de franjas blancas y azul ultramar, una falda de este color y un tocado de inspiración marinera.

—¿Bueno? —inquirieron al abrir sin llegar a reconocerla.

—Vengo a ver a Pablo —respondió, quitándose las gafas de sol.

—Pero no… no sé si se halla… —balbuceó el joven, y ella no dio posibilidad de otra cosa que no fuera despejarle el paso—. Mejor espera, nomás aguarda que le avise.

—¿Desde cuándo debo pedir permiso? —soltó con un punto de insolencia.

No era la primera vez que acudía a la residencia y no entendía a qué venía tanta prevención. Molesta, empezó a subir las escaleras. « ¡Pablo!» , le llamó al tiempo de oír unos pasos apresurados. Ruidos de puertas que se batían. Cerrojos. Segundos después, Pablo asomaba por la barandilla con la camisa desabrochada.

—¿Sucede algo? —interrogó ella—. ¿Hay alguien en tu cuarto?

Movida por una penetrante intuición, Aurora abrió de un portazo y se topó con

las sábanas revueltas y el cuarto desordenado. Era la segunda vez que le sucedía. Sentir un miedo irracional. Esa desconfianza sin mayor motivo que unos pocos indicios deslavazados, con los que era difícil componer una certera infidelidad. La puerta se cerró detrás de ella.

—Casi les arruinas la vida —susurró Pablo—. Quien te ha abierto se ha traído a una amiga, pero a ella le apura que se sepa. ¿Qué pasa, princesa, no me piensas dar los buenos días?

Sintió sus manos ascender de la cintura hasta la pechera de la blusa y desabotonarla. Después los dedos de Pablo hurgando por debajo de su sostén hasta endurecerle los pezones. A partir de ahí, no le quedó otra que deponer sus armas.

Transcurridos unos minutos, separaron con sigilo la puerta del cuarto contiguo. Una pelirroja tomó sus zapatos en la mano y bajó las escaleras.

—¡Con lo rebuena que estaba la mañana y vino ella a chingarla! —comentó al otro inquilino que compartía vivienda con Pablo—. ¿Quién es la chava?

—¿A ti qué te importa? Lárgate.

—¡Ay, ya, qué genio te gastas, muchachito! —Y salió a la calle.

El joven trancó el portón y miró hacia el dormitorio de Pablo.

—Amigo, te vas a quedar como el perro de las dos tortas. Sin ninguna.

67

Pablo visitó el despacho de Diego Espejel arrastrando la vapuleada caja de cartón donde clasificaba sus escritos.

—No dude que los leeré, pero ahora no tiene caso. Voy a encomendarle algo. —El productor fue directo al grano—. Convierta a Vera Velier en una mujer malvada a como dé lugar. Invéntese un personaje que obre mal y sus yerros resulten castigados cruelmente. Que sostenga impulsos dañinos o egoístas, incluso lastimando a quienes la quieren. Hágala morir, si así le place. ¿Sabe por qué le pido esto? Porque el público se cansa de la bondad.

—Creí que *La hacienda del fin del mundo* buscaba eso de ella.

—¿Qué cree? Las torpezas del personaje provocan hilaridad, pero el amor la salva. Aunque pensemos que los espectadores odian a las mujeres pérfidas, al final las terminan idolatrando. Tenga presente la frase de María Félix en *Doña Bárbara*: « Se olvida usted de que yo tomo a los hombres cuando los necesito y los tiro hechos guiñapos cuando ya me estorban» .

—¿Puedo preguntarle por qué me encarga esto? —cuestionó él—. ¿Se lo ha pedido ella? Como un favor, ¿no es cierto?

—Se equivoca —mintió Espejel con convicción—. No alcanzo a encontrar un buen guion capaz de envilecer a un ángel. ¿Acepta el encargo, pues?

A partir del enérgico apretón de manos no hubo otra cosa más importante en la vida de Pablo que pergeñar aquel guion.

Iniciado julio, Aurora regresó con su familia. El calor derretía D. F. y el sol quemaba como rabia.

Le gustó encontrarse con Hugo tan entretenido, organizando los albaranes de los pedidos encargados por la mejor cadena de perfumerías neoyorquinas. Su estancia en la capital le había venido muy bien, porque se imbuyó en las nuevas tendencias comerciales y llegó a Puebla cargado de ideas.

—Hugo quiere estudiar derecho y dedicarse a la política, ¿qué te parece? —le confesó cuando guardaban el equipaje en el coche antes de iniciar el viaje a Veracruz, donde pasarían el resto del verano—. Y la niña, actriz. Por tu culpa.

La pequeña Aurora parecía su clon. Coleccionaba sus fotos, los recortes de

prensa que hablaban de ella, y se peinaba una onda sobre el ojo derecho, lo que provocaba que Tula la persiguiera, agarrando un cepillo y una cinta de pelo, no fuera la niña a quedarse tuerta.

—Lo estás haciendo muy bien, Hugo —apreció Aurora, sentada en el asiento delantero junto a él—. Esto no durará mucho. Ahora lo sé.

—¡No digas tonterías! Si eres la gran promesa del celuloide. Nunca he visto tanta unanimidad en la prensa.

—¿Has sentido alguna vez placer y dolor a un tiempo? Pues en esto consiste ser actriz. No sé qué tanto vaya a aguantar la montaña rusa en el estómago.

Hugo apoyó las dos manos sobre el volante y las apretó con fuerza.

—He decidido volver a España, Aurora. Creo que tienes que saberlo cuanto antes. —Se volvió y la miró de frente—. Tú estás bien, tienes cerca a Edwina y a Pablo. Es momento de pensar en mí y en padre: no puedo soportar su nostalgia, ni él la nuestra. Y no pretendo que nos acompañes, sé que es una utopía.

—¿Os iréis todos? —inquirió ella tragando saliva.

—Sí, quiero que los niños conozcan sus raíces.

—¿Cuándo?

—No más tarde de final de año. La guerra se ha olvidado del Atlántico y parece cerca de concluirse esta sinrazón.

Aurora guardó silencio mientras su hermano arrancaba el coche e iniciaba la marcha. De sobra sabía que su intención no pretendía incitar ningún dilema en ella: en este momento, cualquier medida que la alejara de los planes de los estudios era inviable. Los hilos de su vida los movían otros.

Durante el verano de 1944, Aurora extrañó tanto la piel de Pablo que creía desfallecer de ansiedad. Moría por sentir el tacto suave de su cuello bajo el lóbulo de las orejas; hundir su nariz en ese rincón que ella consideraba solo suyo. «Déjame olerte», había dicho numerosas veces cuando se enroscaba a él. Sufría de amor como una idiota. Como una loca.

En todo el verano solo se vieron una vez. En la fiesta de cumpleaños que Hugo le organizó en el Siboney. La celebración pretendía devolver a la sociedad veracruzana la generosa hospitalidad que siempre había manifestado hacia la familia. Y puesto que Aurora empezaba a ser una celebridad, así fue recibida por todos.

Pablo llegó en tren la mañana del 3 de agosto. Brindó con champán en el club de playa que fue testigo de su primera noche juntos; durmió en una habitación de invitados de la casona azul, junto a Aurora; y tras morderse en todos los rincones posibles, con ese hambre que desata una prolongada ausencia del ser querido, partió al día siguiente. Dejó el mismo desamparo que los huracanes tras de sí.

El resto fueron someros contactos telefónicos, donde él se mostraba apremiado por seguir escribiendo y ella, ansiosa por conocer la historia que le

tenía tan lejos. «Haré de ti una gran estrella, preciosa», acostumbraba a despedirse.

En septiembre volvieron a Puebla. Aurora iba y venía de la capital, donde se citaba con el profesor Sano para no enfriar su instrucción; merendaba junto a Edwina en el club Terraza; veía películas americanas y perfeccionaba su inglés; se evadía de sus inquietudes entre los pasillos del Palacio de Hierro admirando sus novedades o cenaba con Diego Espejel en el Ambassadeurs o en cualquier local de moda. En ocasiones se animaba a presentarse en la colonia Santa María. Allí se había replegado Pablo, acorralado entre folios. Con las yemas de los dedos ennegrecidas, a causa del papel carboncillo de las copias, y la cabeza postrada encima del teclado. No soltaba prenda de un guion que primero leería el productor —así lo remachaba siempre—. Ante sus requerimientos de afecto, apenas balbuceaba que la quería mucho.

—¿Ni tantito así? —preguntaba ella coqueta, queriendo sonsacarle—. Dime si es un drama o una película policiaca.

—No es ético que lo conozcas tú antes que el estudio.

Entonces ella tomaba un folio en blanco y plasmaba mensajes desesperados antes de marcharse, por ver si fecundaban alguna reacción en él. «Háblame. Alguna vez. Aún entre brumas, necesito compartir tu lucha».

Pablo cumplió su promesa y mediado octubre entregó a Diego Espejel unos folios, envueltos en un pliego de papel de fantasía que había encontrado en el mercado de la Merced.

—¿Qué opina ella? —preguntó aquel, según deshacía el paquete.

—¿No sospechará que lo ha leído? —respondió airado—. Aurora desconoce el texto. Pero, además, una actriz carece de opinión al respecto.

A lo largo de su vida, Pablo se habría de equivocar en muchas ocasiones.

No era verdad que Aurora ignorara de qué trataba aquel guion. En ese mismo instante y en otro punto de la ciudad, ella acababa de descubrir un taco de folios junto a la silenciosa máquina de escribir. Sobre el cristal de la mesa camilla. Estaban alineados unos sobre otros con pulcritud milimétrica, allí donde Pablo había ideado la historia que guardaban.

Minutos antes había llamado al timbre para sorprenderle. Abrió un nuevo inquilino, tan desconocido para ella como le resultaban a él sus compañeros de casa.

—Es que no sé quién es —se justificó el joven—. Llegué ayer de Querétaro y ahorita no les conozco.

—Déjeme ver —resolvió entrando decidida.

Dentro de la vivienda gritó su nombre varias veces, sin respuesta. Entonces los reconoció. El fruto de su abstracción durante los últimos meses. Ese «fin» de la última página supuso más que un indicio, pues entendió que el guion estaba

terminado y el original camino de Empire Productions; por tanto, no hacía ningún mal ojeándolo. Pronto el estudio se encargaría de remitirle a ella la pertinente copia. Leyó el título. Le pareció muy evocador: « Que el tiempo nos encuentre» .

Abrigada por el sol que se filtraba a través de la cristalera, se sentó en la misma silla donde lo hacía Pablo y empezó a leer.

El profesor Sano aseguraba que un guion que no mostrara en los primeros veinte folios las contradicciones de los personajes era un mal texto. No fue preciso llegar a esas páginas para que Aurora dedujera qué tenía entre sus manos. No obstante, avanzó en la lectura, negándose a admitirlo.

Él no. Otros podrían enlodarla, pero Pablo no. Quien conocía de ella lo más íntimo no podía traicionarla de este modo. Pero la tozudez de las palabras se empeñaba en asegurar lo contrario. No podía ser tanta su ambición como para suscribir semejante deslealtad.

¿La habría querido alguna vez? ¿Un mes, un día, cinco minutos?

A medida que avanzaba en los párrafos, se caía una nueva pieza de ese andamio de juguete en que, de repente, se había convertido su amor. Aquel relato no obedecía a una imaginación desatada, sino a la realidad sin florituras.

El guion era ella y su histérico dolor de vivir.

68

Aurora ordenó los folios y, sin terminar la lectura, huyó de allí.

En el camino de vuelta a su apartamento le asaltaron unas dudas sobre su relación con Pablo que hasta entonces había sorteado hábilmente: su cama deshecha, un «mañana mejor voy a Reforma, no vengas tú aquí», algunas señales en su piel, que su boca no había causado. Y más atrás en el tiempo, su fanfarronería al encontrarse en el parque del Retiro durante aquella jornada de rodaje o su impertinente forma de coquetear. ¿Y si él se hubiera tratado siempre de una mentira y ella, ciega de amor, le había impregnado de una nobleza de la que carecía?

Nada más cruzar el umbral descolgó el teléfono, bajó las persianas y se encerró en el dormitorio junto a una botella de tequila. Aurora no bebía, el sabor del alcohol le zarandeaba el estómago. Pero no se le ocurría otro modo más dramático de vendar su herida. No dejó de vomitar durante toda la noche.

Bien temprano llamó al estudio, dijo que sufría un malestar pasajero, y les solicitó unos días libres de compromisos. A media mañana fue capaz de tomar una ducha. Con el pelo húmedo, recogido en una coleta, y vestida con un discreto pantalón beis y un suéter de cashmere, se dirigió al hotel Imperial. Había pisado el fondo de un pozo espantoso. Se había hundido en él, quebrada de dolor, hasta que hizo acopio de las fuerzas precisas para ponerse de puntillas y asomar la cabeza. Fuera del hoyo existía un mundo de casas ordenadas, con jardines delanteros y niños que jugaban a la pelota en ellos; de mujeres hermosas, a quienes paseaban sus maridos del brazo. Lejos de esa sima negra a la que la había arrojado Pablo, el cielo era transparente y la gente sonreía. Entonces tomó impulso y emergió de allí para no regresar jamás. Así se sentía cuando ascendía hacia la habitación de Edwina.

—Aquí huele a cerrado —se quejó mientras abría la ventana—. Me marea este olor.

—Amaneciste enojona —masculló ella—. ¿Qué hora es?

—La una y cuarto. Necesito hablar contigo.

Sin embargo, cuando su amiga se frotó los párpados y la observó somnolienta entre legañas, no pudo sostener por más tiempo tanta firmeza y se derrumbó.

—¿Qué pasó, muchachita? —dijo Edwina recostándose contra el cabecero—.

¿Otra vez con la misma cantaleta del pelado ese?

Aurora se tumbó a su lado. Tardó unos segundos en hablar; empezó con la mirada clavada en el techo y los brazos apretando su regazo. Y escupió lo que contenía aquel guion.

—¡¡Buf!! Sí que quedaba aún historia por platicar, niña —dijo Edwina—. Y en vez de desahogarte conmigo, fuiste con el cuento al tarugo ese. ¡Tu novio resultó un chingado pendejo! ¿A poco cree que le hubieras aplaudido la idea de hacer una película con tus secretos?

Edwina volvió a confirmar la estupidez de Pablo Aliaga. El ambicioso patán estaba tan obcecado en su promoción que no solo había manipulado las confidencias de Aurora, sino que, cada vez que coincidían, y eso que la *madame* lo evitaba, no se percataba de quién era ella en verdad. ¡Valiente majadero le había tocado en suerte a Aurora!, caviló; no había refugiados decentes y le encandiló el más memo.

—¡No voy a rodarla! —sentenció Aurora—. Ni esa ni otra. No haré ninguna película más.

—¡Baja la mohína! —le conminó Edwina—. No seas improvisada y déjale a ver cómo respira.

Pablo respiró trabajando. Los días siguientes se dedicó a mejorar el texto, hasta que comprobó que llevaba una semana sin saber de Aurora. La noche del sábado 28 de octubre se presentó en su apartamento.

—¿Seguro que no te pasa nada conmigo?

—He estado enferma —explicaba ella reiteradamente.

En realidad tampoco mentía porque no lograba recuperarse del disgusto. Le dolían las articulaciones, se veía muy pálida y había perdido peso. Nunca sospechó que las dolencias del alma devastaran más que las del cuerpo.

—Lo he entregado —soltó Pablo por fin—. ¡El guion les gusta, princesa! ¿Qué digo les gusta? Al señor Espejel le parece lo mejor que ha leído en mucho tiempo.

—¡Cuánto me alegro! —añadió fingiendo mostrarse entusiasmada—. Te lo mereces, Pablo. Mereces el reconocimiento que no has tenido hasta ahora.

—¡Pero quiero compartirlo contigo! Llevo una vida esperándolo: dirigirte, retratarte, hacer juntos una gran película. ¿Quieres saber de qué trata?

Aurora le daba la espalda mientras miraba a través de la ventana. No podía creer que participara en esta pantomima.

—Por supuesto —dijo.

—Se trata de un drama rural. Una historia de amor trágica.

—La vida es un drama —mascó ella por lo bajo—. ¿Cuándo podré echarle un vistazo?

—Pronto. ¿Lo leeremos juntos, amor mío?

—Por descontado.

El 6 de noviembre Aurora abrió la puerta a un mozo que traía un gran ramo de rosas junto a una copia del guion, encuadernado, como era la costumbre, en pastas azules. A la cortesía del estudio, le acompañaba una obsequiosa nota de Diego Espejel. En ella se disculpaba por su ausencia de noticias en las últimas fechas, pero otros negocios, junto a unas obras imprevistas en la mansión de Acapulco, habían absorbido su agenda. Esta fue su innecesaria aclaración. Asimismo, le proponía una cena para intercambiar impresiones, una vez se forjara un juicio sobre el escrito en el que Pablo Aliaga «amerita su crédito como contador de historias». También deseaba que la película no demorara su inicio más allá del mes de marzo, «con los campos revenando y todo México igual que un jardín».

Al concluir su lectura se mareó. Cada mala noticia le provocaba lo mismo. Edwina, con aburrida insistencia, se había empeñado en que visitara a un médico que le practicara una analítica, convencida de que no se alimentaba en condiciones. Era verdad. Pero Aurora también tenía la convicción de que esa noche superaría su rara enfermedad de un plumazo. Pablo cenaba en el apartamento y todo quedaría despejado. Y su relación sepultada, pues no se merecía otro trato.

Aurora preparó la mesa, aliñó una ensalada de nopales, repartió las tajadas de pollo en guajillo —la única receta que había logrado adobar decentemente lejos de Tula— y con la taza de café entre las manos se dispuso a desbrozar el guion. Le había asegurado a Pablo que no se había atrevido a despegar sus tapas todavía. A un par de metros, él escrutaba cada contracción de su rostro en silencio.

Releyó palabra a palabra unas tramas que ya conocía de antemano. A veces le faltaba el aliento para seguir; otras se le estomagó el chile del pollo y a punto estuvo de arrojar la cena. Las más, cerraba los ojos y sujetaba un hilo de lágrimas.

Cuando terminó el guion, clavó sus pupilas en Pablo.

—¿Y bien? —preguntó él ansioso.

—Demasiadas esdrújulas —respondió Aurora en un brindis al sol.

—¿Cómo? ¿Eso es lo único que se te ocurre? Escribo la historia de mi vida y tú me hablas de ortografía.

—¡Mi vida! Pablo, es mi vida lo que hay aquí. —Y le arrojó los papeles—. No es un guion, es mi biografía. Peor aún: la de los miembros de mi familia.

—Cálmate, estás exagerando un mundo. Cierto que me he inspirado en…

—¿Inspirarte? ¿De qué hablas? Si no eres capaz de entender lo que haces al escribir esta basura, es que no te conozco.

—¡No te consiento que me trates así! Guadalupe es el mejor personaje que vas a encontrar en tu carrera.

—¡Guadalupe es Antonia! ¿A quién pretendes engañar, Pablo? Quieres que interprete a mi propia madre, ¿es eso? —dijo llorando—. Que reviva lo que para mí fue… un trauma. ¡Un drama sin parangón!

—Si lo que te molesta es que la protagonista muera, puedo buscar otro final.

—¡Basta! ¿Cómo puedes pisotear « mi secreto» ? Deposité en ti una parte de mí, convencida de que jamás me ibas a traicionar, y lo cuentas en un guion.

—No es así —se excusaba él—. Si uno ignora la historia, no tiene por qué…

—¡Estúpido ambicioso! No encontraste nada decente en tu cabeza y tuviste que recurrir a mis miserias para escribir esta bazofia. ¿Es que has olvidado nuestro primer fin de año? Cuando Berta me contó el secreto me juré que nunca, ni aunque dependiera mi salud de ello, mi hermano conocería la verdad. ¡¿Y tú pretendes airearlo en una película?!

—Que un director se base en la realidad no es nada nuevo —machacaba Pablo al justificarse—. Ni siquiera un delito, y tampoco es inmoral.

—¿Insistes en que es « moral» exponer lo más íntimo de uno por 50 centavos el tiquete? No dejaré que mancilles a mis muertos, Pablo Aliaga.

Aurora se mordió la lengua antes de continuar. Como si los difuntos tiraran de su falda, rogándole prudencia. Todos ellos se agolparon de pronto entre sus recuerdos.

70

—¿Recuerda cuando una vez me preguntó qué cosas me entristecían, dónde hallaba el dolor para interpretar mis personajes? —siguió ella.

Aurora se había situado en una esquina del sofá, descalza, y descansaba sobre sus piernas. Diego apreciaba su calor a medio metro de distancia.

—La raíz de mi dolor está condensada en esas páginas —dijo sin perífrasis—. Pablo lo ha vilipendiado.

—Disculpe, pero no…

—No me interrumpa, por favor. De lo contrario, no sé si podría acabar.

Aurora fijó su atención en un punto anodino del espacio, tal y como decía el profesor Sano que le ayudaba a concentrarse. Y a esa mota de pintura en la pared empezó a relatar su historia. Pormenorizó sus orígenes y los de su familia. No hubo detalle significativo que se ahorrara, ni emoción que escatimara. ¿Para qué? Aquel juicioso hombre, cuya mano la había guiado por unos pasajes que jamás olvidaría, tenía ahora que sacarla de ellos.

Él, por su parte, reprimió varias veces el impulso de abrazarla, de cobijar en su regazo a la niña que se transparentaba a cada tanto, librándola así de sus renuentes fantasmas. No lo hizo. Se hubiera malentendido. Como si el confidente pretendiera aprovecharse de su debilidad y se dejara dominar por sus pulsiones. Nunca había estado tan cerca de hipotecar su libertad por una mujer. Ni tan lejos de que ella lo aceptara.

Diego solo habló cuando el silencio de Aurora se dilató lo suficiente.

—Escucharla me enerva sobremanera. Si pudiera le borraría esos recuerdos, pero qué caso tiene. Los hechos son tozudos.

—¿Entiende ahora que no se trata de un capricho?

—No, pero usted es mujer de temple. No deje que asome lo malo que lleva dentro. Aplaque la ira, Vera.

—No es un impulso lo que me trae a pedirle lo que necesito…

—Antes de que continúe, recapacite: hay muchas actrices que abandonan la actuación, buscando acomodo como mujeres casadas. Si constan contratos, no seré yo quien le fuerce a cumplirlos. Pero ¿ha pensado el daño que nos hace… a mí, a los estudios? Ahora que ha empezado a conseguir su sueño.

—¡No era el mío, era el de los demás! El de Pablo.

Aurora veía que no iba a resultar fácil, entonces no le quedó más opción que mostrarle una última carta que solo conocía Edwina. De modo que le habló de la visita a aquel médico de confianza.

—¡Estoy de la patada! —había chillado Edwina en mitad de la consulta—. ¡No me mande callar, doctorcito!

—Ahórrese el disgusto, la analítica es clara. Y ahora me tengo que regresar con otros pacientes. Ellos sí tienen motivos para sollozar.

Aun así las dos amigas pisaron la calle llorando, tras salir del edificio de La Nacional. De repente, como si se hubieran dado de bruces con la realidad, frenaron sus pasos y atendieron lo que sucedía a su alrededor: la lucha por sobrevivir de tanta gente, abriéndose paso a través de la avenida Juárez; las bocinas de los coches sonando en el *parking* de enfrente; los novios que se besaban al doblar la esquina en San Juan de Letrán. Entonces Edwina aireó una carcajada mientras soltaba un grito de los que marcan época: « ¡Chíngale, china poblana! Juro que no va a alcanzarle la vida a ese pendejo si el encargo no trae tus ojos. Y usted se me cuida, eh» .

Espejel se sacudió en su asiento. De repente, comprendió de dónde sacaba Aurora la fortaleza para no retractarse de su decisión. Estaba embarazada.

—Si le he inspirado algo en este tiempo, si ha sentido algún afecto por mí, le ruego…, le imploro, que me ayude. Vera Velier tiene que desaparecer.

¿Cómo que si sentía algo? ¡Estaba enamorado de ella! Si se habían dilatado sus encuentros en las últimas semanas era porque su sola presencia le dolía. Pero ahora, tras acercarse a las entretelas de su alma, Aurora le volvía loco. No obstante, también fue consciente, en el curso de la noche, de que carecía de la mínima esperanza de provocar un sentimiento parecido en ella. Jamás había encontrado los atributos de Aurora en ninguna otra mujer, a pesar de su juventud, y el hecho de saberla embarazada no aminoraba en absoluto lo que sentía. Diego Espejel se puso en pie y destapó una botella. Todo lo que acababa de escuchar no podía tragarse con un simple combinado.

Los hombres de ley ahogaban sus penas en tequila. Así era México.

El miércoles 6 de diciembre Pablo telefoneó repetidas veces a la oficina de Diego y su secretaria le confirmó su ausencia. Igual que el día anterior.

Tampoco había logrado contactar con Aurora tras marcar al apartamento, después de armarse de valor. A la mañana siguiente depositó en su buzón la larga carta, que por fin había concluido, y se encaminó a los estudios. Allí preguntó por el jefe de producción.

—Ahorita no le aconsejo verle porque anda con la bilis toditita derramada —le previno un trabajador.

No obstante, lo hizo.

—Ese trabajo se fue de volada —anunció el encargado al referirse al guion

de Pablo—. Hasta nueva orden, dijeron, y aquí andamos aguardándola.

—¿Cómo que se fue?

—Tronó, compadre. ¡Ándale, no le busques ruido al chicharrón! Se acabó y se acabó. No tiene caso hablar de esto.

Él no opinaba lo mismo y fue en busca del productor, convencido de que detrás de esta paralización se encontraba la mano de Aurora. No estaba dispuesto a tolerarlo. Puesto que no había cobrado un peso, podría impulsar el proyecto en cualquier otro estudio. Sí, la amaba, pero con su caprichosa actitud demostraba hacia él un afecto menor del que imaginaba, además de un miedo patológico hacia su pasado que le impedía crecer.

—El patrón no se haya —previno la secretaria cuando cruzaba la antesala del despacho, dispuesto a abrir la puerta.

—¿Dónde está, pues?

—Partió esta mañana. La señorita Velier y él van camino de Acapulco para ultimar detalles de la película. Tal cosa me comunicó ayer.

No hubiera sabido definir el ánimo con el que salió de la productora: por una parte, crispado tras conocer el freno que había sufrido el proyecto y, por otra, nuevamente esperanzado porque, quizá, lo trataba de remontar Espejel con este viaje. También planearon los celos por su mente, pero los retuvo de inmediato.

No quería esta variable ahora en su impenetrable ecuación.

Una gigantesca concha creada por la naturaleza al sumar una veintena de playas, constreñidas entre un mar cristalino y las verdes estribaciones de Sierra Madre Sur, a su espalda. Eso era la bahía de Acapulco.

En lugar del vuelo diario desde la capital, el productor sugirió viajar por la nacional. « Así iremos platicando, no vaya a echarla pronto de menos» . Después de varias horas y una carretera zigzagueante, desembocaron en el lugar idílico que tanto enaltecía Diego. Pelícanos, garzas, gaviotas, lagartos, palmares y manglares. Aurora descubrió enseguida la vegetación de sabana y selva, más frondosa que la de Veracruz, y puede que un agua más azul. Aunque le costase reconocerlo.

—Le mostraré el puerto, antes de ir a la casa —propuso él—. Comprobará que cada playa tiene su acceso, en algún caso bien difícil. Por eso el proyecto de la avenida Costera las unirá. Aunque se pierda más de una y empantane el pueblo con obras.

—No me parece justo.

—Es el precio del progreso. Los cambios implican sacrificios. ¿Acaso no los asume usted?

Aurora calló. Puede que el destino la abocara a tomar decisiones que, en todo caso, no dañaban a nadie —no en exceso—, pero no estaba de acuerdo con el modo en que el hombre doblegaba el entorno a su albedrío.

El puerto, de activa vida incluso en invierno, estaba acostumbrado a recibir navíos desde la época española. Ahora se abastecía del reposte, entre otros, de los barcos que cubrían la ruta San Francisco-Panamá.

—Este es el hotel La Marina, el más importante. Tuvo el primer elevador —hablaba otra vez ese pedagogo que era Diego Espejel—. Allá arriba están el Casablanca y el Del Monte. Y la carretera conduce a la Caleta, la playa más concurrida, que posee un balneario en ella. ¿La abrumo, Vera?

—Me instruye, Diego. Y me hace mucho bien su compañía.

Aurora se asombró de su confesión, había brotado desde la honestidad, no de la simple gentileza. En cambio, él prefirió ignorarla. Era demasiado hermosa para creérsela. El camino a la mansión de Espejel se animó con el recuento de los nombres de las playas del Terraplén, de la Desgracia, playa Langosta y el hotel Virreyes, el Villa Julieta en Hornitos.

—En la playa de los Hornos se está levantando uno que le llaman Papagayos. Aunque mañana la llevaré a mi favorita.

—¿Mañana?

—Sí, son mis reglas —determinó él—. Que conozca mi paraíso. No le queda otra si quiere que siga adelante.

69

La noche del 23 de junio de 1929, Atilano tuvo que pensar deprisa y actuar aún más rápido.

Cuando durante la pelea entre él y el guardés escucharon el disparo, los dos se quedaron paralizados. Enseguida, Atilano comprendió que procedía de su pistola, pero no entendía cómo se habría realizado la descarga. Se echó mano a la bata y vio que el arma no estaba en sus bolsillos. Después miró a Vicente, que se apretaba dolorido la pantorrilla: el casquillo le había herido, pero solo al pasar por encima y arañarle la piel.

Atilano levantó los faldones de la colcha y descubrió a Aurora debajo de la cama. La niña cobijaba su cabeza entre los brazos; junto a ella se hallaba la Sauer chalequera, cuyo gatillo acababa de accionar jugando.

—¡Es tu hija! —chilló—. Pero ¿qué hace aquí? Dios mío, pobre niña.

Tiró de ella, la arrastró y la sacó de la habitación en volandas. En el interior de la misma quedaron Antonia, su amante, agonizando, y Vicente, con un rasguño. Pero su honra estaba destrozada. En el patio trasero, Atilano puso en pie a Aurora y trató de despabilarla.

—¿Qué has visto? ¿Quién te ha metido debajo de la cama, tu madre?

Pero ella, víctima del *shock*, se había encapsulado en un testarudo silencio. Aurora tardaría semanas en abandonarlo. Junto al lago de Casa Gialla, Atilano aulló su martirio. Ignoraba qué hacer, a quién acudir. De pronto cayó en la cuenta de que su nuera podría atender a la pequeña sin preguntar, y dejarle a él manejar la desventura con discreción. De modo que golpeó la puerta de su alcoba y le encomendó su cuidado. «Ahora no hay tiempo para parloteos, Berta», y se negó a cualquier interrogatorio. Después telefoneó al médico, calibrando el precio que le ofrecería por guardar silencio.

Mientras esperaba la conexión de la operadora vio un coche estacionado en la puerta principal. Le extrañó encontrar allí aquel vehículo negro que no era de su propiedad, y más a esas horas.

Resolvió la llamada impaciente y encaminó sus pasos hacia el torreón. Nada más apoyar el pie en el primer peldaño sintió un disparo. Después estalló otro y el siguiente. Cada detonación imprimía una mayor celeridad a sus zancadas hasta

que, al alcanzar la alcoba, se encontró lo que nunca hubiera sospechado.

Zita observaba con mirada disipada a Antonia. Vestía un traje verde oliva, sombrero de calle como si acabase de llegar, y una pistola entre las manos. No la esperaban en Casa Gialla antes de una semana.

Era inútil discernir aquel espanto. Imposible hacer conjeturas sobre si había disparado a Vicente y después a la malherida, o si las lágrimas no le habían dejado precisar los disparos; el caso es que Zita había agotado el cargador sobre el cabecero. Qué importaba el orden si había destrozado su vida y la de los demás. Entró en la habitación siendo una señora y de ella saldría una asesina.

—¿Estás loca, mujer? ¿Qué diablos has hecho? —dijo Atilano incautándose del arma sin pensar que pudiera dispararle—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué?

Preguntas sin respuesta. Cuando Zita volvió la cara hacia él, comprobó que había perdido el juicio.

Atilano empleó esa noche y los días posteriores en encubrir el rastro dejado por su mujer. Vicente abandonaría el torreón dentro de una caja de pino y pasaría por ser un suicida. El médico alargó y alargó la agonía de Antonia, porque Atilano se negaba a dejarla partir, hasta que la flama se apagó sin rechistar. A Zita, que llevaba años sospechando de los amores infieles de su marido, la trasladaron a Madrid, donde ingresó una temporada en una casa de reposo.

Un día, pasados dos meses, desembarcó en Casa Gialla como si proviniera de Italia, con absoluta normalidad. Nunca volvió a ser la de antes. Había empezado a morir aquel 23 de junio.

Esa noche Aurora también se rompió. Ella se culpaba de dos muertes que su cabecita componía a su manera. Solo supo que sus padres no volvieron; que Vicente y Antonia al marcharse dejaron empantanada su existencia. Lo demás era un amasijo de instantes traumáticos, unidos en su memoria con enorme sufrimiento.

Atilano ocultó a su hijo la tragedia, sin embargo, esta sería su sombra de por vida. No le mintió, simplemente ahorró aclaraciones que herían más que un puñal. Tras conocer este cruel relato por boca de Berta, Aurora resolvió ser connivente con él. ¿Qué hijo podría soportar el dolor de saber que su madre era una asesina? Peor, que había matado a la madre de su propia hermana.

Si bien su historia podría tildarse de melodrama, cuántas veces vivir no se resumía en un compendio de increíbles quiebros como los escondidos entre las guardas de una novela.

—No te reconozco, Aurora. No sé qué te pasa —balbuceó Pablo.

—¡¡Fuera!! —gritó ella—. ¡Sal de aquí, Pablo!

—Te advierto que si te emperras en esta postura, buscaré otra actriz. Y si el estúpido de ese productor que babea por ti se echa para atrás, México está repleto

de estudios con necesidad de guiones como este. —Abrió la puerta y se sinceró antes de marcharse—. Te quiero, Aurora. Pero no me hagas elegir entre mi trabajo o tú, porque hace mucho que conoces la respuesta.

Pablo recorrió durante más de una hora la avenida Reforma, afanado en reducir su crispación. Entonces, ya más sereno, achacó a una reacción irreflexiva las palabras que le había lanzado Aurora, como flechas infectadas. « Esto es el pan nuestro de cada día en el mundillo» , reconoció. Le consolaba la idea de que las triquiñuelas de los estudios para impulsar sus películas se atestaran de celos, traiciones, enfados, caprichos y maniobras de actrices y actores. Para un destino tan apetecido no había senderos sin piedras.

E incluso estaría dispuesto a admitir modificaciones, en aras de proteger la identidad de los Vigil de Quiñones: por ejemplo, optar por un invernadero en lugar del torreón como escenario de las citas clandestinas entre el dueño de la hacienda y su criada. Incluso aceptaría que el personaje del hijo del terrateniente —inspirado en Hugo— cayera del guion.

Pablo pensó que, tarde o temprano, Diego Espejel conseguiría que Aurora cambiara de actitud. Él estaba entusiasmado con la película y haría lo imposible con tal de que no se tambaleara el proyecto.

Durante el mes de noviembre no supo nada, ni del guion ni de Aurora. Y, tras iniciar diciembre en la misma tónica, se dijo que debería tomar la iniciativa. Entonces abordó una carta como excusa, que se fue convirtiendo en una declaración de amor. Era intensa, esmerada vocablo a vocablo. Pero la empezaba una noche y a la mañana siguiente corregía tanto el texto que retrasaba muchísimo su conclusión.

Por su parte, Diego estaba expectante por conocer la opinión de Aurora. Le enviaba notas, donde la acuciaba a retratarse sobre su personaje; lo hacía junto a unas flores, un sombrero o un bolso recién aterrizado de París. « ¿Lo ha leído ya?» . « Cuando quiera platicamos» . « Dígale al señor Espejel que no hay respuesta» , aclaraba ella al mozo. Hasta que el lunes 4 de diciembre telefoneó a su despacho.

—Me complacería invitarle a cenar en el departamento —propuso Aurora.

—No me parece oportuno visitarla allí, espero que lo entienda.

—Pero lo que tengo que decirle exige de una discreción que no encontraré en ningún lugar público.

Hablaba tan fríamente que el productor aceptó intrigado.

—Usted dirá —pronunció Diego Espejel con un vaso en la mano.

Media hora antes había acudido a la vivienda. No veía a Aurora desde hacía semanas y la encontró desmejorada. Lucía una falda plisada gris y un twin-set negro, no obstante, se había maquillado los labios en un rojo sangre. Su sofisticado aspecto le hacía parecer un personaje de ficción, desertado de la

pantalla.

—No voy a hacer la película —explicó ella sin rodeos.

—Asumiremos los matices que usted quiera —trató de atemperar.

—No me he explicado bien: no la voy a interpretar. Ni esa ni ninguna otra. Me voy. No quiero seguir, Diego.

Espejel depositó el vaso sobre la mesa auxiliar y se acercó a ella, frotándole ambos brazos al tiempo.

—Se me hace que tiene los mismos miedos que otras actrices —dijo en un tono pausado—. No se apure, tómese su tiempo. La historia es buenísima…

—¡Maldición: es la mía! —Aurora se sentó en el tresillo, golpeando el cojín contiguo para que él la acompañara—. Perdone mi arrebato, pero necesito su ayuda.

No podía consentir que sus nervios tomaran el pulso de la conversación. La había madurado mucho antes de sostenerla.

También era consciente del delicado compromiso que suponía lo que iba a decirle. Ni siquiera presumía la reacción de Diego. A lo peor ponía el grito en el cielo, aunque ella anhelaba su complicidad. Claro que empeñar su apoyo por nada a cambio resultaba tan disparatado como el loco plan que ella y Edwina habían confabulado. Solo verbalizarlo sonaba a conspiración. Ahora bien, ya no podía echarse atrás. Carecía de tiempo. Las circunstancias exigían de ella el arrojo de ser explícita y convincente.

71

Aurora tuvo la sensación de amanecer suspendida de un acantilado, en cuanto se asomó por la ventana. La espectacular vivienda del productor se volcaba sobre el mar, en el cerro La Pinzona, y se inspiraba en la arquitectura rectilínea de Le Corbusier.

La paredes y los muebles eran de un luminoso blanco, pero ella se había despertado con un pésimo dolor de cabeza, como si la circundaran espacios negros, y se sentía muy nerviosa. Casi no había dormido en el intento de repasar sus últimos movimientos en la capital. En cierto modo se arrepentía de la premura con la que había salido de D. F. También le aterraba todo lo que estaba por venir.

El día anterior había empacado sus ropas y objetos personales, indicando a Edwina lo que debía hacer con ellos. Vera Velier se sintetizaba en sus fotografías. Se condensaba en la reseña de una revista o en un cuadernillo lleno a rebosar de sus anotaciones. No se había querido desprender de él en un gesto de apego hacia el pasado.

En todo momento había sido consciente de que al salir de su propia vida lo estaba haciendo también de la de los otros. En especial, si les arrancaba su presencia sin mayor aclaración. Ahora se acordaba de ellos: de la ironía de Miguel Morayta, del afecto ilimitado que le inspiraba por haber tratado a Pablo como a un hermano; de los consejos de Magda Donato; de su sabio marido, tan ingenioso y locuaz, Salvador Bartolozzi. De su entregado Seki Sano, que encontró un filón de oro donde ella no percibía ni bronce.

¿Se afligirían ante su ausencia? ¿La recordarían alguna vez y de qué modo? ¿Lo harían sus compañeros de trabajo o Vera Velier sería un ardid más, al que el tiempo borraría el nombre y deslavazaría los rasgos?

Se había prohibido pensar en él. Por higiene mental y por entereza física. Porque si el recuerdo de los instantes felices con Pablo regateaba al resto de sus pensamientos, su férrea voluntad podría quedar neutralizada. En el fondo, qué difícil era sacrificar al único amor que conocía; pero también era imposible mantener lo que se había quebrado. La ley de la compensación sentimental no servía aquí. De nada valía querer solo ella.

Al salir del apartamento no abrió el buzón. Por ello la carta de Pablo quedó

dentro y ella, ignorándola. ¿Hubiera cambiado en algo su decisión? Nunca lo supo. La vida está llena de muchas incertidumbres y pocas certezas.

—¿Podrás permanecer entera cuando veas a Pablo? —preguntó al despedirse de Edwina—. Y si insiste, ¿qué le vas a decir?

—Confía, lo mío es el embauco. Nací para mentir, muchachita.

—Dime que no me olvidarás nunca. Que seré tu hermana hasta el fin de tus días —lloraba Aurora, abrazada a ella.

—Y tu madre. Tu amiga. Tu abuela o tu hija. Soy lo que se te plazca, niña.

Tras el desayuno, Diego y Aurora emprendieron camino hacia la playa Pie de la Cuesta, a la que se llegaba por una solitaria carretera, al noroeste del puerto, bordeada de palmeras y palapas, bastante impracticable en algunos tramos.

El lugar era un espectáculo colosal que carecía de vestigio humano, salvo por una hilera de hamacas, sostenidas mediante palos de madera, y con una techumbre de hoja de palma. Ni un bar en kilómetros. Un edén azul frente a ellos.

Siendo previsores, se habían pertrechado de bebidas y sándwiches en una nevera portátil. Suficiente para pasar el día entre baños de mar y elocuentes silencios. Adormecidos por el susurrar de las olas y la brisa.

Durante horas, Aurora se había acercado a la orilla para segundos después retroceder cuando la acorralaba el agua. Ella no era consciente de esa mirada que la deseaba a lo lejos. Diego Espejel hubiera acariciado las formas de su mallot naranja hasta desteñirlo. Hubiera lamido, uno a uno, los cercos del salitre en una piel igual de blanca; hubiese mordido el labio superior, el que fruncía cuando se sentía insegura. Hubiera besado sus párpados cerrados, la cara interna de sus muslos. La piel de su espalda de la nuca al coxis. Le hubiera hecho el amor una y mil veces, en camas de arena o de agua. En cambio, no dejó de tratarla de usted ni un segundo.

En una ocasión, cuando se relajaban tumbados en sus hamacas, Diego había observado cómo Aurora rozaba con dedos temblorosos su barriga. Le pareció un gesto tan íntimo que se avergonzó por haberlo presenciado. En cambio, no pudo dejar de preguntarse si apreciaría madurar a esa nueva vida en su interior o todavía era demasiado pronto. Igual que si hubiera leído su pensamiento, Aurora contestó.

—Cada vez me siento más cerca de ella. De mi madre. Pero también sé que no quiero cometer sus errores.

—Un hijo precisa de un padre —sentenció Diego Espejel.

—¡Me prometió no insistir en eso!

—No hablo de él. Hablo de mí.

Se hizo un vacío entre los dos que no se atrevían a romper. Arrepentido por esta revelación, e incapaz de sostener su deseo teniéndola tan cerca, Diego saltó

de la hamaca y se adentró en el agua, sumergiéndose de pies a cabeza.

En ningún otro momento del día retornaron al punto en que habían dejado esta conversación. Razonaron, eso sí, sobre decenas de asuntos.

Hablaron mucho durante la tarde; en la cena del restaurante La Perla; junto a los *bungalows* del hotel Mirador o en la vigía de la cual tomaba nombre el establecimiento, mientras intuían bajo ellos el encrespado mar. La noche era oscura, con una luna nueva sobre sus cabezas. Pero Diego Espejel no volvió a mencionar cuán dispuesto estaría a aceptar ese hijo como propio.

—Mañana verá La Quebrada —advirtió con voz ronca—. Un acantilado de 45 metros en caída libre. Espero que no sienta vértigo, Vera.

Una vez en la casa, besó su mano antes de retirarse a descansar.

Al verle marchar, Aurora sintió un escalofrío. No quería pensar en lo que él había dicho, pero el vértigo estaba ahí. Iba y volvía igual que las náuseas de su embarazo.

Crecer implicaba sumar personas en el haber de cada uno, esto Aurora lo admitía con claridad meridiana. También que a algunas, muy pocas, se les podría confiar la esencia de uno sin arrepentirse; sin embargo, a otras nunca se las terminaba de conocer. Diego estaba entre las primeras.

Desde lo alto del acantilado, el Pontiac blanco parecía un huevo maltrecho. Uno que hubiese sido cocido días antes, cuya cáscara se había reblandecido y, tras ser lanzado contra el suelo, se resquebrajaba. Las múltiples aristas de las rocas habían arañado tanto su carrocería que conformaban sobre la pintura un sistema venoso de estrías oscuras. Otras piedras habían aplastado la cabina, deformándola. Qué estampa tan dantesca la de aquel coche reventado al fondo del despeñadero.

Como una estatua, lívido, Diego Espejel miraba hacia el barranco mientras su cabeza repasaba fotograma a fotograma, igual que una de sus películas, todo lo que había sucedido media hora antes. Estupefacto, era incapaz de reaccionar, de moverse o gritar. De dar un paso atrás, en busca de ayuda, o de precipitarse hacia delante. De repente distinguió su pañuelo sobre una de las rocas, flameando por el viento, y recordó cómo las manos de Aurora se lo habían anudado en torno a su cabeza.

—Tampoco parece tan complicado —había apostado ella—. Le he estudiado cuando lo hace.

—Ese coche es muy grande para usted —rehusaba el productor.

—¡No sea gruñón, Diego! Le tendré a mi lado.

—El patrón tiene razón, señorita —medió la criada tomándose confianzas—. « A caballo palpado, nunca lo montes confiado» . Nomás que esa carretera no es mansa, con tanta vuelta. Ándele, usted que es tan linda y perdonadora no lo haga. No sabe manejar el auto.

Aurora tomó las gafas de sol de entre las bagatelas del bolso y, con un gesto en su mirada, sondeó pícara la respuesta del productor. Este aceptó, moviendo de modo imperceptible sus cejas.

El viernes 8 de diciembre fue un día dorado en un paisaje donde alumbraba siempre la primavera. En Aurora también. Se había puesto un traje de lana en color rosa, zapatos y bolso blancos. Para completar su atuendo, se ató el pañuelo. Después, tras desaparcar Diego el auto, tomó posesión del puesto de conductor decidida a pilotarlo.

La criada se arrulló la cabeza entre las manos. « El relajo que le va a armar la doñita» , y se esfumó dentro de esa vivienda que pendía de un precipicio. Como la vida de Vera Velier.

—¿Se encuentra bien? —le preguntaron los curiosos a Diego Espejel.

—Despedazado —respondió el productor.

Los propietarios de un restaurante cercano habían comunicado el accidente al destacamento de policía —« No sabemos qué pasó, solo que el auto rodó peñascos abajo, como una pelota de niño. Sí, hay un hombre vivo, pero ni platicar puede. Dentro del coche iba una mujer, eso es lo que nos avisa él para que la busquen. A lo mejor, su esposa o su hija, porque tiene los ojos lacrimosos» —. El comisario jefe en persona, una vez registrada la llamada, decidió ocuparse del asunto. Conocía a Diego Espejel e imaginaba el impacto que habría causado en él el terrible suceso.

—¿Cuál dijo que era el nombre? —le interrogó al personarse en el lugar.

—Es —precisó irritado—. Aurora Vigil de Quiñones.

—Necesitaré una foto.

—Las que quiera. Pero, por favor, no dé vuelo a la cosa. La prensa puede ser muy cruel y entorpecerían su labor.

—Descuide, los míos no hablan con esa gentuza ni tanto así. Echamos a andar el plan ahorita mismo. Mis hombres salen con un barco para rastrear la zona.

El policía acarició su brazo en señal de duelo. Se trataba de un sesentón, de inequívocos rasgos indígenas y un prominente bigote como los de los revolucionarios.

—¡Híjole, qué destrozo de auto! —saltó de pronto—. Nomás porque se le pegó la gana a ella de manejar.

El productor retiró la vista del precipicio. Se sentía borracho de mirar tanto tiempo el espectáculo y empezaba a sentir un mareante calor, bajo un sol tan lesivo.

—Tranquilo —aseguró Diego al policía—. Estaba viejo.

—¡Ay, compadre! Viejos los montes y reverdecen; viejo el mar y todavía da pescado fresco. Si fuese mío bien lo lloraría. —Le agarró por los hombros, arrastrándole al restaurante—. Venga, le invito a una cerveza.

72

Amanecía el sábado 9 de diciembre cuando aparecieron en Veracruz. Las dos mujeres habían pernoctado en el coche.

« Hemos llegado, doña» , avisó carraspeando el chófer, y desliaron la manta que las había arropado en el asiento de atrás. La alborada enrojecía los tejados y ellas se asomaron por las ventanillas para contemplar la belleza de la ciudad. Una siempre la había adorado; la otra había descubierto su atractivo con los años.

—Tienes tiempo de asearte —dijo esta última—. ¿O prefieres presentarte con semejante aspecto?

—¿Hay mangos en tu casa?

—¿De cuáles, niña?

Entre risas llegaron a la calle Clavijero, donde tomaron una ducha de agua fría y desayunaron lo que encontraron al paso. Una hora después estaban en la dársena del puerto. Serían las ocho de la mañana y el embarque debía completarse en torno a las nueve y media. No obstante, ya había bullicio en los accesos de segunda y tercera clase. Los viajeros de primera, entre otros privilegios, madrugaban menos.

—¿Habrán llegado?

—Con tanta feria de niño, lo dudo. Aquí tienes el billete, el equipaje está en su sitio. Lo demás como dijiste. Usted —se dirigió al chófer— vaya y avise cuando aparezca la familia de la señorita.

En cuanto quedaron solas, Aurora quiso recapitular, agradecerle su apoyo, la implicación en algo que casi rayaba lo delictivo. Su silencio y las muchas lecciones aprendidas a su lado. Pero Edwina la obligó a callar.

—Verte partir es un dolor que consume, no abundes en él. ¿A poco no vas a volver? ¿Pretendes pasar el resto de tu vida en ese horrible país tuyo, donde la gente viste de negro y no tiene para comer? ¿Cómo crees que tu hijo va a vivir allí, muertecito de asco? Ubícate, Aurora. Nomás abrazas al viejo y te regresas bien pronto. ¿Entendiste?

—En toda mi vida nadie sabrá de mí lo que tú, Edwina. ¿Qué hiciste para que te aprecie tanto?

—Te simpaticé de pronto y ahí fuimos liándola. —La besó fuerte en la mejilla—. Para de platicar, que asomaron los tuyos.

El cortejo de los Vigil de Quiñones avanzaba por el puerto. Al frente iba Hugo, algo renqueante, mientras agarraba de la mano a los dos pequeños, Aurora y Juanito, alternativamente, porque a cada rato se escapaban del control de las dos indias que los acompañarían a España en calidad de niñeras. Como los hombrecitos que eran, cerraban el paso Hugo y Tirso.

Aurora bajó del automóvil. Alzó el cuello de su gabardina y se ajustó el pañuelo a la cabeza, para pasar más inadvertida. No llevaba ni una gota de maquillaje.

—Te escribiré a diario. Cablearé y telefonearé hasta encontrarte —se comprometió ella—. Te quiero como a una hermana. ¡Que Dios te tenga en la palma de su mano!

—Dios no me considera. Pero está bien que le platiques de mí de cuando en cuando. ¡Ándale, todavía perderás el barco!

Edwina la observó al marcharse, preciosa, acompañada por el chófer y su maleta, botando igual que una niña. Un desgarro profundo pronosticó lo mucho que habría de echarla de menos. « Ruégale a Dios por mí. Porque tal vez ni muriendo entre suplicios me perdone» .

—¡Hugo, Hugo! —gritó Aurora, desparramando lágrimas de pena y alegría a su paso.

Su hermano se agitó mirando de un lado a otro, sin entender, hasta que ella le arrolló. Habían hablado dos días antes de partir. « Cuida de los niños lo que yo no podré hacer —le había implorado—. Y mímate tú, porque, si algún día te pasa algo, muero yo contigo. Saluda a Atilano de mi parte, dile que no le guardo rencor. Bien lo sabes. Quizá más adelante pueda marcharme a España» . Hugo dedujo lo irreal de este planteamiento, pero no se lo quiso rebatir, para qué; también sintió la tristeza de su hermana, aunque achacó la apatía a su partida.

—Pero ¡¿qué haces tú aquí?! —exclamó boquiabierto.

Aurora se colgó de su cuello como una argolla con el cierre sellado.

—Nos vamos de viaje, ¿no? A abrazar a Atilano —le susurró al oído, y se tomó un segundo antes de continuar—. A nuestro padre, hermano.

El viernes fue relativamente fácil mantener a la prensa al margen de la información sobre un coche abatido precipicio abajo. La madrugada del viernes al sábado se empezó a filtrar que la policía buscaba con ahínco el cuerpo de la mujer de pelo oscuro que lo conducía en el momento del accidente. A las pocas horas, se hizo público el atestado y la identidad de la joven, aunque el nombre no sugiriera nada especial a los periodistas. Quizá sí el hecho de que hubiera estado hospedada en la mansión de uno de los potentados de la zona. La referencia a Diego Espejel se deslizó de puntillas, pues era demasiado respetado para especular sobre él.

No obstante, entrado el domingo, la eventualidad de que se tratara de una

mujer de cierta trascendencia social empezó a inflamar las redacciones de los periódicos. El lunes, la desconocida tenía nombre y apellido de notable relevancia y quienes lo escuchaban crujían de pies a cabeza. Vera Velier, la gran promesa cinematográfica, había sufrido un trágico accidente.

Sin embargo, para cuando los periódicos quisieron ocupar sus titulares con escabrosos detalles, Aurora se encontraba muy lejos y la policía andaba por cambiar el epígrafe de « desaparición» por el de « muerte accidental» .

—Ahorita está todo hecho y nos olvidamos del asunto —se sinceró el comisario con Espejel—. Suerte que soy viejo y solo quiero vivir en paz con los míos. Y que nunca podré olvidar lo que les ayudó cuando no tenían un mendrugo cerca, por eso me he prestado a ser su cómplice. En el fondo, usted no le hacía mal a nadie. ¡Cumplí mi trato, compadre!

—No me lo rechace —advirtió Diego, dejándole un sobre bajo sus papeles—. Sé que se casa su hija. Le vendrá bien.

El hombre lo arrastró por la mesa, pero al final terminó guardándoselo en el bolsillo de la chaqueta.

—Otra cosa —interrumpió al salir Diego del despacho—. Cuando no le valga un auto, dígame. Antes de despeñarlo.

Dos días duraron las indagaciones a vueltas con el cuerpo de Vera Velier. Dos días de titulares incisivos cargados de doble intención, fruto de la nada que encontraba la prensa en los alrededores del accidente. « Sí, acudieron a cenar. Platicaban animosos sobre una película que rodaría la señorita» , dijeron en el restaurante La Perla. « Era bien testaruda la doñita. Que usted no sabe manejar —le aconsejaba yo—, que esas carreteras las ha dibujado el diablo. Con lo relinda que era» , fue la versión de la criada. Dos jornadas de fotografías de riscos sobre un océano bravío.

La madrugada del 12 al 13 de diciembre, cuando el redactor jefe de guardia de *El Nacional* exprimía a sus plumillas para que sacaran algo más acerca de la muerte de Vera Velier, recibió una llamada urgente de *The Hollywood Reporter*. « Lupe Vélez has committed suicide» [17], escupieron al otro lado.

Corto y conciso. Eficaz, como le habían adoctrinado al periodista antes de ejercer el oficio. No hubo otra noticia de sociedad en todas las redacciones del país.

La actriz con la que Aurora había coincidido un par de veces en la sala de maquillaje de Empire Productions; la estrella histriónica nacida en México, pero fraguada en Hollywood, acababa de ser descubierta tras ingerir un tubo completo de Seconal. Lupe Vélez murió con una parafernalia que ni el más ocurrente de los guionistas hubiera urdido mejor. Había elegido pasar su última noche acompañada por dos de sus mejores amigas, Estelle y Benita, degustando comida mexicana regada por altas dosis de bebida —según las anteriores, *brandy*

—, tabaco y sus buenas risas.

No obstante, en el fondo, Lupe carecía de motivos que festejar. Estaba embarazada de tres meses y su amante Harald Ramond, un actor austriaco de segunda, se resistía tanto a aceptar al niño como a casarse con ella. Motivos para poseer un ánimo quebradizo había.

Regresó a su domicilio en el 732 de North Rodeo Drive, de Beverly Hills, entrada la madrugada. Era una vivienda de inspiración mexicana, comprada a comienzos de 1930 y que su pareja de entonces —Gary Cooper— le había ayudado a costear. Se recluyó en el dormitorio mientras lo fue decorando como si estuviera a punto de celebrarse un funeral: la cama simulaba ser un féretro rodeado de flores y velas. Después se desnudó, se maquilló y peinó igual que en sus estrenos. Incluso se había depilado el vello púbico con la forma de un corazón. Al fin, tumbada sobre el lecho, tomó las mortales píldoras.

¿Cómo iban los periódicos a dedicar una línea más a Vera Velier, contando con un filón como aquel?

De ese modo la prensa solo se afanó en barajar detalles inflados de morbo sobre el suicidio de Lupe Vélez. Aparecieron decenas de notas apócrifas de la actriz destinadas a su amante, al ama de llaves, a Arturo de Córdova o al mismísimo Gary Cooper, que saltaban de mano en mano por las revistas. Bailaban toda clase de hipótesis que explicaban el motivo por el que acudió al aseo, al sentirse desfallecer, en lugar de permanecer recostada. Se llegó a valorar un posible arrepentimiento que la habría arrastrado hasta el inodoro, donde sucumbió a la muerte entre vómitos. Cómo esta fatalidad arrumbó a quien hubiese sido una muerta bellísima era el maná diario de la prensa sensacionalista. La comidilla de las casas vecinales y los mercados. Lupe Vélez tenía solo treinta y seis años y un pasado tan escabroso como para borrar de un plumazo la sombra de Vera Velier en el imaginario colectivo.

El mundo del espectáculo devoraba monstruos uno tras otro. Lo que hoy se idolatraba, mañana resultaba esquinado y, al día siguiente, sepultado bajo toneladas de olvido. Pero el suicidio de Lupe Vélez fue una casualidad muy providencial para Aurora, lo que demostraba que los encuentros fortuitos nunca se produjeron en su vida por simple azar.

Así las cosas, cuando llegó la Navidad, pocos recordaban a esa promesa de ojos como el mar de Acapulco que la viera por última vez.

Por supuesto, Pablo sí. Él llevaba días anhelando morir tras ella. Quería arrancarse el corazón de cuajo. O precipitarse cabeza abajo, a ver si al detonarla contra el suelo se le quitaba la obsesión.

Ni las templanzas de Morayta, tratándole como a un hijo descarriado, ni el generoso cariño de sus compañeros del exilio, ni los trabajos ocasionales. Ni los besos de las mujeres que le fueron saliendo al paso atemperaron el fuego

abrasador en que un joven terminó consumiéndose hasta hacerse un viejo.

En su rutina diaria ya no cabían las ambiciones ni los proyectos, y dejó de elaborar ideas con vocación de traducirlas en imágenes. Pasaron con los meses los sueños, y con los años, la esperanza de que su existencia fuera de otro modo.

Sumó arrugas. Contó despedidas. Hasta que una tarde, sentado al abrigo de los árboles de la Alameda, comprendió que no tenía más arraigo en México que esos papeles que arrastraba en diferentes cajas de cartón. Entonces se preguntó qué hacía en aquel país que le había devuelto y robado al tiempo lo que más había querido en este mundo.

Y escapó de él.

Epílogo.

Filmoteca Española. Madrid, 10 de julio de 1991

—¿Dónde se mete usted? —Un bedel acaba de irrumpir en el archivo. Lleva el pelo repleto de mechas de colores.

—Dime a qué hueles —pregunta el viejo restaurador.

—Al bocadillo de calamares que me acabo de comer, no te digo. —El joven es todo un metódico para la alimentación—. Hoy es miércoles, ya sabe, si fuera jueves… tocaría panceta.

—¿No te huele a vinagre?

—¡Que no, abuelo, está chocho! Los boquerones son para otro día. Tenga. —Y le entrega un paquete y un sobre—. Ha llegado esto y pesa lo suyo.

El conserje desaparece entrando en el ascensor, y él deposita el envío sobre la mesa, junto al ventanal. De momento lo ignora.

—Pues a mí… me huele a vinagre —murmura mientras agita las cajas metálicas—. Ayer vigilé estos montones y no noté nada extraño.

Acosado por el miedo, el restaurador remira la latas, las abre entre tinieblas y resbalan sus yemas como plumas por el film de nitrato. Reza para que no se queden pegadas a la película, puesto que ello indicaría que el proceso de gelatinizarse es irreversible. Y de ahí a deshacerse entre los dedos, tan solo habría un paso.

Una vez que una cinta de nitrato inicia su descomposición, el ácido acético humedece el material hasta transformar las películas en auténticas bombas de relojería, aptas para su espontánea combustión. Si el garante del archivo no se esmerara, si el cancerbero de ese tesoro no controlara la temperatura y la humedad obsesivamente, podría estallar el edificio completo.

De ahí su recelo al maldito olor a vinagre.

A veces, en los laberintos de la Filmoteca, afirmaría ver los rostros llenos de luz de unas estrellas que serpentean por los estantes o se cambian de una película a otra. Qué dura resulta la condena a un mismo argumento de por vida.

«¡Cristo, qué guapa es! Quiérala usted lo que a mí se me resiste». «Padrino, ¿qué será de mí, de un pobre novillero con más hambre que Dios talento?». «Calla, Ramonín, me partes el alma y la necesito entera para poder marchar». «Escuchad a un corazón que defiende con pasión a los hombres». «Ya sabes que no puede ser, nuestro cariño ha sido castillo en el aire». «María de la O, ¿quién fue la mala persona que te dio tantas alas?».

El restaurador tiene setenta y cinco años. A su edad, las intuiciones se convierten en certezas con demasiada frecuencia, de modo que vuelve a inspeccionar uno a uno los archivadores. En ellos, las latas custodian la herencia de un puñado de fotogramas no tanto por protegerlas de la erosión, como de una ruinosa desmemoria. ¿O acaso no existieron antes actrices de miradas turbadoras, geniales directores o guionistas hechiceros, en cuya pluma la vida se convertía en un ejercicio malabar?

Menos mal que con él sí cuentan. Hace poco más de diez años, cuando le alcanzó la edad de la jubilación y solo de imaginarse lejos de su santuario el mundo se le hacía añicos, los responsables de la Filmoteca le convocaron en la planta noble del edificio de la Dehesa de la Villa.

—Nadie sabe tanto de películas antiguas como usted —confesaron—. Y lo que es peor, a ningún licenciado de la nueva Facultad ni de la Escuela de Cine le va a dar por cuidarlas. Todos quieren dirigir sus propias películas. Como si en España hubiera sitio para tanto artista. ¿Qué dice?

—Que en este país siempre ha habido arte, señor. Otra cosa es que nadie lo entendiera.

—¿Usted se quiere jubilar?

—No es lo que yo quiera, es lo que manda la Seguridad Social.

—Por nosotros podría seguir en su puesto, formando a quienes tomarán su testigo tras pasar unos años, ¿qué le parece?

Era la misma emoción que se siente al resultar elegido para un papel o la de rubricar el presupuesto del estudio. Igual satisfacción que el aplauso de un « ¡Corten! Hemos terminado» . Era un premio a su obstinación por velar de esas serpientes de celulosa que encerraban el universo dentro de ellas. Aún recuerda que ratificaron el acuerdo con un apretón de manos, como siempre se hiciera en el cine. Noblemente.

Tras cotejar las latas y comprobar la buena conservación de sus negativos, decide ocuparse del envío. Hasta este momento no ha reparado en la insignia roja, blanca y verde, pero nada más verla siente una sacudida de pies a cabeza: procede de México.

Cómo tiemblan sus manos mientras extrae las gafas del bolsillo y rasga un sobre sin remitente, con el mismo celo que si manipulara una de sus películas.

Dentro, varios folios y una firma que reconoce enseguida. Entonces no hay fuerza que lo sostenga y resbala hasta tocar el suelo y desparramarse igual que un muñeco roto.

El viejo restaurador agarra esa carta como el moribundo se aferra a la vida, leyendo el nombre de nuevo: Vera Velier.

—Imposible —balbucea—. Es mentira, ella no existe.

Cierto, la actriz Vera Velier murió en 1944.

En el mismo suelo, sin fuerzas para erguirse y buscar una silla que recoja sus vapuleados huesos, va leyendo el restaurador esta confesión.

Lo hace con miedo a desfallecer, porque el dolor es tan grande que teme deshacerse como sus películas. Licuarse y que de él no queden ni vestigios. Solo una carta que habla de una mujer a la que amó, hasta reconocerse incapaz de querer a otra después, y de un hijo, cuya existencia no había llegado a elucubrar ni en sueños.

… pensamos que España serían unos meses y fueron tres años. Tiempo en donde yo alumbré una vida y despedimos a otra. No hubo que dar muchas explicaciones sobre mi embarazo. A mi padre desde luego ninguna; nadie mejor que él entendía el amor corriendo por las venas con más tenacidad aún que sangre. Respecto a esa provinciana y obtusa sociedad que era la española…, a quienes rastreaban con aviesa curiosidad les explicamos que mi marido había fallecido en un accidente, lo que me obligaba a enlutarme por un tiempo. Con el resto, guardamos silencio.

Qué país tan gris y qué nostalgia tan azul y amarilla de México. Mis sobrinos extrañaban el mar, el mercado de Veracruz, los azulejos poblanos, sus dulces, las campanas de la catedral convocando a misa. Hugo, sus pláticas junto a unos caballeros considerados por él verdaderos compadres, de la exquisita complicidad que habían trabado en sus tardes de puros y puestas de sol. Yo añoraba tantas cosas: la casona azul, el tráfico de D. F., las flores de cacalosúchil, a Edwina y sus cosas, el sabor de las nieves y el tequila. Todos rastreábamos los aromas de La Continental, incapaces de hallar en todo Madrid un solo olor como ellos. Descubrimos que no éramos españoles, pero nos dimos cuenta al pisar su suelo.

Atilano murió cuando mi hijo aún no había cumplido un año y la familia reunida, desde los pequeños al mayor, votamos nuestra vuelta por aplastante unanimidad. Pero no con carácter provisional, como siempre habíamos creído que vivíamos en México, sino en el ánimo de enraizar de por vida. Nosotros y nuestras estirpes.

A partir de entonces, Hugo se encargó de liquidar los negocios españoles y con íntimo desgarro dijimos adiós a Casa Gialla. Pero qué sentido hubiera tenido mantener un lugar en el que derramamos tantas lágrimas. Los restos de Atilano y

Zita reposan en un panteón familiar, en el pueblo, dentro del hermoso cementerio que los Vigil de Quiñones regalamos a Valdelomar.

Supondrás que Diego nos visitó en varias ocasiones, aparte de sus profusas cartas y las metódicas comunicaciones telefónicas. Siempre encontraba una película para estrenar en España o un trato que rubricar en sus provechosas ocupaciones profesionales. Cada vez que aparecía, nos inundaba de México. Por su parte, él aseguraba cargar alforjas hasta el próximo encuentro. Fue un hombre justo y de infinita generosidad. Sabio y bondadoso. Nadie me quiso con su empeño. Ni siquiera tú, aunque pienses lo contrario.

Fue el mejor padre para mi hijo. Un educador excelente. Un amigo atento y consentidor. El mejor compañero de viaje que pude haber tenido.

Pablo, preciso subrayar que esta carta no incluye reproches. Pero sí la necesidad de cerrar un capítulo que lo estaba en falso, y yo no era consciente. Tarde he comprendido que mi hijo no podía continuar en la ignorancia, como yo lo estuve una parte de mi vida, y puesto que la suya se ha saldado con tanta felicidad junto a quien él siempre creyó su progenitor, y como tal lo trató, decirle la verdad ahora no resta, sino que suma.

La biología es tozuda, cierto, pero más lo es el amor cotidiano. El apego que solidifica las relaciones entre las personas hasta hacerlas indisolubles. Conocer tu existencia no tiene por qué mermar el afecto que se tuvieron padre e hijo. No obstante, añade un componente a su vida que él debe administrar como le convenga. Es un hombre adulto. Incluso ha formado su propia familia.

Pero hay más. Otro afán en esta misiva, sin cuya concurrencia a lo peor no la hubiera redactado. Así que agradéceselo al paquete que la acompaña.

Si aún no lo has abierto, te ruego que lo hagas. Si, al contrario, tienes frente a ti esas latas puede que, *a priori*, no descifres su significado…

Rastreando un poco de solidez en la mezcla de emociones que le debilitan, el restaurador rasca el cartón y después varios plásticos. Al fondo de ellos aparecen tres latas de zinc, de las que ya casi no se emplean en el mundo del cine. Son unos rollos de película antigua. Unas letras desleídas hacen imposible discernir de qué se trata.

No entiende cómo puede acaparar su atención otro asunto que no sean las noticias sobre Aurora. Entonces se interroga qué resulta más poderoso, aún, a sus setenta y cinco años. Qué le corroe con mayor virulencia, ¿el descubrimiento que acaba de desmantelar su vida personal o todo lo que promete ese hallazgo, incendiando sus dedos?

… Entregarte este material es un encargo asumido por mí, ante una de las personas que más he querido. Me las entregó Edwina poco antes de morir, al trasladarme unos secretos que ni en la mejor película. ¿Cómo fuiste tan ciego,

Pablo, que no te diste cuenta de quién era ella en verdad?

Esas tres latas desaparecieron un día de agosto de 1936 del despacho de Arturo Carballo, el productor de *Carne de fieras*. ¿Recuerdas cuántas veces me dijiste que nadie entendió el robo y que sin ellas el montaje de la película, tal y como fue concebida, era imposible?

Se las llevó Tina de Jarque por dos motivos. Uno pedestre, en el ánimo de chantajear si no cobraba lo estipulado en su contrato, y otro más recóndito y secreto: en alguna de ellas —la buena de Edwina no hubiera sabido precisar cuál, por ello hurtó las tres—, se recoge una escena donde interpretaba un número musical; entre los figurantes se encontraba alguien que pertenecía a la inteligencia de los rebeldes, a esa red urdida por los golpistas para obtener información de la República. Por distintos avatares, Edwina se vio forzada a colaborar con ellos y aquel hombre, que según ella se hallaba como público en el cabaré, era su contacto. La prueba de su traición, por eso no podía dejar en España un rastro tan obvio.

El destino hizo que rodaran después por medio mundo. Mi loca alemana, mi hermana, resultó aquella actriz cuya falta de pericia llevando una barca en el Retiro aún recuerdo.

Tú estuviste con ella en el rodaje de *Carne de fieras*, junto a la francesa rubia y el director; pero no sé qué te sucedió durante la guerra para que tu proceder te llevara a olvidar tantas cosas por el camino.

Edwina Schäfer era un invento tan perfecto que regaló a Tina de Jarque sus mejores años. Vera Velier también fue nuestra creación. Pero yo ponderé la esencia de lo que soy, por encima de la ambición de lo que hubiera podido llegar a ser.

Hubo, no obstante, en Edwina, un momento no sé si de locura o de lucidez, cuando su prurito de antigua artista la empujó a querer sobrevivir en el recuerdo de los demás; por ello rescató lo más valioso de sus baúles y me lo entregó en custodia. « Haz que estas cintas lleguen a manos de quien posee el resto del material para así montarse la película, y que se conozca lo que hicimos en plena guerra civil un grupo de actores. Aquel país ostentaba mucho más que vana ideología» , sentenció ella.

De sobra sabía quién era el responsable de las arcanas filmaciones en la Filmoteca Española. El propio Diego nos lo comentó una vez, porque cuando Edwina vendió La Orgía Dorada se vino a vivir con nosotros y hasta el final la sentimos parte de nuestra familia. Mi marido nos dijo que, tras negociar los derechos de alguna de sus películas con un productor español, este le había hablado de un restaurador en la Filmoteca que había trabajado en México. « ¿No lo conocerás?» , le había interrogado el productor español, y Diego se hizo el loco.

Recuerdo que según contaba esta anécdota besé sus manos y seguí hablando

como si tal cosa. Supongo que una parte de él siempre tuvo miedo de que volvieras a aparecer.

Así me lo expresó Edwina y fidedignamente te lo traslado: « Que esas cintas se desempolven del olvido, para que España conozca que una vez tuvo una artista llamada Tina de Jarque» .

Decenas de veces ha pensado en ellas. Ha escudriñado los puestos del Rastro, indagando entre los vendedores de películas antiguas si alguien, alguna vez, les había hablado de poseerlas. Sí sabían, quizá, de un sótano con material de cine apolillado. Restos de alguna herencia que pocos podrían interpretar, de no ser doctos en el asunto.

Esas latas forman parte de su obsesión: abordar el montaje de una insólita y maldita película donde Pablo se infectó con el veneno del cine.

De repente, el restaurador se da cuenta de que la pasión inspirada por su trabajo está solapando la noticia personal más importante de su vida. Y se asquea de sí mismo.

Al momento se arrepiente de un impulso que le hubiera llevado a abrir la cámara blindada, donde salvaguarda los materiales valiosos pendientes de restaurar. Qué existencia la suya, siempre dirimiendo entre lo que entiende por deber y los afectos. ¿Dónde queda sentir? El abrazo de un ser querido. Ese beso que exorciza demonios y salva del peor de los infiernos. El amor como absolución de los pecados.

En el pasado malgastó esta posibilidad y ya se reconoce inútil para querer sin reservas.

Unas lágrimas corren por sus mejillas ajadas mientras, mal sostenido en la mesa de oficina, se endereza.

Entonces mueve la cabeza instintivamente hacia la ventana y piensa que si el momento presente estuviera incluido en un guion, ahora ya no interesaría lo que está sucediendo en el archivo. La cámara debería trasladarse fuera del edificio.

« Secuencia exterior día. General de un coche aparcado. Encadenado con interior coche» .

Guiado por una corazonada, Pablo Aliaga, el viejo restaurador, se dirige a la ventana. Su corazón revienta, mientras la luz reduce sus pupilas.

« Plano corto. *Zoom* sobre una mano de mujer madura con un anillo de oro y un zafiro. Acaricia otra mano más joven, masculina» .

Pablo comprueba que en la misma entrada permanece estacionado un coche negro.

Entonces presiente que a veces, únicamente a veces y para elegidos, la vida es el mejor de los guiones.

A vueltas con la realidad.
Nota de la autora.

La colonia Roma posee una red de vías perpendiculares escoltadas a un lado y otro por elegantes residencias. Se trata de un trocito de México que a comienzos del siglo XX albergaba grandes fortunas y artistas.

A medida que una de sus arterias, la calle Puebla, se acerca a la confluencia con la avenida de Insurgentes, la colonia se torna ruidosa y su arquitectura afrancesada deviene en otra indefinible, popular y excesiva.

En un soleado día de enero de 2011 tomo una perpendicular a mi izquierda. Por fin voy a localizar al hombre por quien he emprendido mi viaje.

En el número catorce encuentro una fachada rosa de tres plantas. Llamo al portero automático y no responden. Ya me lo habían advertido —« Insiste, cuesta que abran a la primera» —. De hecho, llevo días intentando localizarle inútilmente a través del teléfono. Nadie atiende las llamadas.

Por fin descuelga un tono femenino para advertirme que « el señor no recibe visitas, y menos imprevistas» . Trato de excusarme diciendo que vengo de España, pero la mujer concluye la charla.

Una hora más tarde regreso con idéntico resultado. No obstante, por un balcón de la primera planta se asoma un joven al que, bastante desesperada, le explico mi intención. « Es un hombre extraño, no habla con los vecinos tampoco —me asegura—. Yo tengo mi estudio aquí y casi nunca le veo. Creo que se cayó tiempo atrás y le cuesta andar. Te abro. Pero no cuentes que he sido yo, no vaya a enojarse» .

Abrazaría a esta alma caritativa si le tuviera cerca. Mientras sumo peldaños confío en topármelo en el descansillo para confesarle que, gracias a gente como él, empiezo a adorar a su país. Pero no abre la puerta. Más adelante, llegaría a saber que se trata de un afamado pintor, descendiente de Diego Rivera.

En el tercer piso me encuentro con una de las mujeres que se encarga de su cuidado. Me anuncia su nombre, Mari, según obstaculiza la entrada. De repente, del fondo del salón que se intuye nada más cruzar el umbral, brota una malhumorada voz chillando que me marche, que él no ve a nadie. Hay decenas de carteles de películas sobre el suelo, libros apilados y un biombo tras el cual imagino a ese anciano de un genio inadmisible para su edad.

—Nomás se lo platiqué —insiste Mari, y comprendo que por ella me hubiera

dejado entrar—. Ya casi no sale a la calle.

Resignada a la derrota, derramo lagrimones de rabia y regreso por donde he venido. Permanezco en México intentando proponerle narrar su biografía en un documental, pero me voy con las manos vacías.

No puedo evitar maldecirle en el portal. Por su terquedad, el desdén seguirá arruinando valías como la suya. Pero nada más retornar a la calle Puebla freno mis pies sin aliento. ¿Cómo soy tan necia?

Puede que el anciano centenario se enroque en su silencio, pero las historias que busco revolotean a mi alrededor. Están al alcance de mi mano. Las toco con la punta de los dedos y de ahí… a un papel. Ya antes tuve esta misma sacudida. Me sucedió en mi primera novela; cuando durante un tiempo me obcequé en la tiranía de los hechos amarrando a cada paso la imaginación.

Esta vez no lo voy a consentir. Y en ese punto comenzó este relato.

El hombre a quien nunca alcancé a saludar era Miguel Morayta. Un ser inquieto, vitalista, polifacético como solo alumbraron los años veinte y treinta en aquella efervescente España.

Pero amargado, porque nadie —menos aún en Castilla-La Mancha— le recordaba. Su último perro se llamó Mancha, una muestra de lo que su tierra le marcaba a pesar de los años transcurridos sin pisarla.

Su saldo profesional resulta tan extenso que corre el riesgo de quedarse en un simple compendio de cifras: 54 películas dirigidas, y otras 52 ejerciendo de guionista o adaptador. Trasladaba su inventiva a cualquier género, y las estrellas mexicanas y españolas se acercaban a él buscando el éxito en la taquilla: entre las nuestras, Carmen Sevilla, Sara Montiel o Lola Flores. Era lo que se conocía en la profesión como « un machetero» porque no se arredró ante nada, ni cesó de trabajar. Acuñó aplaudidos éxitos e ignorados fracasos. Lo natural en el cine.

Miguel Morayta representaba un digno exponente de ese fenómeno, corto en el tiempo pero de enorme trascendencia, llamado la Edad de Oro del Cine Mexicano. El embrión habría que situarlo en 1932, a raíz del nacimiento de Nacional Cinematográfica, en Chapultepec. Después llegaron los Estudios Tepeyac —en su antiguo emplazamiento se sitúan ahora las instalaciones del metro del Distrito Federal— y los Estudios Azteca, seguidos de los Churubusco, que se fusionarían tiempo después. El florecer de esta industria se aprovechó de la carencia de empleo y materiales en Hollywood, durante la Segunda Guerra Mundial, paralelo al desembarco en México de un exquisito talento. Ahí entran en juego los exiliados españoles.

Fueron años de estudios levantados desde la nada; de rodajes simultáneos en varios « foros» ; de decorados grandiosos que reproducían poblados del Oeste, barrios parisinos, edificaciones de época, el mar y sus profundidades para los rodajes subacuáticos o el mismo Beverly Hills, en una esquina de los Estudios Churubusco, cerca de donde cruzaba el río del mismo nombre. Estos en concreto

dedicaron 26 hectáreas a construir las localizaciones más insólitas. Años que vieron nacer el Banco Cinematográfico, destinado a financiar los proyectos de la industria. Años prolijos en anécdotas, algunas custodiadas por los rincones de los platós a modo de un silente legado. Como la sucedida aquella tarde en que María Félix descubrió al jefe de los eléctricos, durante un descanso del rodaje de *La mujer sin alma*, tocando un piano ubicado en otro set. Interpretaba mal, pero con notables ganas, pues el trabajador empleaba sus noches siendo el pianista de un ruinoso cabaré, y carecía de tiempo y dinero para practicar. Sin haberse percatado de la presencia de la diva, el hombre imitaba jocosamente ante unos compañeros las poses de Agustín Lara.

—Fallas mucho —soltó ella a lo lejos—. Te voy a regalar un piano para que dejes al Flaco en buen lugar.

Así fue. Al día siguiente el electricista hubo de pedir permiso en su trabajo para personarse en la mansión de la actriz, de donde extrajo un piano que ignoraba dónde guardar, porque ni casa propia tenía el mexicano.

Voluntariamente, y aun a riesgo de privar al lector de jugosos datos históricos, he eliminado en la versión final las referencias al devenir de unos acontecimientos que no se pueden desligar del mundo empresarial o político. Me refiero al entramado complejo de las relaciones sindicales en la industria cinematográfica —sus tensiones, huelgas y enfrentamientos—, así como la inclinación pendular del poder, personalizado en los presidentes mexicanos, por controlar la misma. Mi decisión ha sido en aras de que se deslizaran las emociones de los personajes sin cortapisas. Confío en haber acertado.

Pero sí es de justicia precisar que Miguel Morayta —junto a los mexicanos Jorge Negrete, Gabriel Figueroa, Mario Moreno *Cantinflas* o Roberto Gavaldón— impulsó la creación del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica (STPC), cuya secretaría en la Sección de Directores ostentaría este último. Morayta firmó su credencial el 1 de octubre de 1943, como el afiliado número 44.

Los enfrentamientos entre el nuevo sindicato y el antiguo STIC (Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica), creado en los años treinta, no se hicieron esperar. Durante meses los empleados de los estudios acudían a ellos armados con metralletas y pistolas y las peleas eran frecuentes. Hasta que el presidente Manuel Ávila Camacho zanjó las disputas determinando que el sindicato de mayor antigüedad se encargaría de las filmaciones de cortometrajes —hasta 29 minutos— y aquel en el que participaba Morayta, los largometrajes. La paz duraría poco. Pero esa es otra historia.

El español también fue el creador de una técnica narrativa muy novedosa, conocida vulgarmente como *hacer unos patitos*. Hasta él, y puesto que el corte directo de una escena a otra dentro de una película no existía, el único modo de abordar las transiciones era mediante fundidos de dos planos o un barrido de

cámara que desviara la atención. Sin embargo, Miguel Morayta probó a emplear un plano recurso al que recurría durante el montaje final. De forma improvisada filmó unos patos en un estanque, imagen que reproducía a discreción entre sus escenas. Su técnica fue asimilada enseguida por los demás directores.

Para entender la importante aportación que los españoles tuvieron en aquel cine basta apuntar que, cuando en 1946 la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas otorgó en primera convocatoria sus Premios Ariel (los Óscars mexicanos), diez de ellos recayeron en la película *La barraca*. La adaptación de la novela del valenciano Vicente Blasco Ibáñez que había dirigido Roberto Gavaldón animado por su amigo Morayta contó con un puñado de compatriotas premiados: la escenografía de Vicente Petit; José Baviera como actor; la adaptación del texto realizada por Libertad Blasco Ibáñez y Paulino Masip; además de incluir en el film a Luana Alcañiz, Anita Blanch, Amparo Morillo y Micaela Castejón. Todas ellas actrices españolas.

Por desgracia, sus nombres reposan en el olvido.

Aparte de Luis Buñuel y Max Aub, España obsequió a México un buen número de mentes privilegiadas. De presencias carismáticas y sugestivos rostros. Imposible mencionarlos a todos. A Francisco Marcos Gillet, Antonio Suárez Guillén, Juan Manuel Plaza, Ángel Villatoro, Eduardo Ugarte, Ana María y Álvaro Custodio, Álvaro Nicolás Rodríguez, Ángel Garasa, Asunción Casal, José Mora, Pepita Meliá, Rodolfo Halffter, Julio Alejandro, Jaime Salvador, Liliana Durán, Ofelia Guilmáin…

Su presencia queda recogida en centenares de rótulos de crédito y millares de rollos de film de nitrato, a 17,5 rulos de 1000 pies por cada película. Un universo pendiente de ser redescubierto.

A los pocos días de entregar el texto me alcanzó la noticia. Poco importaba la lógica o lo inexorable del calendario. Yo aún albergaba la esperanza de que él hubiera podido acariciar con sus huesudas manos la novela. Miguel Morayta tenía 105 años cuando desapareció el 19 de junio de 2013. Solo, por voluntad propia, puesto que llevaba años rechazando sistemáticamente el contacto con el mundo exterior. A los suyos les desesperaba esta actitud; a los que nos acercábamos a él atraídos por su personalidad nos desconcertaba su críptico mutismo.

En realidad, salvo su familia más directa, el resto de sus compañeros de viaje hacía tiempo que habían muerto. También su hijo Francisco, a quien se reconocía profundamente unido.

Algunos amigos fallecieron demasiado pronto. Salvador Bartolozzi sucumbió al cáncer el 9 de julio de 1950; cuatro años antes, la Academia de Cine Mexicana le había otorgado el Premio Ariel por sus figurines en *Pepita Jiménez*. Fue un ilustrador aplaudidísimo. El deseo de regresar a Madrid no declinó nunca.

Su mujer, Magda Donato, murió en 1966, después de una extensa carrera como actriz de cine y teatro. Los productores alababan su versatilidad y la disposición de su carácter. Fue estimada en el país de acogida. Además de una ágil escritora que impulsó un premio literario con su propio nombre.

Manuel Fontanals se convirtió en el gran escenógrafo mexicano. Las obras del teatro Bellas Artes, las grandes películas, la decoración de las casas de las estrellas, todo pasaba por sus manos. En 1944, Manuel rodaba con el « Indio» Fernández *Bugambilia* cuando conoció a Diana de Subervielle, una aristócrata con quien contrajo matrimonio y cuya mansión en Coyoacán se convirtió en motivo de atracción en la zona. Consiguió cinco Premios Ariel y todos los reconocimientos posibles. Sin embargo, cuando los éxitos mexicanos se estrenaban en España, la censura borraba sistemáticamente su nombre de los rótulos de crédito. Él no pudo sobrellevar esta pena. En 1971 falleció su mujer; dejó de trabajar y volvió a quemar sus recuerdos, como sucedió tras el asesinato de Federico García Lorca. Solo concedió una entrevista en su vida, divulgada en 1972 con motivo de su colaboración en la película *El castillo de la pureza*, de Arturo Ripstein.

Emilia Guiú, la rubia barcelonesa que como meritoria aguardaba una oportunidad, llegó a ser una de las grandes actrices mexicanas. La pérfida mujer que encizañaba a los galanes hasta doblegarlos, la heroína con la que se identificaba el público femenino. Se casó cinco veces y falleció en San Diego en 2004.

Ninguno de los anteriores retornó a España. Sí lo hizo Josep Renau, el creador de la mayoría de los carteles cinematográficos de Miguel Morayta, y un formidable muralista que trabajó con David Alfaro Siqueiros en las grandes obras pictóricas mexicanas. Renau, que en su día impartió clases de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos en Valencia, regresó en 1976 amparado por la amnistía general.

Mi obsesión al hablar de todos ellos ha sido, además del recuerdo necesario que les debe nuestro país, demostrar que la vida puede reinventarse.

En cuanto a esa locura llamada *Carne de fieras*, no parece una exageración aventurar que la película estaba maldita.

Concluyó a trancas y barrancas en septiembre de 1936, pero José María Estivalis —nombre real de Armand Guerra, su director— no suscribió el montaje, contagiado por esa desgana con la que había abordado un rodaje que aceptó por pura subsistencia. Es probable que no llegara a cobrar las 30 000 pesetas estipuladas. En cambio, grabó en el frente a sus compañeros en la defensa de la República; unas imágenes que se han perdido en casi su totalidad. Guerra fue hallado muerto —después de sufrir muchas vicisitudes, y sintiéndose abandonado por los suyos—, víctima de un infarto cerebral en plena calle

parisina. Tardaron tiempo en reclamar su cuerpo. Era marzo de 1939.

Arturo Carballo, el productor de la película, se arruinó. Los rollos de cinta se almacenaron en el desván de los archivos del cine Doré, de su propiedad, y desde allí desaparecieron sin que nadie los diera por extraviados porque la posguerra borró cualquier vestigio de esa película, como otras muchas.

El destino de Marlène Grey, la Venus Rubia, es incierto: algunos dicen que fue fusilada por los nacionales en 1937 (fecha y momento en que trataba de regresar a París), pero parece más creíble la versión de que fuera atacada y devorada por sus leones durante unas actuaciones en el norte de África.

Es cierto que Tina de Jarque fue acusada por sus compañeros de colaborar con ambos bandos. En cuanto estalló la contienda, su nombre integró varios carteles en los festivales benéficos a favor de la República, pero siguió frecuentando a distintos « amigos» contrarios al régimen —militares, sobre todo —. Se aseguraba que pasaba información a cambio de protección. Hasta donde se sabe, Tina estableció contacto con un líder sindical llamado Abel Domínguez, encargado de los decomisos, y logró embaucarle para hurtar una parte de las joyas y escapar juntos. Puede que esto pertenezca o no al imaginario colectivo, pero la realidad es que desde enero de 1937 no se tiene noticia de una artista de la que, en los mentideros de la época, se comentó que había sido interceptada junto al botín y a su amante antes de llegar a Valencia, por un comando de milicianos, y terminó fusilada en una cuneta. La Causa General recoge esta hipótesis, junto a las declaraciones de la criada de la *vedette* y una prima, quien relata que ese mismo enero la madre de Tina recibió en su domicilio barcelonés una nota aclarando que su hija se encontraba bien, pero detenida en Castellón. Días más tarde se personaron unos milicianos mostrando un bolso de Tina, y le reclamaron unas joyas para salvar a su hija. En realidad la mujer ignoró desde entonces el destino de la artista.

Entra en la leyenda que pudiera escapar con otro nombre ayudada por los nacionales. Y en la ficción de esta novela todo lo demás.

De *Carne de fieras* nada se supo hasta 1991. Incluso se llegó a sospechar que no hubiese existido y se tratase de una elucubración de los adictos a las cintas endiabladas. Cierto que sus desnudos constituían una de las rarezas más notables del cine republicano, pero puede que de la película solo se hubieran rodado unos planos y el resto fuese una invención. A juicio de los historiadores siempre resultó una *rara avis*.

Ese verano, un coleccionista de cine antiguo llamado Raúl Tartaj encontró en el Rastro de Madrid un verdadero hallazgo: las cintas de la película en sus viejas latas de zinc; pero ningún vestigio del guion original.

Fue la Filmoteca de Zaragoza la encargada de abordar su restauración y un posterior montaje de la misma, dirigido por Ferran Alberich, tras realizar una investigación que dilucidara cómo la habría concebido Armand Guerra.

Carne de fieras es ya, a pesar de su improvisación y tosca ingenuidad, una película de culto. Quién se lo iba a decir a quienes murieron por el camino.

Agradecimientos.

Pergeñar una novela es un viaje. A veces tortuoso. Otras, esperanzado y feliz. Durante más de dos años he arrastrado a mi periplo mexicano a muchas personas; algunas motivadas por el afecto y otras, por mi empeño. Es hora de agradecérselo.

El principio fue un puñado de postales. Media docena de reproducciones de carteles cinematográficos me hablaron por primera vez de Miguel Morayta. Me los entregaron en la librería Birdy, de Ciudad Real, como un recuerdo. Román y Jesús ni imaginaban lo que hacían descubriéndome a su paisano. Yo tampoco. Vayan las gracias, porque el gesto prendió mi inspiración.

A Domingo R. Toribio, quien tanto me explicó sobre Miguel Morayta y sin cuyas indicaciones nunca hubiera llegado a él.

A Jaime Agustín González por convertirse en mi cicerone en México y en un amigo incondicional después. A las dos Marissas. No podré pisar el Sanbors de los azulejos sin pensar en ellas.

A Gabriela Espejel, dispuesta compañera durante mis indagaciones en el Distrito Federal. Tomé prestado su apellido para Diego porque el productor representa la hospitalidad que ella me mostró en su país.

A Cristina y Ricardo Morayta, los nietos de Miguel, a quienes abordé entre prisas y que generosamente compartieron sus vivencias conmigo. Incluso diría que con entusiasmo. Ellos, a pesar de reconocerse mexicanos, también sentían el desarraigo de su apellido. Y el olvido al que España ha sometido a cineastas como su abuelo.

Ojalá estas páginas compensen algo la desmemoria crecida en torno a una vida y una trayectoria profesional formidables.

A los responsables del Archivo y la Biblioteca histórica de Veracruz, cuyos libros y consejos me mostraron la ciudad que mis ojos no atinaban a ver. A Silvia Gil, de la Academia Mexicana de Cine. Al personal del Ateneo Español de México y sus incesantes correos electrónicos que me mantienen al tanto de su labor cultural. A los Estudios Churubusco, cuyos recovecos transité con nostalgia de su pasado.

Toda mi gratitud al escenógrafo José María Sánchez Moreno, porque su «plática» supuso una deliciosa huida en el tiempo. Trescientas películas bajo su

firma y una memoria prodigiosa. « Entonces el cine se hacía con el corazón» , me dijo, y confieso que esta frase ha tutelado mi escritura.

Al buen rato que me dedicó rodeado de libros Carlos Renau —sobrino nieto de Josep Renau.

Puesto que mi investigación me condujo a los fondos de la Filmoteca de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y a la Cineteca del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), aprovecho para reconocer a quienes me soportaron aquellas mañanas mexicanas. A esta apasionada española que perseguía los pasos de sus compatriotas décadas después.

Gracias a Beatriz Raymí y Elvira Ródenas. En su compañía surqué México. Las tres lo apreciamos más lindo y querido que en la canción.

Pastor Lorenzo me reveló la existencia de Juan Orol y sin ella la novela se hubiera perdido la aparición de un gallego insólito. Y otro gallego, Ángel Peláez, dejó entre mis manos un tesoro: una copia de *Carne de fieras*.

Añado mi gratitud a Francisco Palá, quien buscó para mí libros antiguos y sabiduría entre legajos. Junto a él me acerqué al cine de la República. Y a João Flores, por conversar de su querido Portugal.

También mis gracias a Carmen Amores: leyó el primer manuscrito y creyó en la historia. A Javier Rodríguez por sus puntos sobre las íes y a Ángel Marián. Paciencia, la suya, al dilatar las cenas.

En la recta final de la novela he notado encima el aliento de los míos y su estimulante confianza. Entre ellos esas amigas, cuyos mensajes me sacaban cada mañana de la cama y me pegaban al ordenador. Mi cariño siempre a Ana Sastre; y a Yolanda y a Nuria González.

Para concluir, gracias a Eva Mariscal, luz al final del túnel.

Y esta vez sí, aunque resulte tópico. A Anna y Ricard, porque *Pontas* no es una simple agencia literaria. Sois la palabra justa en el momento idóneo. Ni el mejor diccionario os superaría.

Madrid, un lluvioso y desapacible mayo de 2013

NEW MEXICO
UNITED STATES
TEXAS
GULF OF MEXICO
GULF OF CALIFORNIA
CENTRAL
AMERICA

TERESA VIEJO. Nació en Madrid en 1963. Es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, donde también cursó estudios de Sociología. A lo largo de su carrera ha conducido toda suerte de programas en TVE, Antena 3, Canal 9 y la televisión autonómica de Castilla-La Mancha. Comunicadora habitual en la radio, fue la primera mujer encargada de dirigir un programa matinal (Radio España). Asumir la dirección de Interviú supuso un cambio en su escenario profesional y fue un revulsivo en el panorama de los medios de comunicación al convertirse en la primera mujer al frente de una revista de información general. Colaboradora habitual en prensa escrita y radio, es autora de tres exitosos ensayos: *Hombres: modo de empleo, Pareja: ¿fecha de caducidad?*, y *Cómo ser mujer y trabajar con hombres*.

La memoria del agua, su primera novela, tuvo una excelente acogida por el público y los críticos. Ha sido traducida a varios idiomas y adaptada a una serie de televisión (TVE) con el mismo nombre.

En 2013 publica su segunda novela: *Que el tiempo nos encuentre*.

Desde 2001 ejerce como embajadora de Unicef en España.

Notas.

[1] « Ese baúl no cabe en el camarote, señora» . <<

[2] « Desgraciadamente, no le entiendo, ¿habla usted alemán?» . <<

[3] « Disculpe, ¿puedo ayudarla?» . <<

[4] Todo es amarillo… <<

[5] ¡Vaya mierda de burdel el tuyo, vieja! <<

[6] « ¿Ha disfrutado la velada?» . <<

[7] « Sí, he tenido un magnífico anfitrión» . <<

[8] Bertram Fiedler, en su traducción al castellano, significa « brillante violinista» . <<

[9] « ¿Está usted bien, señorita Vélez?» . <<

[10] « ¡Cansada de esperar! En Hollywood los directores son más rápidos… y más inteligentes» . <<

[11] « ¿Podría traerme alguien un café?» . <<

[12] « Tranquila, pero nos urge conseguir esta información» . <<

[13] « ¿Alguien conoce alguna canción mexicana?» . <<

[14] « ¡Cuánto he esperado este momento!» . <<

[15] « Disculpe, ¿nos conocemos?» . <<

[16] « ¿Qué fue de sus baúles?» . <<

[17] « Lupe Vélez se ha suicidado» . <<